

HERMANN RAUSCHNING

Hitler me dijo

LIBRERIA HACHETTE S. A.



HITLER ME DIJO

por

HERMANN RAUSCHNING

ANTIGUO JEFE NAZI DEL GOBIERNO DE DANZIG

LIBRERIA HACHETTE S. A. - BUENOS AIRES

Un exponente de la ideología del Führer:

"La providencia me ha designado para ser el gran libertador de la humanidad. Liberto al hombre de la sujeción de una razón que querría ser su propia finalidad: la liberto de una vil quimera que llaman conciencia o moral, y de exigencias de una libertad individual que muy pocos hombres son capaces de soportar."

PRIMERA EDICIÓN
FEBRERO DE 1940

SEGUNDA EDICIÓN
MARZO DE 1940

TERCERA EDICIÓN
ABRIL DE 1940

CUARTA EDICIÓN
MAYO DE 1940

QUINTA EDICIÓN
MAYO DE 1940

VERSIÓN CASTELLANA POR
ENRIQUE MARTI

HERMANN RAUSCHNING

Antiguo jefe nacionalsocialista del
Gobierno de Danzig

Hitler me dijo

Confidencias del Führer sobre su plan de conquista del mundo

QUINTA EDICIÓN



LIBRERIA HACHETTE - S. A.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que marca la ley Nº 11723

ÚNICA VERSIÓN CASTELLANA AUTORIZADA
IMPRESO EN LA ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

Ist es Schatten, ist es Wirklichkleit?
Wie wird mein Pudel gross und breit!

(¿Es espejismo o realidad? ¡Cómo crece mi perro y se hincha!)

GOETHE, Fausto I

He aquí sin duda la obra más importante que haya aparecido desde el comienzo de la guerra, entiendo desde la llegada de Hitler al poder, en enero de 1933. Hitler expone en persona, en las páginas que siguen, los planes descomunales que concibió y los métodos cínicos que cuenta emplear para imponer su voluntad al mundo. De esa voluntad dependerían, si le hemos de creer, la destrucción de las naciones libres, la esclavitud del planeta, y para decirlo en dos palabras, nuestra vida o nuestra muerte. Los medios se resumen en uno solo: la guerra total. Y ya los checos y los polacos gimen bajo la bota alemana, las minas y los torpedos dispersan en haces horribles los navíos con sus cargas y pasajeros, los pueblos de Francia y de Gran Bretaña se unen ante el agresor, la sangre corre al pie de los Vosgos, y los neutrales tiemblan esperando su turno. ¿Quién podría desinteresarse de lo que trama con sus cómplices el empresario del derrumbe universal?

Hermann Rauschning recogió no ha mucho esas confidencias y las publica hoy, definiendo él mismo el interés y el alcance de su libro con sólo oponerlo a "Mein Kampf". No es, dice, en "Mein Kampf" donde se ha de hallar el designio verdadero de Hitler, por cuanto es un libro escrito para las masas. Más allá de esa propaganda harto burda, existe la doctrina secreta, que se va divulgando en el pequeño círculo de iniciados. Rauschning nos trae, abundantes, precisas, tomadas en la propia fuente, las piezas decisivas del proceso de Hitler. Dos preguntas previas:

¿Quién es Hermann Rauschning? ¿Qué autoridad debemos conceder a su deposición? ¿Qué valor a los cargos así reunidos?

*
* *

Hermann Rauschning nació en 1887 en Thorn —Polonia a la sazón prusiana—, de una antigua familia de grandes propietarios y de oficiales del ejército. Es un "junker" de la Marcha oriental, un representante típico de esa clase de pioneros que formaban, de padres a hijos, la armadura del viejo Estado prusiano, y fincaban su honor en la obediencia al rey y el servicio desinteresado de la bandera negra y blanca. El joven Rauschning hizo sus estudios, como cuadraba a su abolengo, en la Escuela de Cadetes, luego en las universidades de Munich y de Berlín; aprende así todo cuanto un "junker" ha menester para el oficio de las armas y la agronomía. En 1914, tiene veinte y siete años. Teniente en un regimiento prusiano, hace la guerra en todos los frentes. Gravemente herido en 1917, pasa varios meses en un hospital de la retaguardia. Al término de su convalecencia, es declarado inapto para el servicio armado, destinándosele al servicio del contra espionaje del Ministerio de Guerra: se verá en su libro lo que él piensa de ese servicio "ineficaz y pueril". Alemania se desploma; Rauschning abandona el uniforme y calza las gruesas botas del terrateniente ganadero. La paz de Versalles lo llena de amargura: algunas de sus granjas quedan ahora en territorio polaco; el solar principal, en el que se instala, forma parte del Estado libre de Danzig. Cabría suponer que ese conservador prusiano ingresara en el partido nacional - alemán de Hugenberg y se juntase a las filas de los Cascos de acero, con sus camaradas del viejo ejército. Mas él midió las fuerzas del pasado y las halló débiles. Busca fuera de la vieja Prusia seccionada compañeros de armas y jefes. Sus antiguos condiscípulos de Munich le hablan de Hitler, de ese desconocido que arrastra a las muchedumbres. En 1931, se inscribe en el partido nacionalsocialista, y dos años más tarde es elegido presidente del Senado de Danzig, es decir, primer ministro del Estado libre. Jefe del gobierno, tendrá pronto a su lado al gauleiter Forster como jefe del partido; quiere desempeñar a conciencia el papel de árbitro entre Forster y el Alto Comisario de la Sociedad de las Naciones, entre los intereses alemanes y los de la población polaca de Danzig. Tarea ingrata y sin salida. Lo que esperan de él en Berlín es muy distinto: se quiere que cubra con su autoridad las intrigas, las depredaciones y las violencias de Forster; se quiere que haga transitoriamente tolerables fingiendo resistencia; se quiere

que envenene las querellas en lugar de apaciguarlas. No dice ni sí ni no; vacila y se obstina; la tradición prusiana y su propia conciencia lo disuaden de abandonar una tarea por ser ella difícil, de desechar una responsabilidad por ser demasiado pesada. Hitler, sin duda, ve más claro y más lejos que sus chabacanos lugartenientes; no puede ignorar que Alemania necesita de un largo período de paz; que debe consentir ciertos acomodos con sus vencedores; que ha menester vivir y crecer para asegurar su revancha. Ni que decir tiene que el mismo Rauschning no quiere la paz sino para la revancha. Como Stresemann. Como Hindenburg. Como los nueve décimos y medio del pueblo alemán, humillado en su orgullo, paralizado en su impulso, resuelto a recuperar algún día sus antiguas fronteras. Eso y nada más.

Rauschning se traslada a Berlín, cuando ya no sabe más donde dar con la cabeza; va a pedir al Führer - Canciller ayuda y confortamiento. Es la serie de esas audiencias y de esas conversaciones las que nos presenta en su libro. ¿Conversaciones? El término es impropio. En los encuentros del primer período, en 1931 y 1932, Rauschning, miembro importante del partido, es admitido a la mesa y a las recepciones del Führer; escucha, ocupa modestamente su sitio. Desde enero de 1933 a fines de 1935, es el jefe nacionalsocialista del Gobierno de Danzig; viene a Berlín, a Nurenberg o al Obersalzberg para someter a Hitler sus dificultades y sus legajos. A cada una de sus visitas, él hace la misma experiencia, a la vez desalentadora y fascinante. Hitler apenas lo escucha, aparta con un ademán los papeles, le corta la palabra. —"Es asunto suyo. No me ocupo en esas tonteras. Arréglese." Ningún diálogo ni debate; un monólogo, una conferencia, una arenga apasionada para un solo auditor. El hombre esmirriado, insignificante, balbuciente, que tiene en sus manos el destino de Alemania se anima, se excita, se exalta, exactamente como en la tribuna de la Opera Kroll o en el congreso de Nuremberg. Su flujo verbal se precipita, su voz silba y truena, sus ojos fulguran; entra en un estado de angustia, vaticina, pierde el tino, espeta sentencias sibilinas, conjura extrañas visiones. El oyente petrificado ve surgir de esa boca mediocre los vapores rojos del Brocken, los sueños malsanos de la más negra Alemania, las divagaciones seculares y secretas de un pueblo que corre a la servidumbre colectiva para escapar a su destino fisiológico de anarquía y dispersión. Bruscamente, el medium se despierta: sarcástico, bromea pesadamente, empuja su visitante hacia la puerta y le palmea el hombro con mano familiar y cordial, lo despide conturbado, magnetizado, servil y satisfecho. Un viejo zorro como Schacht confiesa no haber salido jamás del antro sin temblarle todos los miembros.

El alemán del Norte, cuando es de buen tronco, es poco accesible a los encantamientos. El señor Rauschning mide fríamente, con mezcla de admiración y de inquietud, al hombre singular que lo aturde con su flujo de palabras; aquilata la mezquindad y la desmesura, sospecha un si es no es de charlatanismo, y mentalmente toma notas que fijará sin tardanza en el papel. Nos afirma que esas transcripciones "tienen, en una amplia medida, el valor de una reproducción literal". Para quienquiera esté medianamente versado en la crítica de los textos, esa caución de un espíritu escrupuloso y probo apenas si es necesaria. El señor Rauschning tiene su estilo; Hitler tiene el suyo. Imposible concebir dos modos de expresión más desemejantes. Rauschning, escribiendo por su cuenta, es correcto, didáctico, un poco acompasado; va desatando su pensamiento en largos períodos abstractos; parece descender, en linaje espiritual, de Schelling o de Schleiermacher, antes que de Nietzsche o de Bismarck. Hitler es descuidado, desaliñado y vulgar, pero sentencioso y concreto. Cuando está sosegado, habla bonachonamente, a la vienesa, incluso en la jerga y acento vieneses. Cuando lo invade la zozobra, sus frases se hinchan, ondulan, hierven y florecen en una elocuencia prolija y brutal que sólo le pertenece a él y que la radio nos ha dado ya a conocer. Las transcripciones del señor Rauschning son de una fidelidad fonográfica. Hitler en persona, artífice supremo del embuste, no las podría renegar más que en cuanto al tono y al sabor.

* * *

Cae pues en el dominio público, merced al señor Rauschning, el plan totalitario, y, por así decirlo, el último pensamiento de Hitler. Su último pensamiento, su testamento, más bien que su "doctrina secreta". Hitler carece de doctrina, como no tiene secreto. Los conquistadores no tienen doctrina, llámense Alejandro, Aníbal, Tamerlán, Napoleón o Bismarck. Sólo Mahoma tenía una doctrina, si bien no se está cierto de que haya dictado él mismo las suratas del Corán; y en cuanto a Marco Aurelio, su doctrina nada tenía que ver con sus conquistas. Lo cierto en cuanto a los grandes conquistadores lo es también en cuanto a los tiranos de talla más mezquina. Lo que Hitler llama su doctrina, fuera de los oropeles decorativos que tiene de prestado, al azar de sus mediocres lecturas, a Maquiavelo, a Wagner, a Gobineau, a Nietzsche, a los pangermanistas del siglo XIX, a Sorel, a Lenín y sobre todo a fuentes más inferiores, a las lucubraciones de Ludendorff, de Rosenberg y de Haushoffer, es

escuetamente el culto de la fuerza, que prima y suprime no tan sólo el derecho, sino también toda moral y toda actividad desinteresada del espíritu. No es siquiera el más bajo nivel de la negación mefistofélica; el doctor Fausto no hubiese aguantado cinco minutos de conversación con un demonio de la catadura de Hitler. Es la filosofía del lansquenete en la taberna de Auerbach.

Hitler no tiene doctrina: tiene apetitos y designios, lo que es muy distinto. Apetitos monstruosos y un cúmulo de planes refinados o groseros, ingeniosos o pueriles, complementarios o contradictorios, que acaricia y pule a lo largo del día y que se esfuerza por combinar en un sistema coherente. Hitler tampoco tiene secreto alguno: quiere hacer creer que lo tiene y quizá está convencido de ello. Recluído en la fortaleza de Landshut después del fracaso de su primer "putsch", pergeñó, para las necesidades de su propaganda, un esbozo provisorio de su gran designio: era el manuscrito de "Mein Kampf", el más tedioso y maligno libro de toda la literatura alemana, vulgarmente escrito para el vulgo. El plan de "Mein Kampf" valía lo que cualquier otro: tanto mejor si los pedantes examinaban a la lupa y tomaban a la letra esa improvisación de juventud. Más tarde, concibió y construyó planes de repuesto, aun más ambiciosos y más vastos, y tomó el hábito de confiarlos por parcelas y migajas a una media docena de colaboradores privilegiados, cada uno de los cuales susurraba luego al oído de una docena de amigos lo que había creído comprender. Hitler lo sabía muy bien. Él "hablaba" sus planes, a puerta cerrada, por cuanto se sabía incapaz de pensar y de inventar en otra forma que no fuera hablada; conviniéndole experimentar por las reacciones de sus confidentes, las variaciones improvisadas sobre un reducido número de temas; gustándole finalmente abrir a sus privilegiados la perspectiva de una arquitectura lejana y mítica, de la cual tan solo podía develar aún los primerísimos grados. El verdadero secreto de Hitler, no revelado a nadie pero que permite intuir, casi en cada página, los valiosos recuerdos del señor Rauschning, es que el Führer del Tercer Reich desprecia a su propio pensamiento al igual del ajeno, que la actividad de su espíritu es esencialmente negativa, que no atribuye a sus hallazgos más brillantes sino un valor táctico, y que su verdadera fuerza finca en creer obstinadamente en su estrella, con exclusión de toda otra creencia, con exclusión sobre todo de lo que piensa o de lo que dice. Lo útil es la única medida de lo verdadero; una tesis vale otra tesis, siempre que asombre y extravíe, que perturbe y ponga en estado de menor resistencia al mayor número posible de espíritus. Plegarse a las exigencias del razonamiento y de la verosimilitud, convenir en que dos y

dos son cuatro, aceptar la regla común del juego, es entrar en el juego, es hacer el juego del adversario. ¿No ha dicho Hitler al señor Rauschning que es siempre lo inverosímil y lo imposible lo que acierta? Entráis en el ring por un match de boxeo; estrecháis la mano del boxeador de enfrente y lo desplomáis de un tiro de revólver. Es por esos métodos tan simples como se aseguró Hitler todos sus éxitos. Ignora las dificultades, desprecia la opinión experta, cae sobre el obstáculo y lo derriba. "Tengo, dice, el don de simplificar."

Simplificar para la muchedumbre de los espíritus simples en los cuales Hitler quiere fomentar, alimentar y explotar la rebelión. Simplificar para las necesidades de su propio espíritu, inculto y primario, celoso de toda competencia y de toda cultura. Así es como Alarico o Genserico simplificaron los problemas complejos del Bajo Imperio romano. La primera simplificación de Hitler consistió en movilizar las masas alemanas, agriadas por la derrota y la escasez, contra la minoría judía inerme. A veinte contra uno, mata, saquea y apalea: ¿hay cosa más sencilla? Pero sobre todo despojad a los judíos sin matarlos demasiado, hagamos durar el placer, pues han de servirnos también como garantías y rehenes en nuestro chantage de las democracias. Y aquí viene la segunda simplificación, que consiste en resolver la cuestión social por la distribución de camisas pardas a los obreros demócratas y socialistas, por la absorción de los sindicatos, de su personal y de sus bienes. Y he aquí ya la tercera simplificación, la de la política internacional. De un lado, la irreprochable Alemania, del otro las "democracias" fétidas, podridas de cristianismo, de bolchevismo, de moralismo, de judería y de mercantilismo. En el evangelio del nuevo Mesías, los primeros serán los últimos; los pobres suplantarán a los ricos, los fuertes a los débiles, los vencidos a los vencedores. La guerra de 1914 ha infligido al pueblo alemán una lesión traumática colectiva, que le valió la derrota y la "vergüenza de Weimar". Pero los vencedores no advirtieron que estaban a su vez envenenados. La esencia y el veneno de los regímenes democráticos, no es la libertad; es el espíritu de compromiso y de arbitraje emanado de la comunidad, de la cobardía, de una abyecta codicia de la seguridad y de la paz. Ya los pequeños pueblos desarman y los grandes envían a Ginebra sus peritos en asuntos de desarme. Pues bien: Alemania les ofrecerá cuantos compromisos quieran; mas es ella quien será el árbitro. Eso también será muy sencillo: Les daré mi garantía y mi palabra, yo, Hitler, y cuando retire la una y rompa la otra, esos demócratas me suplicarán les conceda aún un nuevo compromiso y una nueva prórroga. Cosecharé así una conquista tras otra, mientras que las naciones provisoriamente perdonadas se

vayan acostumbrando a otra de mis simplificaciones, la que divide el mundo, para su bien, en dos regiones desiguales. Alemania en el centro, y en torno, su espacio vital. E Hitler sigue simplificando, a la manera de Picrocole. De un plumazo o por una lluvia de opúsculos de Goebbels, suprime los neutrales. Con guerra o sin ella, la Gran Bretaña y Francia sufrirán la asimilación, la Gleichschaltung. La conquista de los países bálticos, ya germanizados en sus tres cuartas partes, y la de Rumania, abrirán a las legiones germanas el espacio ruso: ved sino "Mein Kampf"; a menos que no haya que escindir en dos etapas la conquista del mundo, como lo quisieran Haushoffer y algunos generales de la Reichswehr... Hitler no es un doctrinario; se avendrá, si a mano viene, con los bolcheviques, igual que los bolcheviques, en Brest-Litowsk, se avinieron con Alemania, no cediéndole el espacio del Este más que para recuperarlo un poco más tarde. Italia está atada a Alemania por el pacto de acero. Queda el espacio transocéanico: los Estados Unidos ya arruinados, impotentes, dominados por esa "clase de los futuros amos" que son los germanoamericanos; Méjico con sus pozos petrolíferos y sus minas; América del Sud, el Eldorado de la colonización hitleriana... Para Hitler es un simple bocado. Tiene ya, en sus gavetas, planes de despoblación de las naciones inferiores y de transplantación de los nuevos esclavos; prepara, en sus granjas de cría humana, la salvaje aristocracia de sus jóvenes procónsules, de los amos inflexibles que impondrán el rigor alemán a los pueblos vencidos.

*
* *

Dos capítulos del libro del señor Rauschning merecen especial atención, exigen que se les pese palabra por palabra: el capítulo sobre la destrucción del cristianismo y el que contiene el proyecto de una religión del Hombre-Dios. Todos los otros discursos del cabo megalómano, no son, al fin y al cabo, sino variantes de un mismo tema simplísimo del Simplificador: el tema del lucio en el estanque de las carpas. Algunos meses de una guerra que parece escarnecer todas las promesas y barruntos del Führer-generalísimo dan a esas divagaciones, sin que nada pierdan de su valor psicológico, un sonido algo irrisorio. Pero el odio que desborda de cada palabra de Hitler asume en sus diatribas anticristianas una especie de grandeza titánica. En su esfuerzo supremo de simplificación —Durch Hass wissend—, instruído por la bilis y la baba, el vidente se vuelve clarividente para iluminarnos. Ese "judeo-cristianismo" que azota con sus injurias, es lo que llamamos la civilización cristiana, o greco-

cristiana, fundada sobre el respeto de la dignidad humana, la santidad de los contratos, la primacía de la razón ponderada y del amor. Al fin Hitler ve justo: la guerra que impone al mundo es una guerra maniquea, o, como dice la Escritura, una contienda de dioses. No puede terminarse más que por la caída de Hitler en las tinieblas inferiores y el gran soplo del viento oeste que aventará las cenizas de su horrendo Walhalla. Entonces, habrá más alegría para el señor Rauschning, nazi desengañado, que para diez judíos o para diez justos.

Marcel RAY.

PREFACIO

Nada, según yo entiendo, es capaz de dar una idea de la tormenta revolucionaria que se abatirá sobre el mundo si llega a triunfar Hitler. Regímenes interiores y orden exterior serán arrasados en todas partes, lo mismo en Europa que en el resto del planeta. Se verá entonces lo que nunca presenciaron los siglos en lo que va de historia: el derrumbe universal de todo el orden establecido.

La nueva guerra tiene tendencia hacia el trastrueque mundial. Convencido está Hitler de que basta ganarla para imponer a la humanidad un régimen nuevo, que no sería otro que el de su voluntad. Idea fantástica desde luego, pero lo cierto es que la falaz potencia creadora de un histérico amenaza con reducir el mundo a un montón de escombros.

El verdadero designio que Hitler entiende realizar por medio del nacionalsocialismo, no lo hallaremos en "Mein Kampf", pues ese libro está escrito para las masas. Pero la doctrina nazi tiene también su esoterismo, profesado y divulgado entre un pequeño número de círculos restringidos que forman como una super-élite. En efecto, las S. S., las Juventudes Hitlerianas, las esferas dirigentes de la política, como asimismo todas las organizaciones de cuadros, cuentan, al margen de la tropa afiliada, un pequeño grupo de iniciados.

Jamás develó Hitler sus verdaderos fines políticos y sociales, a no ser en esos medios herméticamente cerrados, y es allí, precisamente, que me fué dado oírlos de sus propios labios.

De haber yo publicado estas conversaciones tan sólo seis meses antes, se me las hubiese enrostrado como producto de invención odiosa cuando no de calumnia. Precedentemente, hice algunas alusiones a ellas, callando lo esencial; pero suscitaron más que nada, extrañeza y desconfianza. Mi "Revolución del Nihilismo" me atrajo muchas observaciones. Se me recalcó que mis afirmaciones concordaban mal con los fines del nacionalsocialismo claramente definidos en "Mein Kampf", en particular en lo que atañe a una alianza entre el nacionalsocialismo y la

Rusia de los Soviets. Tales revelaciones sobre los fines verdaderos de Hitler, no tenían ninguna posibilidad de ser tomadas en serio en tanto el nacionalsocialismo pasase por un movimiento nacionalista puramente alemán, enderezado a la destrucción de las servidumbres del tratado de Versalles. Solamente hoy, el mundo está maduro para discernir que Hitler y sus adeptos son realmente los jinetes apocalípticos de un nuevo caos mundial.

Las conversaciones que refiero más adelante son rigurosamente auténticas. Se tuvieron en el último año que precedió a la toma del poder, y en 1933 y 1934, después del advenimiento del nacionalsocialismo. Transcribí la mayor parte de ellas mientras hallábame bajo su impresión inmediata, de modo que, en muy amplia medida, poseen el valor de una reproducción literal. Aquí, Hitler se despacha libremente en medio de sus adictos. Les expone sin tapujos sus ideas verdaderas, ideas que siempre ocultó a las masas. Séame permitido decir que su autor no es ciertamente un hombre "normal" en el sentido habitual de la palabra. Sin embargo, las ideas de Hitler, por extrañas que parezcan, ya suenan a algo que hemos oído en los últimos tiempos: a la voz del Demonio de la Destrucción.

Un hombre reduce aquí toda una época al absurdo. Nos tiende un espejo en el que vemos una imagen de nosotros mismos, deformada sin duda, pero que en parte logramos reconocer. Y esto no es válido solamente para el alemán; Hitler no es solo la expresión del pangermanismo; representa también a toda una generación que padece de ceguera. Un hombre de menguados alcances, esclavo de sus impulsos, va, cual nuevo Quijote, a tomar a la letra lo que, para otros, no fué más que una tentación del espíritu.

He ahí por qué, si ese hombre triunfa un día, cambiará algo más que las fronteras. Desaparecerá al mismo tiempo para el hombre todo cuanto tenía un sentido y un valor. Y es por ello también que esta guerra hitleriana interesa a todo el mundo sin excepción. Es cosa distinta a un conflicto europeo a propósito de cuestiones políticas. Hoy, "surge la Bestia del abismo" y todos, sin distinción de nacionalidad, los alemanes tanto y más que los otros, debemos coligarnos en vista de un solo y común esfuerzo: cegar sin demora al Abismo.

H. R.



HERMANN RAUSCHNING

en su escritorio de Presidente del Senado de Danzig



FORSTER, Gauleiter de Danzig, HITLER, el Dr. RAUSCHNING y LINSMAYER fotografiados ante la villa de Hitler en Berchtesgaden, después de la conversación relatada en el primer capítulo de este libro.

(Fotografía tomada por Rudolph Hess)

I

LA PRÓXIMA GUERRA

—"La próxima guerra en nada se parecerá a la de 1914. No más ataques de infantería, no más asaltos en masas compactas. Todo eso es anacrónico. En cuanto a la usura lenta del frente, que se eterniza durante años, les afirmo que nunca más llegará a reproducirse. Era tanto como la delicuecencia de la guerra. La última guerra acabó por degenerar."

Estábamos reunidos en la pequeña galería del chalet de Hitler. La mirada del Führer se detuvo algunos instantes sobre el flanco de la montaña que divisábamos a lo lejos. "Sí, prosiguió, esta vez volveremos a hallar la superioridad que da la libertad de maniobra."

—"Señor Hitler, ¿es verdad que Alemania tiene en reserva ciertos inventos secretos, capaces de desmenuzar todos los obstáculos e incluso forzar la resistencia de la misma línea Maginot?" Al formular esa pregunta, Alberto Forster, gauleiter de Danzig, me hizo una señal: acababa de lanzar a Hitler sobre su tema favorito."

—"¿Cuál es el ejército que no tiene a mano algún invento secreto? En cuanto a su valor, soy más bien escéptico", respondió Hitler.

—"Sin embargo, la fuerza de penetración de nuestro nuevo proyectil... Se dice también que el arma eléctrica puede ofrecer nuevas posibilidades para el ataque. ¿Es ello exacto? ¿Y los nuevos gases tóxicos, los bacilos? Cree usted que en la próxima guerra se utilizarán los microbios?"

—"Un pueblo a quien se le niega su buen derecho puede legítimamente emplear todos los medios, incluso la guerra bacteriológica." La voz de Hitler se hizo más fuerte. "No tengo por qué tener escrúpulos, y escogeré el arma que juzgue necesaria. Los nuevos gases tóxicos son terribles, pero, después de todo, qué diferencia hay entre la lenta agonía dentro de las alambradas y los sufrimientos del intoxicado por el gas? En el futuro, es toda la nación que se levantará contra otra, ya no será solamente un

ejército luchando contra ejércitos enemigos. Arruinaremos la salud física de nuestros enemigos de la misma manera que quebraremos su resistencia moral. ¿Que si el arma microbiana tiene porvenir? ¡Pardiez!, estoy convencido de ello. En verdad, no estamos muy adelantados todavía en esa técnica, pero se llevan a cabo experimentos, y creo saber que se desarrollan en las mejores condiciones. Pero el empleo de esa arma es limitado. Es importante sobre todo en cuanto sirve para debilitar al adversario *antes* de las hostilidades. Las guerras nuestras las conduciremos, por lo demás, antes de las operaciones militares, y me imagino que tendremos los medios de reducir a Inglaterra, caso de que quisiera marchar contra nosotros. O incluso América..."

—"¿Cree usted, mi Führer, que los Estados Unidos volverán a mezclarse en los asuntos de Europa?", preguntó nuestro tercer compañero, quien en esa época, era el joven Führer de las S. A. de Danzig?"

—"En todos los casos, sabremos quitarles hasta la idea de intentarlo. Existen armas nuevas particularmente eficaces en semejante eventualidad: América está permanentemente al borde de la revolución, y no me será difícil fomentar allí revueltas y disturbios, en forma de que los señores americanos tengan suficiente ocupación en sus propios asuntos. Esa gente no tiene nada que ver con Europa."

—"Acabáis de decirnos, repuso Forster, que se contaminaría al enemigo desde antes de las hostilidades. ¿En qué forma piensa usted conseguir ese resultado en tiempos de paz?"

—"Por medio de agentes nuestros, por inofensivos viajeros. Es ahora y siempre el medio más seguro, el más eficaz que se haya encontrado hasta el presente. No olvide, empero, que los efectos de esa arma no son perceptibles sino al cabo de algunas semanas y que a veces hace falta incluso más tiempo para que una epidemia se manifieste. Quizá utilizaremos también los bacilos en el punto culminante de la guerra, cuando sintamos desfallecer la resistencia del enemigo."

La conversación prosiguió aún sobre ciertos detalles de la futura guerra de gases y de microbios. Nos hallábamos en la casa de Hitler, en la exigua galería del chalet Wachenfeld, sobre el Obersalzberg. El perro lobo de Hitler, una bestia magnífica, estaba agazapado a los pies de su dueño. Los picos de las montañas brillaban del otro lado del valle, coronando una pendiente de sonrientes praderas. Era una maravillosa mañana de agosto, bañada en esa luz un poco cruda, anunciadora del otoño, que se renueva constantemente en las montañas bávaras. Hitler canturreaba un aire de una ópera de Wagner. Me pareció distraído, versátil. Locuaz al principio, se sumió casi de pronto en un si-

lencio huraño. Era, menester es recordarlo, la época en que el nacionalsocialismo iba acercándose a su crisis más grave. El partido se hallaba entonces en una situación casi desesperada, lo que no impedía que en cada palabra del Führer se sintiera el acento de la convicción más absoluta de llegar pronto al poder y de conducir al pueblo alemán hacia un nuevo destino. Hablábamos de la guerra, de su fin y de los contornos trágicos que habían asumido en 1918 todas las victorias alemanas.

—"No capitularemos jamás, exclamó Hitler. Sucumbiremos quizás, mas arrastraremos a todo un mundo en nuestra caída..." Tarareó algunos compases característicos del *Crepúsculo de los Dioses*. Nuestro joven amigo de las S. A. rompió el silencio, sugiriendo que era la superioridad del material enemigo la causa del desventurado fin de la guerra, a lo que replicó Hitler: "La decisión de una guerra no depende del material; depende siempre de los hombres."

—"No obstante, los nuevos descubrimientos y la superioridad de los armamentos deciden de la suerte de pueblos enteros y de las clases sociales. ¿Y no lo entendía usted así, mi Führer, cuando decía hace un instante, que la guerra futura revestiría un aspecto totalmente diferente del que tuvo la última guerra? Las nuevas armas, los inventos técnicos, modificarán totalmente la conducción de la guerra, derribarán toda la estrategia anterior. Hoy, Alemania tiene la superioridad en armas y descubrimientos técnicos."

—"No, la estrategia no varía, a lo menos no por el hecho de los descubrimientos técnicos. Es un error absoluto."

Hitler se animó. "Decidme qué modificaciones han ocurrido desde la batalla de Canas. El invento de las armas de fuego, en la Edad Media, ¿qué es lo que ha cambiado a las leyes de la estrategia? Sigo escéptico en lo que concierne al valor de los descubrimientos técnicos. ¿Cuál es el invento que, hasta ahora, pudo revolucionar las leyes de la conducción de la guerra por modo duradero? Todo invento trae consigo, casi de inmediato, a otro, que neutraliza los efectos del anterior. Claro está, la técnica de los armamentos progresa continuamente, y cierto es de que innovará aún mucho antes de haber alcanzado la perfección absoluta en materia de poder destructivo. Mas todo ello sólo confiere una superioridad momentánea."

Rodolfo Hess, secretario privado de Hitler en esa época, se había mantenido apartado de la conversación. Intervino en ese momento:

—"Esos señores parecen no comprender muy bien cómo Alemania, dado el débil valor de las novedades técnicas para la conducción de la guerra, podría escapar a la ineluctable necesi-

dad de una nueva guerra de posiciones de varios años de duración."

—"¿Y quién dice que pienso hacer una guerra como la que emprendieron los insensatos de 1914? ¿Acaso nuestros esfuerzos no tienden, por el contrario, a evitarla? La mayoría de los hombres carecen decididamente de imaginación." El rostro de Hitler se contrajo en una mueca de desprecio. "A lo sumo son capaces de representarse el porvenir con su pobre pequeña experiencia personal. No entrevén ni lo nuevo, ni lo sorprendente. Los generales tienen el cerebro tan estéril como lo otros. Permanecen encostrados en su técnica profesional. Es siempre fuera de los círculos técnicos donde se encuentra al genio creador. De mí sé decir que tengo el don de simplificar y reducir los problemas a sus datos esenciales. Se ha querido hacer de la guerra una ciencia hermética y es por ello que se la rodeó de todo un aparato solemne. Como si la guerra no fuera la cosa más natural del mundo. Es de todos los tiempos y de todos los lugares, es cotidiana, no tiene comienzo, como tampoco hay paz nunca. La vida es guerra, cada lucha que conducimos es una guerra, *la guerra es el estado natural del hombre*. Volvamos atrás, hasta remontarnos, si queréis, a la época del hombre no civilizado. ¿Qué es la guerra sino ardid, treta, estratagema, ataque y sorpresa? Los hombres no empezaron a matarse entre sí sino a partir del momento en que no podían hacer otra cosa. Los mercaderes, los bandoleros, los guerreros... Al principio, era todo uno y lo mismo. Pero existe una estrategia más alta, una guerra donde se emplean medios de un orden más espiritual. ¿Qué es lo que se trata de obtener en la guerra, Forster? La capitulación del adversario. Desde el instante en que el enemigo capitula, sé que puedo aniquilarlo completamente. ¿Por qué, en tales condiciones, tratar de desmoralizarlo militarmente, si puedo obtener un resultado idéntico por medios menos onerosos y más seguros?"

...Hitler nos expuso a continuación las grandes líneas de la guerra tal como la concibe, tal como después la practicó varias veces. Pero a la sazón, era sólo una visión insólita que carecía de claridad. Empero, resultaba evidente que se había ocupado largamente en esas cuestiones, y a fondo; que tenía la convicción de ser un nuevo gran estratega, una especie de futuro "señor de la guerra", en un sentido hasta entonces desconocido.

—"Si hago la guerra, Forster, introduciré quizá en plena paz, tropas en el recinto de Paris. Llevarán uniformes franceses. Marcharán, a la luz meridiana, por las calles donde nadie tendrá siquiera la idea de detenerlas. Tengo todo previsto en sus menores detalles. Marcharán sobre la sede del Estado mayor, ocuparán los ministerios, el parlamento. En algunos minutos, Francia,

Polonia, Austria, Checoeslovaquia, serán privadas de sus dirigentes. Los ejércitos decapitados de sus estados mayores, todos los gobiernos liquidados, reinará una confusión inaudita. Estaré desde luego en relaciones, de tiempo atrás, con hombres que formarán un nuevo gobierno, el gobierno que a mí me convenga. Hombres como esos, los hallaremos en todas partes. Ni siquiera tendremos necesidad de comprarlos. Vendrán hacia nosotros por su propio albedrío, empujados por la ambición, la ceguera, la discordia partidaria y también por orgullo. Y la paz se firmará aún antes de que estallen las hostilidades. Estad seguros de ello, señores; es siempre lo imposible lo que se trueca en éxito y es lo más inverosímil, lo más cierto. De sobra hallaremos voluntarios, hombres como nuestras S. A., silenciosos y dispuestos a todos los sacrificios. Les haremos trasponer la frontera desde el tiempo de paz, por pequeños grupos, y todo el mundo caerá en la cuenta de que son pacíficos viajeros. Hoy, señores, ustedes no me creen; sin embargo, lo haré como lo digo, los introduciré sección por sección. Tal vez aterrizaremos en los campos de aviación, pues estamos capacitados, en este momento, para transportar por aire, no sólo hombres, sino también armas, y no habrá ninguna línea Maginot para detenernos. Nuestra estrategia, Forster, consistirá en destruir al enemigo desde el interior, en obligarlo a vencerse a sí mismo".

....

....

—"¿Qué opina de ello?, preguntóme Forster a media voz. Hace algunas semanas desarrolló ante los generales que dirigen las operaciones de la Prusia oriental, un plan enteramente nuevo para la defensa de esa región contra un ataque eventual de los polacos. Y los generales lo adoptaron. Hitler es un genio, es un especialista universal..."

Linsmayer, nuestro Führer de las S. A. rogó luego a Hitler que se dejara fotografiar en grupo con nosotros. Salimos todos, y nos ubicamos ante la casa, de espaldas a la pendiente escarpada. Hess nos fotografió, con Hitler al centro; luego dimos algunos pasos detrás del inmueble, sobre el camino estrecho que, en esa época, conducía al bosque cercano. Miré en dirección de la posada "Zum Türken", que se hallaba frente a nosotros. Advertí que allí había algunos turistas de pie, vueltos en dirección nuestra, que nos observaban con catalejos. Hess nos hizo notar la pendiente verdegueante que se ensanchaba un poco más lejos en un domo apenas combado. Según él, se hubiera debido instalar en ese lugar un terreno de aterrizaje para aviones, lo que hubiera permitido suprimir el fastidioso trayecto

caminero, al fondo del valle. Hess acababa de participar con cierto brillo en un meeting de aviación. Como Forster se lo recordara, Hitler intervino: "En adelante, Hess, absténgase de esas manifestaciones. Son inútiles, y yo lo necesito, Hess..."

Hitler reanudó el coloquio: "No cabe duda de que dominaremos en materia de aviación. El arma aérea ofrece innumerables posibilidades. Nuestra superioridad será aplastadora. En ese terreno, debemos temer a un solo competidor serio: los ingleses. Los eslavos, en cambio, jamás acabarán de comprender la guerra aérea; es una arma viril, una forma germánica del combate. Haré construir la más grande flota aérea del mundo. Tendremos los pilotos más intrépidos. Evidentemente, tendremos también un fuerte ejército de tierra."

—"¿Establecerá usted el servicio militar obligatorio", preguntó Linsmayer.

—"Ciertamente. Estableceré incluso la obligación generalizada del trabajo, comparada con la cual la *Hilfsdienstpflicht* de Hindenburg no existe. Nos hacen falta ejércitos, no sólo formaciones especializadas de alta calidad, sino también ejércitos de masas. Pero no los haremos intervenir como en 1914. Lo que la preparación artillera representaba en aquel entonces para el ataque de infantería en la guerra de trincheras, será reemplazado en el futuro por la dislocación psicológica del adversario por medio de la propaganda revolucionaria, y esto, antes mismo que los ejércitos entren en juego. Es indispensable desmoralizar a la nación enemiga, prepararla a capitular, constreñirla moralmente a la pasividad, incluso antes de planear cualquier acción militar. ¿Obtendremos la derrota moral del adversario antes de la guerra? He ahí la cuestión que me interesa. Quien haya hecho la guerra en el frente no puede querer nuevos sacrificios sangrientos, si es posible evitarlos. Todos los medios que permitan ahorrar la preciosa sangre alemana serán buenos. No vacilaremos en fomentar revoluciones en tierra del enemigo. Recordad a Sir Roger Casement y a los irlandeses durante la guerra mundial. Doquiera, en pleno país enemigo, tendremos amigos que nos ayudarán; sabremos procurárnoslos. La confusión de los sentimientos, los conflictos morales, la indecisión, el pánico, he ahí cuales serán nuestra armas." Hitler se dirigió a mí: "¿Conoce usted, no es verdad, la historia de las revoluciones? Es siempre lo mismo. Las clases dirigentes capitulan. ¿Por qué? Por derrotismo. Porque no les queda ya voluntad alguna. Las enseñanzas de la revolución, he ahí todo el secreto de la nueva estrategia. Lo aprendí de los bolcheviques y no me avergüenza decirlo, pues más se aprende siempre de los enemigos. Conocen

ustedes la teoría del golpe de Estado? Estúdienla y sabrán entonces lo que tendrán que hacer."

Escuchábamos, y ninguno de nosotros sospechaba cuán cerca estaban todas esas ideas de su realización. Yo recordaba experiencias hechas durante la Gran guerra por el comando superior alemán, con los jefes bolcheviques. Lo que en un tiempo fuera improvisación, para quebrar la resistencia enemiga por una revolución interna, iba erigido hoy en sistema y racionalmente reglamentado...

—"Jamás comenzaré una guerra sin tener previamente la certidumbre absoluta de que mi adversario desmoralizado sucumbirá al primer choque." La mirada de Hitler se vuelve fija, su voz adquiere más volumen. "Cuando el enemigo está desmoralizado en el interior, cuando está al borde de la revolución, cuando amenazan estallar disturbios sociales, entonces es cuando ha llegado el momento, y un solo golpe puede aniquilarlo. Ataques aéreos en masa, golpes de mano, actos de terrorismo, asesinato de dirigentes, ataques aplastantes sobre todos los puntos débiles de la defensa adversa, asestados como martillazos, simultáneamente, sin preocuparse de las reservas ni de las pérdidas, tal es la guerra futura. Un martilleo gigantesco que lo pulveriza todo, yo no veo otra cosa y no pienso en lo que vendrá después... Yo no jugaré al soldado ni dejaré que se me impongan los estrategas. La guerra la conduciré yo. El momento favorable para el ataque seré yo quien lo determine. Ese momento, el más favorable de todos, lo aguardaré, con una determinación de hierro y no lo dejaré escapar. Pondré toda mi energía en provocarlo. Será mi tarea. Y cuando lo consiga, tendré derecho a enviar la juventud a la muerte, pues entonces habré ahorrado tantas vidas humanas cuanto es posible hacerlo. Señores, no nos divertiremos jugando a los héroes. Lo que queremos, es aniquilar al adversario. Los generales, pese a las enseñanzas de la guerra pasada, quieran seguir comportándose como caballeros antiguos. Se creen obligados a conducir las guerras cual si se tratara de torneos medioevales. Para nada preciso caballeros. Lo que me hace falta, son revoluciones. Tengo hecho, de la doctrina de la revolución, la base de mi política."

Hitler se detuvo algunos instantes: "No retrocederé ante nada. No hay derecho internacional, no hay tratado que pueda impedirme sacar provecho de una ventaja cuando se presente. La próxima guerra será terriblemente sangrienta y cruel. Pero la guerra más cruel, la que no hace ninguna diferencia entre los militares y los civiles, será también la guerra más dulce, porque será la más corta. Al tiempo que intervendremos con todas nuestras armas, desmoralizaremos el adversario por la

guerra de nervios. Provocaremos una revolución en Francia. Estoy tan seguro de ello como de que esta vez no estallará en Alemania. Me lo pueden creer. Entraré en territorio francés como libertador. Nos presentaremos al pequeño burgués francés como los campeones de un orden social equitativo y de una paz eterna. Esas gentes ya no quieren saber más nada de guerra y de grandeza. En cuanto a mí, *quiero la guerra*, y todos los medios me serán buenos. ¡Evitad sobre todo de provocar al enemigo!, no es ésa mi divisa. Lo que quiero, es aniquilarlo por todos los medios. La guerra será lo que yo quiero que sea. *¡La guerra, soy yo!"*

II

UNA VELADA Y UNA MAÑANA EN EL OBERSALZBERG

Llegábamos de Danzig, Forster, Linsmayer y yo. Era cerca de medianoche cuando nuestro tren entró en la estación de Berchtesgaden. El coche de Hitler nos esperaba. Hicieron falta veinte buenos minutos antes de llegar al Obersalzberg después de un trayecto accidentadísimo, pero Hitler quería absolutamente vernos aún esa noche.

Avanzó a nuestro encuentro. Tenía visitas: algunas damas. Su casa era pequeña, de aspecto modesto y simpático. El recibo ocurría en la habitación de estilo rústico bávaro, que ocupaba todo el ancho de la planta baja. Delante del gran calorífero, un simple banco de madera. Algunos pájaros asustados piaban en una jaula suspendida del cielo raso. Hess nos saludó e hizo las presentaciones. Hitler nos ofreció kirsch: ¡alcohol en casa de un abstemio! Hacía por lo demás bastante frío, y el aire vivo de la montaña contrastaba duramente con el calor estival que hubimos de soportar durante el viaje en ferrocarril. Estábamos en el mes de agosto de 1932. Yo había ya encontrado a Hitler en público, pero era la primera vez que penetraba en su intimidad. Su aposento era agradable y confortable como el de un pequeño burgués alemán de antes de la guerra, con sus cortinas de madapolán y sus muebles rústicos, mas no era por cierto el cuadro de un futuro liberador de Alemania.

¿Qué impresión produce Hitler? Es la pregunta que se suele hacer a todos cuantos se le acercaron. Por mi parte, recuerdo que despertó en mí emociones contradictorias. Dentro de ese cuadro, el gran tribuno desaparecía, se esfumaba hasta no ser más que un pequeño burgués insignificante. En torno suyo, todo era simpático, pero nada se distinguía por una nota personal. La presencia, a esa hora, de un cierto número de damas de edad más que canónica, me sorprendió. ¿Tenía Hitler verdadera necesidad de la fiel devoción de esas mujeres para conservar su confianza en sí mismo?

Hitler no tiene realmente nada que pueda atraer. Todo el

mundo lo sabe muy bien hoy, pero en esa época, entre los miembros del partido y los simpatizantes, no era cuestión sino de sus ojos profundos y azules. Lo cierto es que sus ojos no son ni azules ni profundos. Su mirada ora es fija, ora apagada. Les falta ese destello, esa luz que es el reflejo del alma. Su voz sombría, de timbre extraño, es chocante para un alemán del Norte. Su entonación es llena, pero silbante, como si tuviese las narices obstruídas. Con todo, esa voz gritona, gutural, amenazadora y frenética se ha vuelto célebre en el mundo entero. Encarna el tormento contemporáneo, y por mucho tiempo quedará cual símbolo de una época demencial, sin que nadie comprenda cómo pudo emanar de ella un encanto cualquiera.

El magnetismo personal es un fenómeno del todo particular. He experimentado sobre mí mismo y sobre otros que tiene influencia únicamente sobre quienes quieran que la tenga. He observado que Hitler producía la más fuerte impresión sobre personas fáciles de influir y en las cuales el elemento femenino es dominante, o aun sobre gente llevada al bizantinismo y al culto del individuo, ya sea como resultado de su educación, o debido a su posición social. El aspecto físico de Hitler no contribuye ciertamente a realzar su capacidad de seducción. Su frente es huidiza y desgarbada. El mechón de cabellos que le cae sobre los ojos, su pequeña talla sin prestancia, la desproporción de sus miembros, su desmaña, sus pies planos de largo desmedido, su nariz horrible, su boca sin expresión y su pequeño mostacho hacen de él un ser más bien sin gracia. Nada atrae en él, salvo quizá sus manos, que son notablemente bien formadas y expresivas. ¡Qué diferencia con el rostro maravillosamente joven e inteligente de Napoleón, por lo menos tal cual lo representa la máscara tomada después de su muerte! ¿Qué dictador autoritario haría este hombre hosco, de rostro crispado y asimétrico? Le falta, sin duda alguna, el equilibrio que caracteriza al jefe. Le falta, sobre todo, el sello de la virilidad.

Hitler nos recibió con una cordialidad jovial. En esa época, un crimen bestial acababa de cometerse en Alta Silesia. Nacionalsocialistas habían ido, durante la noche, a sacar a uno de sus adversarios políticos de la cama, y lo habían matado a patadas. El canciller von Papen, que debía ser más tarde el propio artífice de la ascensión de Hitler al poder, había promulgado leyes severísimas contra los crímenes políticos. Los asesinos de Potempa habían sido condenados a muerte. En un telegrama, cuya violencia hizo sensación, Hitler se solidarizó públicamente con los asesinos. Aprobaba completamente el crimen de aquellos que él llamaba sus camaradas. Esa actitud le costó desde luego numerosas simpatías, y su estrella pareció palidecer. Nuestra conversación giró precisamente en torno a esos sucesos recientes. Hitler se indignaba de la lucha conducida contra él por el "nacionalismo burgués", que denunciaba como el peor enemigo de Alemania. "Haré disolver los Cascos de Acero", declaró con la seguridad del hombre cierto del éxito. (Los Cascos de Acero eran la asociación de los soldados nacionales del frente y constituían la guardia armada del partido nacional-alemán). Luego vituperó la política de Papen, la que, según él, no descansaba más que sobre la mentira y el crimen. Estigmatizó las condenas a muerte pronunciadas por el tribunal que, dijo, eran un insulto a todo sentimiento de justicia. La violencia del tono probaba cuánto él mismo se sentía amenazado. "Tales veredictos sangrientos, dijo, no pueden olvidarse. En una época tan agitada como la nuestra, una nación todo puede soportarlo y olvidarlo, a condición de que haya lucha leal de opiniones. Si entregara yo la calle a las S. A., y si, en esos combates callejeros, veinte o treinta mil alemanes perdieran la vida, la nación lo admitiría y luego lo olvidaría, pues nos habríamos batido como sobre un campo de batalla. Pero un veredicto falseado, pronunciado fría y deliberadamente, una condena a muerte ordenada y ejecutada contra el sentimiento popular de justicia, la ejecución de hombres que sólo obraron bajo el imperio de un patriotismo exacerbado y condenados como vulgares asesinos, eso quedará gravado eternamente en la memoria del pueblo."

Confieso que en el momento los argumentos apasionados de Hitler me produjeron una impresión bastante viva, aun cuando haya visto siempre en el homicidio de Potempa lo que veía la mayoría del pueblo, esto es, uno de los baldones más infamantes que hayan manchado la prenda aun prestigiosa que era la camisa parda. ¡Mas, desde entonces, cuántas muertes crueles, cuántas torturas perpetraron las S. A. y las S. S.! Y no bajo el imperio de la pasión patriótica, sino simplemente por crueldad sádica y fríamente premeditada. Ignoro si, más tarde, Hitler se acordó de los reproches con que abrumara a Papen, cuando él mismo ordenó tantos veredictos sangrientos contra pretendidos traidores a la patria. Muy verosímilmente, no. Hitler y la mayor parte de sus histéricos gauleiters como Forster, por ejemplo, nunca han sentido escrúpulos en renegarse. Cambiaron de opinión sin siquiera darse cuenta. Todos ellos pasan el tiempo en renegarse de un día a otro y con la mejor fe del mundo. "Papen cargará con la responsabilidad. Se lo garantizo. En cuanto a los "Cascos de Acero", los pagaré con la moneda que se merecen. Los haré disolver para castigarlos por sus ataques desleales contra mis S. A. ¡Cuando pienso que se han rebajado hasta ponerse en contacto con el Frente Rojo!"

Avanzaba la hora, las damas se levantaron. Hitler se dejó desvelar más de lo que hubiera querido. Tenía ante sí una noche sin sueño. Cambiamos aún algunas frases intrascendentes, luego Hess nos hizo signo de retirarnos. Nos reuniríamos al día siguiente. Debíamos estar siempre listos para responder al primer signo, para presentarle nuestras sugestiones. Hitler nos acompañó hasta la puerta. Era muy pasada la medianoche; el cielo estaba estrellado y claro, y la noche, fresca. El alba comenzaba a despuntar. Linsmayer y yo regresamos a pie a la posada "Zum Türken", y nos separamos de Forster, que se alojaba en otra casa.

III

"DEBEMOS SER CRUELES"

Me costó dormirme. No sé si a causa de las palabras que acababa de oír o simplemente por el aire de las montañas, al cual yo no estaba acostumbrado. Compartí mi cuarto con Linsmayer. Ese joven Führer de las S. A. era uno de esos numerosos jóvenes simpáticos, sinceros y verdaderamente patriotas que se adhirieron al movimiento por motivos puramente desinteresados. Importa recordar la existencia de esos jóvenes caballeros a los que no admiten más colores que los de Prusia, negro y blanco, y son incapaces de concebir los móviles por los cuales innumerables alemanes se precipitaron, con las mejores intenciones del mundo, en una corriente irresistible, con la firme creencia en la necesidad de su sacrificio. Pues esa juventud sabía bien que se sacrificaba, que sacrificaba su desenfado y su derecho a la vida.

Era bastante tarde cuando se nos vino a decir que Hitler se había levantado y quería hablarnos. Reanudamos nuestra conversación sobre el tema de la víspera. "Debemos ser crueles, afirmó Hitler. Debemos serlo con una conciencia tranquila. Así solamente lograremos extirpar de nuestro pueblo la blanda indulgencia y la sentimentalidad del pequeño burgués; así solamente destruiremos en él la "Gemutlichkeit" y la beatitud que nace del fondo de los vasos de cerveza. El tiempo de los bellos sentimientos ya pasó. Tenemos el deber de constreñir nuestro pueblo a las grandes acciones, si queremos que cumpla su misión histórica."

Hitler se tomó un tiempo. "Yo sé, prosiguió, que debo mostrarme un educador inflexible. Y yo mismo debo constreñirme a la dureza. Mi misión es más ardua que la de Bismarck o de todos sus sucesores. En efecto, me hace falta primero formar el pueblo, antes de pensar en resolver los problemas que hoy confrontan a nuestra nación."

Todos cuantos conocen a Hitler por haberlo visto en la época heroica del nacionalsocialismo, saben que tenía un temperamen-

to quejumbroso y exageradamente sentimental, con tendencia al enternecimiento y al romanticismo. Sus crisis de llantos ante cada dificultad interna no eran debidos a una simple nerviosidad. Tras la crueldad y la inflexibilidad de Hitler, hallaríamos la desesperación de una humanidad forzada y artificial más bien que la amoralidad de la fiera que obedece a sus instintos naturales. Empero, en la dureza y en el cinismo inauditos de Hitler interviene algo más que la pasión contenida de un hipersensible. Es una necesidad irresistible de vengar y castigar. Es un sentimiento específicamente revolucionario que, como en los nihilistas rusos, los lleva a querer hacerse a la fuerza, sin discernimiento ni método, el campeón de los humillados y de los ofendidos. Sabemos hoy que no hubo, por así decirlo, hombre de algún rango que haya obrado con tamaña maldad, con tan poca piedad, con tal sed de venganza y que se haya mostrado tan mezquino en la represión de injusticias sufridas —o pretendidamente sufridas— que Hitler, del cual no se podría, por lo demás, citar un solo rasgo de generosidad. En ese tiempo, todos los pensamientos de Hitler estaban en lucha contra la tentación de salirse de la vía legal que se había trazado él mismo para llegar al poder, y adueñarse del gobierno por una revolución cruenta, por una "marcha sobre Berlín". Lo acosaban constantemente sus colaboradores más allegados, que lo incitaban a salir de su reserva y empeñar la batalla revolucionaria. Él mismo se hallaba en conflicto con su propio temperamento revolucionario, que lo urgía a la acción con toda su pasión, mientras que su prudencia política le aconsejaba escoger el camino más seguro de las "combinaciones" políticas y aplazar el término de lo que él llamaba "su venganza". Está comprobado que en el momento de las elecciones de otoño de 1932, una revolución nacionalsocialista estuvo a punto de estallar. Por supuesto, habría significado el fin del partido, por cuanto la Reichswehr no habría vacilado en anegar el movimiento en sangre. En esa época, el partido estaba obsesionado por este pensamiento: "la calle para los batallones pardos". En conversaciones con sus allegados, Hitler pesaba constantemente las probabilidades de una ocupación brusca de las posiciones claves, políticas y económicas. Y se detenía largamente, con particular interés ante la posibilidad de reprimir despiadadamente, en combates callejeros, la resistencia eventual de los marxistas.

Es esa misma contradicción moral la que hizo vacilar recientemente al Führer del III Reich, cuando se preguntó si debía ceder a su deseo de convertirse en el "más grande estratega de todos los tiempos", o si debía, por el contrario, seguir por la vía de la "combinación" que tanto éxito le valiera. Por otra

parte, en la época a que me refiero más arriba, Hitler se oyó reprochar por sus partidarios el haber dejado pasar la ocasión favorable. En efecto, la crisis económica había comenzado a atenuarse en 1932. En consecuencia, la afluencia al partido había disminuido. Los adversarios de Hitler comenzaban a levantar la cabeza y parecían deber ganar la carrera. Cercado por todas partes, hábilmente maniobrado, puesto en la imposibilidad de accionar, Hitler veía derrumbarse todos sus planes para llegar al poder. La elección presidencial había sido una pesada derrota para el partido. Desde que Papen estaba en el gobierno, Hitler veía a su aborrecido rival superar con soltura la mayoría de los obstáculos políticos que Hitler mismo había escogido para sus objetivos de batalla. Por ejemplo, la manumisión de la policía prusiana y la eliminación de la base marxista de acción en Prusia. Impaciente, locamente impaciente de pasar a la acción, fuerza le era, sin embargo, permanecer ocioso y contentarse con desempeñar el papel de veraneante en esas montañas bávaras, mientras el tiempo iba pasando y Papen le robaba descaradamente todos sus planes.

IV

EL PLAN EN EL CAJÓN

De planes tratamos precisamente en esa mañana de Berchtesgaden. Hitler preguntó por la situación política de Danzig, lo cual lo condujo bastante lógicamente a plantear la cuestión económica. Recordé los resultados deleznables de la encuesta prescrita por él en vista de un programa general de lucha contra el paro. Diversos miembros del partido, de los cuales la mayoría no eran sino aficionados ambiciosos, habían traído sugestiones que los colaboradores más serios acogieron con alguna ironía. En el mismo momento, fuera del dominio particular de Danzig, dos teóricos oficiales del partido, los ingenieros Feder y Lawaczek, habían armado y defendido en las charlas del *brain trust*, como se dice en América, sistemas más extraños que convincentes. Esas cursilerías sólo provocaban la risa de los economistas profesionales. Pregunté, pues, a Hitler, cuyas relaciones personales con Feder yo ignoraba, por qué medios pensaba realizar el financiamiento del programa económico. Le dije que, según mis modestas luces, el sistema de Feder no significaba otra cosa que el financiamiento basado en la inflación.

—"¿Cómo así?", preguntó Hitler mirándome con aire iracundo. "El financiamiento no me preocupa en lo más mínimo. Déjeme usted hacer. No habrá dificultad alguna si eliminamos a los especuladores."

—"Pero, repliqué, no será posible mantener los precios si financiamos de esa manera los grandes trabajos. La moneda imaginada por Feder provocará forzosamente la inflación."

—"La inflación se produce si uno quiere, indignóse Hitler. La inflación no es sino una falta de disciplina: indisciplina de los compradores e indisciplina de los vendedores. Yo cuidaré de la estabilidad de los precios. Para ello, tengo a mis S. A. ¡Guay del que se atreviera a subir los precios! No serán menester textos legislativos. El partido se encargará de él. Ya verán ustedes, cuando vayan nuestras S. A. a hacer respetar los precios en los almacenes. No tendrán necesidad de ir dos veces."

Forster hizo un signo de asentimiento. Ese género de disciplina económica le parecía excelente.

—"Desde ya, prosiguió Hitler, las teorías de Feder y de Lawaczek me importan poco. Tengo el don de reducir todas las teorías a sus datos objetivos. Cuando venga el momento, obraré con decisión. En cuanto a las quimeras, no tengo por qué ocuparme en ellas. No precisa usted tomar en serio a ese Feder y a su equipo, incluso si sus asertos son aprobados oficialmente por el partido. Que charlen cuanto quieran. Cuando esté en el poder, me las arreglaré para que se tornen inofensivos. Cuando nuestros hombres comiencen a sembrar confusión, Forster, es muy sencillo, les tapa usted la boca. Todas esas gentes son incapaces de pensar llanamente, no traen sino ideas complicadas. Mientras que yo, con esa mi facultad de simplificarlo todo, llego a ponerlo todo en marcha. Las dificultades no existen más que en la imaginación." Se detuvo por algún tiempo. Ese abandono de Feder por Hitler era cosa nueva para mí. Era interesante en el sentido de que caracterizaba la superioridad de Hitler sobre su círculo. Incuestionablemente, Hitler poseía el don de la simplificación y, hasta cierto punto, en un sentido creador. Como muchos autodidactas, tiene el don de abrir brechas en el baluarte de los prejuicios y de las opiniones convencionales, y más de una vez le ocurrió descubrir verdades sorprendentes.

"Tampoco me dejaré engatuzar por los que se ha dado en llamar capitanes de industria. ¡Capitanes! Quisiera saber dónde está su puente de mando. Son pobres necios que, más allá de sus baratijas, son incapaces de prever nada. A medida que uno los va conociendo mejor, deja de respetarlos." Hitler hizo un gesto despreciativo. Forster comenzó a hacer el elogio de los planes de creación de trabajo que fueran reunidos en su *Gau*, en vista de la toma del poder, por una pretendida "sección técnica de ingenieros." Noté algunos signos de impaciencia de Hitler e insinué que se trataba de un conjunto aun provisorio para ser completado por un trabajo de coordinación. "A mi entender, dije, había que aportar una idea directriz en correlación con las posibilidades de financiación, junto con una clasificación de los proyectos por orden de valor y de urgencia."

—"Todo dependerá del impulso inicial, respondió Hitler. La forma de llegar a la meta, no es eso lo más interesante. Lo que hace falta, es establecer un circuito económico cerrado, en forma que nuestra economía no vaya a sangrarse en el extranjero. Podría obtener el éxito buscado, ya sea por el rearme o por la construcción de viviendas o ciudades obreras. Podría quizá también distribuir a los desocupados suficiente dinero para satisfacer sus necesidades urgentes. De esta manera, crearía un poder

de compra y aumentaría la cifra de los negocios. Todos esos métodos son sencillos, nada tienen de complicado, y saldríamos perfectamente airosos de la prueba, ya que basta un poco de voluntad para no dejarse amilanar por algunas dificultades inevitables. En todo ello, no hay ninguna ciencia misteriosa, contrariamente a lo que afirman los profesores; es una simple cuestión de buen sentido y de voluntad."

Con eso se echa de ver que Hitler no atribuía gran importancia a los planes de creación de trabajo. Los consideraba evidentemente más como un derivativo, en esa época de inactividad total, que como una necesidad de construir caminos, ciudades obreras, llevar mejoras a los métodos agrícolas, o perfeccionar la técnica. Su famoso plan que "tenía listo en un cajón", era, como muchas otras cosas, un simple medio. Una burbuja de jabón de reflejos cambiantes y no un trabajo serio. El mismo Führer del partido no tenía confianza alguna en el valor de los esfuerzos desplegados. Los ordenó por razones de propaganda, pero le tenían sin cuidado sus resultados. Y fijándose de más cerca, uno advertía que el famoso cajón estaba vacío. Todo el equipo objetivo con el cual Hitler tomó el poder consistía en la confianza ilimitada que tenía de vencer todas las dificultades mediante la divisa primitiva pero eficaz: basta mandar para que las cosas anden. Hacer andar más bien mal que bien, quizás, pero hacer andar durante un cierto tiempo y, entretanto, ver venir.

Empero, tras la actitud de Hitler había un desprecio hacia todo prejuicio y una astucia campesina que se estaría tentado de calificar de grandiosos. Llegado al poder, encontró que las cosas iban muy bien, aun con el cajón vacío. Los obstáculos que se levantaron provenían, a su juicio, de la malevolencia de los reaccionarios que intentaban sabotear sus proyectos. Hitler no quería reconocer las dificultades que residían en la naturaleza misma de las cosas, y no veía sino la insuficiencia de los hombres.

Por otra parte, puede decirse que tuvo suerte con el cajón vacío, pues fué en ese vacío donde Schacht introdujo sus ideas ingeniosas. Existen buenas razones para suponer que, sin ese "prestidigitador", el amor propio de Hitler habría tenido que sufrir muy pronto algunas heridas penosas. Y es lástima. Pues la confianza que el Führer no creía deber más que a sus propios méritos, le permitió poco tiempo antes de la dimisión de Schacht, de rechazar las exigencias más severas que éste formulaba en vista de consolidar la economía de los gastos. Bastóle a Hitler recordar la ventura con que operaba en el pasado. En efecto, en ese momento de la "lucha por el poder", todas las veces que Hitler reclamaba dinero a Schwarz, el cajero del partido, éste

le contestaba invariablemente: "Señor Hitler, la caja está vacía." Entonces Hitler pegaba un tremendo puñetazo en la mesa y decía: "Schwarz, necesito mil marcos para mañana por la mañana", y ¡oh! prodigio, al día siguiente los mil marcos estaban allí. "Cómo se los haya procurado, observaba Hitler, esó no me interesa!"

Hitler jamás preocupóse mucho por el financiamiento de sus proyectos, y eso, por cierto tiempo, quizá haya sido una fuerza. En todos los casos, todos sus gauleiters lo imitaban. "Hay dinero en cantidades ilimitadas", respondíame Forster, nuestro gauleiter de Danzig, cuando yo le manifestaba mis inquietudes a propósito de sus grandiosos proyectos de edificación... Durante nuestra visita a Hitler, Forster mostró poco interés, excepto por los problemas relacionados con los descubrimientos técnicos.

"Señor Hitler, dijo después de haber dejado al Führer abstraerse algunos instantes, ¿qué piensa usted realmente de los nuevos descubrimientos? ¿Cree usted que podemos tener fe en ellos? ¿Es cierto lo que se dice de que únicamente inventos de esa naturaleza obligan a los industriales a grandes inversiones que tienen por consecuencia un nuevo impulso económico, un impulso duradero?" Y Forster iba prosiguiendo, con las vacilaciones propias de un hombre que no tiene un conocimiento muy cierto de las cosas de que habla: —"Lo que quiero decir, es que se podría tal vez considerar la posibilidad de un nuevo incremento técnico de toda nuestra vida, tal como se produjo después de las épocas sucesivas de la máquina de vapor, de la industria eléctrica, o de la del motor y de la industria química."

Hice notar que Lawaczek pensaba precisamente que la época de las grandes revoluciones técnicas estaba prescripta y que era justamente por ello que había llegado a pergeñar su teoría tan poco original de la acumulación de energía eléctrica barata mediante la producción electrolítica de hidrógeno y la construcción sistemática de presas como medios de producción económica de corriente eléctrica.

—"Los ingenieros están locos, cortó brutalmente Hitler. Tienen a veces una idea que podría ser utilizada, pero que se transforma en locura cuando se vulgariza. Lawaczek no tiene más que construir sus turbinas, pero que no vaya a buscar los medios de provocar un repunte económico. No se embarquen con él. Conozco su manía. Señores, todo eso son paparruchas. El mundo no se repite jamás. Lo que tenía valor para el siglo XIX, nada vale para el siglo XX. Los descubrimientos ya no vienen por sí mismos en alas de la suerte. Hoy dependen de nosotros. Somos capaces de calcular el momento en que se pro-

ducirán, y en qué terreno. Se producen, por otra parte, de continuo, y es de nosotros que depende su desarrollo. Pero el "hic" está justamente en que no los desarrollamos. Pasamos al lado de las posibilidades. Todo es cuestión de voluntad. En nuestros días, ya no es posible dejar que las cosas vayan a su antojo. Los países ricos, que todo lo poseen, no necesitan nuevos descubrimientos. ¿Para qué? Por el contrario, les estorban. Quieren seguir lucrando con los viejos métodos. Quieren dormir, eso es lo que quieren los pueblos ricos, Inglaterra, Francia, América. Lawaczek tiene razón en un sentido: hace falta producir metódicamente lo que antes nacía de la suerte. Hace falta suplir al azar. Y eso, podemos hacerlo. Allí es donde reside la importancia de las obras que emprenderán los Estados, y no ya los especuladores y los banqueros judíos que, hoy, tienen interés en que no se haga nada nuevo. Es bien por ello que nosotros, alemanes, debemos liberarnos de esa gente. Debemos marchar por nuestros propios medios. Pero Alemania tal cual está hoy carece de toda unidad biológica. *Alemania no será verdaderamente Alemania sino cuando sea Europa.* En tanto no lleguemos a dominar Europa, no haremos sino vegetar. Alemania es Europa. Les garantizo que entonces no habrá parados en Europa: asistiremos a una prosperidad inaudita. Nos encargaremos de sacar al mundo de su letargo. Nos asignaremos tareas que nadie actualmente puede sospechar. Y las llevaremos a buen fin. Pero nos hace falta Europa y sus colonias. Alemania todavía no es más que un comienzo. Ya no hay en el continente un solo país que forme un todo completo. *Nuestro espacio completo, para nosotros, es Europa.* Quien la conquiste, impondrá su impronta a los siglos venideros. Estamos designados para esa tarea. Si no logramos nuestro propósito, sucumbiremos, y todos los pueblos europeos perecerán con nosotros. Es cuestión de vida o muerte. Vuestro Lawaczek, vuestro Feder son para mí dos viejas que chochean alrededor de una tetera. ¿Para qué me sirve su prudencia pequeñoburguesa?"

Hitler calló. Era la primera vez que develaba ante mí algunos de sus proyectos verdaderos. Debo confesar que la amplitud de esa perspectiva habíame sorprendido e impresionado en esa época.

V

DANZIG, FUTURO AMBERES DEL MAR BÁLTICO

Nuestra preocupación principal, la que queríamos discutir con Hitler, concernía a Danzig. Después de haber planeado en medio de proyectos grandiosos, íbamos a tener que bajar hacia la realidad más terrena. El partido nacionalsocialista de Danzig se encontraba entonces en situación difícil. Contrariamente a lo que acontecía en el resto del Reich, el partido no estaba en la oposición. Desde 1930, era el más numeroso y sostenía un gobierno minoritario, en el cual predominaban los alemanes nacionales. Desde la lucha iniciada más o menos abiertamente por estos últimos contra los nacionalsocialistas, Forster deseaba elecciones nuevas, a las que el Senado de Danzig se oponía resueltamente. Por ello es que Forster proponía retirar el apoyo del partido al gobierno, para crearle dificultades. La cuestión era, pues, la siguiente: ¿Aprobaba Hitler la caída del gobierno? La vuelta de los nacionalsocialistas a la oposición, ¿tenía algún interés político para Hitler? Tal cuestión, con parecer totalmente subsidiaria, tenía empero una importancia que se revelaba al examinarse la situación general del partido en esa época.

La primera pregunta que Hitler nos formuló fué la siguiente: "¿Tiene Danzig un tratado de extradición con Alemania?" No comprendí inmediatamente y respondí que teníamos con el Reich ciertos convenios de reciprocidad. Hitler aclaró: "Quiero decir esto: ¿tiene Danzig, a pedido del Reich, la obligación de entregarle a personalidades políticas alemanas residentes en su territorio?" Seguía yo sin comprender exactamente el alcance de la pregunta de Hitler. Le contesté que no estaba en uso la extradición de personalidades políticas, siempre y cuando no hubieran cometido ninguna acción criminal. "Es posible, explicó Hitler, que me vea constreñido a instalar la dirección de mi partido en el extranjero. Las condiciones podrían de aquí a poco, volverse difíciles para el partido. Puede que contemple una estada temporaria de la dirección del partido fuera del Reich, por cuanto podríamos sufrir en Alemania misma una

presión demasiado fuerte para poder trabajar libremente. Tengo la obligación de prever todas las eventualidades. Suponed que deba yo abandonar a Alemania de noche. Danzig sería un lugar maravillosamente apropiado y a proximidad del Reich. Mi decisión tocante a las nuevas elecciones de Danzig puede depender, pues, de las garantías que me ofreciera Danzig en caso de necesidad." Contesté que en tal caso el gobierno de Danzig sólo ofrecería garantías insuficientes para la seguridad del partido y de su acción política, si el Reich prohibía al partido, pero que con todo era poco probable la extradición por motivo político.

—"Forster, debemos reflexionar aún y ver si no valdría más mantener las relaciones amistosas con el gobierno de Danzig, antes que llevarlo a unas elecciones cuyos resultados no nos darían la dirección exclusiva." Forster reflexionaba. —"En qué fecha podrían estar listos para las nuevas elecciones?", preguntó Hitler. —"No antes de fin del otoño", respondió Forster. Hitler se alzó de hombros: "Demasiado tarde para mí."

A continuación hubo un cambio de impresiones bastante largo sobre las posibilidades de una nueva consulta electoral y sobre las probabilidades de hacer admitir al gobierno de entonces la instalación del cuartel general de Hitler en Danzig. Creí no deber ocultar que si el partido y las S. A. estaban prohibidos en Alemania, era muy probable que una medida análoga sería tomada en Danzig, por cuanto ese gobierno minoritario no tendría ocasión más favorable para deshacerse de sus guardianes. La opinión de Hitler sobre el conjunto de la situación, me sorprendía considerablemente. Más adelante me enteré de que, en efecto, el gobierno alemán había considerado el principio de interdicción del partido nacionalsocialista y de que no lo había postergado más que provisionalmente y bajo la presión de la Reichswehr. La lucha ilegal interesaba a Hitler, lo atraía porque se prometía hallar nuevos estímulos en la ilegalidad. Quería la lucha brutal y sin ningún escrúpulo. Hitler proclamó "su indomable voluntad" de sacar plena ventaja de una persecución posible: es precisamente la interdicción del partido la que aseguraría rápidamente su triunfo total. Pero quería tener manos libres y era menester que no estuviera bajo la vigilancia de la policía.

No arribamos a ningún resultado preciso: Danzig, la ciudad libre, transformada en tierra de asilo del partido nacionalsocialista, nuevamente acosado, de nuevo en la ilegalidad, esa idea quedó en el estado de proyecto confuso. No obstante, no hubo necesidad de tomar decisión alguna, pues el gobierno de Papen prefirió no llevar adelante sus veleidades de interdicción. De

todos modos, en el momento en que Danzig es el punto central de la crisis política mundial (1), es asaz picante recordar que la independencia de Danzig, por lo menos una vez, fué deseada por Hitler y que tuvo la intención de utilizar esa independencia para su propia seguridad.

La conversación torció sobre la situación peligrosa de la Prusia oriental. Circulaban rumores sobre un ataque posible de parte de Polonia. Hitler manifestó una alegría cargada de odio a propósito de la tensión que se agravaba por momentos entre Berlín y Varsovia. Esa actitud estaba de acuerdo con la que debió asumir muy pronto en Pomerania, donde el partido local declaró que una agresión de Polonia contra la Prusia oriental, Danzig o la Pomerania no interesaba a los camisas pardas, y que se contentarían de permanecer a la expectativa.

No es la primera vez que Hitler cuidó de suministrar contra sí mismo la prueba de que el interés de su partido primaba sobre los intereses nacionales.

Hablamos después de la guerra futura, de los armamentos secretos y de las medidas de protección del Reich. Ya en esa época, Hitler consideraba favorablemente las probabilidades de una guerra aislada del Reich contra Polonia. Tenía una idea pobrísima del soldado polaco. Según él, era el peor soldado del mundo, colocándolo junto al soldado rumano y al soldado italiano. Pero negaba querer lanzar su gobierno en una guerra cualquiera, ni siquiera contra Polonia. Por el contrario, él quería en ese entonces evitar todo cuanto pudiese avivar los focos de conflicto. Por su parte, incluso estaba dispuesto a firmar un tratado con Polonia: "Debemos primero fortalecernos. Lo demás vendrá por sí solo. Procederé por etapas. No hacer jamás dos cosas a la vez. No olvide nunca eso, Forster", díjole a su benjamín. Llegamos luego a la conversación que referí más arriba sobre la guerra y las posibilidades de guerra.

Pasaba el tiempo, iba acercándose el mediodía. Hess acababa de regresar e Hitler nos había dejado solos por un instante. Miramos hacia el valle. Hess nos hizo la descripción de los contornos y nos mostró la mancha donde se hallaba Salzburgo. Nos enteramos que Hitler miraba con odio implacable en dirección a la frontera que encerraba su país natal. Comprendimos que se trataba allí de sentimientos personales y no solamente de sentimientos políticos y nacionales.

Hitler se despidió de nosotros, pero antes nos gratificó con algunas de sus ideas sobre la política danziguense. "Danzig, dijo, era una ciudad de grandioso porvenir, llamada a desempeñar un

(1) Estas páginas son anteriores a la invasión de Polonia.

papel extremadamente importante en una Europa alemana. Debía de contar varios millones de habitantes por el hecho de encontrarse en el punto de intersección de las líneas de fuerzas naturales. Esa opinión de Hitler, en oposición a la opinión general que no quería ver en Danzig más que a una ciudad agonizante destinada a convertirse en una ciudad-museo, pertenece en sus fundamentos, según pude establecerlo, a un consejero de Hitler que permaneció en el anónimo, pues murió joven: el ingeniero Plaichinger. Le había hecho una visita en Munich y me había expresado la misma opinión sobre el porvenir grandioso de Danzig, que él calificaba de futuro Amberes del mar Báltico.

Nos despedimos de Hess. Un coche nos esperaba. Bajamos hasta Munich. En el momento de dejar Obersalzberg, vimos a Goebbels bajar de un coche y ascender penosamente, rengueando, el sendero estrecho que conducía desde el camino real al chalet de Hitler. Comenzaba a tejer la tela en la cual la mosca Alemania debía enmarañarse un día.

VI

LOS HARAS DE LA NUEVA NOBLEZA ALEMANA

La primera Casa Parda en Munich era una mezcolanza característica del "building" moderno y del estilo teutónico más pasado de moda. En su interior se veían muebles metálicos, armarios para archivos, clasificadores de último modelo. También había una sala senatorial, estandartes, armoriales, pinturas horribles y todo un baratillo alegórico. Tuve ocasión de poder contemplar varias horas seguidas, en el curso de mis conferencias íntimas con Hitler y algunos de sus consejeros, un cuadro que representaba el "triunfo del movimiento" o algo parecido. Sobre una llanura que se extendía a lo lejos, congregábase una multitud incontable, lo mismo que en el juicio final se ven miriadas de resucitados que suben al cielo. Por encima de esa muchedumbre, una cruz gamada rutilaba en medio de la tempestad y de las nubes.

Un círculo muy restringido fué el que convocó Darré en ese verano de 1932, para echar las bases de una "política oriental del espacio vital". Darré, el miembro más joven del partido entre los que debían más tarde entrar en el gobierno, albergaba la ambición particular de definir la futura política alemana del Este. A decir verdad, las grandes líneas de esa política estaban ya esbozadas en "Mein Kampf". Pero las consecuencias político-agrarias y demográficas quedaban imprecisas en el cuadro romántico-histórico compuesto por el Führer, y el mismo Rosenberg no se había detenido a fijar con exactitud sus pormenores.

Darré, que tenía estudios agronómicos, se encargó de la puesta en aplicación práctica y científica de las doctrinas racistas. Juntaba las fichas con gran acopio documental sobre la biología hereditaria de la élite nacionalsocialista y en particular sobre las S. S. Por instigación de Himmler, estaba echando mano a los árboles genealógicos de la nueva nobleza, especie de "pedigree" para la futura raza señorial que había que obtener metódicamente, según los mejores principios de la cría y selección de las razas animales y del ganado. Darré me mostró sus cla-

sificadores y sus grandes cartas demográficas. En esa época, Himmler había decretado la prohibición, para los miembros de las S. S., de contraer matrimonio sin autorización especial. La autorización matrimonial se conseguía después de hondo examen biológico de cada uno de los futuros esposos...

"Ese es el tronco de la nueva nobleza. Seleccionaremos la mejor sangre, explicó Darré, señalando con el dedo a sus archivos metálicos. Así como hemos regenerado nuestro viejo caballo hanovriano a partir de padres degenerados, crearemos nuevamente el tipo puro del alemán nórdico por cruzamientos obligatorios en cada generación. Quizá no sea posible regenerar al pueblo alemán por entero. Pero la nueva nobleza será una cría selecta en toda la acepción de la palabra."

Miré las grandes hojas "in-quarto" en los archivos. "Deseo que todos mis jefes campesinos entren en las S. S., dijo Darré. Es en ese manantial humano de las S. S. que iremos a buscar la nueva nobleza. Procederemos con método y con arreglo a conocimientos biológicos de base científica, para hacer lo mismo que la nobleza de sangre de los siglos pasados obtuvo instintivamente. En nuestra época de transición, estamos obligados a reemplazar el instinto por medidas racionales. En primer lugar, la integrará el campesinado, en la medida en que haya conservado un remanente de instinto sano por el hecho de haberse adherido al movimiento. Tomaremos igualmente el buen tronco hereditario de la vieja nobleza de sangre, en la medida en que se haya conservado pura. Entreveo la creación de "colegios nobles" donde la nueva aristocracia, fuertemente arraigada a la tierra, se preparará para proporcionar los jefes de las poblaciones extranjeras incorporadas al Reich, quienes dirigirán con mano de hierro a esos elementos mercenarios. Eso significa que tales "colegios" serán establecidos en los centros del espacio extranjero de nuestro futuro Reich."

Darré, casado en segundas nupcias con una mujer perteneciente a la vieja nobleza germano-báltica, estaba a punto de revolucionar los conceptos burguesamente socialistas del partido sobre la colonización humana por concepciones radicalmente distintas sobre una política agraria alemana. Hallaba la mayor comprensión por esa política de parte de Hitler, que siempre buscó congraciarse con los grandes terratenientes del Este del Elba. La conferencia a la cual Darré nos había invitado de acuerdo con Hitler, tenía que ocuparse igualmente de la futura política del Este en cuanto a base de una nueva política agraria alemana y de una política demográfica que excluiría todas las concepciones liberales.

Uno de los miembros del estado mayor de Darré expuso

las tareas especiales de una "política del espacio oriental", según la expresión de Darré. Dijo, entre otras cosas, que había que crear un bloque de Estados como el que comenzó a desarrollarse durante la guerra mundial. En el centro del núcleo de bronce, un gran Estado central. Bohemia, Moravia, Austria, debían integrarlo. En torno a ese bloque, una corona de pequeños Estados vasallos, pequeños y medianos. Tal sería, decía el informante, la armadura del gran Reich alemán. Los estados bálticos, una Polonia reducida a su menor expresión etnográfica y separada del mar del Norte, una Hungría aumentada, una Serbia y una Croacia separadas, una Rumania disminuída, una Ucrania dividida en un cierto número de regiones, Estados rusos del sud y caucásicos, tal era el futuro Reich confederado del que Alemania sacaría la plenitud de su potencia. Al noreste, como pilar en uno de los ángulos, Finlandia; al sudeste, Georgia, o, bajo algún otro nombre, el Cáucaso como otro pilar. Todo eso unido con la argamasa de un ejército común, una economía y un sistema monetario comunes, una política exterior común. Pero, agregaba el conferenciante, ese conglomerado sería deleznable y efímero si no se estableciera previamente un plan metódico de repoblación y de despoblación. Así como suena: se preveía igualmente una política de despoblación. En efecto, el gran peligro para la gran raza blanca nórdica fincaba en la inmensa fecundidad de los pueblos eslavos y orientales que, como todos los pueblos inferiores, suplían la menguada calidad por la cantidad, es decir, por la fecundidad de sus mujeres. La política agrícola de los bolcheviques ulterior a la guerra, es decir el parcelamiento de las grandes propiedades en pequeñas colonias campesinas, había acrecentado aún esa fecundidad de una manera inquietante. Se trataba en consecuencia de arrancar de nuevo los pequeños campesinos eslavos de la gleba y de hacer de ellos proletarios desposeídos, a fin de disminuir su proliferación. Había que hacer pasar las tierras de cultivo a manos de una clase de amos alemanes. "En todo el espacio oriental, sólo el alemán tiene derecho a poseer grandes propiedades." El país de raza extranjera retornará a ser país de siervos, de jornaleros agrícolas o de trabajadores industriales.

Otro orador expuso el lado agrícola de la nueva política. "No se trataba, dijo, de crear nuevas colonias en el interior de Alemania, tal manera de eludir el problema era típicamente un expediente liberal. La colonización no es posible más que en un espacio etnográficamente extraño, es decir por la conquista de un nuevo suelo nacional." Las ideas de población agraria de Brüning y consortes son criminales porque conducen al pueblo alemán hacia un ideal chinesco. No hace falta colonización inter-

na alguna, pero sí una conquista colonial externa. No hacen falta pequeños colonos, pero sí colonias de grandes propietarios. La política prusiana de anteguerra en las Marchas del Este había significado un desconocimiento total del gran problema, inconcebible para un espíritu que no estuviese contaminado por el liberalismo del antiguo Reich. Y ahora se estaban soportando las consecuencias de esa política, ya que produjo efectos radicalmente opuestos a los esperados: un incremento de la población eslava, en lugar del acrecentamiento de los elementos germanos. Había pues que combatir resueltamente ese bolcheviquismo agrario que consistía en parcelar sistemáticamente los latifundios. Había que reconstituir las grandes granjas susceptibles de criar numerosos animales y de emplear máquinas, reuniendo las explotaciones minúsculas del oeste de Alemania. Habría que reconstituir las propiedades fraccionadas por las reformas agrarias en los países creados por el tratado de Versalles, y ante todo entregar a propietarios alemanes los grandes dominios de todo el ámbito del Este. Se crearía en Alemania un derecho de sucesión agraria que obligaría a los herederos desaventajados a emigrar al Este para convertirse ellos también en grandes propietarios rurales. Se concentrarían las pequeñas propiedades en Alemania en forma de disminuir la densidad de la población agrícola. La reagrarización de Alemania no se efectuaría de ningún modo en Alemania misma, sino en el Este, en el "gran espacio de comando", bajo la dominación del nacionalsocialismo. El trabajador agrario alemán, hasta cierto grado hereditario, se consideraría campesino poseyente u obrero calificado en la industria. Los trabajos agrícolas serían efectuados por jornaleros extranjeros con salarios muy bajos. Sin la institución de cierta forma moderna de servidumbre, e incluso de esclavitud, el desarrollo de la cultura humana no sería posible. Por otra parte es únicamente de esa manera que sería posible una política agrícola de los precios, que permitiría reducir progresivamente los de los productos agrícolas alemanes al nivel de los mundiales, adaptación que habría de revelarse indispensable tarde o temprano.

Seguidamente, Darré tomó la palabra. La fecundidad eslava debía ser destruída. Eso, como primera medida. La segunda tarea consistía en crear una clase alemana de amos y en arraigarla hondamente. Tal era el sentido profundo de la "política oriental del espacio" que vendría a reemplazar la estructura horizontal de las razas europeas: era menester prever una estructura vertical. En otros términos, la élite alemana era llamada a convertirse en una élite de amos en Europa y finalmente en el mundo entero. Darré daba a esa élite el nombre germánico que le cuadraba: *Adel*, nombre alemán de la nobleza. Mas, para

constituir y asentar esa aristocracia de nuevo cuño, no bastaba un amaestramiento intelectual, corporal y político. Como fundamento de toda la empresa, era necesaria una selección biológica, seguida de una política de crianza metódica y progresiva. Sin esa precaución, se correría el riesgo de que la clase de los amos degenerase rápidamente al contacto de las poblaciones extranjeras, sucumbiendo a la molicie resultante de su bienestar y de sus privilegios sociales.

Por tanto, el punto de partida era una reconstrucción social de la futura Alemania y de Europa, implicando el establecimiento metódico de un nuevo orden social o, más exactamente, un orden jerárquico. Pero semejante empeño no podía intentarse sobre un territorio tan reducido como el territorio alemán. No podía serlo más que sobre el continente entero, sobre toda la tierra. Había pues que meditar ese problema gigantesco en términos rigurosos y hasta las últimas consecuencias. Al propio tiempo que se emprendería la construcción de un cuerpo social sano, era menester acelerar por todos los medios la descomposición del viejo cuerpo social agonizante. La burguesía sería desarraigada lo mismo que el mundo obrero. Mas habría que tener en cuenta las consecuencias espirituales. Era preciso tener el coraje de retrogradar lo mismo hacia la ignorancia sistemática que hacia el paganismo. La cultura y la ciencia representaban ciertos peligros para la clase de los amos. Pero el libre acceso a la cultura era aun más peligroso para el mantenimiento de una clase de esclavos. El ideal de una cultura abierta a todos ha tiempo que perdió su razón de ser. El conocimiento y la ciencia debían recobrar su carácter de cultura secreta, reservada a los privilegiados. Solamente a ese precio la ciencia podría volver a su papel normal, que es el suministrar a los amos los medios de dominar tanto a la naturaleza humana como a la naturaleza extra-humana. Se vuelve así nuevamente a la necesidad de reconstituir una nobleza europea de la sangre, que el nacionalsocialismo opone a la plutocracia del liberalismo internacional.

Así como la clase campesina alemana es la fuente inagotable del germanismo y que a ese título debe recibir un tratamiento de favor, así también habrá que dar una seguridad perpetua a la nueva nobleza, y defenderla contra la degeneración, sometiéndola a las leyes más estrictas de la selección biológica y vinculándola de manera especialísima a la tierra. La misión de esa nobleza allende las fronteras étnicas del país alemán, será la de constituirse en guardia pretoriana, y de proporcionar los amos rígidos que impondrán la dominación alemana. La importancia de los "junkers" de la Alemania oriental fincaba precisamente en el hecho de que se comportaban como amos, como reyezuelos

gobernando una población sometida. Y es por ello que el "junker" prusiano ha sido siempre uno de los mejores tipos del alemán, tanto tiempo como se ha protegido contra el liberalismo y contra la cruza judía. La nueva nobleza de la sangre y de la tierra tendría asignado análogo empeño, para el mayor bien de toda la nación y no ya solamente en vista de los intereses de una clase. Desde el principio del nuevo sistema, los miembros de la clase dirigente del partido que no tuvieran aun lazos terrenos deberían asumir la dirección de una "granja de la nueva nobleza", constituída en bien familiar hereditario. Más tarde, los jefes políticos del movimiento serían escogidos exclusivamente entre los miembros de esa nobleza, instrumentos selectos de la dominación mundial alemana. Una tarea gigantesca nos esperaba. El punto más difícil sería el de organizarla técnicamente en el período intermedio, período de transición que precedería a la revolución total."

Así habló el profeta agrario del nacionalsocialismo. Hitler tomó entonces la palabra:

—"Queridos camaradas: todo cuanto se ha dicho aquí debe permanecer estrictamente secreto. No preciso esfuerzo alguno para imaginarme que el programa que acaba de ser esbozado rebasa la comprensión de gran número de nuestros camaradas. Pero Darré tiene razón. Debemos sacudir definitivamente la cáscara de un liberalismo en el cual hemos nacido y que llevamos aun inconscientemente pegado a nuestras espaldas. Es cosa difícil para muchos de los aquí presentes. Pues hemos recogido nuestras ideas, en el decurso de nuestra experiencia, en todos los abrojos del camino y la mayoría de las veces ya no discernimos su origen.

"A lo que acabáis de oír sobre nuestra política del Este o, más precisamente, del espacio oriental, le doy mi aprobación casi total. Empero, mis queridos camaradas, hay una cosa que tendréis siempre presente en el espíritu. No conseguiremos nunca la dominación mundial, si antes no tenemos en el centro de nuestra irradiación un poderoso núcleo, consistente como el acero. Un núcleo de ochenta o cien millones de alemanes formando una unidad compacta. En consecuencia, mi primerísima tarea será la de crear ese núcleo que, no solamente nos hará invencibles, sino que nos dará, de una vez por todas, una superioridad decisiva sobre todos los pueblos europeos. El día en que tengamos realizada esa primera etapa, lo demás será relativamente fácil. A ese núcleo pertenece Austria. Va de por sí. A ese núcleo pertenece igualmente Bohemia y Moravia, como asimismo las regiones occidentales de la Polonia hasta ciertas fronteras estratégicas naturales. Debemos integrarle del

mismo modo, y esto es importante, los Estados bálticos, que durante siglos tuvieron una clase dirigente alemana. En la hora actual, son sobre todo razas extranjeras las que pueblan esos territorios.

"Cuando querramos crear nuestro gran Reich alemán en su ámbito definitivo, tendremos el deber de eliminar esos pueblos. No hay razón alguna para que dejemos de hacerlo. Nuestra época nos da los medios técnicos para realizar con relativa facilidad todos esos planes de transplantación. Por otra parte, la época de la postguerra provocó la emigración interna de muchos millones de hombres, al lado de la cual nuestra presente empresa no es más que una bagatela. La cuenca de Bohemia y Moravia, los territorios que se extienden inmediatamente al este de Alemania serán colonizados por campesinos alemanes. Transplantaremos los checos y otros eslavos de esas regiones en Siberia o en las tierras de la Volinia. Les asignaremos "reservas" en los nuevos estados confederados del Reich. *Debemos expulsar los checos de la Europa central.* Mientras se queden allí, serán siempre un foco de descomposición husita y bolchevique. Es solamente cuando tengamos la voluntad y el poder de alcanzar ese objetivo que yo estaré dispuesto a asumir la responsabilidad de sacrificar a toda una generación de la juventud alemana. Incluso si tal ha de ser el precio, no vacilaré un segundo en cargarme la conciencia con la muerte de dos o tres millones de alemanes, en pleno conocimiento del peso de tal sacrificio.

"Para los Estados bálticos, la situación es diferente. Germanizaremos fácilmente la población. Hay allí razas que, étnicamente son afines a nosotros y que se habrían vuelto alemanas hace mucho tiempo si los prejuicios y el orgullo social de los barones baltas no hubiesen levantado obstáculos artificiales.

"Por lo demás, los problemas de frontera me interesan poco en sí mismos. Si les sacrificara mi política, malgastaríamos nuestros esfuerzos en desmedro del pueblo alemán. Por ello quiero terminar de una vez con el sentimentalismo mentecato de los tiroleses del sud. Nunca me pasará por la idea, a causa de esa cuestión que podría interferir en las líneas fundamentales de nuestra política, de dejarme extraviar o molestar por una alianza con Italia, si la juzgo útil. En el curso de su desventurada historia, el pueblo alemán ha sido explotado siempre y en todas partes cual mísero ganado. No me dejaré llevar por recuerdos de nuestro pasado, por honrosos que ellos sean, a cometer alguna locura política. Para Alsacia y Lorena, la situación es todavía distinta. Jamás renunciaremos. No porque esas regiones estén pobladas por originarios alemanes, sino simplemente porque tenemos necesidad de esos territorios y de otros

más para redondear nuestro núcleo territorial del Oeste, exactamente como tenemos necesidad de la Bohemia en el Sud y de Posen, de la Prusia oriental, de la Silesia y de los países bálticos al Este y al Norte."

....

Hitler prosiguió: "Por tanto, la situación es clara. Para nuestro avance al Este y al Sudeste, no seguiré las directivas del general Lüdendorff ni de ningún otro. No obedeceré sino a la ley de bronce de nuestra evolución histórica. En cuanto Alemania se haya rearmado, todos esos pequeños Estados se ofrecerán voluntariamente como aliados. No es cuestión de fabricar mezquinamente una Paneuropa pacifista, con el buen tío alemán en el centro acortando gentilmente el tiempo de estudio de sus buenos sobrinos. No tenemos la intención de engordar a nuestros propios herederos. Lo que cabe, una vez por todas, es que una Europa germánica cree las bases políticas y biológicas que serán los factores perpetuos de su existencia. Mis queridos camaradas, nosotros no ponemos el acento sobre lo económico. Desde luego que utilizaremos los cereales, el aceite y los minerales de los países vecinos. Mas nuestro pensamiento primordial es el de instituir nuestra dominación para siempre, y con tal raigambre que pueda durar por lo menos mil años. Para conseguirlo, no son ni los tratados políticos, ni los acuerdos económicos los que nos prestarán ayuda, pese a lo que imaginaban von Papen y Hugenberg. Esas son puerilidades de liberales, que conducen derechamente a la bancarrota de la nación. Estamos enfrentándonos hoy con la implacable necesidad de crear un nuevo orden social. Si logramos crearlo, podremos entonces, pero solamente entonces, llevar a cabo la gran tarea histórica que es la de nuestro pueblo.

"La sociedad sin clases de los marxistas es una locura. El orden implica siempre una jerarquía. Mas el concepto democrático de una jerarquía basada en el dinero no es menor locura. Una verdadera dominación no puede nacer de los beneficios aleatorios realizados por las especulaciones de las gentes de negocio. El secreto de nuestro éxito es precisamente el de haber restablecido en el centro de la lucha política, la ley vital de la verdadera dominación. La verdadera dominación no puede originarse sino allí donde se encuentra la verdadera sumisión. En modo alguno se trata de suprimir la desigualdad entre los hombres, sino por el contrario, de amplificarla y hacer de ella una ley protegida por barreras infranqueables como en las grandes civilizaciones de los tiempos antiguos. No puede haber derecho igual para todos. Tenemos el coraje de hacer de ello no tan solo la máxima de nuestra conducta, sino

también de conformarnos a ella. Es por ello, que nunca reconoceré a las demás naciones el mismo derecho que a la nación alemana. Nuestra misión es la de sojuzgar los otros pueblos. El pueblo alemán está llamado a dar al mundo la nueva clase de sus amos.

"La función de la burguesía ha terminado. Ha terminado para siempre, queridos camaradas, y no os llaméis a engaño, aun si viérais por ventura alguna corriente galvánica provocar alguno que otro estremecimiento en ese músculo muerto. En cuanto a las clases dirigentes históricas, en cuanto a la nobleza del almanaque, en cuanto a esos retoños degenerados de la antigua aristocracia, no les queda más que un solo camino, el de morir bellamente. No es por los medios ridículos de sus clubs y de sus castas como esos clubmen y sus secuaces podrán detener el curso de la historia. Es evidente que no destruiré ninguna fuerza de dominación allí donde se encuentre aun al estado puro. Pero pregunto: ¿Queda alguna todavía? De haberla, tendrá que unirse conmigo.

"No, camaradas, la creación de una nueva "capa superior" es cosa que no se discute. Se la crea, y para crearla, no hay más que un medio, el combate. La selección de la nueva élite de los Führer saldrá de "mi combate", de mi lucha por el poder. El que me siga ya es elegido por el solo hecho de seguirme y de la calidad del concurso que me preste; es tal el significado revolucionario de nuestro largo y tenaz combate, que implica el nacimiento de una nueva clase de jefes, llamados a dirigir, no sólo los destinos del pueblo alemán, si que también los del mundo entero.

"El nuevo orden social que deberá nacer al mismo tiempo que una nueva clase de jefes, no será el fruto de fantasías especulativas ni de experiencias de laboratorio: surgirá de un proceso histórico único. Estamos precisamente en el centro de ese proceso. Vivimos en medio de la conmoción revolucionaria que nace de la abdicación de las viejas clases sociales y del ascenso de las nuevas. Pero, los señores marxistas yerran al imaginar que es el proletario quien reemplazará al "junker" a la cabeza del nuevo orden social. Tal idea trasunta bastante bien la ridícula cobardía de la burguesía claudicante, que ve en el obrero de fábrica una suerte de salvador místico portador de la salud social. El proletariado, en su significado político actual, es uno de los síntomas transitorios de un orden social moribundo lo mismo exactamente como la nobleza y la burguesía.

"¿Que cuál será el aspecto del futuro orden social? Camaradas, os lo voy a decir: habrá una clase de señores, oriunda de los elementos más diversos, reclutada en el combate, y justifi-

cada así históricamente. Habrá la muchedumbre de los diversos miembros del partido, clasificados jerárquicamente. Son ellos los que formarán las nuevas clases medias. Habrá también la gran masa de los anónimos, la colectividad de los servidores, de los mineros, *ad aeternum*. Poco importa que en la *ci-devant* sociedad burguesa, hayan sido propietarios agrícolas, o obreros. La posición económica y el rol social de antes perderán toda significación. Esas distinciones ridículas serán fundidas en un solo y único proceso revolucionario. Más abajo aún, veremos la clase de los extranjeros conquistados, de los que llamaremos fríamente los esclavos modernos. Y por encima de todo ello, habrá la nueva alta nobleza, compuesta de las personalidades dirigentes más meritorias y más dignas de la responsabilidad. De esa suerte, en la lucha por el poder y dominio dentro y fuera de la nación, es como irá creándose un orden nuevo. Mas esa transformación no se efectuará, como lo creen nuestros profesores y nuestros ratones de bibliotecas, por una constitución agenciada por ellos y promulgada por decreto gubernamental.

"Sí. Estoy de acuerdo con lo que acaba de decir nuestro camarada Darré. Es en el Este donde encontraremos nuestro gran campo de experimentación. Allí es donde nacerá el nuevo orden social europeo. Tal es el gran significado de nuestra política del Este. Una última palabra para concluir. Es cierto que en la nueva aristocracia que crearemos, admitiremos igualmente los representantes de otras nacionalidades, que habrán demostrado simpatía por nuestro combate. Sobre ese punto también, pienso exactamente como Darré y como Himmler. El racismo biológico no es más que uno de los aspectos de nuestro sistema. Por otra parte, de aquí a poco, desbordaremos las fronteras del estrecho nacionalismo de hoy, pues los grandes imperios, si bien nacen sobre una base nacional, no dejan de trasponerla más o menos pronto.

"Y llego así a lo que se llama la cultura o la educación. Tan seguro y cierto como los planes que hemos discutido aquí esta noche deben permanecer ignorados de los simples militantes del partido, no es menos seguro que hay que acabar de una vez por todas con lo que se llama la instrucción general. La instrucción general es el veneno más corrosivo y más disolvente que el liberalismo haya encontrado para su propia destrucción. No [illegible] haber más de un grado de instrucción para cada clase, [illegible] clase, para cada escalón. La libertad total de instruc- [illegible] privilegio de la élite y de los que la élite admite en [illegible] Todo el aparato de la ciencia debe permanecer bajo [illegible] permanente. La ciencia es el instrumento de la vida

pero no es su esencia. Consecuentes con nosotros mismos, dispensaremos a la gran masa de la clase inferior los beneficios del analfabetismo. Por lo que hace a nosotros, nos liberaremos de todos los prejuicios humanitarios y científicos. Y a ese efecto, haré predicar, en los colegios de "junkers" que tengo la intención de crear y que serán obligatorios para todos los futuros miembros de la aristocracia, el Evangelio del hombre libre, del hombre dueño de su muerte y de su vida, elevándose por cima del temor humano y de la superstición; del hombre que se adiestra a volverse dueño de su cuerpo, de sus músculos y de sus nervios, tan perfectamente como el simple soldado, pero que dominará además las tentaciones del espíritu o de una pretendida libertad científica."

VII

EL ANTICRISTO

Recuerdo la conversación que sigue hasta en sus menores detalles. Me ha dejado una impresión indestructible; marca el punto de partida de mi alejamiento progresivo del partido: ese día comencé a comprender lo que era el nacionalsocialismo y sobre todo lo que quería ser. Estábamos reunidos en la Cancillería, en los departamentos de Hitler. Un pequeño canapé, algunas sillas, una mesa. Las señoras de Raubal y de Goebbels, Forster, Goebbels y yo, sentados en círculo. Detrás de nosotros, el "Führer", flamante canciller del Reich, sentado a su mesa de trabajo, hojeaba documentos mientras discutía con Julius Streicher y con Wagner de Munich. Se sirvió el te con masitas. La señora de Raubal, hermana de leche del führer, procuraba iniciar una conversación banal, pero estábamos todos rendidos de fatiga. La señora de Goebbels, pintada como no le es permitido a una alemana, escuchaba atentamente a Hitler, y por mi parte, por nada del mundo hubiese perdido la conversación que se tenía detrás de mí y que se me antojaba cada vez más apasionante.

La velada era ya muy avanzada. Hitler había ido al cine, para honrar con su presencia una mala cinta patriótica, dedicada a la gloria de Federico el Grande. Habíamos llegado a la cancillería antes que Hitler y aguardábamos su regreso. Goebbels entró el primero: "¡Qué film fabuloso! —exclamó—, un gran film; exactamente el que nos hacía falta." Instantes después, el Führer salió del ascensor. "¿Qué tal, ese film?" lanzó Forster a guisa de saludo. "¡Un horror, una inmundicia! Hacerlo prohibir por la policía. Verdaderamente, ya es abusar de esas sandeces patrióticas." "Tiene usted toda la razón, mi Führer", aprobó Goebbels, mientras adelantaba unos pasos. "Es una cinta muy endeble y mala. ¡Ah!, nos queda aún una gran misión educadora por cumplir." El príncipe Augusto Guillermo de Prusia, que había acompañado a Hitler, al momento de despedirse dejó caer con displicencia en el umbral de la puerta: "Ya sería hora

de hacer una ley por el estilo de la ley sobre protección de animales, para impedir que se maltraten los recuerdos históricos."

Si la fecha de esa velada me quedó grabada en la memoria, fué también a causa del día siguiente. Yo estaba a mediodía en la residencia de Hitler. Había ido a someterle mi informe temprano. Ese día era de una importancia capital, pues había visto nacer la institución de los *Statthalter*, o representantes del Reich en los diversos *países*. Tal medida no tenía otro objeto que el de sofocar a tiempo las tendencias separatistas que asomaban algo en todas partes. En Baviera, por ejemplo, el movimiento autonomista recrudecía peligrosamente para los nacionalsocialistas. Si Baviera hubiera sabido sacar provecho de la hora y sobre todo si el kronprinz Rupprecht hubiese mostrado más decisión, es probable que una monarquía bávara habría preparado al nacionalsocialismo un fin rápido y brutal. La reforma de la vieja Alemania habría tomado otra dirección y asumido otras formas...

Nuestra conversación nocturna giró en torno a las graves preocupaciones que causaban esas tendencias. Era para discutirlas en detalle que dos gauleiters bávaros, Streicher, de Franconia, y Wagner, de Munich, habían sido convocados en Berlín. Yo no había oído el comienzo de la conversación. Pero detrás de mí la voz de Hitler se elevó, estridente, para responder a unas palabras de Streicher, y presté atención.

¿"Las religiones? Tanto valen unas como otras. Ninguna tiene porvenir, para los alemanes cuando menos. El fascismo puede, si quiere, hacer su paz con la Iglesia. Yo haré lo mismo. ¿Por qué no? Ello no me impedirá en absoluto *extirpar el cristianismo de Alemania*. Los italianos, gentes candorosas, pueden ser al mismo tiempo paganos y cristianos. Los italianos y los franceses, si se radican en el campo, son paganos. Su cristianismo es superficial, epidérmico. Pero el alemán es distinto. Toma las cosas en serio: es cristiano o pagano, pero no ambas cosas. Por otra parte, como Mussolini nunca hará de sus fascistas héroes, poco me importa que sean paganos o cristianos.

"Para nuestro pueblo, por el contrario, la religión es una cuestión capital. Todo depende de saber si permanecerá fiel a la religión júdeocristiana y a la moral servil de la piedad, o si tendrá una fe nueva, recia, heroica, en un Dios inmanente en la naturaleza, en un Dios inmanente en la nación misma, en un Dios indiscernible de su destino y de su sangre."

Después de una leve pausa, Hitler prosiguió: "Dejemos de lado las sutilezas. Que se trate del Antiguo Testamento o del Nuevo, o de las solas palabras de Cristo, como lo quisiera Houston Stewart Chamberlain, todo ello no es más que un solo

y mismo *bluff* judaico. ¡Una Iglesia alemana! ¿Un cristianismo alemán? ¡Vaya una chanza! Se es o bien cristiano o bien alemán, mas no se puede ser ambas cosas a la vez. Podréis repudiar a Pablo de la cristiandad. Otros ya lo hicieron. Puede hacerse de Jesús una noble figura y negar a un tiempo su divinidad. Es cosa de todos los tiempos. Hasta creo que existe en América y en Inglaterra, aun hoy, cristianos de esa catadura, llamados "unitarios" o algo por el estilo. Toda esa exégesis no sirve propiamente para nada. No es por ese camino que llegaremos a desechar ese espíritu cristiano que queremos destruir. No más hombres de mirar torcido hacia el "más allá". Queremos hombres libres, que saben y sienten que Dios está en ellos."

Sobre una observación de Streicher o de Goebbels que no oí bien, Hitler prosiguió: "Sería locura de nuestra parte querer hacer de Jesús un ario. Lo que Chamberlain escribió al respecto es simplemente idiota, para no decir otra cosa. ¿Qué es lo que haremos? Os lo voy a decir: impediremos que las iglesias hagan otra cosa que lo que hacen hoy, es decir, perder todos los días un poco más de terreno. ¿Creéis por ventura, que las masas se reintegrarán al cristianismo? ¡Estupidez! Nunca más lo harán. El film ya terminó, ya nadie entrará en la sala, nos cuidaremos de ello. Los curas deberán cavar su propia fosa. ¡Nos venderán ellos mismos su buen Dios! Para conservar sus funciones y su miserable prebenda, lo consentirán todo.

"Y nosotros, ¿qué programa deberemos seguir? Exactamente el de la Iglesia católica, cuando impuso su religión a los paganos: conservar lo que puede conservarse y reformar lo demás. Por ejemplo, la Pascua no será ya la Resurrección, será la eterna renovación de nuestro pueblo. Navidad será el nacimiento de nuestro salvador, vale decir, el espíritu de heroísmo y de manumisión. ¿No creéis que profesarán así nuestro Dios en sus iglesias, esos sacerdotes liberales que ya no tienen creencia alguna y que ejercen una mera función? ¿Que no reemplazarán su cruz por nuestra cruz gamada? En lugar de celebrar la sangre de su Salvador de antaño, celebrarán la sangre pura de nuestro pueblo; harán de su hostia el símbolo sagrado de los frutos de nuestra tierra alemana y de la fraternidad de nuestro pueblo. Claro que sí, yo os lo aseguro, comerán ese pan, y entonces, Streicher, se llenarán de nuevo las iglesias. Si lo queremos, será el nuestro el culto que celebren en las iglesias. Pero eso no corre prisa."

Hitler se ensimismó un instante. La señora de Raubal me hizo algunas preguntas acerca de mi familia, pero Hitler prosiguió en seguida: "Por el momento puede permitirse que las cosas sigan su curso. Mas eso no durará. ¿A qué una religión

unitaria, una Iglesia alemana, desvinculada de Roma? ¿No veis que todo ello está superado ya? ¡Cristianos alemanes, Iglesia alemana, cristianos cismáticos! Vieja historia es todo ello. Bien sé lo que debe fatalmente suceder, y llegado el momento favorable, ya nos encargaremos de ello. Sin religión propia, el pueblo alemán no puede tener estabilidad. ¿Qué será esa religión? Nadie lo sabe de momento. Lo sentimos, mas eso no basta." Alguien le hizo una pregunta que no oí y a la cual respondió: "No, esos profesores y esos ignorantones constructores de mitos nórdicos no nos sirven para nada. Estorban mi acción. ¿Me preguntaréis por qué los tolero? Porque contribuyen a la descomposición, porque provocan desorden y porque todo desorden es creador. Por vana que sea su agitación, dejémosles hacer, ya que nos ayudan a su manera, lo mismo que los curas. A unos y a otros, los obligaremos a destruir sus religiones por derrumbe interior, vaciándolas de toda autoridad y de todo contenido viviente, no dejando subsistir más que un vano ritual de frases huecas. Lo conseguiremos, no lo dudéis."

La conversación se calmó. Goebbels se sentó a nuestra mesa. Hanfstangel entró en el salón. Los dos gauleiters bávaros denunciaron al Führer algunos ejemplos de resistencia caracterizada de parte de la Iglesia católica en Baviera.

—"Que no abriguen ilusiones los hombres negros, amenazó Hitler. Su tiempo feneció. Perdieron la partida." Declaró que se guardaría bien de hacer lo que Bismarck. "Soy católico. Así lo quiso la Providencia. En efecto, sólo un católico conoce los puntos débiles de la Iglesia. Sé de qué manera puede atacarse a esa gente. Bismarck fué un estúpido. Era protestante y los protestantes no tienen conocimiento cabal de lo que es la Iglesia. Bismarck tuvo sus decretos y su polizonte prusiano, y el resultado fué nulo. Yo no me lanzaré en un nuevo Kulturkampf, sería por demás tonto. No tengo interés en que los hombres negros pueden adornarse de la corona de los mártires para mover el sentimiento de unas pobres mujeres. Pero sabré aplastarlos, podéis estar seguro de ello."

Hitler se enardecía, recaía sin darse cuenta en el dialecto vienés: "La Iglesia católica es una gran cosa. No por nada ha podido mantenerse durante dos mil años. Tenemos aquí una lección que aprender. Tal longevidad implica inteligencia y gran conocimiento de los hombres. ¡Oh! esos ensotanados conocen bien el corazón humano y saben exactamente donde les aprieta el zapato. Pero su hora pasó. Por lo demás, lo saben muy bien. Tienen bastante agilidad mental para comprenderlo y para no dejarse arrastrar al combate. Si con todo se les antojara entablar la lucha, no haría ciertamente de ellos mártires. Me con-

tentaría con denunciarlos como vulgares criminales. Les arrancaría de la cara su máscara de respetabilidad. Y si esto no bastara, los tornaré ridículos y despreciables. Haré filmar escenas que contarán la historia de los hombres negros. Entonces se podrá ver de cerca el cúmulo de locura, de egoísmo sórdido, de embrutecimiento y engaño que es la Iglesia. Se verá cómo hicieron salir el dinero del país, cómo rivalizaron en avidez con los judíos, cómo favorecieron las prácticas más vergonzosas. Haremos el espectáculo de tal manera excitante, que todo el mundo querrá verlo y que habrá largas colas a las puertas de los cinemas. Y si los cabellos se erizan sobre la cabeza de los burgueses devotos, tanto mejor. La juventud será la primera en seguirnos. La juventud y el pueblo.

"En cuanto a los otros, no los necesito. Les garantizo que, si yo lo quiero, aniquilaré a la Iglesia en pocos años, con lo que probaré lo hueco, frágil y engañoso del aparato religioso. Bastará un golpe serio para demolerlo. Los buscaremos por el lado de su rapacidad y su gusto proverbial por la buena vida. Los emplazo cuando mucho por algunos años. ¿A qué disputarnos? Lo consentirán todo, a condición de poder conservar su situación material. Sucumbirán sin combatir. Husmeaban ya de donde soplaba el viento, pues no son mentecatos ni mucho menos. Desde luego, la Iglesia fué algo en otros tiempo. En la actualidad, nosotros somos sus herederos, nosotros también somos una Iglesia. Conocen su impotencia. No resistirán. Por otra parte, poco importa. Desde el momento en que la juventud está conmigo, me es indiferente que los viejos vayan a enmohecerse al confesionario, si les viene en gana. Pero para la juventud la cosa es distinta; y ese es asunto mío:"

En la época en que oí esa conversación, creí al principio que se trataba de meras fanfarronadas, de algunas concesiones al pornógrafo Streicher. Empero, me dejó profundamente conturbado. Nunca había pensado aún que Hitler pudiera dar pruebas de tal cinismo. Recordé a menudo esas pláticas cuando se persiguió más tarde a los sacerdotes católicos por tráfico de divisas o por atentados a las costumbres, a fin de representarlos a los ojos de la masa cual criminales, quitándoles, de antemano, la palma del martirio y el beneficio de la persecución. Fué, es obvio, una empresa cínica y por mucho tiempo premeditada de la que Hitler y sólo él, lleva toda la responsabilidad.

No percibí gran cosa de lo que siguió de la conversación. Retengo no obstante su desprecio ostentoso por la Iglesia luterana. No compartía en modo alguno los conceptos y esperanzas de gran número de protestantes combativos y enemigos de Roma, que aspiraban a destruir la Iglesia católica con el auxilio del

nacionalsocialismo, para crear una Iglesia unitaria alemana, esencialmente evangélica, en la cual los fieles católicos habrían sido incorporados a la fuerza y habrían formado una sección especial. Más tarde tuve algunas entrevistas con el obispo del Reich, Muller, quien fuera mi antecesor en la presidencia del senado de Danzig. Sus planes ambiciosos iban orientados en el sentido que acabo de indicar.

—"Los pastores protestantes, dijo aun Hitler, no tienen idea siquiera de lo que es una Iglesia. Cabe permitirse con ellos cuanto se nos antoje, lo aprobarán siempre. Están acostumbrados a las humillaciones; aprendieron a aguantarlas con sus nobles rurales, que los invitaban el domingo a comer el asado de ganso. Pero no se sentaban en la mesa principal; comían con los niños o los preceptores. Desde ya era algo no obligarles a compartir el yantar de la servidumbre. Son unos pobres diablos necesitados, sometidos hasta el besamanos y que transpiran de emoción cuando se les dirige la palabra. En el fondo, no hay fe alguna que tomen en serio, y tampoco tienen una gran posición que defender como Roma."

La conversación, centrada unos instantes sobre pormenores insignificantes y fáciles injurias, recobró interés cuando Hitler abordó el tema de nuestro campesinado. Pretendió que incluso en nuestro país, por debajo de la caparazón cristiana, existía el viejo y eterno paganismo, que siempre afloraba a la superficie. "¿Es usted agricultor, no es verdad?, díjome. ¿Qué opina usted? ¿Cómo están las cosas por su tierra?" Me puse de pie y me acerqué junto a él. "En mi tierra, respondí, el campesinado goza ya de cierta instrucción. Conserva muy poco de las antiguas costumbres. Empero, rascando un poco la superficie, es probable que hallaríamos las viejas creencias ancestrales."

—"Lo ven ustedes, triunfó Hitler. Sobre eso edificaremos. Nuestros campesinos no han olvidado sus creencias de otros tiempos, la vieja religión vive siempre. La cubre la mitología cristiana, que al superponérsele, cual capa de hollín, conserva el contenido del envase.

"Tengo dicho a Darré que era tiempo de abordar la verdadera Reforma. Darré me hizo proposiciones asombrosas que aprobé de inmediato. Rehabilitaré las antiguas costumbres por todos los medios. Durante la Semana Santa y en las exposiciones agrícolas ambulantes, haré conocer nuestra concepción religiosa por la imagen y de un modo tan expresivo que el campesino más obtuso la comprenderá. No haremos lo que antes, no evocaremos el pasado con cabalgatas y mascaradas románticas. El campesino debe saber lo que la Iglesia le ha hurtado: la aprehensión misteriosa y directa de la Naturaleza, el contacto instintivo, la co-

munión con el Espíritu de la tierra. Así es como debe aprender a odiar la Iglesia. Debe aprender progresivamente de qué trucos se han valido los sacerdotes para robarles el alma a los alemanes. Rascaremos el barniz cristiano y volveremos a hallar la religión de nuestra raza. Es por la campiña que debemos comenzar, y no por las grandes ciudades, ¡Goebbels!

"No vamos a complicarnos en la estúpida propaganda marxista del ateísmo. En las grandes ciudades, no queda absolutamente nada. Allí donde todo ha muerto, es imposible reanimar nada. Mas nuestros campesinos viven aún sobre un fondo de creencias paganas y es partiendo de allí que podremos evangelizar algún día a las grandes masas de nuestras ciudades. Por lo demás, estamos aun lejos de ello." Terminó la conversación. Quedamos sentados algunos instantes en torno de la mesa. Hitler se sentó con nosotros. La señora de Goebbels demostró particular interés por la salud del führer. Decretó que ya era hora de retirarse. "Ha tenido usted, mi Führer, un día recargado, y mañana lo espera otro por el estilo."

Nos despedimos y regresé a mi pequeño hotel, cerca de la estación de Friedrichstrasse.

Más tarde, cuanto predijera Hitler se ha realizado. Se hicieron y se hacen todavía toda suerte de tentativas para descristianizar a los paisanos alemanes. He visto secciones especiales de descristianización en las exposiciones agrícolas; he visto la serie de carteles murales, reunidos con real astucia pedagógica, representando la lucha de los campesinos de Steding, contra la Iglesia de Bremen. Todos los visitantes de esa exposición pudieron observar como yo la hábil mescolanza de lecciones de cosas agrícolas y de propaganda contra las religiones establecidas y para el renacimiento de un nuevo paganismo cuyos dogmas quedaban impregnados de vaguedad. Las personalidades del partido que estaban, como yo, a la cabeza de los distritos campesinos recibían con regularidad invitaciones a las nuevas asambleas "sin Dios" de los nacionalsocialistas, a las "veladas religiosas "donde se trataba de definir un ritual del nuevo culto. Era evidente que esas invitaciones, que emanaban de Darré en persona, eran la piedra de toque que permitía comprobar si se podía contar con la verdadera élite, y hasta qué punto tomábamos en serio la revolución total del nacionasocialismo; por ese modo se estimaba, según nuestra actitud, hasta qué punto éramos merecedores de confianza.

Tal fué la primera etapa. La segunda fué la obligación para nosotros de renegar oficialmente las Iglesias. Las cosas marcharon a pasos agigantados. Pude darme cuenta de ello por el ejemplo de uno de mis amigos, el agrónomo Meinberg, tipo espléndido de agrario alemán, hombre cabal de insospechable sinceridad y convicción. Meinberg, consejero provincial, Führer local de los campesinos y representante de Darré en el Oficio de Aprovisionamiento del Reich, se mostró un catecúmeno dócil. En su vieja morada campesina, instaló una chimenea a guisa de hogar rúnico; runos y máximas paganas decoraron las paredes. Las cruces habían dejado el sitio a otros emblemas piadosos. Wotan, el viejo cazador, recobró un altar en la casa de Meinberg, y delante de su hogar volvió a encenderse la llama perpetua. ¿Tenía razón Hitler al pretender que entre nuestros campesinos la capa de cristianismo montaba tanto como la más delgada lechada de cal? Luego les tocó el turno a los hombres de la S. S., y sobre todo a los jefes y dirigentes de toda suerte, luego a los grados superiores de la juventud hitleriana. Metódica, científicamente, con lógica inflexible, se emprendió la lucha de exterminación contra todo lo que era cristianismo en Alemania.

VIII

PLÁTICAS DE SOBREMESA

En el verano de ese mismo año, almorcé muchas veces con Hitler. En ese entonces, él residía en el segundo piso de la nueva cancillería. Su tren de vida era la de un burgués, hasta si se quiere de un pequeño burgués. El departamento no era muy amplio, el moblaje era muy sencillo y sin valor artístico.

Cuando residía en Berlín, Hitler tenía siempre algunas personas a su mesa y sus invitaciones se consideraban como prueba de gran favor. Nunca invitaba a más de veinte personas a la vez. El servicio era frugal: en su mesa como fuera de ella, el Führer daba el ejemplo de la sencillez. Declaró muchas veces que no cambiaría nada a sus viejas costumbres, ni a su indumento, ni a su tren de vida. Esa voluntaria simplicidad contrastaba favorablemente con la ostentación fastuosa de los advenedizos del partido. Hitler seguía tomando asiento en el auto al lado de su chauffeur, saliendo a la calle con su impermeable legendario, casi siempre sin sombrero, en su traje compuesto de una chaqueta civil y de un pantalón de uniforme del partido.

Para el almuerzo, el menú era invariable: un cocido, un plato de carne, legumbres y entremeses. Hitler no probaba la carne; en cambio, absorbía una cantidad inverosímil de platos azucarados, y su cocinero personal, viejo militante del partido, le preparaba platos especiales de legumbres. Con todo, Hitler no imponía su régimen vegetariano a sus huéspedes. Hasta admitía que se sirviese alcohol en su mesa bajo forma de cerveza. Se podía elegir entre la cerveza y la limonada, y era espectáculo divertido ver a ciertos invitados, activos militantes del partido. mirar de reojo al Führer y escoger ostensiblemente la limonada, a fin de hacerse bienquistar del ascético canciller.

De costumbre, el grupo de los elegidos era bastante heterogéneo. Había siempre alguna personalidad saliente, una vedette de film, un artista, e incluso algún bonzo del partido. Se admitían las mujeres, pero casi siempre en minoría. Recuerdo a una o dos bellezas rubias de brillo excepcional. Algunas damas de la

sociedad aristocrática se codeaban con mujeres de teatro y artistas. Fué en uno de esos almuerzos que me presentaron a la hermana de Rodolfo Hess, una artista llena de talento. Ella era quien encuadernaba los libros de Hitler.

El príncipe Augusto Guillermo de Prusia era uno de los huéspedes más asiduos. Nazi convencido y diserto "causeur", brillaba menos en la tribuna o como hombre político. Lo conocía de mucho atrás, lo mismo que a su joven hermano Oscar. En la época en que servían en el cuerpo de cadetes, en Postdam, los dos príncipes venían frecuentemente a casa para jugar al tennis o al football. A la sazón, Hitler trataba al príncipe con deferencia. Y en los medios conservadores, cobijaban la esperanza de que Hitler hiciera de "Auwi" un nuevo kaiser.

Hallábamos también a la mesa del Führer un personaje que, por así decirlo, formaba parte del mobiliario: Puzzi Hanfstängel, cuya competencia universal y talentos lingüísticos eran muy apreciados, y cuyo cráneo extrañamente giboso llamaba aun más la atención que sus palabras. Goebbels concurría lo más frecuentemente posible. Tenía interés en mostrarse constantemente a los ojos de Hitler, sabiendo de sobra que los ausentes nunca tienen razón. Entre los otros comensales, cabe señalar aún al inmenso Brückner, ayuda de campo de Hitler, y a Sepp Dietrich. Desde luego, todos los jefes del partido que se encontraban de paso en Berlín eran admitidos a la mesa del amo.

En esos almuerzos, cambiábamos libremente toda clase de ideas. Hitler permanecía las más de las veces silencioso, o no echaba en la conversación sino cortas frases; luego, bruscamente, con una voz de trueno que cubría a todas las demás, pontificaba y vaticinaba. Es en esos momentos cuando uno se daba cuenta de que, para producir un efecto de elocuencia, le era menester subir considerablemente la voz y precipitar su emisión. Era imposible tener una conversación normal con él. O bien observaba un mutismo completo, o no dejaba colocar a sus interlocutor palabra alguna. Salta a los ojos que la elocuencia de Hitler no es un don natural, que ha debido vencer ciertos obstáculos interiores que, en la conversación privada, le despojan de todos sus medios. La violencia que hace a sus disposiciones naturales, el carácter artificial que se ha construído, se manifiestan sobre todo en las recepciones íntimas; en ellas, se encuentra molesto por la ausencia total en él de humor o de alegría. La risa de Hitler es poco menos distinta a una forma del insulto y del desprecio. Nunca conoce el descanso espiritual ni la paz interior. El azar me hizo conocer, en uno de esos almuerzos, su opinión sobre el humor. Yo estaba sentado frente a él. Goebbels estaba a su izquierda y le hablaba de la hoja humo-

tados Unidos, quienes no tenían más idea que la de explotar el país más bien que desarrollarlo.

—"Le daremos ambas cosas, replicó Hitler: capitales y espíritu de empresa. Les daremos incluso una tercera cosa: nuestras ideas políticas. Si existe continente donde la democracia es una insensatez y un medio de suicidio, es bien en América del Sud. Se trata de convencer a esa gente de que puede arrojar su liberalismo y su democratismo por la borda. Tienen todavía vergüenza de hacer ostentación de sus buenos instintos. Se creen obligados todavía a representar la farsa democrática. Pues bien, esperaremos aun algunos años, si es menester, y los ayudaremos a desecharlo. Naturalmente, habrá que enviarles gente de la nuestra. Nuestra juventud debe aprender a colonizar. Es empeño ese que no se lleva a cabo con burócratas correctos y gobernadores acompasados. Lo que hace falta allá, son jóvenes despabilados. No es cosa de mandarlos al despoblado, o a desbrozar las forestas vírgenes. No; nos hace falta gente que tenga acceso a la buena sociedad. ¿Podemos utilizar las colonias alemanas que tenemos ya allá?" Respondió el invitado que no estaba muy seguro de ello. En su opinión, era mejor no perder tiempo con la buena sociedad y buscar en seguida el contacto con las masas inferiores, los indios y los mestizos.

—"Utilizaremos a unos y a otros, mi querido Pf..., interrumpió Hitler con un asomo de impaciencia. Deberemos iniciar dos movimientos diferentes: un movimiento leal y un movimiento revolucionario. ¿Cree usted que ello sea difícil? Hemos dado pruebas, creo, de cierta competencia en ese género de trabajo; de no ser así, no estaríamos sentados en este momento el uno frente al otro. Lejos de nosotros la intención de hacer como Guillermo el Conquistador, desembarcar tropas para apoderarnos del Brasil por las armas. Nuestras armas son invisibles. Nuestros "conquistadores", mi amigo, tienen un cometido más difícil que los de antes; es por ello que sus armas son de manejo más delicado."

Hitler preguntó otras cosas sobre las posibilidades de Alemania en la América del Sud. La Argentina y Bolivia lo interesaban en primera línea. Tenía, decía él, buenas razones para creer que la influencia del nacionalsocialismo hallaría terreno favorable en esos países. Las ideas que Hitler expresaba entonces fueron realizadas, más tarde, por Bohle y por Ribbentrop, cada uno de los cuales hacía su propia propaganda, en oposición aparente con la del otro, pero conjugada con ella. Se trataba de ganar complicidades en todos los estrados de los países a conquistar y de penetrar dondequiera para eliminar las influencias de la América del Norte y de los elementos españoles o portugueses. Para ello, hacían falta pioneros intrépidos y totalmente huérfanos de escrúpulos.

En ese momento, pregunté a Hanfstängel si tal mirífico programa no se reducía, al fin y al cabo, en reasumir toda la política de anteguerra bajo una forma más ambiciosa. ¿No habría sido más prudente el eludir toda provocación a Inglaterra y América, por lo menos en tanto la situación de Alemania no fuese más firme? Por otra parte, cuanto acababa de decirse estaba en contradicción formal con los principios enunciados en "Mein Kampf." Fué entonces cuando oí, por vez primera, desaprobar "Mein Kampf" en presencia misma de Hitler, lo que me dió a entender que, para los íntimos del Führer, ese libro quizá no fuera la Biblia indiscutible impuesta al gran público. Hanfstängel opinó que un día u otro, deberíamos contar con la enemistad anglosajona y, por otra parte, esa eventualidad nada tenía de terrorífico para Alemania. ¿Acaso habría conservado yo ilusiones sobre Inglaterra? En todo caso, Hanfstängel estaba formalmente convencido de que los Estados Unidos jamás intervendrían en Europa. Conocía bien los buenos apóstoles americanos y sus debilidades. En cuanto a Inglaterra, había terminado su ciclo. ¿Adónde tomaría Alemania los elementos de su futuro imperio, sino entre los despojos de los imperios británico y francés? Un ajuste de cuentas definitivo con Inglaterra, era cosa, según él, inevitable. "Por lo demás, si usted lo lee con más atención, verá que todo cuanto se ha dicho en "Mein Kampf" sobre Inglaterra no tiene sino un valor táctico; Hitler sabía muy bien por qué escribía así."

Ese día oí exponer por primera vez el programa desmesurado de un Reich alemán de ultramar. Asombréme al ver que Hitler tenía miras de expansión hasta el Pacífico. El núcleo de esta colonización lo darían las islas que Alemania poseyera otrora en los mares del sud; a ellas se juntarían las colonias holandesas y toda la Nueva Guinea; Hitler declaró aún que había que impedir que el Japón se extendiera demasiado, desviándolo para ello hacia China y Rusia. Hitler soñaba incluso con un dominio alemán en el Africa central y finalmente preveía una inmensa empresa revolucionaria en Estados Unidos. Con la caída del Imperio británico, Hitler esperaba poner fin a la influencia anglosajona en la América del Norte, reemplazarla por la cultura y la lengua alemanas como etapa preliminar a la incorporación pura y simple de los Estados Unidos a su gran Imperio mundial.

X

MEJICO INSERTO EN EL ESPACIO VITAL

Llegó así a hablar de Méjico, que fué objeto de una conversación ulterior en 1934. Méjico ocupó siempre un importante lugar dentro de los proyectos americanos de Hitler. No era que quisiera hacer suyas las famosas maquinaciones de von Papen, con las que éste pretendía, hacia 1917, empujar a una guerra entre Méjico y Estados Unidos. Hitler conceptuaba ese método absolutamente estúpido. También en este caso, él proyectaba empresas a largo plazo, a vencimiento tan lejano, que ni siquiera esperaba verlos fructificar en vida.

Para la realización de sus planes americanos, preveía plazos sensiblemente más largos que para Europa. Así se explica la impaciencia que manifestaba hacia los problemas europeos. Sus grandes proyectos de dominación mundial no podían lograrse sino en función de su política europea; siendo este primer éxito la condición de los demás.

No hay ni la sombra de una duda de que las ideas de Hitler hacia Méjico fueron profundamente influídas por un personaje, curiosa mezcla de hombre de negocios y de visionario: Sir Henri Deterding, presidente de la Royal Dutch. Conocí yo mismo a este potentado de la finanza. Encontréle en una caza, en lo de uno de nuestros amigos comunes, en la Prusia oriental. Ya en ese momento, él daba la impresión de manejar hilos invisibles. Por lo demás, hombre muy simpático, cuando menos fuera de sus negocios. Manifestaba el mismo interés que Hitler en cuanto al petróleo ruso del Cáucaso, y es por ello sin duda que soñaba con una decentralización o un desmembramiento de Rusia. Sus planes aspiraban a una Georgia independiente, una Ucrania segregada de Moscú, independiente, y una república libre del Volga, Todo eso debía naturalmente excitar en grado sumo el interés de Hitler; el Führer se interesaba mucho menos en el bimetalismo, otro "hobby" en que Deterding cabalgaba infatigablemente. Mas

es esa idea de la moneda de plata la que concentraba la atención del financista holandés sobre Méjico.

Deterding lo persuadió a Hitler, directa o indirectamente, de que Méjico era el país más rico del mundo, con la población más holgazana y andrajosa y que para hacer algo de ese país lo mejor era injertarle el pueblo más laborioso e industrial del mundo: los alemanes. Tales ideas debían fatalmente encontrar eco favorable en Hitler. Me di cuenta de ello con ocasión de una de mis últimas visitas, para someterle un informe sobre la situación de Danzig, poco tiempo antes de la "purga" del 30 de junio de 1934.

Hitler habló en mi presencia de Méjico exactamente como podría haberlo hecho Deterding. Estábamos entonces en vísperas de graves dificultades económicas para el Reich, y sobre todo para Danzig, cuya moneda estaba amenazada de un colapso inmediato. Hitler pasaba entonces por alternativas de depresión profunda y de furor sin límites; de todos lados, tenía que enfrentarse con fuerzas hostiles. La dirección del Reichbank, rutinaria como siempre, daba en el pesimismo y consideraba la obra de rearme como totalmente comprometida. El ministerio de Relaciones Exteriores frenaba cuanto podía los impulsos de Hitler, obstinándose en trabajar según métodos tradicionales y guardándose bien de modificar lo mismo su miopía que su ritmo de trabajo. Hitler se sentía acorralado. Después de la tragedia sangrienta de la que fué protagonista principal, ni siquiera estaba seguro de su propio partido, debiéndose mantener en guardia y velar constantemente a que no fueran a ganarle de mano, máxime en el momento en que la muerte del viejo mariscal Hindenburg, que se esperaba de un día a otro, podría inaugurar una nueva crisis.

En el círculo de sus íntimos, Hitler se liberaba de toda reserva. A menudo lo oí gritar o golpear con el pie. A la menor contradicción, entraba en cólera violenta. Es muy posible que sea hacia esa época que el Führer tomó la costumbre de los accesos de furor premeditados con toda maña, destinados a desconcertar sus allegados y constreñirlos a capitular. Se abrigaban ciertos temores en cuanto a la inestabilidad de su carácter. Se vivía aun bajo la impresión del 30 de junio y de los atentados contra los patriotas y los nacionales.

Hitler se quejaba amargamente: miraba por cualquier lado y no veía más que ancianos más o menos recaídos en infancia, con ínfulas de conocimientos técnicos, siendo que ya habían perdido todo buen sentido. "Si digo que quiero hacer tal o cual cosa, Neurath me contesta que no es posible, porque nos pondríamos a todo el mundo encima; si digo: me río de toda vuestra ciencia financiera, traedme dinero, Schacht me contesta:

"¡Imposible! Primero debemos preparar nuevos planes", e Hitler se despachaba en forma extravagante sobre lo que habría podido hacer, de no estar rodeado de funcionarios retrógrados cuyo cerebro trabaja al "ralenti". "Por ejemplo, ese Eldorado de Méjico. ¿Quién, entre los diplomáticos, se había cuidado de él? Sin embargo, he ahí un gran negocio para el que valía la pena emplearse a fondo. ¡Ah!, si poseyéramos ese país, saldríamos pronto de nuestras dificultades. Ya no tendría necesidad ni de Schacht, ni de Krosigk que a diario me abruman con sus historias y sus lloriqueos. ¡Ese Méjico! Ahí tiene un país que necesita que lo conduzca gente competente, y que revienta lamentablemente bajo sus amos actuales. Alemania sería grande y rica con sólo poner la mano sobre las minas mejicanas. ¿Por qué no acometeríamos esa faena? ¡Oh!, lejos de mí la idea de lanzarme en la propaganda colonial, a la manera de von Epp. ¿Por qué emplear métodos tímidos, ya que, de todos modos, igual seremos vilipendiados? Hay que ver grande, para hacer algo nuevo. Con algunos cientos de millones, podríamos comprar todo Méjico. ¿Por qué no haría una alianza con Méjico, un pacto de amistad monetaria, una unión aduanera? ¡Ah!, qué rocinantes esos burócratas!, sólo van al trote si reconocen la vieja carrindanga a la que han estado atados toda la vida."

XI

LA CONQUISTA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Hitler tenía sobre los Estados Unidos una opinión preconcebida que nada habría podido modificar. A su juicio, la América del Norte no volvería jamás a intervenir en una guerra europea. Ese inmenso país, con sus millones de desocupados, estaba al borde del abismo revolucionario, del cual él solo, Hitler, podía salvarlo aún.

En junio de 1933, almorzando yo con Hitler, le oí expresar esa doble opinión en los términos que acabo de referir, y más adelante me fué dado oírsela repetir en varias ocasiones. En el almuerzo de que hablo, un invitado levantó la cuestión de saber si el interés de Alemania estaba en conciliarse la amistad americana. Algunos personajes importantes del gobierno habían hablado en público del "precio inestimable de un buen tratado con los Estados Unidos", y se habían preguntado si a ese efecto la política antisemita del Reich no traía aparejados ciertos inconvenientes.

—"¿La amistad americana?", respondió secamente el Führer. "¿La amistad de quién? La amistad de los hombres de negocio y de los magnates judíos de la finanza, o la del pueblo americano?" De ese modo él entendía expresar el desprecio que sentía por el régimen político de los Estados Unidos. "Asistimos a los últimos sobresaltos, al postrer estertor de un régimen de corrupción que es una vergüenza para el gran pasado de esa nación, la cual, por otra parte, está agonizando. Desde la guerra de secesión, en que los Estados del sud fueron vencidos, contra toda lógica histórica y a despecho de todo buen sentido, los americanos entraron en la fase de la decadencia política y racial. No son solamente los sudistas los que fueron vendidos, es el pueblo americano por entero. Bajo la falaz apariencia del poder económico y político, América fué arrastrada a la vorágine de la autodestrucción progresiva. Una partida de plutócratas, que

pretenden pasar por lo que se da en llamar la buena sociedad, domina al país por la ficción de una democracia que jamás se manifestó con tanta desvergüenza como un régimen de corrupción y de venalidad legales. Los cuadros de una grande jerarquía social, basados sobre la idea de la esclavitud y de la desigualdad, fueron destruídos, y con ellos, los gérmenes futuros de una América verdaderamente grande, de una América que no hubiese sido gobernada por una casta de corrompidos mercaderes, pero sí por una clase de amos que hubiesen desterrado rigurosamente las falsas ideas de libertad y de igualdad. ¿Igualdad? Cabe preguntarse entre quién. ¿Entre el descendiente de una vieja familia de la aristocracia española, o el descendiente de emigrado sueco, y esas masas harapientas de polacos, de bohemios, de húngaros, y de toda la resaca del juderío oriental y balcánico? Con todo creo que existe aún una vasta clase media de América, la de los "farmers", en la que el sano espíritu combativo de la época de la colonización aun no está apagado. Se trata de despertar ese espíritu. La reacción contra los negros, contra la gente de color en general y contra los judíos; la ley de Lynch; la ingenuidad del americano medio; el escepticismo de ciertos medios intelectuales y sus dudas sobre la "prosperidad"; la experiencia de los sabios que han estudiado la inmigración y que saben en consecuencia a qué atenerse sobre la desigualdad de las razas, todo ello me da la certidumbre que los elementos todavía sanos de los Estados Unidos despertarán algún día, como despertaron en Alemania. Solamente la ideología nacionalsocialista es capaz de librar al pueblo americano de la pandilla de sus opresores y de restaurar allí las condiciones de crecimiento de una gran nación."

Hitler se enardecía en el círculo de sus auditores silenciosos. "Esa tarea de saneamiento, dijo, la emprenderé yo mismo, comenzando por restablecer la supremacía de nuestros germanoamericanos."

—"¿En qué forma piensa usted lograrlo, mi Führer?", preguntó Goebbels.

—"No olviden que faltó un solo voto en el Congreso para que la lengua alemana fuese adoptada como lengua nacional. El elemento germánico dentro de la composición del pueblo americano será la fuente de su renovación política e intelectual. Por el momento el pueblo americano no es aún una nación en el sentido que damos a esa palabra; es un conglomerado de elementos dispares. Cuando mucho, no es más que la materia prima de una nación cuya unidad los yanquis no supieron crear, ocupados como estaban en acumular dólares antes que nada. Hoy

están pagando el rescate de su propia riqueza, y están empantanados en medio de una crisis que no conseguirán sortear."

—"¿Quiere usted decir, pregunté a Hitler, que el germanoamericano, regenerado por el nacionalsocialismo, está llamado a dirigir los destinos de América?"

—"Exactamente, respondió. De aquí a poco, tendremos una organización de las S. A. en los Estados Unidos. Adiestraremos a nuestra juventud, y entonces tendremos hombres a los que la podredumbre yanqui no podrá oponer nada. Será nuestra juventud la que reiniciará la gran tarea que Washington no cumplió y que la democracia corrompida ha pisoteado."

—"¿Mas no iremos a complicar así, terriblemente, nuestra propia lucha en Europa?", preguntó el invitado del Führer. "¿No iremos a hacer de las más poderosas familias americanas nuestros enemigos mortales? Mi Führer, me temo que no se ahoguen vuestras vastas ideas antes de que tengan tiempo de madurar."

Hitler se acaloró: "Comprendan de una buena vez que nuestra lucha contra Versalles y nuestra lucha por un orden nuevo en el mundo no son sino una sola y misma cosa y que no nos es posible detenernos en uno de los límites o en otro, según nuestra comodidad. Acertaremos a hacer de nuestro sistema político y social una realidad mundial, a imponerla a todas las naciones, o bien fracasaremos hasta en la lucha baladí que conducimos contra un tratado de paz, el que, en verdad, nunca existió, y que, desde el primer día de su entrada en vigor, probó que se habían confundido los vencedores con los vencidos."

—"Nada será tan fácil como el provocar en la América del Norte una revolución cruenta, intervino Goebbels. No hay país en el mundo donde existan tantos motivos de roces sociales y raciales. Tendremos allí sobrados medios para elegir."

El invitado de Hitler, a quien por lo demás yo no conocía, guardaba un silencio molesto. Hitler lo advirtió y le echó miradas hostiles.

—"Esa América del Norte es un verdadero caos étnico, prosiguió Goebbels. Todo eso fermenta bajo el barniz democrático, y esa podredumbre, lejos de acarrear salud alguna, contiene para Europa todos los gérmenes posibles de descomposición. No, América nunca constituirá un peligro para nosotros."

—"Sería erróneo creer incluso que haya representado un peligro durante la última guerra", observó Hitler con tono arrogante. "Comparados con los ingleses o los franceses, los americanos pelearon como chiquillos. El americano no es un soldado. Toda la inferioridad y decadencia de ese pretendido nuevo mundo estalla en su incapacidad militar."

El invitado de Hitler se arriesgó aún a intervenir: "Persisto

respetuosamente en la opinión de que América no es un adversario que sea prudente despreciar."

—"¡Eh! ¿Quién habla de despreciar?", arrebatóse Hitler al levantarse de la mesa. "Les garantizo, señores, que llegado el momento yo la arreglaré a mi antojo, vuestra América, y que será nuestro mejor sostén el día en que Alemania dará el brinco desde Europa a los espacios de ultramar."

Hizo una pausa y concluyó: "Están en nuestras manos todos los medios de despertar a ese pueblo cuando lo queramos y, por de pronto, ya no habrá un Wilson para lanzar América contra Alemania."

XII

EL ARMA NUEVA O LA GUERRA SIN ARMAS

Lo que Hitler meditaba ya en esa época no podía resultar claro sino para los iniciados a quienes confiaba sus planes y sus métodos. Pocos eran los privilegiados que tenían acceso a esas regiones secretas. Muchos jefes de partido estaban excluídos de ellas, hasta de los más importantes. Hitler, cuyo sentido político no cabría ponerlo en duda, dió de él una prueba particular hablando de cada uno de sus proyectos con un personal diferente, cuidando de no revelar o dejar adivinar el plan de conjunto más que a un puñado de colaboradores escogidos a moco de candil. Hitler sabía bien, antes de la toma del poder, que un gran número de sus amanuenses tenían mentalidad pequeña burguesa, que eran incapaces de todo arranque espiritual y que recularían espantados al contacto de ideas nuevas que rebasaban de lejos las fronteras de un nacionalismo y de un socialismo "razonables". Tropezaba, por otra parte, con la desconfianza de los "realistas" del partido, que lo consideraban como un visionario y un peligroso soñador. Muy pocos eran los que comprendían que serían justamente las ideas "fantásticas" de Hitler las que le permitirían el acierto en la vía aventurosa que escogió y donde su progreso dió ya tan copioso desmentido a los pronósticos de todos los escépticos.

Pero mientras iba escalonando sus proyectos, a cual de ellos más loco, Hitler tenía siempre en vista el arma nueva que estaba forjando tozudamente en la sombra, pese a todas las resistencias de los "técnicos". No quiero hablar aquí ni de los aviones ni de los tanques, sino de esa "arma psicológica" de la que Hitler hablaba ocasionalmente, desde 1932 y que, desde esa época, era ya una concepción madura en su espíritu. Al efecto, recuerdo una conversación que tuve estando yo sentado a la mesa con Hitler, en el curso del verano de 1933, es decir cuando el Führer era todavía comunicativo. En esa fecha, los ministros extraños al partido se quejaban de que el nuevo canciller obstruía los consejos de gabinete con sus discursos demagógicos o sus exclama-

ciones proféticas. La plática que voy a referir versaba sobre la explotación de los disturbios internos de un país cualquiera por una potencia enemiga.

En el seno del partido llamaba en ese entonces la atención el problema ucraniano. Se pensaba acabar con Polonia en un lapso mucho más cercano del que resultó posible. Rosenberg, el animador del movimiento, trataba, desde la sombra, de combinar medios de acción conformes a su temperamento de revolucionario ruso. En Danzig, la Escuela Politécnica era un foco de conspiradores ucranianos. Yo mismo, sobre el deseo expresado por ciertos círculos, había entrado en relaciones con el hijo de Skoropadski. El antiguo atamán vivía en un arrabal de Berlín donde había instituído una especie de pequeña corte. Estaba persuadido que llegaría su hora. Esa conjuración germano-ucraniana permitía por otra parte mantener relaciones útiles con ciertos medios de la aristocracia británica. El nacionalsocialismo no veía sino ventajas en la utilización de esos diversos concursos para sus fines particulares; pero nunca consideró a Skoropadski como factor político serio.

Fué hacia ese entonces cuando Hanfstängel me expuso las ideas de su amo, en la medida en que él mismo las comprendía. Consideraba muy fácil el provocar insurrecciones abiertas en la parte ucraniana de Polonia, es decir en la Galizia oriental, y llevar así un golpe fatal a la fuerza militar polaca. Conociendo yo mismo a Polonia, esa afirmación me pareció cuando menos arriesgada. Pero Hanfstängel y Baldur von Schirach parecían estar seguros de sus asuntos y hacían poco caso de mis objeciones.

Según su interpretación de la tesis hitleriana, había medio de obtener la descomposición interna de cualquier Estado, en forma de vencerlo luego sin esfuerzo. Siempre y en todas partes, encuéntranse particularistas que aspiran a la independencia nacional, o al poder económico, o a la dominación política. El apetito insatisfecho y el orgullo humillado han sido los eternos auxiliares de la acción revolucionaria, que permiten apuñalar al enemigo por la espalda. No había tampoco que olvidar los capitanes de industria, para quienes la palabra provecho se escribe en letras capitales. Escaso anda el patriotismo capaz de resistir a todas las tentaciones. El único punto importante consistía en dorar la píldora y presentarla con habilidad. El más mediocre propagandista tenía a su alcance las frases patrióticas en que arropar ese género de empresas y no menos fácil resultaba dar con hombres felices de poder esgrimirlas para calmar los escrúpulos de su conciencia, admitiendo que la tuvieran. Esa demolición de un país cualquiera desde su interior no era más que cuestión de dinero y de organización.

Emití mis dudas. Los gobiernos amenazados no tardarían en desenmascarar a los autores de disturbios. Tales empresas debían, además, costar sumas fabulosas, que Gran Bretaña podía tal vez permitirse inscribirlas en el presupuesto de su Intelligence Service, pero que rebasaban las posibilidades de la administración alemana. Me permití aun observarle a Hanfstängel que Alemania, en esa esfera, nunca dió pruebas de mucho tacto, y que durante la guerra mundial, nuestro servicio de espionaje había dejado mucho que desear.

El fotógrafo personal de Hitler, Hofmann, el suegro de Baldur von Schirach, soltó una carcajada de desprecio, y me respondió con conmiseración que la era de la negligencia había terminado con la llegada de Hitler al poder, que las sumas necesarias se encontrarían siempre, y que, si bien en cuanto se fuera del este al oeste, iría subiendo el precio de la empresa, tendría éxito garantido en todos los casos. Hofmann se hacía garante de ello. En su opinión, incluso encontraríamos en cada país gente rica que pagaría para su propia destrucción.

Contesté que nadie lograría convencerme de que tal empresa fuera posible en un país, por ejemplo, como Inglaterra. Hanfstängel exclamó, que yo no tenía la menor idea del campo de acción que representa la alta sociedad de Londres; que no apreciaba a su justo valor el orgullo de lady X, de la condesa Y. o de Mrs. Z., cada una de las cuales no aspiraba sino en ser recibida la primera por el Führer. A partir de ese instante, la privilegiada pasaría en su clan por una competencia y su opinión sobre el movimiento nacionalsocialista haría ley. También me reprochó Hanfstängel de subestimar la falta de imaginación y la pobreza psicológica de los ingleses, a quien, afirmó, sería difícil hacerles creer en la existencia efectiva de un complot contra su país. Por otra parte, el orgullo británico lo impediría. Jamás admitirían que se pudiera ni siquiera intentar algo contra su pueblo, el pueblo superior, lo que él únicamente tenía derecho de intentar contra los otros.

"Las democracias carecen de convicciones", declamó Hanfstängel. "Hablo de convicciones reales, de las que uno defiende con su vida. Es esa una verdad fundamental descubierta por Hitler, y que le sirve de trampolín para los planes grandiosos que persigue con denuedo y cuyo éxito, hasta ahora, le ha dado siempre razón. El miedo y el interés personal, no dejarían nunca, cualquiera fuese el país, de conducir a la capitulación. En cada país, se hallarían todos los concursos necesarios para desencadenar el movimiento, y eso en todos los medios sociales e intelectuales. Una vez desencadenado, el movimiento se desarrolla solo, cualquiera sea el terreno a conquistar. La falta de convic-

ción acaba siempre en derrotismo, ya que toda resistencia aparece como inútil. Por otra parte, se puede obtener mucho explotando, allí donde existe, el ardor de los fanáticos. En fin, los deportes, las pasiones religiosas, las manías y excentricidades de todo jaez pueden servir igualmente para la descomposición del país de que se trate. Se puede manejar todo ello para fabricar la opinión pública, puesto que es esa opinión pública, de la que dependen enteramente las democracias, la que, al fin y al cabo, se vuelve nuestro más poderoso auxiliar. Siempre seremos más hábiles en dirigir la opinión que los gobiernos del país. En cuanto a los gastos, desde luego no será dinero malgastado. Más vale gastar millones y ahorrar cuerpos de ejército. Las democracias serán siempre impotentes contra tales ataques, por su misma estructura, ya que para protegerse de ellos, fuerza les sería establecer ellas también un régimen autoritario. Los Estados totalitarios, por el contrario, son por definición impenetrables a la propaganda extranjera tal cual la concebimos. Resulta así, de la estructura misma de ambos regímenes, tamaña desigualdad entre las democracias y nosotros que ese desequilibrio bastaría para compensar ampliamente, en caso de conflicto, una eventual inferioridad de nuestros armamentos."

No me daba no obstante por vencido y, persuadido que el instinto natural de resistencia, como asimismo el carácter de las naciones democráticas resultaban considerablemente subestimados por esas teorías, repliqué a mi vez, que aun admitiendo que pueblos jóvenes y de poca raigambre como los del Este pudieran sucumbir a la propaganda revolucionaria, mucho dudaba que el sistema diera resultados favorables con grandes naciones de antigua cultura. Schirach deslizó hacia mí una mirada de sospecha, lo que no fué óbice para que yo observara aun que el valor del nuevo ejército parecía *a priori* bastante limitado si no pudiera ser dirigido más que contra las democracias, pues a mi entender, debíamos cuando menos encarar la posibilidad de entrar en conflicto con países que no tuvieran el régimen democrático y contra los cuales el arma en cuestión sería sin fuerza.

"Nuestros enemigos son las democracias, con exclusión de todos los otros países, respondió Hanfstängel riéndose. ¿Y sabe usted por qué son nuestras enemigas? Porque son las más débiles. Siempre hay que escoger enemigos más débiles que uno mismo; en eso está todo el secreto del éxito."

La conversación finalizó con ese chascarrillo, que se me antojó bastante vulgar. Sólo más tarde caí en la cuenta de que ese dicho de Hanfstängel no era una broma, sino la expresión literal de la táctica tan simple cuan eficaz de Hitler.

XIII

"SÍ, ¡SOMOS BÁRBAROS!"

Algunos días después del incendio del Reichstag, Hitler me hizo pedir un informe sobre la situación de Danzig: debía llamarse a elecciones en el "Estado libre" al mismo tiempo que en todo el Reich. Me acompañaba el gauleiter Forster en mi visita. Antes de ser introducidos al despacho del canciller, tuvimos el tiempo de cambiar algunas palabras con cierto número de bonzos del partido, que hacían antecámara. Había allí Goering, Himmler, Frick y algunos gauleiters de las provincias occidentales. Goering nos dió detalles sobre el incendio del Reichstag. A la sazón, el secreto sobre las circunstancias de ese incendio se mantenía celosamente en todo el partido. Yo mismo, suponía que ese atentado era efectivamente la obra del partido comunista, o cuando menos, de gente a sueldo del Komintern. La verdad me fué bruscamente revelada por las referencias que oí en esa antecámara: los incendiarios no eran otros que los dirigentes del partido nacionalsocialista. Hitler había estado al corriente del proyecto y lo había aprobado expresamente.

El cinismo con el cual se hablaba de esa maquinación en el círculo estrecho de los iniciados, era algo abrumador. Estallidos de risa de satisfacción, odiosas bromas, fanfarronadas, tales eran las reacciones de esos "conjurados". Goering contaba, con lujo de pormenores, cómo sus "jovenzuelos" utilizaron un pasaje subterráneo para penetrar en el Reichstag, partiendo del Palacio de la Presidencia, cómo, al disponer de apenas algunos minutos, por poco se hacen prender. Deploraba que "toda la barraca" no hubiese ardido completamente. En su precipitación, los bravos muchachos no pudieron terminar por completo su hermoso trabajo. Goering terminó su relato con esta exclamación sobradamente expresiva: "¡No tengo ninguna conciencia! Mi conciencia se llama Adolfo Hitler."

Harto extraordinario, cuando se medita sobre ello, es que ese crimen inaudito, cuyos autores responsables acabaron por ser conocidos del público, jamás haya sido enjuiciado con la

severidad que merecía en los medios burgueses. Por el contrario, pareciera que aplaudían ese "lindo golpe". Más extraordinario resulta aun que el instigador del incendio —cuyo rostro evoca cada vez más la máscara de una vieja y agostada prostituta—, haya encontrado el medio, malgrado la notoriedad de su crimen, de conciliar ciertas simpatías en el extranjero, y eso hasta en el período más reciente. Es verdad que Goering tuvo siempre una actitud opuesta a la de Hitler, y que en el círculo de sus amigos íntimos, no tuvo empacho en expresar groseramente su opinión sobre el "loco afeminado". Empero, en las crisis decisivas, su puesto ha sido siempre al lado del Führer. Ordenó el incendio del Reichstag por intimación de Hitler, mas reivindicó por ello la responsabilidad total, lo mismo que reivindicó la de los asesinatos del 30 de junio de 1934, porque consideraba a Hitler demasiado timorato e indeciso para aceptarla. En eso finca toda la diferencia entre Hitler y Goering. Hitler, obligado de continuo a sustraerse al letargo y a la duda y a excitarse a una suerte de aprensión terrible antes de la acción. Para Goering, el inmoralismo totalitario convertido en una segunda naturaleza.

Nos introducen en el despacho de Hitler. La entrevista fué breve. El Führer comenzó interrogándonos sobre la situación en Danzig, luego nos habló de su posición difícil en el gabinete. Lejos estaba, sin embargo, de tomar esas dificultades a lo trágico. Se vanagloriaba, con singular soberbia, de romper todas las trabas y ligámenes con que se pretendía estorbarlo. De paso, reprochó a Forster el no haber sabido poner a Danzig al paso con el Reich. Declaró que había que afirmar ante todo la unidad del partido y que lo demás vendría por sí solo: lo esencial era obrar sin ningún escrúpulo y seguir adelante.

—"Me desaconsejaron aceptar el cargo de canciller del Reich bajo las condiciones fijadas por el Viejo (el mariscal von Hindenburg), como si yo tuviese tiempo de esperar que el niño Jesús me lo brinde para Navidad."

La habitación en que el Führer daba sus audiencias era en esa época un despacho de reducidas dimensiones. Saltó de su sillón y dió vueltas como un oso en la jaula. —"Yo sé lo que hice. ¡Os he abierto la puerta! Ahora es asunto del partido el instalarse en la plaza para la victoria total."

Se trataba, dijo, de transformar la posición política del nacionalsocialismo, cuya fuerza era tan sólo aparente ,en una posición inexpugnable. "La reacción se imagina que me ha pasado la soga al cuello. Me harán todas las trampas que podrán. Sé que me quieren vencer por cansancio. Mas no les daremos tiempo de pasar a la acción. Nuestra única suerte, es

que obramos más pronto que ellos. Eso lo podemos hacer, porque carecemos de escrúpulos. No tengo una conciencia de pequeño burgués. Exijo que apretemos los codos y formemos un bloque compacto. He contraído compromisos muy duros. Los mantendré mientras se me obligue a ello."

Hitler nos habló luego del incendio del Reichstag. Nos preguntó si lo habíamos visto, y como le respondiéramos que no: "Id, pues, a verlo, exclamó, pues es el fanal que alumbra una era nueva de la historia mundial." Añadió aún que el incendio le daba ocasión para arremeter contra la oposición. "He sumido en la turbación y el espanto a Hugenberg y sus maricas" (entendía por ello a los ministros burgueses nacionales del primer gabinete de Hitler); sospechan, desde luego, que soy yo el que ha organizado la cosa. Me tienen por el mismo diablo en persona. Y está muy bien así."

Hitler ridiculizó los discursos concienzudos y pedantes de sus colaboradores del gobierno. Les respondía en los términos más propios para espantarlos aun más. No cabía en la piel viéndolos indignarse contra él y creerse superiores. "Me toman por un bruto, por un bárbaro."

—"Pues bien, sí, prosiguió Hitler, somos unos bárbaros, y queremos serlo. Es un título de honor. Somos los que rejuvenecerán al mundo. El mundo actual toca a su fin. Nuestra sola faena es la de saquearlo." Habló con abundancia de la necesidad histórica de lanzar sobre las civilizaciones agonizantes las hordas bárbaras, ¡a fin de hacer brotar de ese pantano maloliente y de esa podre una vida nueva! Dijo más adelante en qué forma entendía tratar a los comunistas y socialistas. "Se imaginaron que iba a ponerme guantes con ellos, que me contentaría con arengarlos. No, no, no estamos para hacer humanitarismo. No voy tampoco a emprender encuestas interminables para dar con los hombres de buena voluntad, los inocentes y los justos. Debemos librarnos de toda sentimentalidad y hacernos duros. Si algún día debo declarar la guerra, ¿acaso podré perder tiempo o enternecerme sobre la suerte de los diez millones de jóvenes que mandaré a la muerte?" Hitler se indignaba, protestando: —"¿Puede acaso exigirse en serio que yo arree únicamente con los comunistas declaradamente criminales? Allá los burgueses si quieren tranquilizar su conciencia por un procedimiento regular. Para mí, no hay más que un derecho, el derecho vital de la nación."

La entrevista no acababa más. Hitler se perdía en consideraciones prolijas sobre la incapacidad política de los partidos burgueses y socialistas. —"Otra cosa no puedo elegir, concluyó por fin. Me veo obligado a cumplir actos que desbordan el

cuadro de la legalidad. No quiero, pues, que se me mida con el cartabón de la moralidad burguesa. Ese incendio del Reichstag me proporciona los medios de obrar, y obraré." El terrorismo, dijo aún, se justifica por la necesidad de machacar el espíritu de los burgueses, despertando en ellos el temor de los atentados comunistas y al mismo tiempo de hacerles temer el puño del amo. "El mundo, declaró, no puede ser gobernado más que por la explotación del miedo."

XIV

EL TERROR

Hitler nos despidió. Su ayuda de campo Brückner acababa de entrar. El tiempo urgía, pues debía presidir por la tarde la inauguración de una escuela de Führer nacionalsocialistas en un local que otrora perteneciera a los socialdemócratas. La conversación interrumpida ese día proseguiríase más tarde, en el otoño del mismo año. Hitler tomó conocimiento de las primeras quejas sobre las atrocidades cometidas en los campos de concentración. Recuerdo un caso ocurrido en Stettin, donde, en los talleres vacíos de las industrias Vulkan, habíase dado trato espantable a gente de desahogada condición, algunos de ellos de origen judío. Los torcionarios habían demostrado una crueldad bestial. Un eco de ello llegó hasta Goering, que se vió en la obligación de ordenar una encuesta y, por lo menos en ese caso, no hubo más remedio que aplicar el castigo condigno.

En esos tiempos se daba excusa corriente de esas atrocidades alegando que no era del caso olvidar que la revolución en Alemania se desarrollaba en condiciones de excepcional suavidad y blandura, y que no había derecho a generalizar ciertos excesos aislados. En realidad, se trataba de cosa muy distinta. Las atrocidades perpetradas por las S. A. y por las S. S. con un refinamiento inaudito de crueldad contra adversarios políticos, formaban parte de un plan político deliberadamente establecido. Los guardianes para el servicio de los campos de concentración se los escogía sistemáticamente en los bajos fondos y entre los criminales. Tuve ocasión de recoger varias precisiones edificantes. Se introducía en las formaciones paramilitares a grupos especiales de alcoholistas notorios, de apaches y de delincuentes reincidentes. Rasgo característico del régimen es esa selección del hampa para el cumplimiento de ciertos menesteres políticos.

Me hallaba presente el día en que se enterara el Führer de los incidentes sobrevenidos en Stettin y otras ciudades. Se impuso de esos informes con una notable indiferencia. No sólo

no se indignó, como hubiera podido suponerse, de los excesos de esa gente, sino por el contrario, se desató en insultos contra quienes parecían dar importancia a esas "historias ridículas." Fué también por vez primera, pero no fué la última, que le oí vociferar y dar alaridos, y que le vi perder todo el control de sí mismo. Gritaba hasta enronquecer, pateaba, y golpeaba con el puño sobre la mesa y contra los muros. Su boca arrojaba espuma; jadeaba como una mujer histérica y eructaba exclamaciones entrecortadas: "¡No me da la gana!... ¡Largo de aquí, traidores!" Sus cabellos estaban en desorden, su cara contraída, sus ojos desorbitados y su faz carmesí. Sobre el momento, temí que fuera a caer víctima de un ataque.

Bruscamente, todos esos síntomas desaparecieron. Dió unos largos pasos, tosió para esclarecer la voz, se alisó los cabellos, luego miró en torno con aire tímido y desconfiado y echó sobre nosotros una mirada escudriñadora, cual si tratara de indagar si algunos de nosotros se reía. Y, debo confesarlo, más que una reacción nerviosa, yo sentía que se me subían unas irreprimibles ganas de reírme.

—"¡Todo eso es ridículo!", dijo al fin con voz ronca; pero ya encalmado. "¿Habéis notado cómo acuden los babiecas cuando dos granujas se trenzan en la calle? La crueldad impone respeto. La crueldad y la brutalidad. El hombre de la calle no respeta más que la fuerza y la bestialidad. Las mujeres también, las mujeres y los niños. La gente experimenta la necesidad de sentir miedo; los alivia el temor. Una reunión pública, pongamos por caso, termina en pugilato; ¿no habéis notado que los que más severo castigo han recibido son los primeros en solicitar su inscripción en el partido? Y me venís a hablar de crueldad y os indignáis por habladurías de torturas? Pero si es precisamente lo que quieren las masas. Necesitan temblar." Hitler se detuvo unos instantes, luego siguió con su tono habitual: "Prohibo que se tomen sanciones. En rigor, consiento a que se castigue una o dos personas, para apaciguar a esos brutos de "nacional alemanes." Mas lo que no quiero, es que se transformen los campos de concentración en pensiones familiares. El terror es el arma política más poderosa y no me privaré de ella so pretexto que resulta chocante para algunos burgueses imbéciles. Mi deber consiste en emplear todos los medios, para endurecer al pueblo alemán y para prepararlo para la guerra."

Hitler recorría su despacho con agitación. "No será otra mi conducta en una guerra. La guerra moderada es la más cruel. Sembraré el terror por el empleo brusco de todos mis medios de destrucción. El éxito depende del choque brutal que infunde terror y desmoraliza. ¿Por qué obrar de otro modo con mis

enemigos políticos? Esas pretendidas atrocidades me ahorrarán centenares de miles de procesos contra los malévolos y los descontentos. Lo mirarán dos veces antes de empeñarse contra nosotros, si saben lo que les espera en los campos de concentración."

Nadie osaba intervenir. "No quiero oír hablar más de esas historias. A vosotros es a quienes toca velar por que no se instruyan esos pretendidos "casos." No quiero distraer la menor partícula de mi capacidad de trabajo en bagatelas tan ridículas. Y si se encontraran entre ustedes algunos pusilánimes ofuscados por ello, que vayan a vivir a un convento. No hay lugar para ellos en mi partido."

XV
LA HORA DEL PISCOLABIS

¿Es Hitler insensible al dolor ajeno? ¿Es cruel, vindicativo? Hoy, me parece que la respuesta no es dudosa. Pero cabía hacerse la pregunta hace algunos años, al menos para aquellos que tenían ocasión de escuchar las extrañas declaraciones de Hitler dentro del pequeño comité y de asistir a sus cambios de humor. Toda conversación con él, por baladí que fuese, parecía testimoniar que ese hombre estaba poseído sobre todo por un odio inmenso. ¿Odio de qué, de quién? No era fácil verlo. Tenía crisis de furor, explosiones de odio a propósito de todo y de nada. Pareciera necesidad en él aquello del odio. Luego, de pronto, pasaba de un extremo al otro, de una explosión de furor a un torrente de entusiasmo sentimental.

En el mes de mayo de 1935, se hicieron nuevas elecciones en Danzig. El resultado del escrutinio fué favorable al nacionalsocialismo, más favorable incluso que en el resto del Reich, donde Hitler no obtuvo más que el 44 % de los votos. "¡Magnífico, Forster!", telegrafió Hitler al gauleiter de Danzig, en respuesta al 50 % que aquél le anunciara triunfalmente; y para manifestar su satisfacción, Hitler invitó a la delegación de Danzig a un café con pastelitos, en la cancillería.

Fué la merienda tradicional de las familias alemanas. Hitler hacía de dueña de casa. Sosegado el espíritu, casi amable. Algunas horas antes, había esbozado, delante de Forster y de mí, las grandes líneas de su política del Este: la nueva consigna era la de renunciar a las manifestaciones, y de no jugar más la comedia de los desfiles populares. El nacionalsocialismo, dijo Hitler, no es como los partidos de Weimar, que necesitan dar pruebas a cada instante de su patriotismo. Podíamos llenar nuestra misión sin manifestaciones ni gestos espectaculares. Más valían la disimulación y la astucia. Los objetivos alemanes no podían alcanzarse evidentemente en algunos días ni tampoco en algunas semanas. Debíamos evitar todo cuanto pudiera despertar la desconfianza del extranjero. No había más que dos métodos:

la de demostraciones imponentes pero peligrosas, o bien, el paciente trabajo de zapa. El segundo es el que se imponía para Danzig. Él mismo estaba pronto para firmar cualquier tratado que, en una cierta medida, pudiera aliviar la situación de Alemania. Incluso estaba dispuesto a entenderse con Polonia. Y nuestro cometido, a nosotros los de Danzig, era el de facilitarle la tarea. La cuestión de Danzig no debía ser resuelta por nosotros, sino por él y por él solo, el día en que Alemania se hubiera vuelto fuerte y temida. Cuanto mejor acertáramos a proseguir la lucha sin ruido ni ostentación, tanto mejor para el interés alemán. No nos incumbía a nosotros el arreglo de la cuestión de Danzig o del Corredor, sino al Reich; debiéndonos limitar, por los años que iban a seguir, a ser los auxiliares modestos y prudentes de la política de Berlín, cada uno sirviendo a Danzig en la medida de sus medios sin pretensiones de alta política.

Es poco más o menos en esos términos que Hitler se dirigió primero a mí, luego a sus invitados de Danzig, en una corta alocución. Inmediatamente después, hizo servir el café y los pasteles. Recobró el tono familiar y habló sin énfasis de sus proyectos vieneses. Con la institución de la tasa especial de mil marcos para entrar en Austria, Hitler acababa de iniciar su ofensiva contra la independencia de Austria. Recordó que había impuesto esa tasa contra el dictamen del Ministerio de Relaciones Exteriores. Dejaba percibir la alegría con que iniciaba esa lucha, la cual, en su espíritu, debía ser de corta duración. Pero, en cada una de sus palabras, sentíase desbordar el odio contra Austria. El odio y el desprecio hacia su patria de origen.

—"Esa Austria se ha judaízado. Viena ya ha dejado de ser una ciudad alemana. No se ven más que mestizos eslavos. El buen alemán allí es nada. Gobiernan los curas y los judíos. ¡Debemos aplastar esa podre!" Mientras hablaba, hacía el ademán de que nos sirviéramos. Los danziguenses sentados a la mesa lo escuchaban atónitos. Hitler dijo que ya se encargaría él de salvar el Austria podrida: "Austria ha menester ser regenerada por el Reich. Ese Dolfuss, esos escritores vendidos, esos ambiciosos de trastienda, esos pigmeos que juegan al gran hombre de Estado y que no alcanzan a comprender que son los títeres de los ingleses y de los franceses, que gobiernan los hilos; por fin voy a pedirles rendición de cuentas. Bien sé que no podemos hacer de inmediato el anschluss. Pero, ¿por qué se niegan los austríacos a toda política alemana?" Se encargaría, añadió aún, de barrer esa morralla. "Que no se nos venga con cuentos. Austria no existe. Lo que así se llama no es más que un cadáver. Austria debe ser colonizada por el Reich y urge el

tiempo de hacerlo. Una generación más, y ese país, para el germanismo, estaría perdido irremisiblemente. Esas gentes ya olvidaron lo que significa la palabra: alemán."

Cabía entonces emprender toda una obra de reeducación. Él se encargaba de ello. Conduciría los austríacos con la bota y el látigo. Les haría sudar su vinillo de Grinzing, su desenfado y su ganduleo. Limpiaría Viena de musiquillas y confiterías. Les haría perder el gusto del ensueño y de la restauración de los Habsburgos y otras tonteras. Pero lo más apremiante consistía en deshacerse de los judíos. Tarea ardua, sin duda, pero él la llevaría a cabo y pronto nos sería dado ver el Austria nazificada.

Hitler nos revelaba de ese modo que ya tenía un plan preparado para el putsch en Austria. No ocultaba que él deseaba el golpe de fuerza y que se regocijaba de la resistencia opuesta por el gobierno de Dollfuss. La pasión que ponía en sus palabras traducía su afán de una solución sangrienta, de un castigo de Austria, de una especie de venganza. Quizá fuese la contención de la "marcha sobre Berlín" tanto tiempo deseada y jamás realizada, la que se expresara en ese deseo apasionado de invadir su país natal. Un soplo quemante, febril, llameante parecía salir de su boca. La entrevista se iba terminando en monólogo extático. Hitler, una vez más, olvidaba a sus interlocutores y exhalaba en odio su turbación interior. Bruscamente, el sol despidió algunos rayos por las ventanas del largo corredor de la cancillería donde se daba la recepción. El canciller recibía y hablaba. Abajo, en el patio, se oían los mandos de los piquetes de S. S., durante el relevo. —"Arrastraré a ese Dollfuss ante los jueces", aullaba Hitler. "¡Ese hombre tiene la osadía de resistir! ¿Se hacen cargo de ello, señores? Esas gentes también me suplicarán de rodillas. Mas no me dejaré ablandar y los haré ejecutar a todos por traidores." Una animosidad personal, un resentimiento intenso asomaban en esas pláticas. Advertíase que quería vengarse de sus años de privaciones, de sus esperanzas fallidas, de su vida de pobreza y de humillación. Hubo un largo silencio. Hitler se acordaba de sus invitados, los urgía a comer y a beber como la campesina cuando recibe a sus vecinas. Algunos jóvenes de las S. S. traían bandejas llenas de pasteles y servían el café.

Hitler había aludido a los judíos de Viena. Abordó la cuestión judía. Dijo, riéndose, que los judíos representaban la mejor salvaguardia para Alemania. Eran para él la garantía que los extranjeros dejarían al Reich proseguir tranquilamente su camino. Si las democracias no querían levantar el boycott, se resarciría sobre los judíos de todo el daño que el boycott causara a Alemania. "Ya verán ustedes como entonces las gentes de

afuera cesarán pronto su propaganda antialemana. Todavía los judíos serán los benefactores de Alemania." Entre los invitados resonó la carcajada. Un día u otro, claro está, el idilio terminaría para los judíos. Naturalmente, cuando ya no habría qué tomarles. Pero Hitler seguiría teniendo su vida entre sus manos. ¡La preciosa vida de los judíos! La risa estalló de nuevo entre los presentes. Hitler mismo se ponía jovial: "Streicher me ha propuesto ponerlos delante de nuestras líneas de tiradores, en la próxima guerra. Pretende que para nuestros soldados sería la mejor protección. Lo pensaré." Esa nueva chocarrería tuvo el don de desatar la alegría general. Hitler, entusiasmado por su propia malicia, expuso las medidas que tenía la intención de tomar para despojar progresiva pero despiadadamente a los judíos y arrojarlos fuera de Alemania. —"Todos esos proyectos tendrán ejecución. No me dejaré desviar por nada." Es principalmente en 1938 que esos proyectos fueron puestos efectivamente en ejecución. Sin duda alguna, todo había sido concertado y madurado desde años. El pogrom nada tuvo que ver con un reflejo furibundo después de la muerte de von Rath.

En 1933, después del primer pogrom en Alemania, Hitler se había visto en la obligación de atenuar sus rigores contra los judíos; pero era para cuidarse más aún de no dejar que se adormeciera la rabia antisemita. Más adelante, oí más de una vez expresar a Hitler su opinión sobre los judíos. Volveré sobre ello en oportunidad. No toco ese tópico, por ahora, sino para subrayar la extraña impresión que me dejó esa merienda en la cancillería; una colación pacífica dentro de un mobiliario provincial, camaradas políticos venidos de todas partes, el canciller de la gran nación alemana recibiéndolos familiarmente, y, en esa atmósfera íntima, he aquí de que se hablaba: ¡de matanzas, de sublevaciones, de prisiones, de asesinatos, de expoliaciones! El contraste era grotesco entre el pequeño burgués torpe y mal desbastado, en medio de otros alemanes medios, y la ferocidad de las fantasías criminales a las que se abandonaba como a su ocupación más natural. La verdad, es que todos esos pequeños burgueses llegados al poder no son ni mucho menos esos buenos provinciales de exquisita placidez que, reunidos, enarcan el pecho y alardean para asombrarse mutuamente. Son fracasados de la sociedad normal que revientan de odio reprimido, de envidia y de celos. Se aprestan verdaderamente a saquear el mundo, se disfrazan con los oropeles de la época pagana la más bárbara, o en bandoleros del Renacimiento. Espectáculo grotesco, en verdad, es el jefe de la pandilla en medio de sus sicarios: Ninguna palabra de entusiasmo, ninguna exhortación moral, ningún pensamiento solícito para las cuitas posibles de sus hués-

pedes. "¡Qué me importa a mí, la ventura o desgracia de los otros!", exclamaba un día Hitler en mi presencia. "¡Haced lo que os venga en gana! ¡Espabilarse!" El llamado a la violencia, al odio, a la venganza, a todas las pasiones primitivas y salvajes, tal es la enseñanza del Führer a sus colaboradores y el único viático que sabía darles al reintegrarlos a su tarea.

XVI

¡ENRIQUECÉOS!

Sin embargo, Hitler sabía muy bien que el hombre normal no puede vivir únicamente de odio y venganza. Mientras iba explotando con frío método los más bajos instintos humanos, tenía en cuenta las debilidades y codicias de sus partidarios.

—"Esperad para casaros que esté en el poder", decía Hitler al principio del movimiento a sus colaboradores, los cuales, considerando sus cargos de gauleiter, de reichsleiter o toda otra posición de comando como prebendas seguras, expresaban su deseo de llevar una vida rumbosa y fácil. "Ocupar las posiciones", tal fué la voz de orden de Hitler no bien llegó al poder. Acaparar cuanta sinecura fuera posible, tal fué la regla fundamental aplicada en todas partes. De arriba abajo de la nueva jerarquía, hallaban eco las palabras del doctor Ley, el jefe alcoholista del Frente del Trabajo cuando se refería con bronca voz a la copla popular: "Coged las rosas antes que se marchiten." Y cada cual repetía jovialmente: "Gozad y enriqueceos."

"No somos aguafiestas", se murmuraba en la antecámara de Hitler. "Hacerse uno mismo su posición" —tal fué la voz de orden de las primeras semanas y de los primeros meses que siguieron la toma del poder: "Con mi gente, paso por encima de muchas cosas", decía a menudo Hitler en los almuerzos que daba. "Haced cuanto queráis, pero no os dejéis prender". Era Hitler mismo quien empujaba sus amigos al saqueo. De más está decir que no se lo hacían repetir dos veces. Es en esa época que oí el "slogan" nuevo de la "corrupción dirigida." Con efecto, era evidente que no sólo se toleraba la corrupción, sino que se la concertaba. Hasta hubo gente que esperaba por ello la muerte a corto plazo del nacionalsocialismo. Pero Hitler sabía bien que estaba obligado a arrojar a los hambrientos algunos huesos para roer, y satisfacer otra cosa que los instintos de salvajismo. Tras los golpes duros, las posiciones tranquilas; a falta de una verdadera revolución, por lo menos las ventajas de una revolución: la vía libre para el arrebato.

Desde luego, no es una novedad en el mundo el que una revolución diga a sus hijos: enriqueceos. Mas lo cierto es que los nazis se llenaban los bolsillos en forma tan escandalosa que ya no se acertaba a seguir el ritmo del pillaje. Uno, dos, cuatro chalets, casas de campo, palacios, collares de perlas, tapices de Oriente, cuadros de precio, muebles antiguos, docenas de automóviles, champagne, haciendas agrarias, granjas, fábricas. ¿De dónde procedía el dinero? ¿Acaso todos ellos no eran hasta ayer tan pobres como ratas de iglesia? ¿No tenían más deudas que un teniente de la Guardia? Cumulaban tres, seis, doce empleos a la vez, y nunca tenían bastante. Cargos de toda especie, asientos en los consejos de administración, dividendos, adelantos, gratificaciones. Todo el mundo se ponía a su disposición. Cada banca, cada gran empresa quería tener a su militante del partido como protector asalariado.

Mientras tanto, el Führer renunciaba a sus haberes de canciller. Daba el buen ejemplo. Por lo demás, no necesitaba de nada. En una noche, se convirtió en el editor más rico del mundo, cosido de millones; en el autor más leído, más obligatoriamente leído. Podía darse el lujo de censurar a Goering y su tren de vida extravagante: filípicas de pura ficción, destinadas a calmar los escrúpulos de ciertas esferas. "A Hitler lo aflige mucho la conducta de Goering, pero muchísimo", me decía entonces Forster. "Debemos mantener en absoluto nuestros compromisos: nada de salarios mensuales superiores a mil marcos."

Forster era el menos indicado para hablar así. A la sazón, desempeñaba cinco funciones copiosamente remuneradas y sus entradas representaban por lo menos doce veces los mil marcos en cuestión. Al cabo de algunos meses, se hizo propietario de varios inmuebles en Danzig, siendo que, dos años antes, había llegado sin un céntimo.

En Berlín era lo mismo. Un ministro del nuevo gobierno hizo pagar muebles por noventa mil marcos a expensas del Estado, según me lo comunicó, por cierto que indignado, un funcionario del Ministerio de Hacienda. Goering mandó hacer el piso del baño de una de sus numerosas residencias con placas de oro macizo. E Hitler daba orden a los recaudadores de finanzas, sin cuidarse de sus protestas, se pagaran a todos los nuevos Statthalter sueldos inauditos para los funcionarios de regímenes anteriores. Hacienda pagaba. En cuanto al hombre de la calle, veía los edificios públicos cuajados sus alrededores de automóviles de lujo, y murmuraba: "Los nuevos bonzos se han desbocado."

Esa indecente superchería para nada molestaba a Hitler, quien decía con toda crudeza su manera de pensar. No debe creerse un instante que se contentara con tolerar tales acciones,

o que las ignoraba. Un día estaba yo presente en una "conferencia de los Führer" en la antigua Cámara de los Señores de Prusia. Hitler desarrolló el programa de su próxima acción política. Su exposición nada tenía de interesante. Pero después de la sesión habló desembozadamente en una reunión más íntima, Con su voz desagradable y gutural dijo los reproches que se le hacían de perseguir injustamente a los antiguos dirigentes y a sus cómplices, por delito de cohecho, cuando sus propias criaturas se estaban llenando los bolsillos. "Respondí a los imbéciles que se permitían tal lenguaje que me indicaran el medio de poder dar a mis camaradas del partido las justas indemnizaciones que reclamaban legítimamente después de sostener durante largos años la más agotadora lucha. Les pregunté si acaso hubieran preferido que les entregara la calle a mis S. A. Lo podía hacer aún. Si lo conceptuaban mejor, tiempo había de ofrecer al pueblo alemán un verdadero baño de sangre por algunas semanas. Si me opuse a las masacres callejeras, era precisamente en atención a los cretinos de su especie y a su confort burgués. Pero no tenían más que hablar. Desde luego que se callaron y volvieron a engullir sus reproches ridículos." Hitler se rió ruidosamente. —"Es útil meterles miedo a esa gente de tiempo en tiempo, darles la carne de gallina. En cuanto a mis camaradas del partido, disponen de un crédito sobre mí. Al fin y al cabo, lucharon no sólo por salir de la miseria nacional, sino también de su miseria personal. Resultaría grotesco no decirlo abiertamente. Mi deber de buen camarada está en velar porque cada cual disfrute ahora de entradas decentes. De sobra se lo merecen esos viejos luchadores. Y si contribuímos a la grandeza de Alemania, tenemos derecho a acordarnos un poco de nosotros mismos. No tenemos por qué hacer caso de los conceptos burgueses de honor y reputación. Ténganselo por dicho esos señores: Hacemos a la luz del día y en plena conciencia lo que ellos hacían secretamente y con remordimiento." Hitler comenzaba a indignarse y aullaba: —"¿Pensarían, por acaso, todos esos burgueses, que íbamos a sacarles del pantano para que luego nos devolvieran a nuestras casas con las manos vacías? ¡Demasiado cómodo, señores!

"¿Cómo afianzar nuestro poder si no echo mano de todos los empleos? Pueden estimarse felices que no hiciéramos lo que en Rusia, donde los habrían fusilado hace mucho tiempo."

Tal era la "corrupción deliberada y dirigida." Pero la idea recóndita de Hitler era que nada ata tan fuertemente a las gentes como los crímenes cometidos en común. Supe más tarde que a los miembros sospechosos del partido se los "enderezaba", exigiéndoles cometieran, en el interés del partido, actos que caían bajo la sanción de la ley. Así ganaban consideración. Se

obtenía idéntico resultado, pero de modo más agradable, convidándoles al pillaje que esperaban desde tanto tiempo. La solidaridad de la élite del partido no era otra cosa que complicidad. Uno sostenía al otro. Nadie era su propio dueño. He ahí el sentido y los fines esotéricos de la voz de orden: "¡enriqueceos!"

Eso sin contar que desde esa época y mucho antes de ciertas revelaciones recientes, ya corrían rumores perfectamente fundados sobre las precauciones tomadas por ciertos miembros dirigentes del partido. Cada uno de ellos, sin excepción, continuamente pasaban dinero al extranjero, en forma de constituirse una fuerte reserva para hacer frente a cualquier evento. Junto con el dinero había las más de las veces, en la caja de hierro de algún notario, algún legajo de documentos abrumadores, cuya publicidad hubiera significado un golpe terrible para muchas personalidades importantes del nacionalsocialismo. Esos legajos estaban expresamente establecidos como una protección para los depositarios contra la hostilidad de otros jefes del partido o la intervención de las autoridades. Se ve, pues, claramente que los métodos empleados eran exactamente los de los gangsters. Todos los jefes del partido, sin excepción, aseguraban así no sólo su porvenir después de la caída del régimen, sino su existencia presente y la estabilidad de su posición. Fuera de exageración, la amplitud de esa ola de corrupción invadió brusca e irresistiblemente a toda Alemania.

Un gauleiter, cuyo nombre no quiero citar, pues perteneció al número de los miembros honestos del partido (y como tal, es posible que desempeñe aún un papel destacado después de la caída del régimen), confesóme sin ambages que él mismo había debido usar esos medios en su propia protección. No podía hacer de otro modo. Otra actitud no sólo le hubiese valido la pérdida de su situación, sino la pérdida de la propia vida. Me aconsejó, muy amistosamente, y muy vivamente, que me procurase documentos de cargo contra mis adversarios y entre otros, el gauleiter Forster. Agregó que con esas pruebas en mano, podría considerar mi posición como asegurada, mientras que sin esa documentación estaba condenado a vegetar eternamente como pequeño funcionario subalterno. Pruebas escritas y fondos en el extranjero, he ahí la única cosa que tornaba a uno inatacable. Él mismo había, pues, tomado sus precauciones y tenía la intención de hacer salir a su mujer para el extranjero, la cual, desde allí, podría velar por sus intereses. Los acontecimientos le dieron razón. Contra lo que podía esperarse, logró por muchos años burlar las codicias y mantenerse en su cargo.

XVII

APOLOGÍA DEL CINISMO

Lo que más sorprende en lo que llamaré el exhibicionismo hitleriano de los primeros años, es quizá el cinismo con el cual se departía de todas las taras del régimen en las esferas nazis. Daré de ello como ejemplo lo que dijo Hitler en la mesa a principio del verano de 1933. La conversación se inició por una observación que hizo Goebbels, a propósito de la hoja humorística del partido *"Die Bennessel"* "La Ortiga". Goebbels mostró algunas caricaturas que ridiculizaban cierto decreto grotesco, dictado por el gobierno del canciller von Papen, y que llevaba la reglamentación del traje de baño para preservar el pudor público. Goebbels hizo algunas reflexiones venenosas sobre la moral antediluviana de los "reaccionarios", sobre la pudibundez pretendidamente teutona, sobre las campañas ridículas contra el cabello corto de las mujeres y sobre el maquillaje. Era tiempo de atropellar a esos puritanos que confundían el nacionalsocialismo con un tribunal arbitrario y el espíritu combativo con el espíritu monjil de las beatas: "Desde aquí todavía oigo los estallidos de risa de nuestras S. A. si uno quisiera explicarles que se batieron para que las jóvenes alemanas sigan llevando luengas trenzas y no tengan el derecho de fumar."

Hitler, que hasta entonces había escuchado con aire ceñudo, acaloróse bruscamente: "Odio esa gazmoñería de tartufos. ¿Qué tiene que ver eso con nuestro combate? Son concepciones superadas de reaccionarios como Hugenberg, incapaces de concebir una renovación nacional que no esté bajo el signo de la virtud y de la austeridad. Nuestra revolución nada tiene de común con las virtudes burguesas. Nuestro triunfo es el de los elementos viriles de nuestra nación. Hace gala de la explosión de su fuerza. También fuerza de los riñones; ¿por qué no? No soy yo quien estorbe el placer de mis gentes. Si les pido el máximo, que tengan también la libertad de solazarse como les parezca, con absoluta prescindencia de toda moral mojigata. Mis hombres no son ángeles, no faltaría más. Son lansquenetes; que vivan,

pues, como tales. No quiero que se les domestique. ¡Fuera camanduleros y santones! No me inmiscuyo en su vida privada, por lo mismo no tolero que introduzcan su nariz en mi propia vida. El partido nada tiene que hacer con conferencias canonjiles sobre el espíritu moral del germanismo y la supremacía de las fuerzas espirituales en la historia de nuestra nación. ¡Así que nos interesarían esas tonteras! No sé qué daría por verlo a ese viejo cuadrúpedo de Hugenberg predicar su moralismo a las S. A. Necesito machos fuertes, de esos que no musitan principios antes de dormirlo a uno. Y si afanan a veces joyas y relojes, que les haga buen provecho."

Oí más tarde, muchas veces, la exposición de esa bella doctrina por boca de los más modestos funcionarios del partido. La enseñanza de Hitler produjo rápidamente sus efectos. Hubimos de tolerar, en Danzig, miles de exacciones de las S. A., que por lo demás eran sólo pecados veniales comparados a cuanto ocurría diariamente en el Reich. El camino que llevaba el régimen a su ruina estaba, a la sazón, pavimentado de las peores intenciones. Ostentábase en los corrillos nazis un cinismo tal, que la misma víspera hubiese parecido inconcebible. Arriba como abajo, en todos los estrados del partido, se alardeaba desaprensivamente una voluntad de acaparar, de gozar, de resarcirse de las privaciones pasadas y, sobre todo, de acumular para el porvenir. No dejar nada para los demás, cuidarse de todo riesgo, mantenerse a la cabeza del pelotón, evitar a todo precio el recaer en la muchedumbre anónima, en la masa de los sin-poder. Las antecámaras rebalsaban de postulantes, cazadores de empleos que expresaban sus exigencias con todo desparpajo: "Lo dijo el Führer", contestaban ladinamente, "los antiguos combatientes deben tener empleo y pan. ¿Para qué, si no, habríamos combatido?"

Alguien me pidió un día un cargo de consejero de Estado en Danzig. Lo que le interesaba, no era tanto el sueldo o el empleo como el derecho a la pensión. Quería asegurarse por siempre. Dios sabe que esos pedigüeños no eran verdaderos combatientes.

Casi todos eran unos pobres diablos, que sudaban miedo por el porvenir. "No quiero recaer en la miseria", gritóme otro un día arrebatadamente. "¡Usted quizá puede esperar, el fuego no le quema el traste. No sabe usted lo que significa estar sin trabajo! Antes que volver a eso, cometeré cualquier crimen. Quiero mantenerme en la superficie a cualquier precio, pues la ocasión no volverá a presentarse."

Menesterosos, criminales, he ahí de qué se componía la "vieja guardia" de Hitler. Cada cual buscaba llenar sus alforjas

y podía invocar las promesas del Führer. Nadie, por encumbrado que fuese, podía estar cierto de que tal bonanza duraría siempre. Nadie confiaba en una era nacionalsocialista de mil años de duración. El presidente de un gran banco me confió un día abiertamente que había expuesto el pellejo durante la guerra mundial, pero que no estaba dispuesto a arriesgar ahora lo más mínimo. Estaba dispuesto, sí, a aceptarlo todo para no comprometerse, pues, decía, no tenía la menor gana de exponer el pellejo.

Era el comienzo de una carrera frenética tras el provecho. Las antiguas clases dirigentes querían mantenerse en el poder. Haciendo a un lado toda hombría y toda dignidad, se aferraban a sus posiciones y hacían servilmente cuanto se les exigía, para no perder su parte del queso. Las mujeres, más empecinadas que los hombres, los empujaban a doblegarse y ceder; no querían renunciar a sus hermosos coches y a las ricas residencias. Eran ellas las que minaban con sus dolimientos la conciencia de sus maridos, repitiéndoles que había que pensar en los niños y en su porvenir. La nueva clase de advenedizos nazis, por su lado, buscaba abrirse paso brutalmente y por todos los medios. En ninguna época se vió en Alemania tal mengua de la honestidad y del carácter. ¿Por qué no se compró a toda esa pandilla? Estaba en venta; los viejos y los jóvenes, la antigua clase dirigente como la nueva, juntos o separadamente. Pertenecía, y pertenece aún, al mejor postor. Aquello hubiera costado menos que la guerra.

XVIII

EL ASUNTO DINERO NO TIENE NINGUNA IMPORTANCIA

Por lo demás, la cuestión dinero carecía de toda importancia desde que se trataba de las finanzas del Estado. "Tenemos tanto dinero cuanto queremos. Es usted el que no quiere", aullaba el gauleiter Forster, en otoño de 1933, cuando yo levantaba alguna objeción a sus proyectos de grandes trabajos, de construcción de teatros, de piscinas abiertas, de tranvías confortables, de rutas lujosas y de transportes modernizados de residuos domésticos. Empezando por Hitler, ninguno de esos aventureros tenía la menor noción sobre el valor del dinero. ¡El dinero! No llegaban siquiera a diferenciar el medio de pago, del capital. Basándose en ideas simplistas de su amo, se habían dado una teoría monetaria que se resumía o poco menos así: era factible multiplicar y gastar los billetes de banco, con tal de mantener los precios.

Me hallaba yo en constante desacuerdo con el partido. Hitler arbitraba. Su arbitraje era tal cual lo podía yo prever. ¿Es posible que las ideas de Hitler fuesen tan rudimentarias? En esa época me entraron sospechas, llegando a preguntarme si el Führer no premeditaba simplemente destruir el poder económico de ciertos medios sociales. La negación categórica que oponía a las menores tentativas de desvaluación oficial estaba en flagrante contradicción con su anuencia a tolerar e incluso alentar la inflación oculta. ¿Sería que Hitler consideraba la política de gastos excesivos y de inflación oculta como un excelente medio para desplazar las fortunas, y, por consiguiente, trastrocar la jerarquía social? Quizá no aprehendiera muy bien el mecanismo de ese proceso, pero merced a su instinto y a una suerte de malicia campesina, había aparentemente husmeado una verdad.

Hitler desconfiaba de la gente que quería iniciarlo en los principios de la economía política. Cree que se le quiere engañar para dominarlo, y no oculta su desprecio por esa ciencia. Tiene la intuición, que no puede explicar científicamente, que se com-

plican cosas muy sencillas haciendo intervenir la economía política. Está convencido de que el dinero, el trabajo y el capital no deben tener de común más que las relaciones establecidas por la experiencia, y que se dispone así después de la eliminación de los especuladores y de los judíos, de una suerte de *perpetum mobile* económico, de circuito cerrado cuyo movimiento no se detiene nunca. El único motor necesario es la confianza, la fe ciega del público. Basta con crear y mantener esa confianza, ya sea por la sugestión, por la fuerza o por ambas.

—"¡Por el amor de Dios; no vaya usted a proponerle la desvalorización o algún sistema demasiado complicado de contralor de la mano de obra!", aconsejóme cierto director ministerial al entrar yo en el despacho de Hitler. Hallélo al Führer impaciente, el semblante hostil. Estaba en antecedentes sobre el objeto de mis pasos. Ya en esa época, no gustaba oír más que opiniones que corroboraran las suyas.

—"¡Todavía asuntos económicos! ¿Acaso no fué Köhler a Danzig? ¿No le habló usted?" Köhler era un pretendido economista distinguido.

—"Le hablé, en efecto, dije, mas no nos hemos comprendido."

—"¿Cómo es eso?"

Traté de explicar a Hitler que ese pretendido economista, en toda la entrevista, no comprendió que en Danzig no estaba él en una ciudad del Reich, sino en una ciudad extranjera de moneda autónoma. No había logrado hacerle comprender que para nosotros, el reichmarck alemán no era más que una divisa extranjera y que nuestra propia moneda estaba ligada por ciertas reglas de cobertura. Le observé que acabábamos de crear un Banco de Estado especialmente encargado de financiar el crédito, lo que, propiamente hablando, equivalía a una medida de inflación.

Ensombrecióse el semblante de Hitler. "Inflación, ¿que quiere decir eso, inflación? No me hable usted de inflación. Se trata ante todo de conservar la confianza del pueblo. Todo lo demás carece de sentido."

Intenté explicarle cómo se establecía la balanza de los pagos del Estado de Danzig, pero me interrumpió bruscamente: "Los detalles no me interesan. No vayan a crearle dificultades estúpidas a Forster. Si quiere edificar, habrá siempre bastante dinero. Fuerza será que lo haya. ¿Comprende usted?"

—"Forster sabe lo que hace, agregó con voz sosegada. Es una necesidad para nosotros el hacer desaparecer a los parados de la calle. Más pronto lo logremos, mejor será el efecto producido. No podemos pagarnos el lujo de esperar más tiempo. Todo descansa sobre las espaldas de Forster. El partido está obligado

a hacer algo. No creen dificultades a Forster, os repito, y traten más bien de facilitarle la tarea."

Protesté que venía haciendo cuanto estaba en mi poder, mas estábamos obligados a dar regularmente pruebas de que la cobertura monetaria estaba intacta, tanto más por tener a un polaco en el Consejo de Administración.

—"¿En qué fecha debe usted rendir cuentas?"

Se la indiqué.

—"¿Y no sabe usted arreglárselas?", díjome rudamente. "Daré órdenes para que pongan a su disposición las divisas que lleguen a necesitar cuando se efectúe la verificación de las cuentas. Las restituirá usted después. No ha menester usted de una cobertura del 40 %. Puede rebajarla a 20 y hasta a 10 %." Quise responderle que sería una verdadera... "¿Estafa?", me interrumpió Hitler. "¿Qué es una estafa? ¿Qué significa la cobertura? La confianza, eso es lo que cuenta. La gente tiene confianza en nosotros, incluso sin cobertura. Somos nosotros los garantes, y no el dinero o las divisas. Es nuestra palabra la que importa, y no los incisos. Divisas, dinero metálico, son otras tantas fichas que adelantamos y retiramos hoy o mañana. ¿Lo comprende usted? La garantía, somos nosotros. No me oponga usted objeciones infantiles. ¿Es usted un político realista o un teórico? ¿Os detienen las incorrecciones? Asumo yo la responsabilidad. ¿Mi palabra tiene a sus ojos menos valor que vuestros absurdos incisos?

"No ponga usted dificultades. Hay dinero. Lo habrá siempre. Mientras el pueblo alemán trabaje, nada temo. Hable con Funk, me aconsejó, es un espíritu lúcido. Y no se deje envolver con cuentos." Hitler se hizo más amable. "¿A qué se envenena usted la existencia? Se ahoga usted en un vaso de agua. Si debiéramos observar escrupulosamente las formalidades, ¿dónde iríamos a parar? Me coloco por encima de todo eso. Estoy dispuesto a perjurarme seis veces al día. ¿Qué importancia puede haber en ello?" Se ponía otra vez iracundo. No hallé respuesta que darle, y, por otra parte, ¿qué habría podido decirle?

—"No se pierda usted en los detalles. Tome ejemplo de mí." Pero Hitler sentía mi resistencia interior. Tomó entonces un tono de camaradería. "¿Qué otra cosa podemos hacer? La tranquilidad de vuestra conciencia os importa más que la vuelta de Alemania a la prosperidad? No tenemos el derecho de pensar en nosotros y en nuestra integridad moral según el concepto burgués. Un solo deber tenemos. ¿Cree usted que ignoro que en caso de que todo no cuajara según nuestras esperanzas, nos maldecirán hasta en la tumba? Estoy marchando por una vía vertiginosa. ¿Puedo cuidarme de incisos y de firmas? Hay gente

vanidosa que se da importancia y dicen enarcando el torso: mi conciencia me lo prohibe. Y luego, ¿cree usted que no podría tomar las mismas responsabilidades que yo? ¿Se cree usted superior a mí?"

Lammers entró en la habitación. Hitler, como siempre, habló más tiempo que el preciso. Me despidió. Afuera, en la antecámara espaciosa, esperaban personas de mi conocimiento, entre otras el conde Schwerin-Krosigk, ministro de Hacienda. Estaba al corriente de mis cuitas. La audiencia concedida por Hitler no las había disipado y fué un año más tarde una de las razones de mi retiro.

XIX

HITLER SE RETIRA DE LA S. D. N.

Alemania se había retirado de la S. D. N. Estaba yo en Ginebra cuando ese viraje memorable. Era, en la política alemana de la postguerra, la primera acción repentina de puro corte hitleriano. Regresando a Danzig, pasé por Berlín y lo visité al Führer. Me parecía deber atraer su atención sobre los peligros de la situación, pues, dada la tensión general, la falta más ligera podía desencadenar una guerra preventiva contra Alemania.

Tal era, por lo menos, mi opinión. Advertí que Hitler no la compartía. Ese día estaba él de excelente humor, en plena forma y rebosante de energía. "Quieren la guerra, dijo viniendo a mi encuentro. La tendrán. Mas seré yo quien escogerá el momento." Respondí que en efecto había oído gritar: "Es la guerra" en los pasillos de Ginebra. Hitler hizo un ademán de desprecio: "¡Quiá! No la quieren en serio. Goebbels me dió ya su informe. Esa gente reunida en Ginebra es un miserable rebaño. No hacen nada, se limitan a protestar, y siempre demasiado tarde."

Luego me preguntó Hitler sobre lo qué tenía que decirle y cuáles eran mis impresiones. Le respondí que la situación de Alemania me parecía muy amenazada, que, en todo caso, la de Danzig se iba a tornar en extremo delicada, y que, finalmente, no veía yo los motivos imperiosos por los cuales abandonamos la S. D. N., cuando ese organismo nos procuraba tantas facilidades de información y nos permitía tantas veces ejercer nuestra influencia. A mi entender, con un programa positivo en el que se insertaran ciertos principios de la misma S. D. N., por ejemplo los derechos de las minorías alemanas, la posición táctica del Reich, ya muy fuerte, habría permitido descontar éxitos a breve plazo. Así es como el presidente recientemente elegido de la S. D. N., un sudafricano, había pronunciado palabras llenas de comprensión a propósito de las nuevas disciplinas nacionales introducidas por ciertos países. Y por último, yo tenía la impre-

sión de que ciertas simpatías que la nueva Alemania estaba en el derecho de esperar de algunas esferas anglosajonas no las había fortalecido precisamente nuestra brusca salida de la S. D. N.

—"¿Qué demonios es ese John Simón?", me preguntó Hitler. "¿Es cierto que es judío?" Contesté que los orígenes del ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña me eran desconocidos. "Me han dicho que era judío y que perseguía la destrucción de Alemania." Le repliqué que esa opinión me parecía poco verosímil. Por lo que yo sabía, sir John Simón deseaba más bien mejorar las relaciones entre los dos países. "¿Y Boncour?" Goebbels le había hablado del hombre de Estado francés. "¿Qué es ese hombre? Se dice que tiene una cabellera ondulada y que juega al jacobino." Luego, sin dejarme tiempo para responder, prosiguió: "Esas gentes no impedirán el resurgimiento de Alemania. Era tiempo de poner fin a esos chalaneos de una vez por todas." Pude al fin decir algunas palabras. Lo esencial era, desde mi punto de vista, salir de la zona peligrosa. Recordando mis experiencias del verano anterior, me permití insistir sobre la necesidad de imponer a todas las formaciones del partido la disciplina más rigurosa. Debíamos evitar todo incidente susceptible de agravar nuestros riesgos. Fácil era prever que nuestra salida de la S. D. N. aumentaría el temor del rearme alemán, y comprometería, por tanto, la obra misma del Führer, al despertar la atención y la desconfianza de los gobiernos extranjeros.

Hitler se levantó. A trancos recorría la habitación; luego, sin mirar hacia mí, se puso a monologar, cual si tratara de justificarse: "Me he visto constreñido de obrar así. Hacía falta un gran gesto liberador, claro para todo el mundo. Urgía arrancar al pueblo alemán de esa red de obligaciones, de frases y de ideas falaces. Teníamos que recobrar nuestra libertad de acción. Poco me importa la política de expedienteo. Tanto peor si, de momento, se agrandan nuestras dificultades. Serán compensadas por la confianza del pueblo alemán, ganado por mi gesto. Nadie nos habría comprendido si hubiéramos hecho nuestras las obligaciones oportunistas que venían arrastrando desde hace diez años los partidos de Weimar. No podemos imponer aún la revisión de las fronteras. Pero el pueblo cree que sí lo podemos. Quiere que se haga algo. Que terminemos con la farsa que se viene prolongando demasiado.

"Lo necesario, no era el obrar razonablemente, sino hacer una demostración que arrastrara las masas oponiendo un "no" viril a las maquinaciones hipócritas de Ginebra y manifestando la resuelta voluntad de una renovación total. Prudente o no, ese gesto lo comprende el pueblo, el cual no aprecia sino la voluntad de potencia y no los tira y afloja de los que nunca

sale nada. Nuestro pueblo está cansado de que lo chasqueen los otros: yo le he dado lo que esperaba."

No supe qué responder. Sin duda, la política escogida por el Führer constituía algo nuevo y temerario; pero tenía la incuestionable ventaja de impresionar al público por su audacia misma y su simplicidad elemental. En un pasado reciente, es por una serie de decisiones semejantes, inmediatamente inteligible para todos los alemanes de todas las clases y no solamente para las masas, enfocadas cada vez en el justo momento psicológico, que Hitler tenía el don de reconocer infaliblemente, que era dado explicar la larga serie de sus éxitos en materia de política exterior e interior. Empero, es un hecho que en el mismo momento en que uno se inclina a reconocerle al Führer una indiscutible superioridad de enjuiciar las cosas, el alud de sus palabras sume a sus interlocutores en la duda en cuanto a su equilibrio mental.

¡Cuántos visitantes lo abordaron con las mejores disposiciones, dispuestos a no encontrarle más que las cualidades positivas, se vieron pronto constreñidos a prescindir de su prejuicio favorable, a retirarse, según los casos, indignados, abatidos o meneando la cabeza!

Hitler se embriaga con sus propias declamaciones; olvidado de la hora y del lugar, se abandonaba a la voluptuosidad de perorar como a un desenfreno físico.

"Acabáronse las democracias. Es un hecho que nada podrá cambiar. Estamos arrastrados por un movimiento irresistible, lo queramos o no. El que no sepa defenderse será pulverizado. El que se aisle, perecerá. Nuestra elección es vencer o desaparecer. La democracia dejó de ser el sistema político adecuado a las grandes rendiciones de cuentas de los próximos años. La gran suerte de Alemania está en que supo dejar a tiempo ese régimen anticuado. Esa liberación nos da por sí sola una gran superioridad sobre los pueblos occidentales. Tenemos por delante a adversarios que destruyen su porvenir con las toxinas de sus cuerpos podridos. Será mi mérito histórico el haberlo comprendido. El riesgo de mi política no es más que aparente. Por el sólo hecho de haber yo desenmascarado la falsa potencia de la democracia, del liberalismo y del marxismo, me aseguré el éxito. La implacable lógica de los hechos nos dará la victoria tanto en el exterior como en el interior. Y esperaré la meta sin combate, del mismo modo que conquisté legalmente el poder, sencillamente porque mi éxito lo requería la misma lógica de los acontecimientos y porque no existía en Alemania otro poder capaz de preservarnos del caos.

"Todo cuanto se oponga a nosotros es de una mísera impotencia. Nuestros adversarios son incapaces de obrar, porque olvidaron todas las leyes específicas de la acción. El secreto del éxito de los nacionalsocialistas, está en haber discernido que la burguesía y sus ideas políticas estaban irrevocablemente condenadas. La democracia es un veneno destructor de toda entidad nacional. Cuanto más sano y fuerte sea un pueblo, más fatalmente sucumbe a él. Con el tiempo, las viejas democracias han logrado inmunizarse hasta cierto punto y quizá puedan vegetar aún por algunas décadas. Por lo que hace a Alemania, pueblo joven y moralmente intacto, el veneno obra sobre ella en forma más virulenta. Se lo puede comparar fácilmente a la sífilis. Cuando se importó por primera vez esa enfermedad desde América a Europa, casi siempre tuvo consecuencias mortales; pero cuando numerosas generaciones la hubieron asimilado, perdió una gran parte de su nocividad. El cuerpo se inmuniza, la enfermedad ya no es peligrosa."

Hitler se engolfó en un discurso interminable sobre la sífilis en Europa. Pareciera olvidar el motivo real de nuestra conversación. Estábamos de pie, cerca de la ventana de su gabinete. Él discurría, mientras yo tenía la impresión que ese lugar común de las "toxinas democráticas" le era particularmente familiar y ocupó mucho tiempo sus pensamientos.

—"El pueblo alemán, insistió aún, debió substraerse a la pestilencia democrática que lo conducía a su perdición. Hoy mismo, en verdad, no sabemos aún adónde vamos. Estamos envueltos en una perturbación gigantesca de la que sólo vemos el comienzo. Pero sabemos lo que queremos. *Aspiramos a la revolución universal.* No retrocederemos ya más. He roto los puentes deliberadamente en lo que concierne a la política exterior. Al pueblo alemán, vacilante aún ante su destino, lo llevaré a la fuerza por el camino de su grandeza. Sólo la revolución mundial me permitirá alcanzar la meta. A Alemania no debe dejársele otra salida. Hay que empujarla implacablemente hacia el triunfo, sino recaerá en la vida precaria y en el renunciamiento."

Hitler no se cansaba de desarrollar su idea fija. Alemania, desde Versalles, se había vuelto, con gobiernos débiles y cobardes, como una zona muerta en torno a la cual otros países se agitaban de más en más. De prolongarse ese cerco pasivo, iba a caer al rango de una nación de esclavos y a dejarse excluir de la historia. Ya nunca más habría podido sacudir el yugo. La retórica hitleriana fluía cual torrente.

—"Lo mismo que en el alba de una era geológica nueva, con estrépito gigantesco, húndese el universo entero y nuevas montañas surgen de las fauces espantables del abismo, mientras llanuras y mares nuevos van definiendo sus límites, así también la estructura presente de Europa se verá transformada por

inmenso cataclismo. Es el instinto de conservación más elemental el que nos insta, al comienzo de esas convulsiones, a elevarnos como una formación granítica primaria, lo bastante alto para que no seamos ni aplastados ni sepultados. La única suerte que le queda a Alemania de poder resistir a esa presión, está en tomar ella misma la iniciativa y la conducción del derrumbe inevitable del que saldrá la nueva era histórica."

Al incorporarse así al dinamismo y al determinismo de la historia más inmediata, el pueblo alemán se designaba a sí mismo como pueblo elegido del porvenir, el que daría su nombre a la era futura. Habiendo evocado esa visión, Hitler se apaciguó. Sobre un tono casi modesto, se desdibujó, por así decirlo, ante el instinto grandioso del pueblo alemán, su voluntad de potencia y su pujanza irresistible, de los cuales el nacionalsocialismo quizá no fuese más que la expresión ocasional y fortuita. De cualquier modo, el triunfo total del nuevo régimen, el hecho de que Alemania ya no podía ser otra cosa más que el III° Reich, no podía explicarse y justificarse más que por la divinación profética y total que iluminara al partido sobre la inminencia de los cambios cósmicos a que estábamos todos arrastrados.

Expresado ese vaticinio, Hitler volvió al fin sobre los problemas del día. Convino conmigo en que había que quitarle al extranjero todo pretexto de una acción contra Alemania. Aceptó mi sugestión de poner coto a las iniciativas imprudentes de sus colaboradores y de imponer una disciplina nacional que hiciera todo incidente imposible. Por lo demás, estaba él dispuesto, afirmó, a concluir cualquier acuerdo que le dejara las manos libres en punto al rearme: "Estoy dispuesto a rubricar y firmar cuanto se quiera. Haré todas las concesiones para quedar libre de proseguir mi política. Garantizaré todas las fronteras, concluiré todos los pactos de no agresión y de amistad que se me pidan. Sería infantil de mi parte el no servirme de esos medios, so pretexto de que algún día me viese en la obligación de violar los pactos más solemnes. No hay pacto solemne que no haya sido roto, más tarde o más temprano, o que no haya caducado. Contratos eternos no existen. El hombre escrupuloso que se cree obligado de consultar su conciencia antes de dar su firma no es más que un necio: debe apartarse de la política. ¿Por qué no hacer a los adversarios el gusto de firmar papeluchos y asegurarse el beneficio de esos acuerdos, si los adversarios se declaran satisfechos y se imaginan que han solucionado algo? ¿Por qué no firmaría yo hoy cualquier contrato, y con la mejor buena fe del mundo, sin perjuicio de seguir adelante y transgredirlo, fríamente, mañana mismo, si el destino del pueblo alemán me lo exige? Claro que sí, repitió; firmaré cualquier papel. Eso

no me impedirá obrar, llegado el caso, del modo que yo estime conforme al interés de Alemania."

Por último, Hitler abordó la cuestión de la política polaca y me encargó le trajera al mariscal Pilsudski, para celebrar una entrevista con él. En esa época estaba interesado en mejorar las relaciones con Polonia. Expresó su deseo de concluir un tratado con ese país, bajo cualquier condición. No podía yo impedirme de pensar que Hitler tenía sobre Polonia y los polacos ideas pueriles, lo que al fin y al cabo nada tenía de sorprendente, pues su consejero íntimo para los asuntos orientales no era otro que el mismo Forster. El gauleiter de Danzig, bávaro de nacimiento, no hablaba de los polacos sino en los términos más despreciativos: "gentuza polaca", "piojos de Varsovia", eran en él expresiones familiares. Es bastante de admirar que ese "experto", desde septiembre de 1933, me sugiriera, a la vuelta del primer congreso de Nuremberg, que podíamos renunciar desde ahora a la política de "acercamiento" con Polonia e ir a una guerra, por cuanto Alemania ya era bastante fuerte como para aniquilar a Polonia en algunos días.

Hitler pareció sorprenderse desagradablemente cuando hice alusión a las vistas imprudentes de su consejero favorito. Desvió la conversación y descarrióse nuevamente en sus proyectos fantásticos. Con todo, volvió luego a lo que yo llamaba el error de Forster. No le disgustaba que se pecara por exceso de celo. Para convencerse de la grandeza real de nuestro empeño, había que remover el estorbo de toda consideración razonable. El exceso de celo era, según él, la marca de los verdaderos revolucionarios. En el fondo, las vistas de Forster halagaban, desde esa época, las codicias de Hitler y su secreta impaciencia.

—"Los alemanes son una raza pesada y cómoda. Les falta temperamento revolucionario. El nacionalsocialismo es la única verdadera revolución que jamás hayan conocido. El marxismo de 1848, la miserable república weimariana, todo aquello era superficial. Ahora operamos en profundidad. No me disgusta comprobar que mis camaradas del partido aspiran a lo imposible."

Volvió a la cuestión de la S. D. N. Para él, esa institución no era más que un foco de podredumbre, como todas las instituciones democráticas. Ninguna resistencia era de temer por ese lado, pues Ginebra no era otra cosa que una cáfila de burócratas temblorosos por su pitanza. Por otra parte, él mismo hablaría en adelante el lenguaje de la S. D. N. No le sería difícil. "Y mis camaradas del partido sabrán exactamente a qué atenerse, cuando me oigan hablar de la paz mundial, del desarme y de los pactos de seguridad."

XX

HITLER DEVELA SU POLÍTICA EXTERIOR

Hitler me develó los arcanos de su política exterior recién a principios de 1934, de regreso a Berlín, después de su estada invernal en Berchtesgaden. Yo no había tenido aún la ocasión de rendirle cuenta de mi entrevista con el mariscal Pilsudski. Hitler me recibió con gran amabilidad, agradeciéndome "lo que yo hiciera en beneficio del Reich alemán." Me dejó hablar, limitándose a hacerme algunas preguntas aquí y allí. La conclusión del pacto germano-polaco, pese a las críticas que levantara en los medios burgueses-nacionales y militares, mejoró sensiblemente la situación de Alemania. Ese tratado podía ser para Alemania el punto de partida de una gran política federativa que diera término a su aislamiento. Sin embargo, entre los iniciados, circulaba el rumor de que se trataba de un expediente temporario que concluiría el día en que Alemania se sintiera en aptitud de apoderarse nuevamente de los territorios ex alemanes, sin tener que temer una intervención del lado del oeste.

Esa interpretación tanto podía servir para tranquilizar al partido, como representar el genuino pensamiento de Hitler. En efecto, Hitler hacía amplio uso del camouflage, tanto hacia su propio partido como hacia el exterior. Por mi parte, yo creía que sería posible decidir a Hitler a hacer una política razonable de penetración económica y política en Europa central, política cuyos primeros jalones yo veía en el pacto polaco.

Hitler se interesó sobre todo en aquellos aspectos de mi exposición que le permitían hacer conjeturas sobre el alcance eventual del pacto. Había yo terminado, cuando me preguntó a quemarropa:

"¿Quedará Polonia neutral en caso de un conflicto con las potencias occidentales?"

Yo no me esperaba esa pregunta, que a la sazón me parecía carecer en absoluto de significado práctico, y contesté, con alguna vacilación, que la actitud de Polonia sería por cierto función de la medida en la cual el apaciguamiento hubiese permitido

llegar a una comunidad de intereses y a una colaboración política entre Berlín y Varsovia. Al mismo tiempo, le pedí a Hitler considerase que salíamos apenas de un período crítico en cuyo decurso se pudo temer una guerra preventiva; que la nueva situación urgía consolidarla y que, en esas condiciones, era imposible dar una respuesta a la pregunta que acababa de hacerse. Creí poder agregar que, por lo menos dentro del círculo del mariscal polaco, parecían situar los objetivos de Polonia al Este y Noreste más bien que al Oeste.

Caímos de acuerdo sobre ese punto. "Pero, ¿y Austria? ¿Cuál será la actitud de Polonia si impongo el Anschluss?" Le dije que en mi sentir, Polonia en ningún caso vería sin agrado desviarse la expansión alemana el mayor tiempo posible del territorio polaco. A estar por lo menos a lo que se me dió a entender en Varsovia, sin que yo pudiera discriminar si, en las intenciones polacas, había una simple maniobra dilatoria o designios de más largo alcance. Como quiera que fuese, en el mes de julio del año anterior me hicieron esta pregunta capciosa: ¿Por qué el Drang nach Osten y no el Drang nach Westen? Al oeste, había naciones avejentadas, mientras que los pueblos del este estaban en pleno crecimiento. La densidad de la población en los territorios de la Polonia occidental era sensiblemente superior a la de las regiones orientales de Alemania.

—"Es exacto, respondió Hitler. Si yo conquistara territorios eslavos expondría al pueblo alemán, corriendo el tiempo, a ser sumergido por las muchedumbres eslavas y reducido a la esclavitud." Dió algunos pasos, sumido en sus reflexiones. Aproveché la ocasión para esbozar las grandes líneas de una política posible del este. En particular, sugerí de no insistir sobre los problemas de fronteras, sino más bien de tejer por encima de ellas, en gracia a relaciones políticas y económicas desarrolladas intensamente, una comunidad de intereses de los países de la Europa central y del sudeste, la que progresivamente, podría transformarse sin guerra en una especie de federación. Me permití hacerle observar que haciendo tal política de expansión pacífica, Alemania se conciliaría probablemente el apoyo de la Gran Bretaña, y que las perspectivas de tal política parecían favorables, incluso en otros países fuera de Polonia. Una Alemania que declararía atenerse a sus intereses nacionales podía tener amplias perspectivas en el futuro, si en lugar de persistir en una política de revisión territorial se orientase hacia una política pacífica de cooperación. En el curso de mi conversación con el mariscal Pilsudski, pude discernir el deseo positivo de una entente duradera con el Reich.

Hitler me había dejado hablar. No sé si verdaderamente me

había escuchado. Bruscamente me interrumpió: "Naturalmente, preferiría hacer mi política del Este con Polonia, más bien que contra ella." Meditó un instante. "Como quiera que sea, les daré una oportunidad a los polacos. Entre ellos hay gente animada de espíritu realista y que hacen tan poco caso de las democracias como nosotros mismos. Pero será menester que esos señores den pruebas de amplitud de espíritu. En tal caso podré darlas yo también."

En seguida Hitler me preguntó si Polonia consentiría en intercambiar ciertos territorios con Alemania. Le respondí que no podía ser cuestión de inaugurar la política polaca con semejantes reivindicaciones. Podrían ser el resultado de ella. Mas Hitler había ya sobrepasado su propia pregunta: "La lucha contra Versalles, dijo, es el medio, pero no el fin de mi política. Usted ha de saber que las antiguas fronteras del Reich no me interesan en sí mismas. *La restauración de la Alemania de anteguerra no es tarea suficiente para justificar nuestra revolución.*"

—"¿Piensa usted aliarse con Polonia para atacar a Rusia?", pregunté a mi vez.

—"Puede ser."

—"Es lo que creí poder deducir por lo que usted dijo de nuestras antiguas fronteras."

—"La Rusia de los Soviets es difícil de tragar. No es por allí que debo empezar."

Observé que si Polonia se aviniese a retroceder territorios al Oeste contra compensaciones al Este, estos últimos tenían que tener un valor suficiente a los ojos de los polacos. Polonia no se contentaría seguramente con territorios de la Rusia blanca. Habría que darle, sin duda, una salida al mar del Norte y un acceso al mar Negro.

—"En todo caso, la Ucrania no será de ellos. Esos señores lo pueden ir sabiendo."

Era quizá prematuro, respondí, para repartirse con los polacos la piel del oso. Antes había que ver si una colaboración cualquiera era posible y hasta dónde podía llevarse. No dudaba yo de que hubiese en Polonia, lo mismo que en Alemania, un poderoso interés para rechazar a la Rusia de los Soviets fuera de Europa. Mas yo temía que no hubiese en Varsovia más que una comprensión insuficiente por la política germano-ucraniana. En mi primera estada en la capital polaca, me dieron a comprender que sería bueno abandonar las ideas de Rosenberg sobre una Ucrania fiscalizada por Alemania. Si Polonia debía renunciar a ciertos intereses al Oeste, me imaginaba bastante bien que querría realizar sus propias pretensiones sobre la Ucrania, sobre Lituania y quizá también sobre Letonia. No se trataba, en este

caso, de aspiraciones románticas, sino de tendencias realistas basadas en la geografía: un gran imperio polaco se extendería del mar del Norte al mar Negro, de Riga a Kiev; tal era el futuro nacional que los hombres de Estado polacos debían necesariamente representarse.

—"No puedo admitir a ninguna potencia militar en nuestras fronteras, protestó Hitler; no puedo lindar con una gran Polonia imperialista. ¿Qué interés habría en ese caso en una guerra con Rusia?"

—"En ese caso, repliqué, llegaremos difícilmente a convencer a Polonia de ceder territorios al Oeste."

—"Pues bien, los cederá de buen grado o por la fuerza. Siempre tendré los medios de constreñirla a que permanezca neutral. Me quedará siempre, ella bien lo sabe, el recurso de un nuevo reparto."

Le pregunté qué alcance tenían esas palabras.

—"Todos los convenios celebrados con Polonia tienen sólo un valor transitorio. No pienso, ni por un momento, entenderme seriamente con los polacos. No necesito repartir con otra potencia. Podré, cuando lo quiera, llegar a un acuerdo con los Soviets. Puedo despedazar a Polonia cuándo y cómo se me antoje. Mas no lo quiero. Me costaría demasiado caro. Si puedo evitarlo, no lo haré. No necesito de Polonia más que en tanto se me pueda amenazar desde el Oeste."

—"¿Tiene usted seriamente la intención de marchar contra el Oeste?"

Hitler, que se paseaba de un lado para otro, se detuvo. "¿Y por qué cree usted que nos armamos?" Hice notar que en seguida se formaría, sin ninguna duda posible, una coalición a la cual Alemania sería incapaz de resistir.

—"Esa será precisamente mi tarea, la de impedir esa coalición y avanzar paso a paso de tal suerte que nadie se interponga en nuestro ascenso. ¿Cómo lograrlo? Aun no lo sé hasta hoy. Pero descuide usted. Estoy cierto de que lo lograré, por las indecisiones de Inglaterra y por los desgarramientos interiores de Francia." Hitler se lanzó nuevamente sobre el tema, para él familiar, del pacifismo en Inglaterra y en Francia. Como tuve ocasión de verificarlo más tarde en varias oportunidades, nada pudo jamás quitarle esa idea de que Inglaterra era absolutamente incapaz de volver a hacer una guerra, y de que Francia, pese a su excelente ejército, se vería impedida por disturbios internos y conflictos políticos que siempre serían fáciles de alimentar, de servirse de ese ejército o cuando menos de servirse de él a tiempo. Yo no estaba convencido. ¿Qué seguridad teníamos de que Inglaterra y Francia eran absoluta-

mente incapaces de resistencia? Un error de apreciación podía reservarnos dolorosas sorpresas.

Hitler tuvo una risa de desprecio. Repitió que había que sacarse de la cabeza aquello de que Inglaterra iría a una guerra contra Alemania. "Inglaterra necesita de una Alemania fuerte. Inglaterra y Francia nunca volverán a llevarnos una guerra en común."

—"¿Quiere usted penetrar por la línea Maginot? pregunté, o proyecta pasar por Holanda y Bélgica? Si adoptara usted este último plan, de seguro que Inglaterra se plegaría al lado de Francia."

—"A la condición de que Inglaterra tenga tiempo para ello. Por lo demás, no traspasaré la línea Maginot ni pasaré por Bélgica. Maniobraré en forma de que Francia se salga de la línea Maginot, sin perder yo mismo ni un solo soldado." Sin duda, yo disimulaba mal mi escepticismo. "En eso está mi secreto", triunfó Hitler. Claro está, haré cuanto haga falta para impedir una coalición anglofrancesa. Si logro poner de nuestro lado a Inglaterra e Italia, la primera parte de nuestro plan de conquista será mucho más fácil de realizar. De todos modos, no nos dejemos arredrar por fantasmas. Esa democracia judaízante de los ingleses es tan poco viable como Francia o Estados Unidos. Compéteme cuando menos el intento de recoger sin guerra la herencia de sus imperios en descomposición. Mas tampoco he de retroceder ante una lucha con Inglaterra. Lo que no acertara Napoleón, lo acertaré yo. Ya no existen islas inasequibles. Desembarcaré en Inglaterra. Desde el mismo continente, arrasaré sus ciudades. Inglaterra no sabe todavía hasta qué punto es hoy de vulnerable.

—"Pero, ¿si usted se encontrara frente a una alianza entre Francia, Inglaterra y Rusia?"

—"Nada de eso se verá mientras yo viva. Mas si no logramos vencer, arrastraremos en nuestra caída a la mitad del mundo, y nadie podrá regocijarse de una victoria sobre Alemania. Nunca más se verá un 1918. No capitularemos.

—"Pero las cosas no llegarán a ese extremo, continuó Hitler con tono más calmo. O entonces es porque habré conocido una serie ininterrumpida de fracasos. En tal caso, habría yo ocupado un cargo que no me merecía. Tenga por cierto que no trataré nunca de disculpar mis faltas atribuyéndolas a la mala suerte. La voluntad de los fuertes doma a la fortuna y corrige al azar." Objeté que la guerra de 1914 traía consigo, para nosotros por lo menos, esta enseñanza: que debíamos evitar el correr demasiadas liebres a la vez y coligar a todas las naciones contra nosotros, encontrándonos a la postre sin ningún aliado.

Objetivos limitados, sucesivos, alcanzados por medios políticos y sin el recurso de la fuerza, he ahí cuál era, salvo error, el único camino viable para Alemania.

Hitler dió señales de impaciencia. "Si la nación alemana, en lugar de ser simplemente un estado continental europeo, quiere convertirse en un imperio mundial, —y es menester que así sea si quiere sobrevivir,— es necesario que conquiste una soberanía y una independencia totales. ¿Comprende usted lo que eso significa? ¿No ve usted la trágica mutilación que debemos soportar, todo con ser el segundo pueblo de Europa, a causa de la ingratitud de nuestro suelo y de lo exiguo de nuestro espacio vital? Una nación no puede ser un imperio mundial más que si puede vivir independiente sobre su propio espacio y defenderse militarmente. Únicamente tales naciones son soberanas en la plena acepción del término. La Rusia es soberana, los Estados Unidos son soberanos, Inglaterra es soberana, a decir verdad artificialmente y no por el hecho de su configuración geográfica, Francia es todavía soberana hasta cierto punto. ¿Por qué estamos tan mal dotados? Es acaso el efecto de una voluntad divina el que, a despecho de nuestro ardor en el trabajo, nuestra capacidad, nuestra industria, nuestras aptitudes militares, quedemos siempre en el segundo rango, siempre detrás de Inglaterra y detrás de Francia, aunque seamos más grandes que esos dos pueblos juntos? ¿No lo cree usted, lo mismo que yo?

"Fuerza es pues que yo procure a Alemania un espacio bastante vasto para que podamos protegernos contra toda coalición militar. En tiempo de paz, podemos acomodarnos con las condiciones actuales. Pero es que no se trata de la paz; se trata de la libertad de nuestros movimientos en tiempo de guerra. Pues bien, en tiempos de guerra dependemos del exterior por modo que puede resultar mortal. No podemos vivir sino gracias a los intercambios internacionales, y no tenemos desemboque sobre ningún océano. Eso nos confina eternamente en el papel de una nación políticamente dependiente. Necesitamos un espacio que nos haga independientes de toda constelación política, de toda alianza. Hacia el Este, deberemos extender nuestra dominación hasta el Cáucaso o hasta el Irán. Hacia el Oeste, nos hace falta la costa francesa. Nos hace falta Flandes y Holanda. Y por encima de todo, nos hace falta Suecia. Debemos volvernos una potencia colonial. Es menester que nuestro poder naval sea por lo menos igual al de Inglaterra, pues la base material estrictamente necesaria para la independencia, aumenta en función de las exigencias de la técnica y del progreso de los armamentos. No podemos ya limitarnos, como Bismarck, a objetivos nacionales. O bien dominaremos a Europa, o bien nuestra

nación se disgregará y volveremos a caer en la polvareda de los pequeños Estados. ¿Comprende usted por qué no puedo limitarme ni hacia el Este ni hacia el Oeste?"

Le pregunté si esos proyectos no significarían, de hecho, querer forzar la naturaleza de las cosas; si no significaba el empleo de la violencia allí donde el resultado no era posible sino por una política de alianzas. "¿E Inglaterra, aulló Hitler, que ha constituído su imperio por medio de robos y rapiñas, lo ha obtenido por una política de alianzas o por la violencia?" Repuse que ya no estábamos en las condiciones del siglo XVIII, y que dudaba de que se pudiera obtener una ventaja cualquiera por métodos que hace ciento cincuenta años permitían recoger en los continentes todavía vírgenes los trozos y pedazos de un imperio colonial.

—"¡Erra usted, señor! ¡Erra usted lamentablemente! Algo hay que no cambia en los siglos: y es, que los imperios se fundaron por la espada y por la superioridad de las armas, y jamás por una política de alianzas." No era la primera vez que Hitler comprobaba mi incomprensión de toda grande política y de que me perdía en fantasías pacifistas. Debía yo de tomar nota, de una vez por todas, de que los pactos y convenios no tenían ningún valor permanente. "El porvenir de Alemania no está en las alianzas, está en su propia fuerza."

Objeté que al fin y al cabo, sin la política prusiana del Zollverein, Bismarck no habría podido fundar el Reich Alemán. "Y sin las victorias del 66 y del 70, esa política de unión aduanera no habría dado más resultados que las cháchacharas de los hombres del 48 en la iglesia de San Pablo, de Francfort", redarguyó Hitler cual si hubiera soltado una carta maestra. Respondí que en ese caso, la estructura actual del imperio británico no podía por lo menos servir de ejemplo. Teníamos necesidad de algo como el Acta de Westminster para los Estados de la Europa central y oriental, de una unión voluntaria de esos Estados bajo la soberanía de Alemania. Eso era lo que me parecía responder mejor a nuestra situación y a nuestras posibilidades.

—"¡Ah!, ¿de veras?, hizo Hitler; el imperio británico y su famosa Constitución, ¿tal es lo que usted propone como modelo de lo que el nacionalsocialismo debe forjar para el futuro de Alemania? Y bien, ¡no! Ese imperio presenta todos los síntomas de la descomposición y del hundimiento inevitable, pues en ninguna parte encontramos en él la voluntad de potencia. Cuando no se tiene más el coraje de dominar por la fuerza del puño, cuando uno se ha tornado demasiado humano para mandar, es llegado el tiempo de retirarse. Inglaterra lamentará su molicie humanitaria. Le costará su imperio. Puede por lo demás que

una vieja potencia, incluso desprovista de verdadero gobierno, vegete aún algunas décadas. Pero un imperio nuevo no podrá nacer jamás si no es por la sangre y por el hierro, bajo el apremio de la voluntad más dura y de la fuerza más brutal."

Hitler recorrió su despacho con agitación y prosiguió:

—"Forjaré el núcleo de acero de un nuevo imperio cuyos lazos serán indestructibles. Austria, Bohemia y Moravia, el Oeste polaco, un bloque de cien millones de hombres, infrangible, sin grietas y sin minorías libres! He ahí el fundamento sólido de nuestra dominación. En torno a ese bloque, primero una confederación de la Europa oriental: Polonia, los Estados bálticos, Hungría, los Estados balcánicos, Ucrania, la región del Volga y Georgia. Una confederación, sin duda, pero cuyos componentes no tendrán, desde luego, los mismos derechos que los alemanes. Una unión de pueblos auxiliares, sin ejército, sin política propia, sin economía propia. Y ni por un instante pienso hacerles a esos países concesiones sobre una base humanitaria. Por ejemplo en cuanto a Hungría, para la restauración de sus antiguas fronteras. No haré ninguna diferencia entre amigos y enemigos. La época de los pequeños Estados pasó. Luego habrá otro sistema de Estados vasallos al Oeste: confederación de Holanda, Flandes, norte de Francia. Finalmente, una confederación del Norte: Dinamarca, Suecia y Noruega." E Hitler se complacía en la pintura de esas visiones.

—"A partir de ahora, las relaciones de fuerzas serán constantemente modificadas, continuó, pero, al término de un período preparatorio, todo trabajará para Alemania. No habrá más neutrales. El destino de los neutrales es el de volverse los satélites de las grandes potencias. Serán absorbidos. Todo eso no se producirá de golpe. Progresaré paso a paso, pero con lógica férrea."

Con aplomo inaudito, Hitler me expuso toda una arquitectura de planes tanto más sorprendentes que pareciera que las primeras condiciones de su realización estaban ausentes. En 1934, esos planes no parecían sino fantasías de un megalómano. Sin embargo, en el umbral de 1940, los alemanes podían creer que en parte se habían realizado. ¿Cómo asombrarse de que un hombre que quiso y obtuvo tantas cosas imposibles se embriagase con su propio éxito y se tuviese por una especie de demiurgo?

A la hora en que escribo, el detalle de esos proyectos desmesurados ya no tiene gran interés. En parte se han realizado, como por ejemplo la anexión de Austria y la destrucción de Checoeslovaquia. En parte también, han debido suplirse con soluciones radicalmente opuestas. El ataque fulminante, el

Blitzkrieg, los cambios de frente fulgurantes del Oeste al Este, las arremetidas directas hacia el Norte, debían ser uno de los medios infalibles del combate. La descomposición revolucionaria del enemigo por refinados métodos de guerra psicológica constituían el otro medio. Los sueños demenciales de Hitler se extendían a todo el universo. Quería herir a Inglaterra en sus puntos débiles, en las Indias como en el Canadá. Soñaba con ocupar Suecia y Holanda. Este último país, en particular, le parecía colmado de perspectivas seductoras; antojábasele ser la plataforma de una guerra aérea y submarina contra Inglaterra. "En menos de ocho horas alcanzaremos la costa", me dijo con un dejo de entusiasmo cruel.

Contemplaba también como posibles ciertas conjeturas que le permitirían el no arriesgarse en una gran guerra. En este caso, se mantendría a la defensiva y dejaría al enemigo la iniciativa del ataque. Pero entonces tomaría rehenes: Holanda, Dinamarca, Suiza, los Estados escandinavos. Mejoraría sus posiciones estratégicas y propondría la paz bajo sus propias condiciones: —"Y si no aceptan, que vengan y traten de echarme fuera de los territorios ocupados. En todos los casos, son ellos los que soportarán los gastos del ataque".

A mi objeción de que un nuevo bloqueo daría cuenta de Alemania, respondió con un sarcasmo: "Inglaterra no será nunca más dueña de los mares. Pasó su hora. Las flotas aéreas y el arma submarina transforman a las flotas de guerra en un juguete costoso, sólo permitido a las ricas democracias, pero en una guerra decisiva, esos acorazados y esos cruceros no son más que hierro viejo." Retengo aún de esa conversación, la opinión del Führer sobre Italia. Habló del fascismo con un desprecio cargado de odio, como de cosa de histriones: "Así como no se podrá hacer jamás del pueblo italiano una nación guerrera, así el fascismo jamás comprendió el fondo de lo que se debate en la lucha colosal que va a desatarse. Podremos, sin duda, aliarnos temporariamente con Italia, pero en el fondo, los nacionalsocialistas somos los únicos que hemos penetrado el secreto de las revoluciones gigantescas que se anuncian. Y es por ello que somos el único pueblo elegido por la Providencia para dar nuestra marca al siglo venidero. Tendría Alemania que haber caído muy bajo para contar, en la hora decisiva, con el concurso de una nación como Italia."

Hitler me acompañó hasta la puerta: "No nos llamemos a engaño. Nuestra misión es la de conducir a un fin victorioso y en las condiciones más favorables, la guerra interrumpida en 1918. Si lo consigo, todo lo demás caerá en nuestras manos por el simple juego de las leyes históricas. En pos de nosotros

queda un simple armisticio, y delante, la victoria que dejamos escapar en 1918."

Hitler me despidió con algunas palabras amables. Tuve la impresión de haber perdido sensiblemente algo de su estimación. Con todo me renovó su agradecimiento por lo que yo hiciera en Polonia.

XXI

RUSIA: ¿AMIGA O ENEMIGA?

En un encuentro ulterior, Hitler me hizo conocer sus proyectos en cuanto a la Rusia soviética. Me hice anunciar en su casa, en la primavera de 1934, a objeto de ponerle al tanto de las negociaciones entre Danzig y Polonia, que se iban arrastrando o, más exactamente, que habían llegado al punto muerto. Después del acuerdo germanopolaco, Alemania tenía la posibilidad de influir amigablemente sobre Polonia en favor de la Ciudad Libre.

Iba pues de cajón el examinar con Hitler la política de nuestras relaciones con Moscú. Rusia se había interesado siempre por la independencia de Danzig, y, en ciertas circunstancias difíciles, hasta había ejercido presión sobre Polonia. Yo había tratado de fortalecer ese interés acerca de Kalina, representante a la sazón de la Unión soviética en Danzig, a fin de consolidar, por así decirlo, nuestra retaguardia en el curso de nuestras negociaciones con Polonia. En nuestras entrevistas, no se trató solamente de cuestiones económicas, sino también del problema de Danzig. Yo sugerí que sería de la mayor utilidad conceder una mayor independencia a la Ciudad Libre, considerada como "el Estado báltico más occidental."

Esa manera de ver las cosas había interesado vivamente a Kalina. Sin embargo, mis esfuerzos hacia un acuerdo rusodanziguense, con la construcción de algunos buques para Rusia como punto de partida, no llegó a concretarse. Rusia parecía alejarse tanto de Alemania como de Danzig. Las razones de esa actitud me fueron dadas por Kalina, quien era lo bastante inteligente para hablar y para comprender un lenguaje franco: "Vuestro nacionalsocialismo tiene espíritu revolucionario, me dijo en el curso de un almuerzo, pero ¿a qué empleáis esa fuerza revolucionaria? Vuestro pretendido socialismo no es más que un señuelo para las masas. Lo que hacéis no es otra cosa que una revolución brutal, desordenada y sin objeto. No es una revolución en el sentido del progreso social. Vuestros jefes, lo que quieren, es la omnipotencia. Para obtenerla, abusan de la fuerza

de Alemania y la agotan. Representáis para nosotros un peligro mayor que las viejas potencias capitalistas. El pueblo alemán iba camino de la libertad, pero lo vais a desengañar. Vais a dejar detrás vuestro a un pueblo amilanado, desconfiado e incapaz de todo esfuerzo productivo. Un día, las masas os abandonarán. Puede que en ese momento os acerquéis a nosotros, pero quizá sea demasiado tarde. No concluiremos acuerdo alguno con Alemania sino cuando el pueblo alemán haya comprendido su error actual. Eso llegará seguramente. Podemos esperar."

Sabido es que los acontecimientos no han justificado esas vistas del diplomático ruso. El acercamiento entre la Rusia de los Soviets y la Alemania nacionalsocialista se ha producido antes de la desafección de las masas alemanas. A decir verdad, el contacto nunca dejó de existir. Los jefes del partido se habían cuidado ellos mismos de mantenerlo. En efecto, algunos de ellos, como Goebbels, habían reconocido desde los primeros años de la lucha por el poder, un estrecho parentesco entre el nacionalsocialismo y el bolcheviquismo; lo habían proclamado, felicitándose de ello, en las declaraciones públicas; habían más tarde mantenido su opinión y la habían propagado más o menos discretamente. Numerosos gauleiters no tenían empacho en preconizar una alianza germanorrusa; veían en ella el único camino expeditivo para evitar rodeos y azares peligrosos. Hitler, por su parte, permanecía escéptico por muchas razones. Pero esas razones no eran de orden ideológico; eran consideraciones de orden práctico. Jamás Hitler rechazó el principio de una alianza con los Soviets, a lo menos en el círculo íntimo de sus camaradas del partido.

—"Vaya usted a Moscú, le doy mi consentimiento, díjome cuando le participé ciertos proyectos capaces de activar las negociaciones polacodanziguenses. Vaya a Moscú, pero desde ya le participo que no obtendrá usted muchas satisfacciones. Esas gentes son judíos charlatanes, talmudistas. No se llega a nada con ellos." Respondí que había ya examinado los proyectos en cuestión con Koch, el gauleiter de Königsberg. "Sí, Koch es un hombre inteligente, pero me causa preocupaciones." Koch era un amigo de Gregorio Strasser, caído en desgracia y odiado ferozmente por Hitler, que veía en él a un rival posible.

Me guardé bien de abordar el motivo de las discordias que en la Prusia oriental desgarraban los cuadros del partido y di cuenta simplemente a Hitler de lo que había visto en el "Instituto planista" de Koch. Un joven profesor, von Grünberg, había elaborado una colección fantástica de "paisajes del futuro". En su instituto, hizo establecer cartas en las que figuraban perfeccionamientos imaginarios: centrales de energía eléctrica, trans-

portes de fuerza, autoestradas, vías férreas, proyectos de canales. Esos "paisajes" económicos, minuciosamente estudiados hasta en el detalle, se extendían sobre todo el Este de Europa, hasta el mar Negro y hasta el Cáucaso. Sobre esos planes, Alemania y la Rusia occidental representaban ya un bloque gigantesco desde el punto de vista de la economía y de los medios de comunicación. Evidentemente, todo iba orientado hacia Alemania; era Alemania que establecía los proyectos y los ejecutaba. En cambio, no había ni rastro de Polonia ni de Lituania. Era la red de comunicaciones de un enorme espacio continental, que se extendía de Flessingue hasta Vladivostok. "Si no realizamos todo eso, toda nuestra revolución no habrá servido para nada", me respondió Koch cuando le hube expresado mi asombro ante la inmensidad de sus proyectos.

—"Koch se anticipa demasiado a la realidad. Quiere demostrar con ello que una unión entre Alemania y Rusia nos sacaría de apuros. Evidentemente, ¿por qué no firmaría yo un acuerdo con Rusia, si mi situación puede mejorar con ello? No tengo prevención alguna. Un día eso puede suceder.

Y sería, en gran parte, la culpa de Polonia. Pero así y todo Koch se equivoca. Si seguimos sus planes, jamás alcanzaremos el resultado total que es para nosotros de una necesidad absoluta. No es por ese rodeo como llegaremos a formar un gran bloque de Estados que dominen al universo. Toda partición de influencia tendría precisamente por efecto de crear el máximo de desconfianza entre ambos beneficiarios. Y, finalmente, de tal pacto saldría la guerra decisiva que no puede evitarse. Hace falta un solo amo, y no dos. De ahí la necesidad de vencer a Rusia. Después, Koch tendrá tiempo para ejecutar sobre el terreno sus planes y proyectos. Después, pero no antes."

Contestéle que no pensé en una alianza duradera entre Alemania y Rusia, sino en arreglos temporarios y al sólo objeto de cubrir nuestra retaguardia. Por lo demás, tampoco podía convencerme de que tal alianza estuviese exenta de peligros para Alemania.

—"¿Por qué?", preguntó bruscamente el Führer. "De todos modos, yo no he dicho eso."

—"Pienso en el peligro de bolchevización de Alemania."

—"Ese peligro no existe ni nunca existió", replicó Hitler. "Olvidáis que Rusia no es tan sólo el país del bolchevismo, es al mismo tiempo el mayor imperio continental del mundo; dispone de inmenso potencial y podría atraer a Europa entera hacia ella. Los rusos absorben a sus asociados, se tragan la liebre con pelo y todo. Ahí está el peligro. Con ellos, lo que cabe es aliarse integralmente o no aliarse."

Hice notar entonces que si yo había comprendido correctamente, él establecía una diferencia entre la Rusia-imperio y la Rusia-semillero del bolchevismo. En cuanto a mí, no tenía en modo alguno la certeza de que fuera posible un acuerdo entre Alemania y Rusia, sobre el terreno diplomático y práctico, sin tener en cuenta al bolchevismo cual factor que representaba siempre un peligro para nosotros. "No es Alemania la que será bolchevizada, es el bolchevismo el que se convertirá en una especie de nacionalsocialismo", respondió Hitler. "Por otra parte, existe entre nosotros y los bolcheviques más puntos comunes que divergencias, empezando por el verdadero espíritu revolucionario, existente en Rusia como en Alemania, por lo menos allí donde los marxistas judíos no conducen el juego. He tenido siempre en cuenta esa verdad, y es por ello que he dado orden de aceptar inmediatamente en el partido a todos los ex comunistas. Los pequeños burgueses socialdemócratas y los bonzos de los sindicatos no podrán nunca volverse verdaderos nacionalsocialistas; los comunistas, siempre."

Emití discretamente algunas objeciones: era difícil desconocer el peligro representado por los agentes comunistas que desorganizarían metódicamente las formaciones del partido. La mayor parte de los que cambiaron de partido siguieron actuando conforme a las órdenes del Komintern, del que quedaban siendo los agentes secretos. Hitler rechazó mis argumentos con brusquedad. Estaba dispuesto a correr ese riesgo. "Nuestro espíritu revolucionario es tan fuerte, la vitalidad de nuestro admirable movimiento es de un vigor tan elemental, que consigue modelar a los hombres, incluso contra su voluntad."

Ni temía la acción de los comunistas alemanes en la política interna, ni aquélla de los agentes rusos del Komintern. Y aun si debiera concluir un acuerdo con Rusia, guardaría siempre en reserva una segunda revolución, que lo libraría de la contaminación de las quimeras comunistas y marxistas. "Una revolución radical de nuestra situación social me procurará fuerzas nuevas e insospechadas. No temo una desorganización revolucionaria debida a la propaganda comunista. Mas nos hallamos frente a un asociado o a un adversario tan fuerte como nosotros y del que deberemos desconfiar. Alemania y Rusia se completan de modo maravilloso. Están hechas verdaderamente la una para la otra; mas es allí, precisamente, que está el peligro de ser aspirados y disueltos en cuanto a nación. ¿Ha notado usted como los alemanes que residen por mucho tiempo en Rusia ya no pueden volver a ser alemanes? El espacio colosal los ha mudado. La razón que hace de Rosenberg un adversario tan enconado de los bolcheviques, es de que le impiden ser un ruso."

—"Me llama la atención, dije, el que toda una fracción de la juventud, los que se designan como neoconservadores, neoprusianos, cantidad de jóvenes ingenieros y de jóvenes oficiales del ejército, experimentan una muy fuerte atracción por parte de Moscú y ven la salvación de Alemania en una alianza con Rusia". Esa observación no le gustó a Hitler. "Yo sé lo que usted quiere decir. Usted hace alusión a la doctrina de Spengler, al "socialismo prusiano" y otras paparruchas. Eso es bueno para entretener a nuestros generales que se divierten combinando "Kriegspiele" políticos. Como el acuerdo militar con Rusia les parece cómodo, inmediatamente se descubren a sí mismos aspiraciones anticapitalistas. Mecidos por esa semifilosofía, entienden a su socialismo prusiano cual disciplina cuartelera que les daría autoridad sobre los salarios y la libertad individual. Pero las cosas no son tan sencillas.

"Concibo asimismo el placer que encuentran los ingenieros al levantar sus andamiajes "planistas". Pero tampoco aquí es sencillo el problema; no se crea que se puede resolver únicamente por un trueque de materias primas y capacidades técnicas. No; la idea de un Estado obrero supernacional con el trabajo infligido como un *pensum* dentro de una red de industrias sabiamente agrupadas, todo ello no ha podido nacer sino en el espíritu delirante y super-racionalista de una pandilla de intelectuales desprovistos de todo instinto nacional. Todo ese "socialismo prusiano" es sólo fantasía y apariencia engañosa. Falso resulta y peligroso al mismo tiempo, por cuanto es una valla puesta en el camino del nacionalsocialismo.

"Puede que sea inevitable una alianza con Rusia. *Pero guardo esa posibilidad como último recurso.* Ese recurso quizá sea el acto decisivo de mi vida. Pero no es cosa de manosearlo desconsideradamente haciendo de él la comidilla de los corrillos literarios; y, por otra parte, debemos empeñarlo a tiempo. Y si algún día me decido a emplearlo, nada me impedirá darme vuelta y atacar a Rusia cuando mis objetivos occidentales hayan sido alcanzados.

"Sería ingenuo el imaginarse que perseguimos nuestro ascenso sobre una continua línea recta. Cambiaremos de frente con arreglo a las necesidades y no tan sólo los frentes militares. Pero, por el momento, quedémonos con nuestra doctrina oficial y sigamos viendo en el bolcheviquismo a nuestro enemigo mortal. Tratemos de retomar la ofensiva en el punto preciso en que la abandonaran nuestros ejércitos en la última guerra. El objetivo principal, lo mismo que en el pasado, es el de aniquilar para siempre a las masas amenazantes del paneslavismo imperialista. Alemania no puede extenderse y crecer bajo la presión de esa

masa. No olvidemos que la natalidad de los pueblos eslavos es superior a la de todo el resto de Europa. La misión nuestra consiste en impedir que la estepa rusa desborde sobre Europa. Nada podrá evitar el combate decisivo entre el espíritu alemán y el espíritu paneslavista, entre la raza y la masa. Hay allí un abismo que ninguna comunidad de intereses sería capaz de nivelar. Es menester que la jerarquía de los amos subyugue el pululamiento de los esclavos. Somos el único pueblo capaz de crear el gran espacio continental, imponiéndolo por la fuerza y no con pactos con Moscú. Esa partida suprema la jugaremos y la ganaremos. La victoria nos abrirá la puerta de la hegemonía mundial. Eso no quiere decir que no andemos un trecho de camino con los rusos, de serme ello útil; pero con el propósito bien determinado de volver por nuestro objetivo esencial en cuanto sea posible."

XXII

EL DEBER DE DESPOBLAR

¿Representaba ese doble juego en relación con Rusia el pensamiento profundo del Führer? Cuando me lo reveló, confieso que me quedé escéptico, no pudiendo concebir en esa época que Hitler careciera de fines políticos precisos y estuviese dispuesto a desautorizar todas las ideas por las cuales había luchado hasta entonces. Traté de persuadirme de que lo que dijo sobre Rusia quizá no fuera sino una improvisación, un alarde destinado a impresionar y a fascinar al auditor. Ya sabía que el Führer es un comediante, que habla siempre delante de las candilejas. Sobresale en cuanto a apoderarse de las ideas ajenas y presentarlas cual si fueran sus concepciones personales. Nada sorprendente sería que hubiese dicho al visitante que me sucedió en su gabinete, exactamente lo contrario de lo que me había presentado como el resultado de sus meditaciones más profundas.

La política de Hitler no es otra cosa que el oportunismo puro. Siempre está dispuesto a arrojar por la borda, con estupenda desenvoltura, lo que, el instante anterior, afirmaba como principio intangible. Uno ve de continuo aflorar a la superficie el pasado de Hitler, su pasado de agente político a sueldo, siempre guiado por el apetito personal, hoy coqueteando con los marxistas, aceptando mañana la espórtula de los monárquicos bávaros. Dos rasgos caracterizan su industria política: una duplicidad sin límites, y esa su capacidad, que desarma al adversario, de olvidar a cada instante, con perfecta espontaneidad, las promesas que acaba de hacer o las palabras que acaba de pronunciar. Esa maestría en la versatilidad no supone tan siquiera el menor cálculo maquiavélico. La mayor parte de los nacionalsocialistas, Hitler a la cabeza, pierden literalmente la memoria cuando quieren olvidar lo que no tienen interés en recordar. Es como un fenómeno de histerismo. Me ha sucedido a menudo —y supongo que los otros colaboradores de Hitler habrán hecho la misma experiencia—, que cuando yo me refería a alguna de sus pláticas anteriores, me miraba sorprendido, a menos que no

declarara secamente no haberme dicho nunca semejante cosa. Y lo creía a pie juntillas.

Es difícil representarse, cuando no se tiene de ello la experiencia personal, la desenvoltura de esos histriones que saltan a todo momento por encima de su propia sombra. Tal es el hombre de quien se decía que su política estaba hecho de principios inflexibles y que, desde su entrada sobre la escena del mundo, ha renegado todo su pasado con un cinismo sin ejemplo, ocupado como estaba su espíritu en la sola idea de mantenerse en el poder.

En el curso de la entrevista que referí sobre su política extranjera, dejó escapar una frase que merece especial atención. Hitler había evocado, una vez más, el peligro que representa para el pueblo alemán la excesiva proporción de elementos eslavos. Esa impregnación acabaría inevitablemente por modificar el carácter racial. "Tenemos ya demasiada sangre eslava en las venas. ¿No ha notado usted cuántas personas de alta situación en Alemania llevan nombres eslavos? Un especialista de la materia me afirmó que todavía hace cincuenta años la situación era distinta. Creo que su encuesta recaía principalmente sobre la magistratura prusiana. Ese mismo experto me afirmó que un porcentaje relativamente importante de delitos o de crímenes eran imputables a individuos cuyos nombres tenían consonancia eslava. ¿Qué conclusión saca usted de ello? Se podría creer que una minoría socialmente inferior, llega poco a poco a constituirse en clase dirigente. Hay allí un peligro terrible para el pueblo alemán. Está en camino de perder su originalidad nacional, mientras que un pueblo extranjero se apodera de su idioma. El pueblo, en conjunto, es siempre alemán. Pero vive en tierra germánica como en tierra extraña. El alemán cien por cien no es más que un extranjero tolerado en su propia nación. Es un resultado análogo al que los judíos, de modo distinto, habían casi obtenido."

Hitler callóse, No lo interrumpí. "Lo menos, prosiguió, que podamos hacer, es impedir que esa sangre siga infiltrándose en las venas de nuestro pueblo. Reconozco que el peligro no habrá disminuído cuando, de aquí a poco, ocuparemos territorios en que la población eslava es mayoría. Es un elemento del que no podemos deshacernos rápidamente. Pensad en Austria, en Viena. ¿Qué queda de alemán allá?

"Por tanto se nos impone el *deber de despoblar,* como tenemos el de cultivar metódicamente el aumento de la población alemana. Habrá que instituir una técnica del despoblamiento. Me preguntaréis lo qué significa "despoblamiento", y si tengo la intención de suprimir a naciones enteras. Pues bien, sí, es

más o menos eso. La naturaleza es cruel, tenemos por tanto el derecho de serlo también. En el momento en que lance en el huracán de hierro y de fuego de la guerra futura a la flor del germanismo, sin que yo sienta pesar alguno por la preciosa sangre que correrá a raudales, ¿quién podría impugnarme el derecho de aniquilar a millones de hombres de razas inferiores que se multiplican como insectos y que, por lo demás, no haré exterminar, pero cuyo crecimiento impediré sistemáticamente? Por ejemplo, separando durante algunos años los hombres de las mujeres. ¿Recuerda usted la caída de la curva de natalidad durante la guerra? ¿Por qué no haríamos intencionalmente y por numerosos años, lo que hace poco fué la consecuencia de ese conflicto? Existe más de un método para suprimir sistemáticamente a las naciones indeseables, relativamente sin dolor, y en todo caso sin hacer correr sangre.

"Por otra parte, añadió, se trata de una idea que no vacilaré en hacer pública. Los franceses nos han reprochado bastante, después de la guerra, nuestro excesivo número. Había, decían los franceses, veinte millones de alemanes de más. Hacemos nuestro ese concepto. Nos declaramos partidarios de una economía dirigida de los movimientos demográficos. Acepto la estimación de esos señores: hay que suprimir veinte millones de hombres, pero se avendrán sin duda a que los suprimamos no en nuestra casa, sino afuera de ella. Desde tantos siglos que se habla de la protección de los pobres y de los miserables, el momento es quizá llegado de proteger a los fuertes amenazados por los seres inferiores. A partir de ahora, será una de mis tareas esenciales de una política alemana a largo plazo, la de detener por todos los medios la proliferación de los eslavos. El instinto natural manda a cada ser viviente, no sólo vencer a su enemigo, sino aniquilarlo. En tiempos pasados, se reconocía al vencedor su buen derecho de exterminar tribus y poblaciones enteras. Daremos prueba de humanidad al eliminar a nuestros enemigos progresivamente y sin efusión de sangre, lo que equivale simplemente a hacer sufrir a los otros la suerte que nos esperaba, de habernos dejado vencer."

XXIII

EL MITO NÓRDICO

Uno de los hechos más desconcertantes en la historia de los últimos años, es el que la gente se haya negado tanto tiempo, lo mismo dentro que fuera de Alemania, a reconocer la importancia del nacionalsocialismo y a tomar en serio la amenaza que significaba. Puede uno explicarse esa incomprensión por razones diversas. Hay una por lo menos sobre la cual quiero llamar la atención. No se ha hecho con suficiente claridad, la discriminación entre lo que, en el nacionalsocialismo, no era más que parada de feria o camuflage para las masas, y las intenciones reales de sus sostenedores.

Fué menester mucho tiempo, incluso para los así llamados iniciados, por lo menos para aquellos que no se contaban entre los semidioses del partido, para vislumbrar la realidad oculta tras la bambalina. Existía, por ejemplo, una "Sociedad Nórdica" con sede en la vieja ciudad hanseática de Lubeck. Esa sociedad tenía por misión fomentar las relaciones culturales y personales entre Alemania y los países escandinavos. El nacionalsocialismo, después de echar el zarpazo sobre esa sociedad, la puso "en línea", como a muchas otras, utilizando luego el buen nombre de la asociación para proporcionarse simpatías y relaciones útiles en Escandinavia. De una organización de cultura intelectual, sumamente respetable, si bien algo tinta en romanticismo nórdico, se hizo progresivamente una oficina de propaganda pérfida y de espionaje cínico, por así decirlo a espaldas de los adherentes, tanto en el Reich como en los países escandinavos.

Conforme a antiguas tradiciones hanseáticas, se había instalado una sección de la Sociedad Nórdica en Danzig y se me había pedido aceptar la presidencia. En la primavera de 1934 celebróse una asamblea general en Lubeck. Rosenberg estaba en el centro de las festividades, así como el ministro de Educación Pública, Rust. Arengas oficiales, conferencias, la inauguración de una casa para escritores, destinada a los huéspedes nórdicos, un discurso ampuloso, pronunciado por un cierto Blunck,

presidente de la Sociedad de Gente de Letras del Reich, un concierto de órgano, dado de noche en la antigua iglesia de Santa María, en suma, todo se iba desarrollando de la manera más burguesa, apacible y fastidiosa.

El gran industrial Thyssen, que asistía conmigo a la reunión, se quejaba del tiempo perdido en absorber tal oleaje de palabras huecas. El ministro del Reich Werner Daitz, peroró interminablemente sobre "la economía europea de los grandes espacios". Luego le tocó el turno al viejo obrero agrícola Hildebrandt, ascendido a gauleiter local, quien pronunció una alocución tan pretenciosa como confusa. La verdadera civilización humana, pretendía, nació en los pueblos escandinavos de las orillas del Báltico y no en las naciones mediterráneas. ¡El Mediterráneo y el Báltico! Uno, era el dominio de la decadencia y del veneno semita; el otro, el del heroísmo y del espíritu racista ario.

Y ese galimatías fluía sin tregua. Según su origen y su educación, los asistentes se sentían o bien asqueados, o bien transportados por ingenuo entusiasmo. Algunos representantes de las viejas familias senatoriales otrora influyentes, se situaban en el primer grupo. Mas en el conjunto, raros eran entre nosotros los que comprendían que se estaba representando una audaz comedia. Los oropeles inocentes de la mitología nórdica servían para cubrir una empresa ominosa y temible.

He aquí cual era la verdad desnuda: Hitler me había dicho, en el curso de la conversación transcripta más arriba, que en la guerra futura no quedarían naciones neutrales; agregando que los Estados escandinavos, como asimismo Holanda y Bélgica, deberían integrarse al Reich. Si la guerra venía a estallar, uno de sus primeros actos sería la invasión de Suecia, pues no podía abandonar los países escandinavos a la influencia de los rusos o de los ingleses. Yo le había observado que una ocupación militar de la gran península, donde no existían redes camineras, exigiría efectivos relativamente importantes, respondiéndome Hitler que no pensaba en ocupar todo el país, sino simplemente los puertos principales, los centros económicos y sobre todo las minas de hierro. "Será un empeño atrevido, pero interesante, y tal como no hubo semejante en la historia de la humanidad. Bajo la protección de la flota de guerra, y con la participación en masa de la aviación, desencadenaría simultáneamente toda una serie de ataques bruscos. En ninguna parte estarán preparados los suecos para oponer una defensa eficaz. Incluso si llegara a fracasar alguno de esos golpes de mano, se alcanzarían la gran mayoría de los objetivos, y ni que decir tiene que no los soltaríamos más."

Como pareciera yo estupefacto, añadió que, para estar seguro del éxito político, era menester disponer en Suecia de una

apretada red de cómplices y de simpatizantes. En efecto, no podían esos ataques bruscos ser el preludio de una anexión duradera de los países escandinavos al sistema federativo de la Gran Alemania, más que si los elementos ganados a nuestra causa derribaban el régimen existente y exigían la adhesión de Suecia al Gran Reich. Los suecos no se dejarán arrastrar a una guerra más ahora que en 1905, cuando la separación de Noruega.

—"Les facilitaré esa decisión por todos los medios, en particular, declarándoles que en modo alguno ambiciono una conquista, sino simplemente una colaboración conforme con la naturaleza de las cosas, y que ella sería deseada abiertamente por la misma Suecia si dejaba de aferrarse a la neutralidad, es decir al suicidio, por temor de los rusos y de los ingleses. Diré que vengo sencillamente a ayudarlos, para "permitir a los elementos de buena voluntad tomar, bajo mi protección, una decisión en absoluta libertad."

Confieso que incluso esta vez, no vi en las palabras de Hitler más que una paradoja más o menos divertida. Convencido estoy, ahora, de que hay que tomarlas en serio. En todos los países, no es ni la sangre puramente aria ni el mito del heroísmo de los Wikings los que llevan a Hitler a profesar tanto interés por los países escandinavos. Lo que le interesa, son las minas de hierro. Y el señor Blunck, presidente de los Escritores del Reich, lo mismo que sus amigos suecos, no son sino los actores benévolos de una farsa trágica de la que nunca comprendieron el cabal sentido.

XXIV

EL EQUIPO DE PROPAGANDA MUNDIAL

Todos aquellos que forman parte de las organizaciones alemanas en el extranjero conocen idéntica suerte. La mayoría ni siquiera tienen conciencia del espantoso abuso que se hace de sus personas. Más tarde, solamente, se sabrá cuanto capital de confianza ha sido derrochado, y con qué desprecio de sus colaboradores. Todas las colonias alemanas en el extranjero sirvieron de terreno propicio a la propaganda nazista, la cual se desarrollaba allí, cual moho en honguera, pasando por todos los estadios, incluso el espionaje efectivo. Cada alemán integraba el engranaje de ese gigantesco aparato, ya fuese todavía ciudadano del Reich, o naturalizado en el país de residencia. Todas las asociaciones que no hacían profesión abierta de antinazismo estaban transformadas en órganos de investigación y de propaganda política, y obligadas a violar descaradamente todos los límites de la legalidad y de la lealtad.

Tomados individualmente, los miembros de esas asociaciones ignoraban en general lo que en ellas se tramaba. Todos cuantos éramos, sólo percibíamos la rivalidad de los clanes que se disputaban honores y prebendas. Año tras otro, tales repugnantes rivalidades no dejaban de ponerse de manifiesto en el seno de todas las agrupaciones de alemanes en el extranjero. Los representantes de las diversas tendencias políticas, nuevas y antiguas, que en dichas agrupaciones se reunían al acaso, rivalizaban en bizantinismo y entusiasmo por la persona del Führer, queriendo cada cual merecer el favor de las esferas influyentes del Reich, es decir el favor de los hombres recién llamados a administrar las finanzas y capaces de dispensar dignidades y prebendas.

Así se establecía el contralor implacable del partido, que contaba por lo menos siete oficinas centrales, encargadas de la vigilancia de los alemanes fuera del Reich y de su utilización para la propaganda y el espionaje. Ninguna de esas organizaciones tenía la menor ambición desinteresada; ninguna tomaba a pecho la conservación ni la cultura del germanismo. Su única misión

era la de congregar a los alemanes expatriados en una formidable máquina de guerra que se extendía sobre el mundo entero. Las rivalidades, querellas y cizañas de que hablo, cuyo espectáculo a la vista de todos arruinaba en todas partes el prestigio del nombre alemán, se ponía cuidado en cultivarlas, pues servían de pantalla tras la cual se escondía, a los ojos de los más curiosos, el verdadero carácter de esos inofensivos organismos de beneficencia y de turismo.

Yo mismo, en Danzig, y algunos amigos que yo contaba entre los representantes diplomáticos del Reich, no dábamos bastante importancia a ese juego peligroso que se jugaba, por orden de Hitler, con los alemanes del extranjero, esto es, con los preciados agentes de nuestro crédito en el mundo. Insisto sobre ese punto, pues el papel que se hace desempeñar al germanismo del extranjero ha provocado la indignación del mundo entero: se ha destruído así algo que jamás se podrá restaurar.

Las colonias extranjeras, son generalmente como un guión entre los Estados. Pero si se llega en cada país a sospechar a todo extranjero de ser agente de una potencia enemiga, retrogradaremos a pasos agigantados a la barbarie de las épocas más lejanas y más sombrías. Paréceme pues, necesario aclarar que el mayor número de esos alemanes expatriados han sido los instrumentos inconscientes del nacionalsocialismo, que los ha deshonrado sin ellos saberlo, y que la responsabilidad de esa vergüenza recae sobre Hitler y sobre algunos de sus secuaces, principalmente sobre Hess, ese intrigante solapado que lleva la máscara de un buen hombre y que es fuerza denunciarlo como a uno de los peores bandidos de la pandilla.

Conversé repetidas veces con Hess sobre el pangermanismo en Polonia. Merced a mis relaciones personales, yo conocía bien a esas esferas alemanas. A menudo se me ha consultado sobre ellas y a veces recibí la misión de allanar ciertos antagonismos o conflictos. El mismo Hess era algo como el jefe supremo de los órganos de contralor del germanismo en el extranjero. Yo ignorábalo todo de ese nuevo cargo que se había atribuído, y llenaba mi cometido en la convicción de que él se concretaba al arreglo de algunas disensiones mediocres entre los antiguos miembros de las asociaciones y los recién venidos que trataban de suplantarlos. Así es como tomé parte en un Congreso de delegados de los Alemanes en el Extranjero. Los discursos pronunciados en esa ocasión no salían de la banalidad corriente. Mas las palabras de los representantes de la Juventud hitleriana, de la organización de Rosenberg, de las S. S. y de otros cuadros del partido me hicieron comprender aquello de que verdaderamente se trataba.

Mi instrucción completóse, una vez que fuí viendo claro, un poco más tarde, sobre los verdaderos fines de la "Academia alemana" de Munich, a la cual yo había pertenecido algún tiempo. Imposible en adelante tener la menor duda sobre el crimen que se preparaba: servirse de los alemanes del extranjero para desatar la revolución alemana sobre las ruinas del mundo entero.

Tuve de ello una pronta confirmación por boca misma de Hitler. En la primavera de 1934, se reunió un pequeño comité en Berlín, al que fueron admitidos algunos representantes de los alemanes del extranjero; eran, en su mayoría, jóvenes imberbes. Asistían también a esa reunión representantes de las grandes asociaciones alemanas para la defensa del germanismo. Yo mismo fuí invitado por uno de los jóvenes delegados de los alemanes emigrados, por cuanto me había ocupado, por varios años, en la protección de las minorías y de su autonomía cultural. Él pensaba que yo podría ejercer una influencia moderadora sobre sus camaradas. Vana esperanza. La pacificación de Europa por la extensión de los acuerdos sobre la protección de las minorías, la creación de un código internacional de las minorías, toda esa construcción pacífica hacia la cual, desde hace diez años, tendían nuestras esperanzas; todo ese esfuerzo hacia un orden europeo que eliminara la guerra de revancha, lo ignoraban por completo en ese recinto. La conferencia se limitaba a algún menudo debate sobre asuntos mediocres: subvenciones de diarios, eliminación de miembros de consejo de administracion indeseables, transferencias de donaciones, en una palabra, un lavado de ropa en familia. Pero no faltó el número atractivo del día: una corta alocución del Führer.

—"Señores, nos dijo después de haberse hecho presentar a cada uno de los asistentes y de haberle concedido el honor de contemplarlo "los ojos en los ojos", sobre vosotros descansa una de las tareas más importantes de nuestro régimen. Ya no es suficiente velar por el germanismo como en el pasado. Ahora debéis hacer de él una tropa de choque. No habréis de conquistar para el germanismo derechos parlamentarios o libertades cualesquiera, pues tales conquistas podrían revelarse mas propias a retardar que a favorecer nuestro avance. Tampoco ya es cosa de que cada cual trabaje separadamente y según su inspiración. Cada uno de vosotros ejecutará en adelante las órdenes que reciba de la autoridad suprema. Lo que os parece ventajoso puede aparecer como nocivo a quien juzga las cosas desde un punto de vista superior.

"Exijo pues de vosotros, en primer lugar, una obediencia ciega. No es a vosotros a quienes incumbe determinar lo que se ha de hacerse en vuestro radio de acción. Y yo mismo, no siempre podré comunicaros los pormenores de mis intenciones. Vuestra obediencia debe derivar de vuestra confianza en mí. Es por ello que yo no puedo tolerar entre vosotros a ningún representante de los viejos métodos parlamentarios. Esos señores deberán retirarse. Trataron de cumplir su cometido a su manera. Ahora ya no los necesitamos. Si no se van voluntariamente, habrá que eliminarlos por todos los medios. En lo que toca a la política de los grupos alemanes del extranjero, no habrá más debates ni votaciones. Las decisiones serán tomadas aquí por mí, o en mi ausencia, por nuestro camarada Hess.

"Estaréis en la vanguardia de nuestro gran combate. Seréis los centinelas avanzados de Alemania. Vuestra vigilancia os permitirá proseguir la concentración de nuestras fuerzas y preparar nuestra ofensiva. Tenéis una misión que nosotros, viejos combatientes, asumimos a menudo durante la última guerra. Estáis en los puestos de escucha. Delante del frente, os toca ejecutar reconocimientos y camuflar nuestros preparativos de ataque. Consideraos como estando en guerra. Las leyes militares son las que os rigen. Hoy en día, sois quizá el elemento más importante del pueblo alemán. La nación toda os agradecerá siempre conmigo, los sacrificios que hacéis para el Reich futuro."

Hitler poseía el don de adaptarse a las tendencias de esos hombres, jóvenes en sú mayor parte. Ardían de entusiasmo y hablaban más tarde de ese suceso que había decidido para siempre de su vida. Luego Hitler habló de la táctica a adoptar. No pensaba tomar a lo trágico las querellas transitorias entre los grupos o entre los adherentes a las distintas tendencias. El crecimiento del partido forjóse en las luchas internas por lo menos tanto como en los combates contra los enemigos. Dondequiera haya vida también hay combate. No deseaba, por lo demás, que una sola asociación privilegiada tuviese el monopolio de la acción en cada país. No veía mal alguno en que se produjesen a veces diferencias y controversias.

Hasta era útil, vis a vis de las autoridades de los países extranjeros, el disimular los verdaderos fines bajo antagonismos aparentes: "Es importante, subrayó, que haya en cada país por lo menos dos asociaciones germánicas. Una de ellas debe poder protestar siempre de su lealtad. Debe cuidar de las relaciones mundanas y de los contactos económicos. La otra será radical y revolucionaria. No debe incluso extrañarse de verse a menudo desautorizada por mí y por mi gobierno.

"Sepan bien, por otra parte, que no quiero hacer diferencia alguna entre los ciudadanos del Reich y los alemanes naturalizados en el extranjero. Exteriormente, estaréis obligados a tener en cuenta el estatuto legal de cada uno. Pero vuestra tarea espe-

cial será la educación de todos los alemanes sin excepción, de suerte que yo pueda en todas las circunstancias tener la certeza de que cada uno hará pasar su patriotismo alemán delante de su juramento de lealtad hacia un país extranjero. De ese modo únicamente conduciréis a buen puerto las tareas difíciles de que os encargaré. Me atengo a lo que decidáis en cuanto a los medios a emplear para congregar a vuestros compatriotas en torno a esta nueva disciplina.

"Encontraréis a veces resistencias. Pero es el éxito el que cuenta para mí. Los medios no son cosa mía. Quien se os oponga debe saber que no tiene más nada que esperar del Reich alemán, que está manchado de infamia y marcado para el castigo que espera a los cobardes y traidores."

Hitler concluyó en estos términos: "Lo que depende de vosotros, señores, es en resumen el que alcancemos nuestros fines ahorrando al máximo la riqueza y la sangre de Alemania. Debéis prepararnos el terreno, Alemania extenderá su poder mucho más allá de las fronteras del Este y del Sudeste. Pero también vosotros, señores, que venís de ultramar, tenéis los mismos deberes. Olvidad cuanto se os ha enseñado. Aspiramos, no a la igualdad de derechos, sino a la dominación. No nos detendremos a la protección de las minorías o a otras reivindicaciones de principio salidas del espíritu estéril de los demócratas. Cuando Alemania sea grande y victoriosa, ninguno osará desafiar al más humilde de vosotros.

"Vuestra tarea es la de luchar para asegurar a Alemania la dirección del mundo. Recogeréis entonces vuestra parte del comando, sin rúbricas ni pactos. A vosotros es a quienes estará confiada la tutela de los países vencidos, en nombre del pueblo alemán. Gobernaréis, en mi nombre, esos países y sus pueblos, desde el mismo sitio en que hoy aun se os persigue y oprime. Lo que constituía nuestra miseria secular, el desparramiento del Reich alemán, su impotencia que obligaba a millones de hombres a emigrar y servir de abono para otros pueblos, eso mismo es lo que será mañana la fuente de nuestro orgullo. Así como los judíos han debido sufrir la dispersión antes de conquistar el poder universal que habían alcanzado, somos nosotros ahora el pueblo elegido de Dios, el que va a juntar sus miembros dispersos para dominar toda la tierra."

Ese discurso fué pronunciado en la atmósfera más sofocante de esos años de espera. Se estaba en vísperas de la tormenta del 30 de junio, de la noche de la San Bartolomé alemana. Indignado por esa locura criminal, aproveché, algún tiempo después, la ocasión de hablar de ello con un amigo que partía para el extranjero, como representante oficial del Reich. Caminamos

horas enteras por el Tiergarten, suputando los medios de librar al pueblo alemán del Aventurero.

Pronto los dirigentes del partido comenzaron a considerarme como sospechoso. Recibí del secretariado de Hess un llamado telefónico brutal, prohibiéndome en adelante toda intromisión en los asuntos relacionados con los alemanes del extranjero y sobre todo los de Polonia. Un poco más tarde, un telegrama de felicitaciones que yo había dirigido al ex canciller von Papen con ocasión de su célebre discurso de Marburgo, fué interceptado y transmitido al partido en violación del secreto postal.

Ese discurso parecía anunciar la contrarrevolución y había sido acogido con un suspiro de alivio por todos aquellos de entre nosotros que veían a donde nos conducía Hitler. Papen constituía aún una esperanza; volveré sobre ese punto.

Una última vez, tuve la ocasión de tratar del problema de los alemanes del extranjero. Fué poco tiempo antes de dimitir mi cargo, en el otoño del mismo año. Una reunión de los representantes del germanismo en el extranjero terminó con una excursión en Danzig. Yo había invitado a la mayor parte de esos representantes. Contrariamente a las vistas de Hitler, les acogí diciéndoles que sólo un nacionalsocialismo adaptado a la situación especial del germanismo en el extranjero, era posible allende las fronteras del Reich. Les hablé de la esperanza que yo fundaba sobre un nacionalsocialismo "purificado". Esa palabra fué oída. Fué inscrita en Berlín en el pizarrón. Los más viejos y más dignos representantes del germanismo en el extranjero capitulaban. Seguían compitiendo con las juventudes para saber cuál de entre ellos merecía más el certificado de docilidad hitleriana.

Tuve finalmente una última ocasión de intervenir a favor de los alemanes radicados en el extranjero, o por lo menos a favor de nuestras minorías del Este. Era a mi vuelta de Ginebra, donde Beck, el ministro polaco de Relaciones Exteriores, denunciara —por así decirlo— públicamente el tratado sobre la protección de las minorías. Falta grávida de consecuencias para Polonia. ¿Acaso no fué el mismo Clemenceau el que, en una correspondencia cambiada con el presidente Paderewski, le había explicado que la cláusula de protección era parte integrante del tratado de paz y una de las garantías fundamentales de las nuevas fronteras polacas?

Quise hacer partícipe de mis inquietudes al barón von Neurath, entonces ministro nuestro de Relaciones Exteriores. Le hice ver los peligros de esa nueva política de Beck. Nos arrastraría a nosotros mismos en una falsa dirección. Íbamos a perder

las ventajas adquiridas, volver hacia atrás, Neurath, aunque mejor colocado que yo para hacerse cargo del peligro, lo negó.

Comprendí que estaba ganado, él también, a la tesis hitleriana de la caducidad del derecho internacional y de la elasticidad de los acuerdos, y convencido de la necesidad e una "guerra total" con vistas a la hegemonía. Los tratados para la protección de las minorías, me dijo, jamás habían traído beneficios reales para las minorías mismas. Mediante algunas entrevistas con su colega Beck, pretendía obtener más ventajas para los alemanes residentes en Polonia que lo que jamás podría hacer por medio de la S. D. N. Le respondí que, en mi opinión, la construcción de un nuevo instrumento jurídico era por sí misma una ventaja y marcaba un progreso incluso si no reportaba éxitos inmediatos.

Aprovechéme de la ocasión para preguntarle si Alemania contaba reingresar a la S. D. N., y en caso afirmativo, hacia qué época. Neurath rióse con dejo de impaciencia y me declaró que antes de tal vuelta correría mucha agua bajo los puentes de Ginebra.

XXV

HITLER ANTE LA REICHSWEHR

Ese barón de Neurath no pertenecía a la nobleza de espada prusiana, tan menospreciada por su falta de cultura. Era un representante de la aristocracia de la Alemania del Sud, que pasa por tener cierto tinte de civilización europea. Neurath me había invitado a almorzar, en la primavera de 1934. Palmeándome la espalda, con su jovialidad acostumbrada, me había dicho: "Dejarlos que se vayan desgastando". Dentro de cinco años, nadie ya hablará de ellos." Le comuniqué mis reflexiones sobre el nuevo cariz de los acontecimientos: me parecía que Alemania corría a la catástrofe. Neurath no compartía de ningún modo ese parecer. Su temperamento optimista apartaba los obstáculos y las objeciones. ¿Estaba realmente convencido? Ese es otro asunto.

La decisión que se esperaba para ese año de 1934 era de importancia; había que elegir entre la continuación de la revolución o la restauración de un orden duradero. Cada cual meditaba. ¿De qué se trataba, propiamente hablando? Hasta ahora, cada cual quiso interpretar a la revolución alemana según sus propias aspiraciones políticas. Bruscamente, aparecía, al menos para los espíritus reflexivos, que esa revolución alemana era, al fin y al cabo, una revolución. Pero, ¿adónde conducía? Visiblemente a una inimaginable destrucción de todo cuanto, hasta aquí, representaba la base sólida del orden público y social. ¿Podíamos seguir así? ¿No era llegado el momento de terminar con ello, e incluso al precio de un segundo golpe de Estado, de arrojar las hordas pardas del templo?

La dificultad estribaba en saber si tal empresa podría llevarse a buen término sin guerra civil. Alemania, en el estado en que se encontraba, ¿podía soportar una guerra civil? Mientras los espíritus moderados de los medios conservadores y liberales y de la burguesía ilustrada, comenzaban a caer en la cuenta de lo que habían hecho al llamar a Hitler al poder, los obreros apenas salidos de las organizaciones marxistas, la masa

de la pequeña clase media, de los empleados y ganapanes de toda especie estaban, por el contrario, totalmente ganados para el nacionalsocialismo. Fué tal vez en ese año de 1934, cuando el nacionalsocialismo alcanzó el cenit de su prestigio cerca de las muchedumbres. ¿Era posible, en el momento en que el nacionalsocialismo parecía cristalizar las esperanzas populares, emprender un golpe de Estado para apartar con la persona de Hitler los peligros que las masas eran incapaces de comprender? Refiero aquí los escrúpulos que atormentaban, al mismo tiempo que a mí, a un gran número de patriotas inquietos, procedentes de todos los campos políticos. Desde los primeros días de 1934, se veía crecer el número de las gentes, cuya aspiración secreta era la de romper, costara lo que costara, ese género de encantamiento y maleficio que arrastraba a Alemania al abismo. Pero nadie descubría el punto de arranque, el trampolín desde el cual pegar el salto. Es entonces cuando la personalidad de Roehm pasó bruscamente al primer plano. Mas debo retomar de un poco más lejos el origen de esa tragedia.

La Reichswehr veía el peligro que le hacía correr el nuevo nihilismo revolucionario. Descubría desde algún tiempo, desgraciadamente desde un punto de vista harto estrecho, la inminencia de un desplome de la disciplina militar y la detención posible del rearme que había empezado en condiciones particularmente peligrosas. Tal vez en ese momento, la Reichswehr estaba ya dispuesta a atropellar con todo.

No conocía a Roehm sino vagamente. En la primavera de 1933, poco tiempo antes de la toma del poder, Forster me había abocado con él. Le hicimos una visita al hotel Fasanenhof, en Charlotemburgo, donde Roehm solía bajar cuando venía a Berlín. Lo encontramos con su ayuda de campo. Sus aposentos comunicaban. Roehm estaba descontento: no había conseguido obtener un cargo de ministro. Veía a toda la revolución nacionalsocialista desviada de su verdadera meta. "Ojeamos la caza para los generales", gruñó. Preguntó si Forster podría intervenir por él acerca del Führer. Al tren que iban las cosas, toda la revolución nacionalsocialista sería frustrada de su botín, si las S. A. no venían puestas en primer plano, ya sea que se las constituyera en milicia privilegiada, o se las organizara para proveer obligatoriamente los cuadros del nuevo ejército. En cuanto a él, no estaba dispuesto a dejarse manejar como un pelele.

Tuve algo más tarde la ocasión de hablar más extensamente con él de ese problema del nuevo ejército en el nuevo Estado. Nos hallamos en el restaurante Kempinski, en la Leipzigerstrasse, donde tenía costumbre de almorzar. ¿Que quién debía

dirigir la fuerza militar del Reich? ¿Que quién debía crearla incluso? ¿Acaso los generales de la Reichswehr, o él, Roehm, que tenía a su activo la creación misma del partido?

Aparte su depravación, Roehm tenía innegables cualidades. Era afable, simpático, servicial con sus camaradas, y notablemente dotado en cuanto a organizador y animador. Mas era, ante todo, un tipo de lansquenete, un condottiere. Su lugar adecuado hubiese estado en alguna tropa colonial, lo más lejos posible de Europa. En sus recriminaciones contra la Reichswehr, se mostraba injusto, lleno de rencor. Sufría del altivo desdén que le hacían sentir los militares de carrera. Ardiendo de una suerte de fiebre creadora, convencido de que estaba llamado a altos destinos, Roehm me confió sus visiones del futuro en algunas frases entrecortadas. Estábamos sentados en la grande sala vidriada. Sus cicatrices rutilaban bajo el efecto de la excitación y también del vino, que bebía a vasos llenos.

"Adolfo es innoble", tronó. "Nos traiciona a todos. No frecuenta más que a los reaccionarios. Desprecia a sus antiguos camaradas. Ahora toma por confidentes a esos generales de la Prusia oriental." Estaba celoso y mortificado. "¡Adolfo se convierte en hombre de mundo! Acaba de encargarse un frac..." Bebió un vaso de agua y se mostró más sosegado. "Lo que yo quiero, Adolfo lo sabe perfectamente. Se lo repetí bastante. No quiero componendas con el viejo ejército imperial. Hacemos una revolución, ¿sí o no?" Tarareó la *Marsellesa*: "Allons enfants de la patrie!" Luego prosiguió: "Si hacemos una revolución, debe salir de nuestra pujanza algo nuevo, algo como la leva en masa de la Revolución francesa. Eso es lo que haremos, o, de lo contrario, reventaremos. Algo nuevo, algo nuevo, ¿me comprende usted? Una nueva disciplina. Un nuevo principio de organización. Los generales son trastos viejos. ¡Fuera con su rutina, llevarlos al museo!

"Adolfo aprendió de mí. De mí es de quien tiene cuánto sabe de asuntos militares. La guerra no es sólo el manejo de armas. No es resucitando al granadero prusiano cómo forjaremos nuestro ejército revolucionario. Pero Adolfo es y sigue siendo un civil, un chapucero, un soñador. Un pequeño burgués que por encima de todo quiere la paz, la paz vienesa. Lo que le encanta, es sentarse y entronizarse como el buen Dios sobre su montaña de Salzberg. Y nosotros, mientras tanto, nos estamos pudriendo en el ocio, impacientes por entrar en acción.

"¿Cree usted que me contentaré con ser el pastor al cuidado de un rebaño de veteranos condecorados? No, no. Yo soy el Scharnhorst del nuevo ejército. ¿No lo ve usted así? ¿No comprende usted que lo que está por acaecer será algo grande e

inédito? El tronco mismo debe ser revolucionario. Es imposible injertar sobre madera muerta. Es ésta una ocasión única de construir algo de inaudito, algo que hará salir al mundo de sus goznes.

"Pero Hitler me está llevando de la nariz. Prefiere no precipitarse, no arriesgarse. Espera un milagro del cielo. Ese es bien el modo de Adolfo. Quiere heredar un ejército todo listo. Le hará poner algún remiendo por la "gente del oficio". Sólo al oír esa palabra, se me enciende la sangre. Dice que quiere hacer un ejército nacionalsocialista, y para ello ¡llama a los generales prusianos! Yo me pregunto, entonces, adónde encontraremos el espíritu revolucionario. ¡Los generales de la Reichswehr! No son esos tipos los que ganarán la próxima guerra. Los pongo a todos en el mismo saco, ellos y Adolfo. Me van a echar a perder la pieza maestra de nuestro mecanismo, van a arruinar incluso el alma de nuestro movimiento."

Prosiguió sus invectivas contra los oficiales prusianos. Ninguno de ellos, dijo, ni siquiera había husmeado el viento. Eran cadetes empollados en la escuela, sin conocimiento alguno fuera de sus viejos cuadernos y de sus viejos cuarteles. Él, por el contrario, era un revolucionario, un rebelde. Era como para llorar. El restaurante había quedado vacío. Su ayuda de campo se lo llevó.

Desde entonces, casi nunca más volví a encontrarme con Roehm. Aun cuando me hubiese hablado bajo la influencia del alcohol, sus confidencias me revelaban toda la tragedia de un talento creador a su modo, de un hombre que, al fin y al cabo, era honesto, de un rebelde, como él mismo lo decía, el cual, perdida la partida, supo morir y con la cabeza alta. Algunos meses más tarde, hacia la Navidad de 1933, me despojó de mi grado en las S. S., por haber yo señalado, para la intervención que cupiese, una grave insubordinación cometida por un Führer de las S. A., al general von Brauchitsch, con mando a la sazón en la Prusia oriental. Volví a verlo a Roehm una sola vez, poco tiempo antes de su asesinato. No pareció reconocerme tan siquiera.

Relato todos esos pormenores porque sirven de preludio y de explicación a una conversación que tuve con Hitler en el mes de febrero de 1934. Pude entonces darme cuenta no sólo de la superioridad de Hitler sobre su círculo, sino aun de la partida peligrosa que se preparaba a jugar y que, a dos dedos de su caída, iba a asegurarle la parte del amo en el comando del nuevo ejército, al precio, cierto es, del sacrificio de su amigo. Había ya renegado, a lo que me pareció, las ideas revolucionarias de ese amigo. Pero no era más que un abandono provisional.

En esa época, todo era fluctuante. Hitler estaba obligado a acomodar sus "planes gigantescos" a las condiciones difíciles de la política interior y exterior. No podía avanzar sino en forma paulatina; pero no experimentaba menos la necesidad de convencerse a sí mismo de la grandeza de su papel histórico volviendo sin cesar, en sus conversaciones, sobre sus planes grandiosos. Hitler me confió que, dadas las dificultades del momento, concluiría no importa cuál pacto con tal que Alemania pudiese mantener un ejército de cuatrocientos mil o incluso de trescientos sesenta mil hombres. Se contentaría en tal caso de formar abiertamente los cuadros del futuro ejército nacional, esperando la primera oportunidad favorable para hacer sin riesgo un nuevo avance. Hitler insistió sobre la dificultad de conciliar el secreto y la cadencia rápida del rearme ilícito, pues en esas condiciones se resentiría su calidad. Habría preferido suspender por un tiempo el esfuerzo del rearme. No podía desprenderse de la impresión que los generales responsables no eran dueños de la situación, y temía una catástrofe si, durante el período de transformación de la Reichswehr en ejército nacional, la Wehrmacht era llamada bruscamente a defender Alemania por las armas.

Tuve en un comienzo, me dijo, ideas diametralmente opuestas. Habría querido poner inmediatamente en pie un vasto ejército popular y proceder en toda tranquilidad, tras la cortina de esa milicia en apariencia inofensiva, a la instrucción gradual de los reclutas y de los cuadros al ritmo del acrecentamiento del material. Mas debió inclinarse ante el dictamen de los generales y del viejo mariscal Hindenburg, que, incrustado en su privilegio de generalísimo, pretendía el derecho exclusivo de decisión en tanto era él el único experto realmente calificado en asuntos militares.

Le pregunté si ese plan primitivo preveía el armamento general de las S. A. y de las S. S., y si había renunciado definitivamente a él.

—"Ese plan no existe más", respondió Hitler. "En un asunto de tamaña importancia, el entusiasmo y la buena voluntad no bastan. El armamento y la instrucción de un gran ejército constituyen una cosa seria y difícil. Ya sé, mis S. A. están contrariadas. Me hicieron observaciones que debí rechazar como injustificadas. Les pregunté en qué forma se representaba la cosa. ¿Era menester que Alemania se constituyera dos ejércitos independientes uno de otro? Dos sistemas son posibles. O bien se escoge el sistema de la conscripción por clases anuales. De aceptárselo, hay que atenerse a él y no se le puede modificar arbitrariamente. O bien se prefiere un ejército de oficio, sobre

la base del servicio voluntario. Mis camaradas del partido comprenderán por sí mismos que ese principio, en rigor suficiente para Inglaterra, no lo es para nosotros.

"¿Cómo podría yo conciliar ambos principios? ¿Haría falta contemplar, para los miembros del partido, el servicio voluntario y lo que se llamaba antaño el sistema de reenganche, es decir, un servicio de bastante larga duración? O bien, ¿deberían todos los miembros de las S. A. formar una élite militar, una especie de milicia privilegiada? Mas en ese caso, estaría de menos en las reservas regulares, y esa dualidad conduciría al peor desorden. No, las representaciones de mis S. A. no me han convencido. Decidí atenerme a los compromisos que he tomado con Hindenburg y la Reichswehr.

"La época de la nación armada, prosiguió Hitler, no ha terminado. Alemania debe volver al servicio militar obligatorio e instruir, tan pronto como sea posible, las clases que no han servido, en forma de proveer con ellas las reservas. Desde luego, con la importancia creciente de las tropas técnicas, habrá que abocarse a un reclutamiento igualmente creciente de soldados de oficio enganchados por largos períodos. Mas la selección de esas tropas de oficio no puede basarse sobre la ideología revolucionaria o sobre la afiliación al partido. No puede hacerse más que con arreglo a las aptitudes profesionales. ¿Puedo creer, acaso, seriamente, que los hombres de las S. A., que ni siquiera han pasado ante el consejo de revisión, puedan formar el material de una élite militar? ¿Ni siquiera haciendo una selección de la selección y cortando las S. A. en dos pedazos, milicia activa y milicia de reserva?"

Comprendí perfectamente que esas palabras de Hitler no eran sino el eco de una lección hecha por los jefes de la Reichswehr, los cuales trataban de defenderse contra los propósitos de Roehm.

—"El espíritu revolucionario, prosiguió Hitler, del que hablan continuamente ciertos miembros del partido, como si tuvieran el monopolio de él, es efectivamente un factor decisivo cuya importancia jamás yo desconoceré. No se puede reasumir pura y simplemente las tradiciones de antes de la guerra. Desde el punto de vista ideológico, hay que hacer algo absolutamente nuevo, y si el alto comando persiste en apartarse artificialmente del espíritu nacionalsocialista, no lo aguantaré e intervendré a tiempo. Mas es necesario, ante toda otra cosa, resolver el problema técnico. No hay derecho a complicarlo."

Hitler no reparaba en que yo le escuchaba; se hablaba a sí mismo: "No deben ser impacientes; en verdad, soy yo quien debiera estarlo. Pero reprimo mi sentimiento, yo sé contener mis nervios." Extasiábase ante la grandeza de su tarea. No sólo era preciso constituir un ejército gigantesco y producir el material necesario. En verdad, el factor decisivo era el espíritu, el espíritu de unidad que ha de animar al comando como a la tropa. El edificio quedaría trunco y se desplomaría pronto de no ser posible insuflar a la nueva Wehrmacht el espíritu revolucionario. Por tanto, nunca renunciaría a modelar la Wehrmacht a la imagen del propio partido. El espíritu del ejército debía ser la quinta esencia del espíritu de la nación. Sobre ese punto esencial no cabía discusión. Aceptaría más bien un ejército técnicamente imperfecto, que un ejército técnicamente completo, pero desprovisto de alma y de empuje.

—"Pierda usted cuidado", continuó, "lo que yo considero como indispensable, lo iré obteniendo, lenta pero seguramente, por mi obstinación y mi paciencia. Veremos quién sea el más testarudo, si yo o los generales. Mi verdadero programa consiste en esto: un sólido núcleo de soldados de oficio, escogidos y especialmente entrenados, constituye el ejército de choque que será compuesto por los viejos militantes del partido. Conforme a nuestra doctrina, esas tropas de choque incorporarán la élite del nacionalsocialismo en la masa de la Wehrmacht. Esta masa, a su vez, se reducirá cada vez más al papel de reserva perfectamente instruída y equipada, pero cuya tarea será sobre todo defensiva. Yo sé que para llegar allí, tendré que recorrer un camino difícil y lleno de obstáculos. No obstante, lo seguiré hasta el fin, pues fuera de la Wehrmacht he de crear aún muchas otras cosas. Mas nunca renunciaré a incorporar el ejército en el Estado nacionalsocialista, como su mayor apoyo al lado del partido."

Ese juicio de Hitler, en resumidas cuentas, era el de un jefe clarividente, moderado, paciente y superior a su cometido. Mas nunca tuvo Hitler la menor consecuencia en las ideas. Tres meses más tarde, me comunicaban palabras suyas que contradecían formalmente las que yo oyera. Había hablado, me afirmaban, del peligro de los "manejos reaccionarios", y del peligro de "entregar al ejército maniatado a los generales."

Si Hitler pronunció verdaderamente tales palabras, eso prueba que, en el intervalo, había sufrido la influencia de los secuaces de Roehm, pero también que la situación interior habíase agravado peligrosamente. Así, pues, lo habían excitado y despertado de su letargo.

Un poco más tarde, en efecto, con ocasión de una nueva visita, he oído a Hitler hablar de nuevo sobre ese mismo asunto: "Es una locura, decía, el querer conducir guerras revolucionarias con tropas reaccionarias." Habíase adaptado, una vez más, a la actitud de

sus allegados, abandonaba sus propias ideas para abogar por las ideas de otros. Táctica ésa que tenía su predilección, pues que le permitía eludir objeciones embarazosas. "Negaré mi aprobación al plan de servicio militar obligatorio. En el estado actual de las cosas el pueblo alemán no está preparado para satisfacer la recluta en masa, la cual comprometería su capacidad de trabajo productivo."

Sin una educación nacionalsocialista previa, explicó, el armamento de todos los alemanes sin distinción es una falta criminal. Había primero que crear un ejército de oficio y, para ese ejército, no podía contarse más que con los miembros de las formaciones del partido, con exclusión de cualquier otro elemento. Si se le objetaba que esas formaciones no tendrían una instrucción suficiente, respondía que en el nuevo ejército el impulso revolucionario supliría con ventaja a la instrucción militar, caduca y difunta.

XXVI

PREPARACIÓN DE LA "PURGA"

¿Qué es lo que había sucedido para que Hitler estuviese así obligado a adoptar las tesis y el lenguaje de los extremistas del partido? Evidentemente, la crisis se había agravado. De las dos facciones, una debía vencer, y sin tardanza. Pero, ¿qué es lo que quería exactamente Hitler? ¿Dejaría que las cosas fueran por sí solas? ¿No era acaso el hombre que él pretendía ser? ¿No estarían sus dotes de jefe por debajo de la estimación que se hiciera de ellas? Cuanto más en las masas se agigantaba la fe en Hitler, más se acentuaban las dudas en el seno de la vieja guardia revolucionaria. La revolución nacionalsocialista, ¿era eso?

"Hitler muerto serviría mejor al movimiento que Hitler vivo." Esas palabras peligrosas circulaban ya de boca en boca. "Abajo el pelele", gritaban los extremistas. Reclamábase la segunda revolución, la verdadera. Hitler no era el Precursor, el San Juan Bautista del movimiento. Esperábase el verdadero Führer. ¿No era Roehm? Así como después de Kerenski, la verdadera revolución rusa había surgido recién con Lenín, ¿no sería Hitler el furrier, pronto olvidado, de la verdadera revolución alemana que estaba aún por empezar?

Había que eliminar a Hitler, gritaban unos. Encerrarlo, arrancarlo de las garras de la camarilla reaccionaria, aullaban otros. En la primavera de 1934, todo volvía sobre el tapete. El peligro de la reacción sube vertiginosamente. "Si Adolfo no interviene, está perdido", decían en los cuarteles de las S. A. "Adolfo está con nosotros", clamaban aquellos en quienes quedaba un remanente de lealtad. En ese momento, dentro de los círculos revolucionarios de las S. A. quizá ninguno de los jefes nazis montaba tan poco como Adolfo Hitler.

¿Conservaría, por lo menos, su prestigio acerca de sus amigos "reaccionarios"? Había yo tomado la palabra, en la primavera, en una asociación minera de Essen, ante un grupo de la industria pesada. Percibí el profundo desaliento que les causaba la situación política. En el curso de las conversaciones, se susurra-

ba esta queja general: "Nos conduce al abismo." Algo más tarde, el general von Brauchitsch, hoy generalísimo, vino a Danzig. Nos encontramos en el consulado general de Alemania. Protestó con violencia contra la política de contemporización. La Wehrmacht, que no consideraba otra cosa que el interés del Estado, no podía aguantar más. Iba a hablar alto y exigir una decisión.

Hitler estaba, pues, aislado, sin apoyo ni en un grupo ni en el otro.

¿Qué es lo que querían, exactamente, los partidarios de una segunda revolución? Hitler conocía bien a sus camaradas del partido. "Hay gente, decía, para quien el socialismo no es otra cosa que el acceso al pesebre, a los negocios cuantiosos y a la vida fácil." Ese hermoso ideal no había desaparecido desgraciadamente con la república de Weimar. En cuanto a él, Hitler, no se le ocurría ni por un instante hacer lo que se hizo en Rusia, destruir, hombre por hombre, a la clase poseedora. Lo que él quería, era constreñirlos a colaborar por todos sus medios a la construcción de la nueva economía.

No podía permitirse el dejar a Alemania vegetar por años, como a la Rusia soviética, en la indigencia y el hambre. Los capitalistas de la postguerra debían estimarse felices de haber salvado la vida. Se les iría entreteniendo, se los acogotaría por el temor del peligro. ¿Cabía suponer que él renunciaría a esa ventaja por el placer de batallar con los llamados veteranos y los extremistas ambiciosos del partido? Yo había oído esas palabras en una comisión que el Führer convocara para discutir un plan de organización corporativa que dejó caer, por otra parte, poco tiempo después.

Hitler sabía perfectamente que cada nueva fase de una revolución exige una renovación del personal dirigente. La segunda ola del nazismo traería consigo a hombres nuevos. ¿No significaba aquello su propio fin y el de sus allegados? ¿Acaso podría conservar en sus manos las palancas del mando si dejaba desencadenarse a las masas proletarias? Hitler temía a las masas, pese al tumulto de sus reuniones públicas. Temía a sus propias tropas. "Elementos irresponsables están empeñados en destruir todo mi trabajo de reconstrucción", vociferaba. "No dejaré saquear mi obra ni por la derecha, ni por la izquierda."

Hizo circular el rumor de que elementos malsanos en el interior del partido, emisarios de Moscú, traidores vendidos a los burgueses nacionales-alemanes, se habían conjurado para pedir una pretendida "segunda revolución", con el fin de derribarlo a él, Hitler. Se le había, en efecto, referido que Roehm quería apoderarse de su persona. Tal pensamiento se le había ya ocurrido y lo obsesionaba cada vez más. Vacilaba, preguntándose

si había llegado la hora de dar el golpe. Por otra parte, se daba cuenta de que si golpeaba a la izquierda, corría riesgo, a la derecha —a menos de vérselas con adversarios excesivamente torpes—, de volverse el rehén de los conservadores, agente suyo y su *factotum* en los medios revolucionarios, el domador de las masas rebeldes.

Hitler osciló mucho tiempo, inclinándose más bien a ponerse bajo el signo de la "segunda revolución", a la cabeza de los extremistas de su partido y a contentarse así con una autoridad ficticia, con la idea de recuperar un poco más tarde la autoridad real. Los medios dirigentes se despedazaban en una lucha encarnizada. El eco de esas disensiones no llegó, por lo demás, casi nunca a oídos del público. Entretanto, Hitler maduraba su decisión: se puede estar cierto de que no fué improvisada. Esa decisión probó que Hitler era muy superior, en cuanto a clarividencia y previsión, no sólo a sus amigos del partido, sino también a sus adversarios conservadores y a los dirigentes de la Reichswehr.

XXVII

GUERRA INTERIOR SOBRE DOS FRENTES

En medio de ese caos, un hombre esperaba en la sombra: Gregorio Strasser, el gran rival de Hitler en el partido. Un trabajo subterráneo hacía reaparecer la misma constelación que en el otoño y durante el invierno de 1932, período poco conocido, en el cual la dislocación del partido parecía inminente: el general von Schleicher había, en efecto, concebido el plan de hacer de los sindicatos obreros y del ala socializante del nazismo la base de un gobierno del cual sería el jefe. Esa solución, prematura en 1932, y mal vista en ese momento por los grandes industriales, se imponía ahora al espíritu de los grandes jefes militares como el único medio de acabar con el desorden de los diez y ocho primeros meses del régimen. Hitler mismo no podía oponer otro dique a la demagogía de los S. A. y de las masas, que una constitución definitiva, aceptada y sostenida por la Reichswehr.

Frente a esa sugestión apremiante de los militares, en otoño y por el invierno, se volvió a ver en 1934 cuanto se había visto dos años antes: la bajeza y cobardía de los funcionarios nacional-socialistas buscando con precipitación refugios y abrigos, mientras que el pequeño círculo de los colaboradores inmediatos multiplicaba sus protestas de adhesión y lealtad. Se entraba en un período difícil. No había que dejarlo caer a Hitler. Más valía reiniciarlo todo con él a partir de cero, recomenzar de a poco todo el trabajo. Pero en el mismo instante, los satélites más fieles se inquietaban por el letargo y la molicie aparente de Hitler, ponían en duda su estrella y su grandeza. ¿Sería el ungido del Señor, el Liberador predestinado de Alemania, ese hombre que se lamentaba por la ingratitud del pueblo, ese tribuno débil que vuelta a vuelta gemía, brincaba, adjuraba, suplicaba, amenazaba "de retirarse" si el pueblo alemán se había cansado de él, en lugar de obrar?

En nuestra tierra, en Danzig, como en toda la Alemania del Norte, Gregorio Strasser tenía mucha más popularidad que el

mismo Hitler. El temperamento de Hitler era incomprensible e inaccesible para los alemanes del Norte. Por el contrario, Strasser, el ancho y macizo bávaro, recio en el comer y beber, un poco bohemio pero lleno de buen sentido práctico, llanote, pronto a coger las realidades, hablando sin fraseo, juzgando todas las cosas con los ojos sanos del campesino, había sido inmediatamente comprendido entre nosotros.

Participé en la última reunión de los Führers antes de la toma del poder. Era en Weimar, en el otoño de 1932. En esa reunión, Gregorio Strasser había ocupado el primer puesto. Hitler, en ese mismo momento, quedaba encerrado en Obersalzberg, en una suerte de retiro pesimista y gruñón. Se estaba por llegar, al parecer, a la hora crítica. Strasser esperaba al enemigo de pie firme. Con calma y certidumbre, había sabido disipar el sentimiento de que el partido se hallaba en plena disolución. Era él quien manejaba el timón. Prácticamente, Hitler había abdicado.

Las circunstancias lo habían servido en ese entonces, se había recuperado. Pero al cabo de dos años estábamos en el mismo punto. La única diferencia era que Hitler tenía ahora dos adversarios. De un lado Roehm, con sus conjurados extremistas. Del otro, en una perspectiva aun lejana, Strasser, el aborrecido rival, hoy en desgracia, pero que esperaba su hora.

Hitler sabía que si se decidía en favor de Roehm, la Reichswehr acogería a Strasser y disolvería al partido. Strasser, el hombre que había hablado de la pasión anticapitalista del pueblo alemán, volvería al poder. Restablecería el nuevo orden en Alemania, con el apoyo de los medios conservadores y liberales, proveyendo el necesario guión entre los medios obreros y socialistas. Los papeles estaban invertidos. Él, Hitler, el hombre de la industria pesada, volvería a trocarse en un agitador de cervecería, en un "trublión" de la revolución proletaria. Strasser, el hombre del anticapitalismo, ¡se convertiría en el colaborador de los generales!

Hitler se decidió. La decisión le fué dictada por el odio y la envidia. Y fué el horrendo trueno del 30 de junio. No alcanzó solamente a los rebeldes de izquierda. Fulminó del mismo golpe al general Schleicher. Fulminó a Gregorio Strasser.

XXVIII

CADÁVERES A IZQUIERDA Y A DERECHA

Puede que la tragedia sangrienta del 30 de junio no haya hecho más que prevenir una masacre más cruenta. Existía por lo demás un plan diabólico para asesinar a Hitler, cargándole a la "burguesía" la responsabilidad de la muerte. Habría sido entonces, como se dice en Alemania, la señal de una verdadera "noche de los cuchillos largos."

Que el mismo Roehm haya complotado realmente para derribarlo a Hitler o que haya simplemente jugado sin convicción con la idea de una segunda revolución, es cosa que importa poco ahora. Lo que es más interesante, es ver renacer la tragedia de Wallenstein, transferida a un ambiente de "gangsters" alemanes. Un velo de verdadera tragedia ciérnese, en efecto, sobre esa turbia noche del 30 de junio, en la que más de mil miembros del partido fueron pasados por las armas, sin juicio, y que otras víctimas completamente inocentes fueron vulgarmente asesinadas.

La justificación intentada después por Hitler ante el Reichstag para legitimar su justicia sumaria, hace estallar una falsedad y una bajeza insuperables, tanto en el fondo como en los detalles. Más que el mismo crimen, esa defensa esgrimida por el juez supremo del pueblo alemán hizo aparecer como una abominación lo que podía tomarse, en rigor, como un acto de legítima defensa. Hitler de golpe amordazó la opinión en toda Alemania, pero había desgarrado la carne viva de la nación con una herida que no cesó de supurar y de envenenarla.

Pocos días después de ese discurso en el Reichstag, debí dirigirme a Hitler con motivo de un asunto cualquiera concerniente a Danzig. Además de Forster, Hitler había convocado al conde de Schwerin-Krosigk, ministro de Hacienda, y a von Neurath, ministro de Relaciones Exteriores. "No vaya usted a atormentarlo, está muy fatigado", aconsejóme Neurath tras de desaconsejarme de ver al Führer. La conferencia se realizó de todos modos. La solicitud temerosa y servil de los dos ministros con-

servadores probaba sobradamente que Hitler no había salido vencido del proceso que acababa de defender. Su actitud reptante rebalsaba la cortesanía de las antiguas cortes monárquicas. No podía explicarse más que por el temor hacia el verdugo de un califa omnipotente.

—"Por amor del cielo, sea usted prudente", habíame aconsejado un diplomático amigo mío, a quien traté de hacerle comprender mis inquietudes. "Las paredes tienen oídós." Rondaba el miedo en los pasillos de la Wilhelmstrasse. Cada cual temblaba en la espera de nuevos atentados, del motín en plena calle, de los tiros repentinos de los esbirros de la Gestapo. Cada vez que una puerta se abría algo bruscamente, los desventurados diplomáticos creían ver entrar a sus verdugos, dispuestos a ejecutarlos sin mediar palabra. Todos se sentían cómplices del mismo crimen, aunque más no fuese en pensamiento, en votos inexpresados. Meciéronse todos de la esperanza de verse por fin libres del hombre del mechón negro y de frente baja, que se escarbaba los dientes mientras hablaba, que aullaba súbitamente como un bruto, que no escuchaba palabra de cuanto se le decía y que daba lecciones a todo el mundo. Todos ellos habían asesinado a Hitler diez veces al día.

Pero después del 30 de junio, la esperanza cedió ante el miedo que les paralizaba. ¿Qué iba a ser del porvenir de cada uno de ellos? ¿Qué advendría de Alemania? Hitler había hecho saber, por intermedio de sus íntimos, que no quería nunca más oír la menor alusión a la desaparición de von Schleicher y de los otros opositores del clan conservador, y que, de no ser respetada su orden, daría inmediatamente la señal de la "segunda revolución". Si Alemania se hallaba destrozada por la guerra civil y era incapaz en adelante de hacer frente a la invasión enemiga, la responsabilidad incumbiría a aquellos que lo habrían constreñido a defenderse por medios desesperados, en lugar de dejarle el tiempo necesario para arreglarlo todo amigablemente, como él lo deseaba.

Ya no eran rumores los que alcanzaban mis oídos, sino apenas balbuceos y murmullos. Todo el mundo sentía que el 30 de junio no había traído la solución. Y no se esperaba más nada del viejo mariscal von Hindenburg, que vivía apartado en la Prusia oriental, soñoliento en su sillón y esperando el fin próximo. En una noche, la conjuración de los "alemanes-nacionales" había sido dispersada; todos habían desaparecido como ratones en sus agujeros, todos aquellos que, recientemente aún, exhibían con importancia proyectos para derribar al régimen, y se repartían ya las carteras ministeriales y constituían tribunales para enjuiciar a los nazis concusionarios y criminales. Nadie ya que-

ría haber tomado parte en esos complots. "No haga usted su desgracia y la nuestra", me imploraban mis amigos de Berlín con quienes, algunas semanas antes, yo hablaba de la reconstrucción de Alemania, con quienes, lo digo abiertamente, había yo conspirado. La mayoría de mis relaciones mantenían cerradas sus puertas, echaban el candado, procuraban hacerse invisibles; aquellos que podían hacerlo salían de viaje, se escondían o cambiaban de domicilio todas las noches.

La Reichswehr no había comprendido las posibilidades que se le ofrecían. Había obtenido satisfacción, ya que Roehm estaba suprimido, y que su propia independencia estaba asegurada. Contentábase con eso y permanecía pasiva. Los disturbios internos no podían sino estorbarla. Se reservaba el derecho de instruir un día u otro el asesinato de los generales von Schleicher y von Bredow, y no pedía nada más. Dejaba así escapar la única posibilidad de disipar la pesadilla nacionalsocialista.

Los grandes jefes militares, totalmente desprovistos de clarividencia y de sentido político, incapaces de toda decisión osada, vacilando en cuanto el interés militar no estaba en juego, deseaban que el orden fuese restablecido lo más pronto posible y no veían más lejos. Esa falla de los oficiales generales, de los altos funcionarios, de los representantes de la gran industria y de los grandes terratenientes, dejaba presentir su actitud ulterior. Ya ni eran capaces de ninguna acción política independiente. A cada nueva crisis seguirían manifestando una cierta oposición, pero se detendrían frente a la acción decisiva: el derribamiento del régimen.

Con esa seguridad de intuición que hace su mayor fuerza, Hitler husmeó inmediatamente la indecisión e impotencia de sus adversarios burgueses. Sin embargo estaba aun lejos, cuando menos en el período que siguió al 30 de junio, de darse figura de vencedor. Yo lo observaba, sentado frente a mí, mientras le presentaba mi informe. Tenía el rostro hinchado, sus rasgos denotaban cansancio. Su mirada era apagada; no se fijaba en mí. Jugaba con sus dedos, distraído, apático, ausente. Se decidió no obstante a hacerme algunas preguntas y aprobó sumariamente mis proposiciones. En todo ese tiempo, tenía yo la impresión que el disgusto, la lasitud y el desprecio le subían a los labios y que sus pensamientos estaban lejos de nuestros asuntos.

Después de despedirnos, nos volvió a llamar a Forster y a mí. "Venga usted, Rauschning", me dijo con tono más animado y como si despertara de repente, "venga". Y dirigiéndose a Forster: "Tengo todavía algo que preguntarle."

Tenía curiosidad de saber de qué se trataba. Mas pronto comprendí que tenía necesidad de no quedarse solo. "Hábleme usted de Danzig. ¿Qué pasa allí? ¿Consiguió usted suprimir el paro? ¿Qué es de la autoestrada? ¿Se entiende usted con los polacos?" Forster no me dió tiempo para responder. Con tono suficiente expuso cuanto se realizara y cuanto habría podido realizarse si Danzig no hubiese tenido dificultades monetarias. Hitler intentó manifestar interés, deslizando algunas observaciones. Mas advertí que, en realidad, no nos escuchaba. Su mirada era fija, sin expresión, tendida hacia adelante. La bajó. Forster acababa de preguntarle algo. La respuesta no llegó. Hubo un silencio que me pareció largo. Hitler se levantó y midió con sus pasos la habitación. Iba y venía entre la puerta y el escritorio, las manos cruzadas tras la espalda.

Me habían dicho que ya no dormía más que algunas horas, desde la masacre del 30 de junio; que erraba por la noche de una habitación a otra, que los somníferos no surtían efecto, o que se negaba a tomarlos, por temor a ser envenenado. Al aclarar el día, caía vencido sobre su lecho y al pronto se despertaba en una crisis de lágrimas. Había tenido vómitos repetidas veces. Embozado en alguna manta, pasaba luego horas en un sillón, sacudido por estremecimientos febriles. En las mañanas esas, él se creía envenenado. En otros momentos, hacía encender todas las arañas y quería a mucha gente a su vera, pero de pronto, ya no quería ver a nadie.

Parecía hasta temer la presencia de sus más íntimos amigos. Al único que soportaba aún era a Hess. En cuanto a Buch, el verdugo, le había tomado horror, mas no osaba alejarlo, tan grande era su miedo. Se decía —¿qué es lo que no se decía?— que en el último momento, el 30 de junio, sus nervios lo traicionaron y que todo aconteció sin él saberlo, si bien en su nombre; que había ignorado bastante tiempo los detalles de esa horrible noche, que ignoraba todavía la amplitud de las ejecuciones...

Recordaba todos esos rumores mientras Hitler marchaba de un lado para otro. Se detuvo: "Me he empeñado en una vía estrictamente legal y nadie podrá desviarme de ella", dijo. "Todas las objeciones que se me han hecho, todas las dificultades que se yerguen aun ante nosotros, las preví antes que todos esos comedidos pesimistas que me aturden, y las he tenido en cuenta. Nada de lo ocurrido me ha sorprendido. Con la misma certidumbre inconmovible, esperaré la meta gigantesca de nuestra revolución. No he menester de consejeros, ni de censores, ni de esos buenos apóstoles que querrían hacer de su indisciplina la ley de nuestro desarrollo, de esas gentes que experimentan un placer maligno en contar con los dedos todas las razones que encuentran de prever nuestra ruina, y que exageran las dificultades inevitables al principio de toda grande empresa. Como

si todos esos idiotas no harían mejor en armarse y alentarme para nuestro duro combate, fijando la vista sobre las posibilidades positivas y no sobre los aspectos negativos de nuestra inmensa tarea. ¿Acaso, no sé yo mejor que ellos que no tenemos aun el poder? Pero es mi voluntad la que decide. Aplastaré a quienquiera no obedezca mis órdenes. No aguardaré que la rebelión sea pública y conocida de todos. Actuaré no bien tenga la menor sospecha de insubordinación. Seré implacable para los enemigos y nada me detendrá."

Hitler peroró aún un instante sobré el tema de su omnipotencia. Luego su humor cambió. Se apiadó de sí mismo. "Esos bandidos acumulan los obstáculos bajo mis pasos, cinco minutos antes de la muerte del viejo mariscal, en el mismo momento en que todo depende de saber quien será el presidente del Reich, yo o alguno de la camarilla reaccionaria. Por su sola estolidez esa gente merecería ser fusilada. ¿No les he repetido que solo la unión compacta y apretada de nuestro partido puede asegurar el éxito de nuestro asalto? ¡El poste de ejecución para quien se permite bailar fuera de las filas! Acaso no adjuré diez veces, cien veces esas gentes de escucharme? ¿Y es ahora, en la hora más peligrosa, que yo me dejaría decir por los reaccionarios que no sé hacer reinar el orden, ni la disciplina en mi propia casa, y que mi partido es un foco de revuelta peor que el comunismo; que la situación es más grave que en los tiempos de Brüning y de Papen? ¿Me dejaré formular un ultimátum por esos cobardes y miserables, yo, yo?" Chillaba a todo pulmón.

—"Pero se equivocan", continuó con tono más sosegado. "Se creen que estoy acabado. Se equivocan todos. No me conocen. Porque vengo de abajo, porque salí de la "hez del pueblo", como dicen ellos, porque no tengo educación, porque tengo modos y métodos que chocan sus sesos de pájaros. ¡Ah!, si yo fuera de los suyos, sería un gran hombre, desde hoy mismo. Mas no necesito que vengan a certificar mis capacidades y mi grandeza. La insubordinación de mis S. A., ya me ha costado numerosos triunfos. Pero tengo otros de reserva. Sabría salir de apuros aun cuando las cosas estuviesen peor.

"El plan de esos buenos señores no cuajará. No podrán, para la sucesión del Viejo, pasar por encima de mi cabeza. Que traten de designar un jefe provisorio del Estado, de echarme entre las piernas a uno de sus testaferros. Para eso, hace falta mi consentimiento, y no lo daré. El pueblo nada quiere saber con la monarquía de los Hohenzollern. Yo solo podría decidir las masas a ello. Yo solo podría persuadirlas que la monarquía es necesaria. Mas no lo haré. No tienen la menor visión de la realidad, esos arribistas impotentes, esas almas de burócratas y de

suboficiales. ¿Notaron ustedes cómo tiemblan, cómo se humillan ante mí? Atropellé con sus combinaciones. Se imaginan que no osaré, que seré cobarde. Ya me veían preso en sus redes. Ya era yo, pensaban ellos, su instrumento. Y a mi espalda, se mofaban de mí, pensaban que yo ya no existía, que había perdido el apoyo incluso de mi partido. Mas yo atisbaba desde ha mucho tiempo todas sus combinaciones. Les he dado una leñada de madera verde de la que no se olvidarán. Lo que yo he perdido en la purga de las S. A. lo vuelvo a ganar desembarazándome de los conspiradores feudales y de los aventureros profesionales, de los Schleicher y consortes.

"Si ahora, me remito de ello al pueblo, el pueblo me seguirá. Si me remito al partido, el partido se erguirá como un solo hombre. No han logrado cortármelo en dos. He suprimido los cabecillas, incluso los cabecillas eventuales que acechaban en la sombra. Los reaccionarios quisieron separarme del partido para apoderarse de mí como de un instrumento dócil. Pues bien, heme aquí de pie ante ellos, más fuerte que nunca. Adelante, pues, señores Papen y Hugenberg, estoy listo para el round siguiente."

Así es como Hitler se daba ánimos a sí mismo. La audiencia terminó. Hitler me dió la impresión de un hombre que acababa de inyectarse una dosis de morfina.

XXIX

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN

Las previsiones de Hitler eran exactas. El gran golpe le resultó bien. Sucedió a Hindenburg, a la muerte del mariscal acaecida en Neudeck, en el mes de agosto, demasiado pronto o demasiado tarde. Pocas gentes conocen los entretelones del juramento prestado por la Reichswehr a Hitler. Yo no soy de aquellos. Vi el cuerpo de Hindenburg antes de ser transferido al monumento conmemorativo de la batalla de Tannenberg. Descansaba sobre su lecho mortuorio, en Neudeck, un lecho de hierro en una pieza desnuda. Esa modesta casa de Neudeck, apenas modernizada, era el tipo de la casa solariega del gentilhombre prusiano del Este. Contrastaba con la pesadez de las nuevas construcciones y el lujo de los nuevos dirigentes. Me recordaba a Kadinen, una de las residencias preferidas del Kaiser.

Ciertas tradiciones unían a mi familia con la propiedad de Neudeck; en efecto, mi bisabuelo había vuelto, cien años atrás, de las guerras de la Independencia, como ayuda de campo de la brigada de Beneckendorf y von Hindenburg. Todavía al principio del año, yo fuí recibido en audiencia, en Berlín, por el viejo mariscal. Su memoria ya había bajado, y por momentos ya no reconocía a sus visitantes. Con todo, ese día yo lo encontré bastante despierto y dispuesto y me habló detenidamente de Danzig.

El verano siguiente, en Neudeck, aunque ya rozada la frente por la muerte, pasaba aún horas frescas y joviales. La visita de un príncipe japonés lo había divertido; se había interesado en la descripción de ciertas costumbres niponas. En ocasiones, sabía reir y gastar inocentes bromas, cosa de que su canciller Hitler hubiese sido incapaz. Había recibido el informe de Hitler sobre las ejecuciones del 30 de junio y encontró que todo había quedado arreglado del mejor modo posible. Hasta lo había confortado a Hitler diciéndole que no había nacimiento sin dolor y que el nuevo Reich bien valía un poco de sangre.

Ese optimismo senil del viejo soldado no duró, al parecer,

hasta el término de su vida. Extendido ya sobre su lecho de muerte, debió hacer, en los intervalos lúcidos de su agonía, reflexiones que no conocemos. Lo cierto en todo caso, es que Hindenburg murió dejando a sus sucesores la orden de restaurar la dinastía de los Hohenzollern. No podía representarse el porvenir de Alemania como asegurado, sino bajo la vieja dinastía, cuyo poder habíase arraigado paulatinamente en el decurso de un largo desarrollo histórico.

Oscar von Hindenburg, su hijo, me recibió saliendo yo de la cámara mortuoria, después de haberme inclinado una última vez ante el viejo mariscal. Tuvimos sólo el tiempo de cambiar algunas palabras banales. La propiedad ya estaba cercada por las S. S.

Asistí igualmente a la ceremonia fúnebre en Tannenberg. Hube de oír el discurso sacrílego al fin del cual Hitler hacía entrar en el Walhalla al viejo soldado cristiano, cuya piedad era conocida de todo el mundo.

Hitler había llegado a realizar sus fines. La segunda revolución estaba aplazada; convertíase en dueño y señor de Alemania, y cada día que pasaba consolidaba su poder. Poco después de los funerales, Hitler habló de la segunda revolución en el círculo de sus íntimos. Hizo circular luego sus declaraciones como una consigna entre los jefes del partido. Así es como me enteré de ello, aunque no asistiera a la recepción dada por Hitler con ocasión de su reconocimiento oficial como Führer del Reich alemán.

—"Mi socialismo es distinto al marxismo. Mi socialismo no es la lucha de clases, sino el orden. Quienquiera se represente el socialismo cual revuelta y demagogia de las masas, no es un nacionalsocialista". La revolución no es un espectáculo para diversión de las masas. La revolución es ardua labor. La masa no ve más que las etapas recorridas. Mas no conoce, ni tiene tampoco por qué conocer qué suma de trabajo hay que rendir, antes de poder dar otro salto hacia adelante. La revolución no está terminada, no puede estarlo jamás. Somos el movimiento, somos la revolución perpetua. Nunca nos dejaremos clavar en el sitio. Lo que hice recientemente permanece incomprensible para muchas personas. Pero el éxito me dió la razón. En el espacio de seis semanas, mis adversarios del partido, aquellos que pretendían ser más listos que yo, han recibido la palmaria demostración de que los acontecimientos del 30 de junio eran necesarios y justificados. A los ojos del público, di fin a la revolución, mas la seguiremos llevando en nuestro fuero interno. Guardamos nuestro odio intacto y añoramos el día en que arrojaremos la máscara para aparecer tal cual somos y permaneceremos siempre. No puedo aún

develarles todos mis planes. Pero os pido que llevéis con vosotros la convicción de que el socialismo, tal cual lo comprendemos, aspira no a la felicidad de los individuos, sino a la grandeza y al porvenir de la nación toda. Es un socialismo heróico. Es el ligamen de una fraternidad de armas que no enriquece a nadie y todo lo pone en común.

"Entretanto, aseguro el orden y me pongo a trabajar. Nuestra primer tarea es la de rearmar y prepararnos para la guerra, que es inevitable. Nuestra segunda tarea es la de crear condiciones económicas y sociales las más favorables al desarrollo de nuestra fuerza armada. En adelante, el orden alemán será el de un campo atrincherado. No tenemos sino que pensar en nosotros mismos y en nuestras necesidades vitales." Reflexionó un instante y añadió: "Por el momento, las S. A. deben pasar por el purgatorio, mas llegará el día en que los recompensaré y los elevaré a los más altos honores." Y concluyó con sollozos en la voz: "Incluso los que murieron el otro día y dieron sus vidas por la grandeza de nuestro movimiento. Creían hacer bien al separarse de mí. Pagaron por ese error fatal. Debieron sufrir la pena que espera, en cuanto de mí dependa, a los que no saben obedecer."

XXX

EL PLAN DE UN "ESTADO CORPORATIVO"

La reforma social y económica que Hitler había imaginado no era, pronto echó de verse, tan simple como la disciplina de un "campo atrincherado". Por lo demás, ¿habíase imaginado algo preciso? Como quiera que sea, hizo trabajar de firme a sus técnicos, y entre los folletos oficiales presentados por el ingeniero Feder, hallamos en efecto un trabajo sobre la "Reforma corporativa del Tercer Reich". Poco tiempo después de la toma del poder, floreció todo un ramillete de proyectos más o menos nebulosos tendientes a instaurar un "orden nuevo". Todos invocaban un principio que halagaba los oídos: "El interés general prima sobre el interés particular". De ese principio debía nacer, según algunos, un nuevo sistema económico en el cual se suprimiría el interés personal, por lo menos en toda lo medida posible. Según otros, había que hallar, en un sistema jerárquico de economía dirigida por el Estado, un compromiso entre los intereses particulares y los intereses nacionales, de manera a satisfacer a unos y otros.

El programa era más fácil exponerlo que realizarlo. ¿Significaba que Alemania iba a volverse un Estado corporativo? ¿Significaba una economía totalmente dirigida? ¿Era socialismo de Estado? Antes que nada, se trataba de obrar, de hacer gala de actividad. La meta aparecería más tarde en toda su claridad; mas no se quería perder un minuto. Así es como se desató de todas partes un verdadero furor de organización. La economía alemana tradicional, tan compleja y frágil a la vez, conoció entonces una invasión de organizadores bárbaros, que arrollaron cuanto existía y funcionaba antes que ellos. Esa fiebre organizadora no tuvo otro efecto que el de sembrar en todas partes el descontento y la resistencia.

Era evidente que la enorme cantidad de parados hacía necesaria la intervención del Estado en el orden económico. Mas esa intervención, ¿aumentaría verdaderamente la producción o sería tan solo un remedio pasajero? El aumento de la producción

y la coordinación de las diversas ramas económicas, ¿constituían acaso la meta verdadera de los planes que se quería aplicar? ¿No se tenía más bien la recóndita idea de subordinar toda la actividad económica al Estado o más exactamente a un partido? Y en tal caso, ¿qué advendría de la economía a secas?

En Danzig, nos debatíamos en medio de iguales problemas, pero en pequeña escala. Allí también, se entregaban alegremente a la manía organizadora. Por mi parte, me parecía posible el imaginar nuevas formas de un proteccionismo capaz de mejorar nuestra situación vis a vis de Polonia. La idea de un verdadero Estado corporativo y de una modernización del mercantilismo tampoco me parecía absurda *a priori*. Mas Forster quería ir de prisa. Tenía la ambición de ser el primero en realizar la "reforma corporativa", para brillar a los ojos de Hitler. Hizo venir al joven autor del folleto del que hablé más arriba. El joven llegó a Danzig, lleno de su importancia, con el propósito de colocar en nuestra ciudad la primera piedra de la gran obra de su vida.

Danzig revelóse muy pronto como el lugar menos indicado para experimentos económicos. Era un puerto de tráfico internacional que, además, carecía de autonomía aduanera. Lo mejor hubiera sido, por cierto, el dejar su comercio desenvolverse dentro de la mayor libertad posible y no provocar en ningún caso complicaciones y reglamentaciones, cuyo único resultado no podía ser más que la emigración del tráfico comercial hacia puertos más favorecidos. Era yo pues de opinión que no teníamos nada mejor por hacer que renunciar enteramente a todo experimento "corporativo."

Mi modo de ver dió origen a un conflicto serio con el partido, que no se proponía otra cosa y no veía más lejos que la anexión económica de la Ciudad Libre. Me negué formalmente a dar fuerza de ley al plan corporativo. Menudearon quejas contra mí por diversos lados y el teniente de Hitler, Hess, me convocó un buen día. Me habló con esa brevedad sentenciosa habitual en él, pretendidamente medular, pero que en el fondo no es otra cosa que la vacilación y torpeza de un espíritu sin madurez. Se limitó a dirigirme las vagas observaciones de un hombre incompetente. Finalmente, el litigio fué objeto de una conversación con Hitler.

—"¿Qué es lo que pasa?", me preguntó el Führer. Le participé mis objeciones a los planes de reglamentación económica. Pareció vivamente sorprendido y me dijo que en modo alguno tomaría por su cuenta tamañas insensateces. ¿Había olvidado Forster que el sistema del Estado corporativo ha mucho que quedaba postergado para mejores tiempos? Respondí que lo ignoraba, que de saberlo me hubiese ahorrado mucho trabajo y engorros inútiles. Hitler entregóse al pronto, según su costumbre, a una larga defensa para justificar su decisión, esbozándome a grandes rasgos sus ideas socialistas, o por lo menos las que profesaba en esa época.

—"¿Quiere usted renunciar definitivamente al plan corporativo?", preguntéle.

—"Por el instante, esa fórmula se me antoja despojada de todo sentido preciso", respondió Hitler, "y estoy cierto de que tampoco nada representa a vuestro espíritu. Desde numerosos años, Mussolini trabaja a enderezar su Estado corporativo. Mas el resultado es nulo. Lo cual significa que en vano busca la substancia, el fondo, el coronamiento, la clave de bóveda del sistema. Le voy a decir una cosa. En esa materia, no se debe forzar nada, no se debe construir. ¿Comprende usted? Esas cosas deben desarrollarse por sí solas y desde abajo arriba. Si construís de arriba abajo, según un esquema, sólo tenéis un andamiaje de papel: el artificio, no la vida. ¿No sabéis cómo trabaja un artista? Y bien; el hombre de Estado debe dejar madurar, como el artista, sus propios pensamientos, y más aún las fuerzas creadoras de la nación. Puede, aquí y allí, dar un leve impulso, puede dirigir las fuerzas y regularlas. Pero puede también dar máquina atrás, en cuanto advierte que las fuerzas verdaderas no entraron aún en liza. No puede crear la vida por decreto. Nada más falso que el querer expander desde lo alto, sobre una nación inmadura aún, una suerte de barniz artificial, así fuese el más brillante del mundo. No se puede hacer más que una cosa. Hay que mantener despierta y vívida esa inquietud creadora en la cual toma aliento el verdadero artista. He ahí la única cosa que no hay que dejar debilitarse."

—"¿Quiere decir que la organización por oficios o Estado corporativo, sea cual fuere su nombre, no ha madurado aún bastante para ser realizada actualmente?", pregunté. "Pero el caos total que reina en este momento no puede continuar."

—"De nada sirve molerse la sesera", prosiguió Hitler. Por más que se haga, cuando una idea no está madura, no se la podrá hacer vivir. Yo, que soy artista, bien lo sé. También lo sé como hombre de Estado. No hay más que una sola cosa por hacer: tener paciencia, volver hacia atrás, recomenzar, volver otra vez atrás. El trabajo se hace entonces en el subconsciente. La cosa madura y, a veces también, muere completamente. Si yo no tengo la certeza interior y absoluta de que la solución está allí, que debe estar tal y cual me la represento, me abstengo. Si viene el mismo partido y me clama a los oídos: "Obra", yo no hago nada, espero. Sino, Dios sabe donde iría a parar. Pero si la voz interior me habla, entonces yo sé que toco a la meta y que es

tiempo de obrar. Lo mismo ocurre con los camaradas del partido o con el pueblo. Si no comprenden una novedad, hay que volver atrás. Probaremos otra vez, y si es menester, otra vez más. La hora favorable acaba siempre por llegar. Entonces nuestra gente se apodera de la idea nueva, le da cuerpo, cual si nunca hubiese pensado otra cosa. Claro está, hube de permitir al partido estudiar el asunto del Estado corporativo. Tenía yo necesidad de establecer experimentalmente hasta qué punto había madurado todo ello y si ese sistema es capaz de hacernos avanzar. Jamás aplicaré a ciegas una receta. Es muy natural que antes de introducir una novedad, primero me convenza que la cosa es posible. Y me hacen falta también hombres para ejecutarla. He encargado a algunos camaradas del partido ciertos menesteres. Si los llevan a cabo, significa que están en su sitio, sino, que resignen el puesto. Mas si todos fracasan, es signo infalible que la cosa no estaba madura. Existe una relación matemática entre los problemas y los hombres encargados de resolverlos. Si faltan los hombres para resolver un problema, quiere decir que éste subsiste, que el tiempo no es llegado aún, y de nada sirve clamar por el "hombre fuerte" que desbrozará el obstáculo. Pero si los tiempos han llegado, los hombres también estarán presentes. Ahora bien, en estos últimos meses no pude convencerme de tener a mano los hombres capaces de poner en pie el Estado corporativo. Pues bien, sea; aplazaremos el problema para reasumirlo más tarde."

Sugerí que quizás fuera tiempo de buscar una síntesis entre la economía liberal y la autorquía a la manera moscovita.

—"¿Es posible tal síntesis?, preguntó Hitler. No se deje usted seducir por construcciones ficticias. En lo que me atañe, hoy sé menos de esos asuntos que lo que creía saber hace algunos años." Le respondí que ese frenesí organizador que hacía estragos en todas partes me parecía menos propio para dilucidar la cuestión que las investigaciones serias y metódicas.

—"No se da usted cuenta, replicó el Führer con impaciencia, que fuerza me es darles alguna cosa a mis gentes? Todos quieren colaborar. Arden de impaciencia. Por ello les dejo el campo libre. Que ensayen todo cuanto quieran. Todo bien considerado, el sistema corporativo no es cosa tan importante que pueda causar grandes daños. Y al fin y al cabo, de todos esos esfuerzos, puede que salga alguna cosa utilizable."

¿Tendría ese aluvión de palabras la única finalidad de disimular que no se trataba en modo alguno de hallar, por vía experimental, un nuevo orden económico alemán? ¿No se trataría más bien de ocupar la masa del partido para desviarla de los asuntos más importantes? No lo creo. Los móviles de la política

de Hitler y de sus decisiones personales son siempre muy complejos. Por cierto, él tenía una razón imperiosa de entretener al partido, lanzándolo sobre la transformación de la economía. Mas se erraría si se creyera que era éste el único motivo. La memoria de Hitler tenía en verdad la propiedad de retener tan solo los móviles que podrían servir ulteriormente para su propia justificación.

Hitler, por otra parte, jamás consintió ocuparse en los detalles de una cuestión, salvo en dos materias: la política exterior y el ejército. En todo lo demás, le era indiferente su falta de competencia y dominio. Se impacientaba desde que se le quería exponer los problemas en sus detalles. Tenía extremada aversión por los técnicos, los expertos, los especialistas, y no hacía ningún caso de sus opiniones. Los consideraba como simples peones, limpiadores de pinceles o trituradoras de colores, para quedarnos dentro la terminología de su propio oficio.

—"Líbrese del papeleo", me dijo un día. "Para los asuntos burocráticos, tiene usted personal a su disposición. Guarde su libertad de juicio. En seguida uno ve que se ocupa usted demasiado en los detalles; no vaya usted a caer en la deplorable mania del ex canciller Brüning, que se creía obligado a escribir con puño y letra todas las leyes que promulgaba. ¡Aquello lo pinta de cuerpo entero! Por ello no le quedaba fuerza alguna para las grandes resoluciones. ¡Qué ambición boba esa de embarazarse de fruslerías y redactar usted mismo los textos de ley! Respondí que en verdad, yo había estudiado hasta en sus más insignificantes pormenores, las leyes tocantes a la reglamentación considerada, por cuanto era en el detalle que la cosa podía resultar peligrosa. No acertaba a comprender cómo se podía evitar ese trabajo. Ahorrándomelo, yo me quedaría bajo la dependencia de mis propios expertos y debería, en última instancia, decidirme por intuición pura.

—"Pero si es precisamente lo que deben hacer", me interrumpió vivamente Hitler. "Fiaos de vuestra intuición, de vuestro instinto o de lo que sea, jamás de vuestros conocimientos. Tomad buena nota de ello de una vez por todas. Los técnicos nunca tienen instinto. No es en ellos que debéis buscarlo, sino en vos mismo y en vuestros camaradas del partido. Cuanto más habléis con los camaradas del partido, más claras os parecerán las cosas y más se simplificarán los asuntos. Estaréis obligado vos mismo a pensar más claramente, a simplificar los problemas, en cuanto queráis hacerlos comprender a los miembros del partido. Debéis desechar cuanto sea complicado, cuanto sea doctrinario. Lo que interesa, es el resultado de nuestro cambio permanente de ideas con los miembros del partido, es decir, con el mismo pueblo, y no

tima de un viejo sofisma, el cual debe usted desechar. Lo que queda del marxismo, es la voluntad de construcción revolucionaria, que ya no ha menester de apoyarse en muletas ideológicas y que se forja un instrumento de poder implacable para imponerse a las masas populares y al mundo entero. De una teleología de base científica, sale así un verdadero movimiento revolucionario, provisto de todos los medios necesarios para la conquista del poder."

—"¿Y cuál sería el objetivo de esa voluntad revolucionaria?"

—"No hay un objetivo preciso, una meta fijada de una vez por todas. ¿No acierta usted a comprenderlo?"

Le respondí que en efecto me hallaba un tanto desconcertado por esas perspectivas insólitas.

—"Estamos en movimiento. He ahí la palabra que lo dice todo. El marxismo enseña que un cambio gigantesco transformara súbitamente el mundo: el milenio que va a caernos del cielo como la nueva Jerusalén. Después concluye el período histórico. No más desarrollo, sino perenne regulación. El pastor apacienta su rebaño. El mundo se estanca. Mas nosotros sabemos que no hay tal estado definitivo, que nada es perenne, que hay evolución perpetua. Lo único que no se transforma, es lo que está muerto. El presente es ya pasado. Pero el futuro es manantial de posibilidades infinitas de creación siempre renaciente."

Observé que no había considerado las cosas desde tan elevado punto de vista.

—"Es el único punto de vista desde el cual pueden verse, prosiguió Hitler. "En mi juventud y en los primeros años que pasé en Munich después de la guerra, no vacilé en entrar en contacto con los marxistas de todos los matices. Pensé que algo podía hacerse con unos o con otros. Tenían, por cierto, la vía libre por delante. Pero eran y siguen siendo unos pobres diablos. Entre ellos, los grandes no lograban sobresalir. No querían saber de un Saúl que excediera por siquiera una cabeza a la medianía. Y por lo mismo sobraban los que gustan de perderse en sutilezas. Fué entonces cuando me puse a buscar mi propia senda. Desde luego, habría podido hacerse del movimiento socialista alemán de esa época lo que nosotros somos actualmente. Quizá hubiese valido más para Alemania el haberse podido evitar una ruptura entre los marxistas y nosotros. Créamelo usted, hacía falta poca cosa para desembarazar a los obreros alemanes de sus ideas falsas, para decidirlos a tirar al arroyo el cachivache democrático. Pero es a nosotros a quien la Providencia tenía reservado ese paso decisivo que cambiará la historia del mundo."

—"Me pregunta usted qué pienso del lucro personal y si debe suprimirse", continuó Hitler después de un corto momento de reflexión. "Naturalmente, pienso que no. ¿Dije yo jamás semejante cosa o la hice decir? Sería ello tan necio como querer suprimir por decreto el deseo sexual. El instinto del lucro y el de la propiedad no cabe suprimirlos. La naturaleza se impone siempre. Seremos los últimos en querer constreñirla. Cómo regular esos deseos naturales y darles satisfacción, tal es, en efecto, el problema esencial. ¿Que cuál será el límite del lucro individual y de la iniciativa privada, y cómo concordarlos con las necesidades vitales del pueblo, con las necesidades del Estado? A esa pregunta respondo, sin cuidarme de opiniones doctrinarias y escolásticas, que no es posible trazar límites valederos por modo general y siguiendo un principio definitivo. Según las épocas y las circunstancias, el trazo de esa línea de partición lo harán tan sólo las necesidades del Estado. Lo necesario hoy puede no serlo mañana. Esa delimitación será esencialmente variable. No se trata aquí de sistema ideal, válido una vez por todas. Querer fijar las necesidades de la economía y de la sociedad en una especie de código intangible es pura locura. La igualdad, la supresión de la propiedad, el salario equitativo, todo eso no existe. En cuanto a las recetas infalibles para determinar necesidades y ganancias, son esas bagatelas para entretenimiento de ociosos y embrollones."

—"¿Y los puntos del programa que anuncian una reforma agraria, la supresión del salariado y la nacionalización de los bancos?"

—"¡Usted también, me va a hablar del programa!", replicó impaciente. "¿Hace falta explicarle el significado de ese programa? Sería usted tan simple para tomarlo a la letra, para no advertir que no es más que un señuelo y una exornación de nuestro teatro? Nunca cambiaré lo más mínimo de ese programa establecido para las masas. Indica simplemente la orientación de nuestros esfuerzos. Ni más, ni menos. Es como los dogmas de la Iglesia. ¿Son explicación exhaustiva de la Iglesia sus dogmas? Su significado, ¿no está más bien en el vínculo que une su actividad con sus ritos? Lo mismo ocurre con las masas. Han menester etapas visibles para alimentar su esperanza. Pero los iniciados saben que nada hay estable, que todo se transforma constantemente. Por ello os digo que el nacionalsocialismo es un socialismo en proceso constante, que nunca acaba porque su ideal se desplaza sin cesar."

XXXII

EL TRIANGULO MÍSTICO

Cuando un hombre como Hjalmar Schacht, el gran mago de la economía, declara que no salió nunca de una conversación con Hitler sin experimentar una sensación de paz y liberación, que cada vez se ha sentido reconfortado y que las vastas perspectivas columbradas en cada una de sus entrevistas le daban el sentimiento de la importancia de su propio trabajo, ¿cómo podría haber sido de otra manera tratándose de mí? Las banalidades, cuando dichas con fuerte convicción, actúan como evidencias, y no siempre hacemos la diferencia entre las grandes ideas simples y las pequeñas ideas simplistas.

¿Qué podía yo extraer y utilizar de lo que acababa de escuchar, para mi lucha cotidiana contra los pequeños espíritus del partido? Hitler me había hecho ver que me consideraba digno de ser iniciado en sus pensamientos íntimos, pensamientos que no confiaba a sus propios gauleiters, porque no los hubieran comprendido. ¿No me obligaba tal confianza a ocultarle esas confidencias a la masa, no me imponía un deber de indulgencia acerca de los deseos incomprensibles de esa masa, incluído en ella el gauleiter Forster? O bien, ¿acaso fuera esa marca de confianza una finta, una de las numerosas mañas de que Hitler se sirvió siempre para dominar a los hombres?

Pregunté a Hitler sobre qué significado tenía el triángulo que le dibujara a Ley, del Frente del Trabajo, y a algunos gauleiters para explicarles el futuro orden social. Hitler vaciló, no acertando a comprender aquello de que le hablaba.

—"Forster también, dije, parece haber olvidado esa enseñanza simbólica; pero asegura que entonces lo había muy bien comprendido."

—"Recuerdo ahora, respondió Hitler, lo que usted quiere decir: un lado del triángulo representa el Frente del Trabajo. Es el dominio de la igualdad social. Allí no hay más distinción de clases; uno ayuda al otro; cada cual se encuentra en plena seguridad, recibe consejos, órdenes; todo le está prescripto,

hasta el empleo de sus horas libres. Un hombre vale a otro y es el reino de la igualdad. El segundo lado, es la organización profesional. Allí, cada uno es separado del vecino, insertado en una jerarquía según la cantidad y calidad de lo que produce en beneficio de la comunidad. Allí, la igualdad se funda en la capacidad. Allí, cada cual recibe según sus méritos. El tercer lado representa el partido, la organización política que se hace cargo de todo alemán en una de sus numerosas organizaciones, si es digno de ser admitido en ellas. Allí, cada cual está llamado a participar del gobierno de la nación. Dentro del partido, la igualdad se funda sobre la devoción y el carácter. Todos los camaradas son iguales, pero cada cual debe someterse a una jerarquía extremadamente estricta y rígida."

Le dije que Forster intentó exponerme esa simbólica, pero que se enredó; parecía recordarse aún de otro símbolo: uno de los lados significaría la voluntad del hombre, el segundo lo que se llama el corazón, el tercero la inteligencia.

Hitler se puso a reír. No debíamos ceñirnos demasiado a esa alegoría. Había querido decir tan sólo que cada ser humano debía encuadrarse, en todas las manifestaciones de su actividad, en organizaciones correspondientes del partido. "El partido desempeña el papel de la sociedad de antes, he aquí lo que quise explicarle. El partido lo abarca todo. Regula la existencia en todos los sentidos y en todas las esferas. Cabe pues, prever cuadros dentro de los cuales insertaremos la vida entera de cada individuo. Todos sus gestos y necesidades serán regidos y satisfechos por la comunidad, de la cual es expresión el partido. No hay más libre arbitrio, ni lagunas, ni aislamiento; el individuo deja de pertenecerse. Eso es socialismo y no la organización de cosas secundarias como la cuestión de la propiedad privada o la de los medios de producción. ¿A qué suenan esas cuestiones cuando he sometido a los individuos a una disciplina rígida de la cual no pueden escapar? Allá ellos con la posesión de todo el suelo, todas las casas y todas las fábricas que quieran. El punto de importancia es que, propietarios u obreros, sean ellos mismos la propiedad del Estado. Entiéndame bien: todo aquello ya carece de sentido. Nuestro socialismo va mucho más lejos. No cambia nada el orden exterior de las cosas, pero ordena todas las relaciones del individuo con el Estado o la comunidad nacional. Establece esa disciplina dentro del cuadro de un solo partido. O más exactamente, crea el orden dentro de un Orden."

No pude impedirme de hacerle notar que él me exponía una doctrina nueva, pero dura.

Hitler respondió que ello era exacto, que su comprensión no estaba al alcance de cualquiera, y que por ello había tratado de vulgarizar sus ideas con el pequeño croquis del que le acababa de hablar.

—"¿No se trataba, pues, dije, de una especie de derecho feudal del Estado distribuidor de feudos, de una suerte de superpropiedad del Estado dominando hasta cierto punto la propiedad individual: explicación harto frecuente en los parloteos y fantasías de los políticos y economistas del partido?

—"¿Por qué debía yo ocuparme todavía de esos semiexpedientes, cuando tengo en manos algo de mucho mayor importancia: al hombre mismo? La masa se queda siempre con el aspecto exterior de las cosas. ¿Qué significa nacionalización, socialización? ¡Como si algo cambiara por el hecho de que los títulos de propiedad de la fábrica están en manos del Estado y no ya en las del señor Lehmann o del señor Schultze! Empero, desde que los directores y el alto personal están sometidos como los obreros a una disciplina general, ve uno formarse el orden nuevo, el cual anonada todas las concepciones del pasado."

—"Me abre usted, le dije, perspectivas inauditas. ¿Me permite usted decirle que no me hacen feliz?"

—"La era de la felicidad personal concluyó", contestóme Hitler. "Lo que le substituímos, es la aspiración a una felicidad de la comunidad. ¿Hay algo que haga experimentar más felicidad que una reunión nacionalsocialista en la cual todo el mundo vibra al unísono, oradores y auditores? He ahí a qué yo llamo la felicidad de la comunidad. Tal felicidad sólo podían vivirla las primeras comunidades cristianas con igual intensidad. También ellos, los cristianos, sacrificaban su bienestar particular a la felicidad superior de la cristiandad. Si llegamos a identificarnos con nuestra gran revolución, si la tenemos en la sangre, ya no será menester atormentarnos por fruslerías o por algún fracaso aislado, por lo mismo que sabemos que avanzamos sobre todos los caminos, incluso si a veces parecen desviarse de la meta. Y sobre todo cultivaremos nuestra inconmovible voluntad de revolucionar al mundo, en una medida antes desconocida en la Historia. Es, pues, de esa voluntad obstinada que extraemos nuestra felicidad secreta, esa alegría con que gustamos contemplar en torno nuestro a la muchedumbre inconsciente de lo que hacemos de ella. Todos esos ciegos que nos rodean se hipnotizan con la superficial codicia que les es familiar; se adhieren a la propiedad, a la renta, al rango social y a otras riquezas pasadas de moda. Con tal que todo ello les quede accesible,

todo lo encontrarán bien. Lo que ignoran, es que ellos mismos entraron en un sistema nuevo, como en el engranaje de un mecanismo irresistible. No saben que los estamos amasando y transformando. ¿Qué significa una vez más la propiedad y la renta? ¿Qué necesidad tenemos de socializar bancos y fábricas? Socializamos a los hombres."

XXXIII

"NO SOY UN DICTADOR"

Mi conflicto con el partido nacionalsocialista de Danzig no iba camino de apaciguarse. Se me urgía a imponerle a la oposición el trato más brutal, es decir, a violar de hecho la Constitución. Algunos atentados criminales contra la fracción polaca de la población hacían difícil una política de acercamiento con Polonia. En lo económico, el partido se entregaba a los más alocados experimentos. Yo estaba absolutamente aislado en el gobierno, por cuanto mis colegas consideraban de más ventaja para su carrera allanarse a los deseos del partido que comprometerse personalmente al tener en cuenta las dificultades reales. Las cosas fueron tan lejos que al margen de los consejos oficiales de gobierno se tuvieron sesiones secretas de las que yo estaba excluído y de las cuales salían enmendadas e inclusive anuladas las decisiones gubernamentales. Aunque las dimensiones del Estado de Danzig fuesen minúsculas, se le planteaban al fin y al cabo los mismos problemas que los que el Reich alemán tenía que resolver bajo la dictadura nacionalsocialista. En toda Alemania reinaba la misma confusión que en Danzig. Empero, tanto en Danzig como en el Reich, existían, por poco que se hubiese querido, posibilidades de desembrollar esta confusión: bastaba dejar prevalecer poco a poco las fuerzas reales y vivas en todos los sectores importantes, en la economía, en la política y en la situación militar. A despecho de mi aislamiento, intenté proseguir mi trabajo. Me incitaba sobre todo a ello la situación diplomática de Danzig que amenazaba agravarse.

No obstante, mis colegas del gobierno y del partido seguían luchando contra mí como si yo fuera el único obstáculo a la asimilación de Danzig al Reich. Se quejaban de mí cerca de Hess y también de Hitler. Daban como pretexto que yo me alejaba del partido y que asumía una actitud hostil hacia él, en modo tal que ya no poseía la confianza de la población. Hubo algunas tentativas de conciliación en presencia de Hess. Ofrecí mi dimisión y me declaré dispuesto a aceptar cualquier otro

cargo, si el gauleiter Forster quería sucederme en la presidencia y asumir la entera responsabilidad del gobierno. Declaré a Hess que esa responsabilidad no tardaría en constreñir a Forster a inclinarse ante las realidades y adoptar la misma política que yo. Hess me contestó que Hitler jamás aceptaría mi retiro voluntario, bajo ningún pretexto. Agregó que era deber mío entenderme con el partido. Pero Forster me hizo saber, con la brutal franqueza a que esa clase de políticos bellacos se deja siempre arrastrar, que lo menos que pensaba era en "emporcar su porvenir".

Finalmente el asunto fué sometido al mismo Hitler. Lo consideró lo bastante importante como para convocar e interrogar a todos los senadores danziguenses. El único cargo serio que pudo recoger fué, como me lo dijo más tarde mi sucesor, que yo creía *realmente* en la posibilidad de un acuerdo germanopolaco, en lugar de considerarlo como un simple expediente provisional. Mi presencia, por otra parte, no fué admitida en esos interrogatorios y tampoco se me dió jamás la posibilidad de defenderme contra tal o cual acusación. Hitler encaró distintamente las cosas y me citó a mí solo. Era en febrero de 1934. Se me pedía justificarme. Lo hice, trazando una amplia exposición de las condiciones peculiares a la política de Danzig como asimismo un paralelo entre el programa que yo me había fijado y las aspiraciones confusas del partido.

Pero Hitler comenzó por reprocharme de exigir una especie de poder en blanco para tener toda libertad de gobernar a mi antojo. Si la política fuera cosa tan sencilla que pudiese llevarse a cabo con sólo tener en cuenta las dificultades objetivas, sería cosa demasiado fácil y para ello bastarían los técnicos. Desgraciadamente, dijo, había ante todo que contar con las debilidades humanas, con la malevolencia y la incomprensión. Inquina sistemática no la había en el partido. ¿Es que yo, por ventura, pretendía lo contrario? Todos aquellos que, en la época en que estábamos, asumían una responsabilidad política en el cuadro del nacionalsocialismo podían representarse hasta qué punto resultaban privilegiados, en relación a los políticos de la república de Weimar, los cuales debieron arrostrar no solamente la incomprensión, sino la inquina y malevolencia de todos. Uno de los más grandes beneficios del nacionalsocialismo era precisamente el haber eliminado ese factor que emponzoñaba la vida de toda la nación, la inquina rabiosa de los grupos políticos envidiosos unos de otros, que descuidaban totalmente el cumplimiento de toda obra positiva, para contemplar únicamente su provecho particular.

—"El partido es benévolo. El partido lo comprende todo. Se

trata simplemente de explicarle lo que uno quiere hacer. Si uno no sabe hacerle comprender lo que uno emprende, es una de dos: o bien los problemas no han sido bastante aclarados y simplificados, o bien no se es el hombre que hace falta para resolverlos. Y si os alejáis del partido al punto que ya no comprenda vuestro lenguaje, en ningún caso tendréis razón. Es por ello que no me canso de predicar que hay que hablar, hablar aún, celebrar reuniones, mantener un contacto permanente con la masa de los camaradas del partido. Desde que se pierde ese contacto, se puede tener las mejores intenciones del mundo, no lo comprenden a uno. No debemos nunca caer en el error de los diputados burgueses, extraños al pueblo, que se reúnen una o dos veces, lo más posible en los quince días que preceden a las elecciones, y que, en todo el resto del tiempo, jamás se preocupan de sus electores. Puede que nuestros camaradas del partido no comprendan ciertas cosas porque les han sido extrañas hasta ahora. Mas nadie puede reprocharles el no querer comprender. Es deber mío, como lo es para cada uno de nuestros colaboradores, el explicar sin desmayo mis intenciones a los camaradas del partido hasta que las comprendan y hasta que me sigan voluntariamente. Que en esta batalla, tenga usted que abandonar buena parte de sus ideas personales, que deba adaptar su entendimiento de las cosas, es ello una necesidad ineluctable. Lo que interesa en ese intercambio continuo de pensamientos, es precisa y exclusivamente el fruto. El partido es juez inflexible. Sus motivos y sus ideas de usted pueden ser todo lo justas que se quieran. Si el partido los rechaza, comience por buscar la falta en usted mismo y no en otra parte."

Hitler hablaba con voz fuerte y decidida, pero sin ninguna hostilidad. Objeté con prudencia que no dejé de explicar y de intentar hacer comprender las medidas que yo tenía por necesarias. Pero tenía buenas razones para pensar que en ciertos medios no había mucho empeño en esclarecer la opinión pública sobre las ventajas de esa política.

Hitler se hizo acometivo. Él tampoco podía hacer cuanto juzgaba razonable. Estaba obligado a tener en cuenta la voluntad y el grado de comprensión de otras personas. Había tomado ciertos compromisos y estaba decidido a conformarse a ellos. En primer lugar, debía tener cuenta de la dificultad de comprensión del viejo mariscal, cuya memoria y otras facultades bajaban y el cual, con la obstinación de la edad, rechazaba muchos proyectos sin querer siquiera examinarlos. Él mismo, Hitler, no tenía otro remedio que aguantar y adaptarse a esa obstrucción de toda su política. ¿Es que suponía yo por ventura que él era un dictador que hace o deja de hacer lo que quiere?

"No soy un dictador, nunca lo seré." Incluso si algún día pudiera llegar a aflojar los lazos que lo trababan, nada decidiría según su real gana. Una política de la real gana, en nuestros días, era demasiada responsabilidad para un solo hombre. Me hacía una idea falsa del significado de la palabra "Führung", cometiendo el error de confundir la función de jefe con la dictadura. "Del hecho que no votamos y no ejecutamos las decisiones de una mayoría, no se sigue que nuestra política carezca de contralor. Se la somete constantemente al contralor del partido y al de todos los factores importantes que subsisten fuera de él. ¿Pretendería yo tener en Danzig más libertad que la que él mismo tenía? Hitler se aplacó. "Cualquier idiota, dijo con tono más sosegado, podía gobernar como dictador. Eso duraba lo que duraba. Nunca mucho tiempo. Exigís plenos poderes. Queréis eliminar al partido. ¿Y quién me garantiza que es usted el que tiene razón? ¿Y dónde adquiriría yo mismo, si quisiera gobernar como Ud., con entera independencia, la certidumbre de que tengo razón? Esa certeza, sólo la adquiero contrastándome de continuo con la voluntad del partido. En lo que le concierne, no tengo certidumbre más que si tenéis enfrente a otros hombres, ¿qué digo?, a todo el partido, el cual es incorruptible para controlar cada uno de vuestros gestos. Si estáis de acuerdo con el partido, entonces sé que estáis en la buena vía. No existen plenos poderes ilimitados y no los querría para mí mismo. El término mismo de "dictadura" es una engañifa. No existe dictadura en el sentido corriente de la palabra. El autócrata más omnipotente tiene que adaptar su voluntad arbitraria a las condiciones reales del momento. Mirándolo bien, no hay en la política sino datos variables, y una voluntad general de imponerles el orden. Si fuérais primer ministro en un Estado parlamentario, podríais en ciertos momentos gobernar con más absolutismo e independencia que lo que yo puedo hacer hoy y lo que jamás haré en el futuro.

"Ser dictador, es un estribillo tras el cual no existe ninguna realidad. Mi manera de gobernar estriba en hacer en el partido la incesante suma general de innumerables observaciones, juicios y ruegos de todas clases, trabajo ímprobo que es cosa de nunca acabar. Mi deber esencial es el de no ponerme nunca en contradicción con mi partido. Si soy de parecer contrario al suyo, tengo que modificar mi manera de ver o la suya. Pero lo que usted pide, nadie puede otorgárselo. Quiere usted operar en vaso cerrado, en lugar de afrontar las fuerzas adversas sin las cuales la vida no es siquiera concebible."

Hitler bordó sobre ese tema, sin abordar ni mucho menos las cuestiones concretísimas planteadas por mi situación en Dan-

zig. Insistió sobre la teoría de las relaciones entre el jefe y el partido.

—"¿Qué significa nuestro partido? ¿Por qué hemos eliminado los partidos múltiples y todo el sistema democrático parlamentario? ¿Acaso quisimos pasarnos del contacto con el pueblo? Si arrojamos por encima de la borda las instituciones vetustas, es precisamente porque no eran capaces de mantenernos en fecundo contacto con el conjunto de la nación y porque no conducía más que al charlatanismo tras el cual se ocultaba la estafa más cínica. Hemos eliminado los parásitos enquistados en un espacio hueco entre el pueblo y sus jefes. El papel de las masas evidentemente queda suprimido de consuno. Ya no existe el ganado electoral al cual se le embriaga de palabras a cada consulta. En el lugar de la masa hay ahora la comunidad del pueblo, del cual hacemos la educación; la nación organizada y consciente de sí misma: nuestro partido.

—"La voz "partido" no es satisfactoria. Yo hablaría mejor de nuestro Orden, si esa palabra no encerrase un dejo romántico. La "Orden de la Joven Alemania" echó a perder su sentido, pues induce a pensar en las órdenes eclesiásticas. ¿Que cuál es el espíritu de nuestro partido? Tiene voz en el capítulo solamente quien asume sus deberes. Mas el que los asume, el que entra en nuestra Orden, es aquel que ha sido juzgado digno de ella, y la elección se hace sin acepción de personas. Quienquiera sea admitido tiene el derecho a hablar, y es oído. Estamos en contacto permanente con esa élite del pueblo. Le sometemos todos los asuntos. Cumplimos un trabajo de educación política que ningún partido intentó jamás en el pasado. Nunca tomaré ninguna decisión importante sin haberme asegurado el acuerdo de mi partido. No sé gobernar según mi real gana. Cuanto ordeno nunca es arbitrario. Es la expresión de un consentimiento que debo obtener cada vez. Vamos más lejos que cualquier Parlamento del mundo, por el hecho de que nos sometemos a una consulta popular permanente. Es únicamente así cómo puede formarse la verdadera comunidad nacional. No dependo del hombre de la calle, sino que soy responsable ante mis camaradas del partido. Pueden las democracias parlamentarias cocinar a su antojo la opinión pública. Yo me someto, acepto responder ante mi juez incorruptible, ante mi partido."

Hitler siguió discurriendo sobre la grandeza del movimiento nacionalsocialista. Lo que importaba, era la figura que se daría Alemania a los ojos del mundo. La disciplina era el cemento pero no la meta. Un punto del programa entre otros. Reconozco que su discurso entusiasta me impresionó fuertemente. Con todo, no podía impedirme de pensar: ¡qué extraña comedia! He ahí a un hombre que se excita y se envanece en una suerte de idealización de sus esfuerzos, cuando, en realidad, obedece a móviles muy distintos. ¿Habría querido inducirme en error deliberadamente? ¿O creía él mismo en sus propias palabras? Me quedé con esta última hipótesis. Él estaba obligado, para zafarse de la perpetua mezquindad de su brega cotidiana con el partido, de crearse un mundo ficticio, una especie de plano superior al que se alzaba. No veía más nada que las realidades. Se justificaba, se admiraba a sí mismo cual creador de una nueva forma de democracia. Tal era el verdadero sentido de su discurso. Era él, Hitler, quien realizaba en el mundo la obra de la democracia, disfrazada y viciada hasta entonces por el parlamentarismo...

Le pregunté si no creía que todo se aclararía reemplazando redondamente la constitución de Weimar, todavía en vigor, por una nueva constitución. En efecto, en el estado presente de las cosas, un hombre de Estado responsable se debatía en medio de un conflicto perpetuo de sus deberes. El antiguo sistema ya no tenía ningún valor jurídico y el nuevo no había salido aún del período revolucionario. El arbitrio y el desorden tenían por causa a la inestabilidad jurídica y no a la innovación del nuevo régimen.

Hitler me contradijo bruscamente. Si el nuevo régimen se inmovilizaba en una fórmula constitucional, entonces es cuando podría considerarse agotada su virtud revolucionaria. Había que conservarle tanto tiempo como fuera posible su carácter revolucionario para evitar de paralizar su fuerza creadora. Caía yo en el error fundamental de todos esos abogados y ensartadores de párrafos, que creen posible crear la vida por medio de constituciones y códigos. La actividad viviente de un pueblo se desenvuelve siempre al margen del rito constitucional; hicimos de ello la experiencia con ese trabajo de doctrinarios de la constitución de Weimar. Las constituciones deben ser siempre la resultante de los hechos históricos, mas no deben precederlos. Quien construye artificialmente viola las leyes de la vida. La enfermedad en el cuerpo de la nación, el desorden fisiológico, los trastornos del crecimiento fluyen de ese error con lógica inevitable. Se guardaría muy bien, en cuanto a él, de cambiar nada del curso actual de las cosas. Era aún demasiado pronto para prever en qué dirección cumpliríase la evolución de la nación alemana. Había que dejar crecer y madurar. "Puedo esperar", afirmó Hitler. "Podrán mis sucesores, después de mi muerte, codificar cuanto quieran la ascensión de la savia en nuestra nación. En esta hora, tengo otros quehaceres."

Hitler vino luego a hablar de la reforma del Reich. Allí era lo mismo. Se le presionaba para suprimir los antiguos Estados federados de la vieja Alemania y establecer en su lugar a los

nuevos "Gau" que servirían de base para la organización definitiva del Reich. Mas él no se dejaría forzar la mano. En su calidad de artista, él sentía exactamente cuándo la idea estaba madura. Tal no era el caso. Había primero que anexar algunos países como Austria y Bohemia, apoderarse de los territorios polacos y franceses antes de poder plasmar cual arcilla, la grande figura de la nueva Alemania. Estábamos recién a principios de un período indefinido de crecimiento orgánico, que suponía la fusión de las tradiciones antiguas y de las jóvenes fuerzas revocionarias para la adquisición de posiciones nuevas en un espacio ampliado. Unicamente entonces es cuando se podría pensar en expresar la ley de ese desarrollo dentro de una constitución definitiva. Hasta aquí, no se cansaría de predicar la paciencia a sus camaradas del partido.

Lo propio ocurría para la evolución del derecho. Nada podía concretarse aún. Prueba de ello, la nueva vida que penetraba ya en la vieja jurisprudencia. Lo que llaman derecho objetivo evidentemente no existe.

—"El derecho es un medio de dominar trasladado al lenguaje jurídico." También en este dominio Hitler no era un dictador, sino un arquitecto. Era como esos grandes constructores de catedrales que trabajaban de generación en generación a un edificio inmenso, que veían crecer según una ley interior que les aparecía como más importante que sus ideas personales, por geniales que fuesen. "Es así como trabajo en la construcción de la nueva Alemania, no como los artistas egoístas de nuestra época, cuyo esfuerzo permanece estéril porque es individual, sino como los piadosos constructores de las grandes iglesias de la Edad Media."

Hitler desbordaba de entusiasmo. Habíase olvidado el objeto de nuestra entrevista: mi justificación. "Necesito, dijo, de diez años para mi trabajo de legislador. El tiempo apremia. No me queda bastante tiempo por vivir. Y ante todo, he de llevar a cabo nuestra guerra de liberación y echar las bases sobre las cuales otros, después de mí, podrán edificar. No veré el fin de mi obra."

Hitler me despidió amablemente. Estaba turbado. El asunto que me interesaba personalmente quedaba en suspenso. Como me despidiera de él, Hitler me dió aún un consejo: "Querría ponerlo en guardia contra dos cosas. La primera, no acoquinarse con los conservadores-nacionales. No darles más importancia que la que merecen. La época de esos fósiles pasó a la Historia. La era burguesa concluyó. Esas gentes son fantasmas. No se deje engañar por lo que llaman su experiencia. No entienden nada del mundo que llega, ni de las leyes que lo rigen. Ninguna utilidad

representan, ni para usted ni para mí. Mi segundo consejo es que usted desconfíe de eso que llaman la Sociedad de las Naciones y de su representante en Danzig. Otro mundo que agoniza. Tome las pretensiones de esa gente por lo que valen. Puro teatro, que se torna irreal no bien tras la representación uno se encuentra en la calle. Le hace falta desechar todo respeto por esos vestigios. Entonces, comprenderá usted al partido y el partido lo comprenderá a usted."

XXXIV

"¡JAMÁS HABRÁ INFLACIÓN NI TARJETAS DE PAN!"

La realidad se parecía muy poco al cuadro trazado por Hitler. El partido no tenía ni benevolencia ni deseo de comprender. No ambicionaba otra cosa fuera del poder. Cada miembro quería hacer su papel y encumbrarse, costase lo que costase, hasta acercarse al sol. Cada cual tomaba una actitud presumida, esperaba hacerse notar dando prueba de arrogancia y de eficacia para obtener algún ascenso. El máximo de celo, el mínimo de escrúpulos, tal era la receta para obtener favores y puestos. Quienquiera traía por el contrario serias objeciones pasaba por molesto y se le relegaba al último plano. Toda la actividad del partido se malograba por la feroz rivalidad de los extremistas más incompetentes. El conocimiento de los negocios, la contemplación de la realidad pasaban por prejuicios burgueses. Zona peligrosa era esa en la que nadie quería andar, de suerte que los dirigentes, Hitler a la cabeza, ya no llegaban a recoger sino alguna migaja de información y de verdad.

En ese aspecto, en las altas esferas de Berlín las cosas pasaban exactamente como en Danzig. Un ejemplo entre mil: Todt, el director general de las autoestradas, aspiraba, desde 1934, a construir una autoestrada a través del Corredor polaco. Esa idea lo había seducido a Hitler. Todt, que sin duda se exageraba la influencia que yo podía tener en Varsovia, me rogó obtuviese el asentimiento de Polonia para la construcción del trecho situado en su territorio. Era un problema político de primerísimo plano, imposible de liquidar "de paso", como Todt se lo imaginaba ingenuamente. Acepté, sin embargo, de sondear el terreno. Cuál no sería mi sorpresa, cuando, algunos meses más tarde, en el curso de una entrevista con Hitler, enteréme por boca del Führer, que él había unido, por una comunicación nueva, la Prusia oriental con el Reich. Había una autoestrada en construcción, los trabajos iban a prisa; en resumen, Hitler estaba encantado y rozagante de su nuevo mérito. Le pregunté cómo se encontraba la construcción del trecho polaco, por cuanto creía

saber que había habido dificultades por ese lado. Hitler me respondió que todo estaba arreglado de la mejor manera posible. Todt ya había firmado un contrato con un célebre ingeniero italiano, el cual, a su vez, se había puesto de acuerdo con el gobierno polaco. De vuelta a mi hotel, después de la audiencia de Hitler, encontré unos renglones de Todt, rogándome le visitara en su despacho del Pariser Platz instalado, según creo, en el antiguo club aristocrático del regimiento de la Guardia a pie.

Todt me mostró sus planes y sus mapas, la red gigantesca de las carreteras en construcción o en proyecto. Luego me preguntó sobre el estado de mis consultas con el gobierno polaco y si se podía esperar que el trecho de marras sería construído. Pues, decía, el Führer tiene particular interés en ello. Dejé hablar a Todt y adquirí la certeza de que nada de lo que Hitler me había presentado como cosa ya hecha existía en realidad. Después de escucharlo, lo puse a mi vez al corriente de la conversación sostenida con Hitler por la mañana. Confieso que experimenté cierto placer en observar el embarazo mortal de ese importante personaje. Balbuceó que debía tratarse de algún error, que había necesariamente un malentendido; tras lo cual salió todo azorado. Lo que pasó es muy sencillo. Todt, munido de mi vaga promesa de sondear el terreno acerca del gobierno, hizo a Hitler un informe tan mirífico cuan mendaz, en base del cual el Führer había supuesto de buena fe que todo estaba arreglado y que la carretera estaba en construcción. Que yo sepa, está todavía en estado de proyecto en la hora en que escribo.

Los Ribbentrop de toda laya operaban de igual modo poniendo en ello quizá algo más de refinamiento para hacerse valer y avanzar en su carrera. Lo asediaban de continuo al Führer, lo embaucaban llegando en su presunción a hacerse pasar por indispensables. Cada cual se informaba de lo que Hitler esperaba que le dijeran, luego trataba de suplantar al rival llevándole al Führer las nuevas más agradables, haciendo recaer sobre su propio mérito todo el éxito, adquirido o probable, con que deslumbrarlo. El pueblo alemán, que no ha mucho todavía pasaba por ser el más consciente del mundo, ha batido, bajo el reino de Hitler, todos los records del embuste y del servilismo.

Si la verdad resultaba molesta, se tenía cuidado de que Hitler no la llegara a conocer nunca. Si iba descarriado, no dejaban de impelerlo por el mal camino, multiplicando los informes tendenciosos, propios para alentarlo en su error. Se reducía al mínimo las dificultades, se ampliaban las perspectivas y se arribaba a las falsificaciones flagrantes. Se construía todo un sistema para alejar de él cuanto pudiera irritarlo. Sus accesos de cólera furiosa aterrorizaban a sus prójimos al punto de que se

llegaba a hacer cualquier cosa para no exponerse a ellos. El empleo de esos bellos métodos se generalizó no solo en torno de Hitler, sino también de otros jefes.

Danzig estaba en aquel entonces a la víspera de la bancarrota. Teníamos necesidad de divisas para mantener la cobertura de nuestra moneda al nivel prescripto. La Reichsbank le negaba los adelantos necesarios. Se quejaba amargamente que por causa de Danzig se comprometiese todo el plan de rearme. El joven Forster, todo aureolado del favor especial del Führer, fué a abocarse con el funcionario al que yo me había dirigido, hombre, por lo demás, perfectamente honorable. Obtuvo la suma necesaria y aun más. ¿Cómo Hitler y sus mamelucos habrían dejado de ufanarse? "Lo ve usted, el dinero se encuentra siempre..." Los obstáculos no existían, bastaba hacer presión sobre los técnicos, y las cosas se encarrilaban al punto.

En realidad, tales procedimientos no hacían más que postergar el problema. Acababa siempre por plantearse de nuevo, y con tal urgencia que al fin y al cabo había que arrostrarlo. La mayor parte del tiempo, en semejante caso, se debía pagar mucho más caro. Es exactamente lo que ocurrió con nuestro problema financiero y monetario de Danzig. El partido me impidió tomar a tiempo las medidas que se imponían. Pero seis meses después de mi retiro, ya no quedaba nada por salvar: el gulden danziguense debió desvalorizarse en un treinta por ciento.

Ese conflicto sobre la moneda fué uno de los que más echaron a perder mis relaciones con el partido. Dos meses después de haberme "justificado" ante Hitler y después de haber sido gratificado, falto de todo apoyo, con un discurso inflamado sobre la benevolencia del partido, hube de exponer la situación financiera de la Ciudad libre, ante un consejo restringido de ministros. Lo presidía Hess. Neurath, Schwerin - Krosigk, el ministro de la economía Schmidt y algunos otros miembros del gabinete estaban presentes. Sorprendíme al ver con qué dificultad esos importantes personajes se hacían cargo de la posición especial de Danzig, la cual, en sí, no era sin duda muy brillante, pero que no se había vuelto desesperada más que como consecuencia del despilfarro nacionalsocialista al que me fué imposible poner coto. Había ya que pagar, para un territorio sumamente restringido, la cuenta de los experimentos financieros que más tarde se hicieron en Alemania. Habíase arrojado un guijarro en un pequeño estanque. Las ondas concéntricas, despedidas por la próxima ribera, retornan, se cruzan, cabalgándose. Idéntica cosa ocurrirá en un estanque mucho más vasto, con la diferencia que la piedra que se le arrojará pondrá más tiempo en producir sus efectos. Nosotros, en Danzig, debíamos pagar el rescate de ciertas operaciones de inflación de crédito, en una época en que los alemanes del Reich no las conocía aún. Era una novedad para los dirigentes de Berlín. El consejo se atuvo, como era de esperar, a discusiones de corte bizantino, a semi proposiciones y paliativos. El partido sacó la conclusión que podía seguir despilfarrando: ¿No había dicho Hitler que el asunto dinero no tenía ninguna importancia?

En el desesperado embarazo en que me veía, había ido a encontrarlo al futuro secretario de Estado Keppler, uno de los consejeros económicos privados de Hitler. Tenía su despacho en la Cancillería. Keppler era ingeniero. Como todos los ingenieros, por lo menos en Alemania, era, fuera de sus conocimientos técnicos, ingenuo e ignorante como un niño, pero lleno de suficiencia. Me consoló hablándome de inventos sensacionales, los cuales, decía, iban a revolucionar el armamento de nuestro país. Yo había puesto a punto un plan capaz de permitir el aumento de las exportaciones de la Ciudad libre. Todo ello, díjome Keppler, era tiempo perdido. En un año a más tardar, Danzig sería reintegrado al Reich. Alemania disponía de inventos y de máquinas tan poderosos que ninguna coalición en el mundo podría impedirle retomar a Danzig. No tenía derecho desgraciadamente de llevar más adelante la indiscreción. Mas, de saber yo lo que él, estaría completamente tranquilo. Luego podía esperar.

Obtuve, con todo, por intermedio de Keppler, una audiencia de Hitler. Esta vez aun, la tormenta se abatió sobre mi modesta persona. Repetí cuanto dije ya en el Consejo de Ministros: si Danzig no lograba hacer activo su balance de pagos, habría que desvalorizar el gulden a más tardar dentro de seis meses.

Hitler arrebatóse y echó pestes. Se oponía formalmente a toda depreciación: "He empeñado mi palabra. No haré la inflación. El pueblo no comprendería. Encuentre el medio de salir del paso sin tocar la moneda. Es asunto suyo." Daba tales gritos que yo ya no percibía sus palabras. Le hizo falta un buen momento para recuperar un poco de calma. Fué una escena de las más penosas.

Además, el ministro de Hacienda, Schwerin-Krosigk, no me ocultó su sentimiento, cierto día que esperábamos juntos en la antecámara de Hitler. Me dijo que Alemania no podría escapar a la desvalorización. Hitler estaba en antecedentes. Mas no aceptaba sino paliativos, medidas ficticias que equivaldrían a la depreciación sin que se empleara esa palabra molesta. Evitaría a todo precio proclamar el hecho brutal de una desvalorización oficial. En eso se reconocía al demagogo que calcula a cada instante el aguante del hombre de la calle; en qué medida puede descontar su credulidad y en qué momento comienza a retobarse.

La inflación y las tarjetas de alimentos eran, a sus ojos, los dos errores capitales a evitar a todo precio, los dos tabús que un jefe realmente al tanto de la psicología de las multitudes debía evitar:

—"Haced lo que queráis, repetía, mas nunca consentiré en depreciar el marco ni en distribuir tarjetas de racionamiento. Siempre hay medio de sortear esas dificultades. Torturaos un poco el cerebro. ¡Arreglarse!" Repetía que el gobierno de los Hohenzollern habían perdido la guerra por su ignorancia de la sensibilidad particular del pequeño ahorro y de las amas de casa. Jamás permitiría que el mismo error se cometiese una segunda vez, máxime en el umbral de una nueva guerra. Más quisiera, dado el caso, suprimir radicalmente la moneda y, en lugar de distribuir tarjetas de racionamiento, prescribir las comidas en común para toda la nación. Tales medidas podían aún, en último extremo, justificarse a los ojos de las masas. Podían presentarse cual innovaciones grandiosas, como un nuevo socialismo de guerra, una etapa histórica del progreso social. El pueblo creería cuanto se le diría. Mas no quería que su gobierno tuviere nunca que echar mano de medidas que, ya una vez, condujeron al Reich a la miseria y al derrumbe. La inflación, las tarjetas de pan, despertarían recuerdos nefastos, asociaciones de ideas y sospechas que redundarían inmediatamente en contra de cuanto emprendiera el nacionalsocialismo. Toda confianza en el régimen quedaría así arruinada en pocos meses.

—"Todo el aparato del Estado descansa, en último análisis, sobre el anhelo de seguridad del público y sobre la confianza del pequeño ahorro y de las amas de casa. Si no se sabe ganar la confianza de uno y otras no hay gobierno que pueda mantenerse."

XXXV

EL SECRETO DE LA DOMINACIÓN DE LAS MASAS

Es así como a propósito de los asuntos de Danzig, Hitler me hizo toda una exposición sobre el arte de gobernar, que él reducía al arte de conducir a las masas.

Adivinaba, con intuición infalible, me dijo, los sentimientos de la muchedumbre, lo que podía pedírsele y lo que era peligroso decirle. Era ese, aseguraba, un don que se tenía o que no se tenía. Lo tenía él de nacimiento, en grado tal, que nadie podía aventajarle. Pero, el don no bastaba. Hacía falta, además, el absoluto dominio de todos los medios propios de uno. La conducción de las masas era un arte, en el sentido más estricto de la palabra. Como en las otras artes, el talento se adquiere tras encarnizada labor: "Mis adversarios me miraron con desdén. Se preguntaron, llenos de envidia: ¿Cómo se las arregla ese hombre para obtener tal éxito ante las masas? Esos socialistas, esos comunistas consideraban que las masas eran su monopolio. Detentaban las salas de reunión y eran los dueños de la calle. Y he aquí que súbitamente llega un hombre y forja al punto un gran movimiento popular. ¿Es asunto de suerte, o falta de juicio de parte de las masas? Me disculpen esos señores: se equivocan. Pero contábamos por algo nosotros, nuestros esfuerzos y nuestra técnica.

"La falta de espíritu crítico de las masas es ciertamente una explicación, pero no en el sentido en que lo entienden nuestros marxistas y nuestros reaccionarios embrutecidos. Las masas poseen sus órganos de crítica. Funcionan simplemente de otra manera que en el individuo. La masa es como un animal que obedece a sus instintos. Para ella, la lógica y el razonamiento no cuentan. Si acerté en desatar el movimiento nacional más poderoso de todos los tiempos, es debido a que nunca obré en contradicción con la psicología de las multitudes ni choqué la sensibilidad de las masas. Tal sensibilidad puede ser primitiva, pero tiene el carácter permanente e irresistible de una fuerza natural. Cuando la masa adquiere una dura experiencia, como la de la época de las tarjetas de pan y de la inflación, ya le es

imposible olvidarlo. La masa no posee más que un aparato intelectual y sensorial muy simple. Todo cuanto no acierta a catalogar la llena de desasosiego. Es sólo teniendo en cuenta las leyes naturales, que yo soy capaz de dominarla. Se me ha reprochado de fanatizar la masa, de llevarla a un estado extático. El consejo de los psicólogos sutiles prescribe que debe apaciguarse a las masas, mantenerlas en un estado de apatía letárgica. No, señores, es exactamente lo contrario lo que debe hacerse. No puedo dirigir la masa más que cuando la arranco a su apatía. La masa no es manejable más que cuando está fanatizada. Una masa que permanece apática y amorfa es el mayor peligro para una comunidad política, cualquiera que ella sea. La apatía es, para la masa, una de las formas de la defensa, un repliegue provisorio, un descanso de fuerzas que estallarán súbitamente en acciones y reacciones inesperadas. El hombre de Estado que no interviene inmediatamente en cuanto advierte que las masas se ponen apáticas, es pasible de la Alta Corte.

"Fanaticé a la masa para hacer de ella el instrumento de mi política. La desperté. La obligué a elevarse por encima de sí misma, le di un sentido y una función. Se me ha reprochado el despertar en la masa los más bajos instintos. No hago tal. Si me presento ante ella con argumentos razonables, no me comprende; pero cuando despierto en ella sentimientos que le convienen, sigue inmediatamente la voz de orden que le doy. En una asamblea de masa, no queda sitio para el pensamiento. Y como he menester precisamente de crear tal ambiente, por cuanto él solo me proporciona la certeza que mis discursos producirán el efecto máximo, hago intervenir en mis reuniones el mayor número posible de auditores de todo pelo y los constriño a fundirse en la masa, que lo quieran o no: intelectuales, burgueses a la par de los obreros. Agito al pueblo y lo trabajo hasta hacer de él una sola masa." Hitler reflexionó unos instantes, luego continuó: "Tengo la convicción íntima de que, en el arte de influir en las masas, nadie puede rivalizar conmigo, ni siquiera Goebbels. A él le está reservado cuanto pueda obtenerse por el cálculo o la astucia, pues en eso es insuperable. Pero la verdadera dominación de las masas no es cosa que se aprende. Y notad de paso que cuanto mayor es la masa, más fácil es dirigirla. Más rica es la mezcla de los ingredientes humanos campesinos, obreros, funcionarios, más el amalgama toma el carácter típico de una masa desindividualizada. No hay nada que hacer con limitadas reuniones de gente cultivadas, representantes de intereses profesionales u otros: lo que hoy obtendríase de ellos por una demostración lógica, mañana quedaría destruído por un argumento diametralmente opuesto. Pero lo que decís al pueblo,

cuando forma una masa, en cuanto se encuentra en un estado receptivo de devoción fanática, eso se imprime y queda cual sugestión hipnótica; es una impregnación indeleble que resiste a cualquier argumentación razonable. Mas tened cuidado: así como existen neurosis individuales a las cuales el médico no osa tocar, así también existen en la masa complejos a los que nunca tenemos el derecho de despertar. En el número de esos tabús, es necesario contar con todo cuanto puede evocar las palabras peligrosas inflación y tarjetas de pan. Puedo exigir tranquilamente de la masa privaciones más penosas, mas debo procurarle al mismo tiempo las sugestiones emotivas que le permitirán soportarlas. ¿Cómo pensar en conducir más tarde una guerra si sumo desde ahora a las masas en el estado de apatía en que estaban en 1917 y 1918?"

Hubo un silencio que yo rompí preguntando si el partido no tenía por función explicárselo todo a la masa o, más exactamente, a los individuos tomados fuera de ella.

—"¡No!", respondió Hitler. "Sin duda, se puede intentar, por cierto tiempo la propaganda individual. Pero, en las horas críticas, la masa se crea en todas partes, en la calle, en la fábrica, en lo del panadero, en el metro, doquier se reúnen diez o doce personas. Reacciona en tanto es masa, y ni los razonamientos ni las exhortaciones ya cuentan para nada. Todo el peso de la masa gravita sobre el partido, y el mismo partido es un factor de la masa."

Hitler llegóse al asunto conexo, pero del todo distinto, como lo subrayó, de la dominación del adversario por medio de la propaganda. En eso había que cuidarse de toda confusión. El dominio de las masas era un problema extremadamente importante, pero la destrucción del adversario también lo era. Esos dos problemas traían por lo demás un elemento común: Debía evitarse, en un caso como en otro, todo cuanto significaba argumentación y refutación de opiniones ajenas, todo cuanto dejaba sitio para la discusión y la duda. Pero la propaganda en el extranjero tenía una finalidad muy distinta a la sugestión de las masas alemanas: "La dominación es siempre la imposición de una voluntad superior a una voluntad más débil. ¿Qué cómo hago para imponer mi voluntad al adversario? Empiezo por quebrar y paralizar su voluntad. Lo perturbo y lo conduzco a dudar de sí mismo." Para mejor hacerse entender compararía la transmisión de la voluntad a un fenómeno físico-biológico. Cuerpos extraños penetran en el sistema circulatorio del adversario, se fijan en él, provocan estados morbosos, llegando al final a romper la resistencia del paciente. En cuanto a la toxina accesoria del terrorismo, operaba no por efecto directo, sino

multiplicando los estragos de la infección primaria y conmoviendo definitivamente la resistencia vital.

Hitler se encaminó así hacia las perspectivas de la próxima guerra. Los principios que acababa de enunciar se aplicaban exactamente a la preparación psicológica de una guerra en la que se emplearían toda clase de armas invisibles. Estaba juntando todo un arsenal de ellas cuya revelación sorprendería al universo. La propaganda enemiga de la última guerra aparecería como un juego de niños, comparada a los métodos que tenía en reserva. Nunca llevaría una guerra por una acción exclusivamente militar. No estaba de ningún modo fijo sobre si se llegaría a una guerra sangrienta; pero aun en este caso contaba con el aniquilamiento por sorpresa de sus adversarios, a los que estaba capacitado de dictar su voluntad en el mismo período álgido de las operaciones.

Las vistas de Hitler sobre lo que hoy se llama "la guerra psicológica" las conocían los iniciados. Al fin y al cabo era la aplicación en otra esfera del sistema que le diera buen resultado para la conquista del poder. Ese método, que consistía en vencer al enemigo por la intoxicación moral y la parálisis, era la invención más personal de Hitler. Podía pretender con derecho que esa innovación táctica se apoyaba en una inmensa experiencia psicológica y un trabajo de adaptación de increible minucia. Remachaba siempre la excelencia de su método y hacía propagar sus principios por sus gauleiters hasta en los menores rincones del Reich.

—"Haced cuanto os plazca", me dijo Hitler al despedirme. "Mas no volváis a hablarme de desvalorización ni de inflación. Por lo demás, la masa no hace ningún distingo entre una cosa y otra."

XXXVI

MAGIA NEGRA Y MAGIA BLANCA

Un día que el Führer estaba de humor risueño, una mujer de sus relaciones, que no carecía de ingenio, se atrevió a hacerle una advertencia: "Mi Führer, dijo, no escojáis la magia negra. Tenéis, hoy todavía, la libre elección entre la magia blanca y la magia negra. Pero desde el momento en que os decidáis por la magia negra, ella ya no saldrá más de vuestro destino. No escojáis la torcida senda del éxito rápido y fácil. Tenéis aún, abierta ante vuestros pasos, la que conduce al imperio de los espíritus puros. No os dejéis desviar de ese buen camino por criaturas adheridas al barro, que os sustraen vuestra fuerza creadora."

Tal lenguaje místico no disgustaba a Hitler, cuando menos en ciertos momentos. Sus familiares lo sabían; usaban de ese arropamiento para endilgarle ciertas medicinas. Esa mujer inteligente expresaba, a su modo, las aprensiones que preocupaban a toda persona en contacto con Hitler: cada cual se daba cuenta que se abandonaba a influencias maléficas de las que no era ya dueño. En el momento en que él se creía aún el árbitro de su propio destino, ya estaba en la red de una especie de sortilegio satánico de la que no podía desprenderse. En lugar del hombre que, elevándose de una etapa a otra, se purificaba gradualmente de los malos recuerdos de una juventud dudosa, que se libraba de su ganga esforzándose por mejorarse, se veía en el rango supremo una suerte de poseso, de maníaco, cada día más absorto en su idea fija, más completamente esclavo e impotente, presa de fuerzas que se habían apoderado de él y que no lo soltarían ya más. ¿Podía Hitler haber tomado otro rumbo distinto? Muchos de entre nosotros, que lo conocíamos bien, nos obstinábamos a pensarlo. Muchos esperaban todavía un cambio sin caer en la cuenta de que ya era demasiado tarde. El obstáculo que bloqueaba su ruta, no eran solamente los hombres con los cuales se había formado y que se prendían de él como el peso de un pasado turbio. Hitler, al no rechazarlos en las bienhechoras ti-

nieblas de las cuales habían surgido, sin duda alguna había cometido una falta que gravitó sobre su ulterior destino. Las buenas voluntades menudeaban en el partido. ¿Cuántas fuerzas no se habrían puesto a la disposición de Hitler de haberse él desembarazado de todos esos gangsters que montaban la guardia en torno suyo? Pero no era sólo cosa de allegados. La causa profunda de su carrera al abismo, era lo endeble de su voluntad. Es holgada ilusión el creer que Hitler es un gran voluntarioso. En el fondo de su ser, es flojo y apático. Necesita de excitaciones nerviosas para salir de su letargo crónico y hacerse capaz de acciones bruscas y violentas. Escogió deliberadamente la pendiente fácil, dejóse deslizar, entregóse a las fuerzas que lo arrastraban hacia su caída.

Algunas de sus palabras muestran que él tenía empero una idea asaz exacta de la misión útil que pudo cumplir. Mas esas veleidades no eran sino una suerte de evasión hacia un mundo irreal donde buscaba las razones de realzarse en su propia estimación.

Hitler no quería ser un dictador. Mas tampoco era un palo flotante en el agua, sabía marchar siempre con los gruesos batallones. Él mismo repitió cien veces que se debía escoger como adversario al más débil y como aliado, al más fuerte. Por vulgar que fuese esa máxima, él creía que encerraba la substancia de toda acción política. Hay una cosa que Hitler nunca ha hecho: ponerse en oposición con sus gauleiters, con esos hombres de los cuales cada uno separadamente estaba a su merced, pero que reunidos lo tenían a él cautivo. Supo maniobrar en toda ocasión para tener, en caso de conflicto, la mayoría de su lado. El secreto de su dominación era el de presentir cómo se pronunciaría la mayoría de sus gauleiters y de optar anticipadamente por el parecer del mayor número, antes de que nadie tomase la palabra. De manera que él tenía siempre razón y la oposición no la tenía nunca. Sus gauleiters velaban celosamente sobre las prerrogativas de que gozaban. Formaban un círculo en extremo cerrado y se defendían con brutal unanimidad contra toda tentativa de limitar su omnipotencia. Hitler dependía de ellos. Y no solamente de ellos.

Hitler no era un dictador. Se dejaba empujar por fuerzas exteriores, incluso a menudo contra su propia convicción. Es la suma de esas fuerzas la que lo impulsaba hacia adelante. Y es así como su política se ha desarrollado en un sentido muy diferente a sus concepciones primitivas. Él sumaba esas fuerzas y hacía de esa suma el numerador de un quebrado del cual era él mismo el denominador. Sin duda, conservaba su cabeza, pero perdía su libertad de decisión.

Mis relaciones personales con el partido se habían vuelto imposibles. Después de mi regreso de Ginebra, el partido emitió la pretensión de suprimir la constitución de Danzig, de abrir la lucha para librarse de la tutela de Ginebra y de practicar una política extremista en relación con Polonia. Como introducción a esa lucha, se me pidió de hacer encarcelar a un cierto número de sacerdotes católicos, de disolver el partido socialista y de tomar medidas de rigor contra la población judía. Yo me negué. Por mi parte, exigía una desvalorización inmediata del gulden y la ampliación del gobierno, en forma de hacer frente a las repercusiones de la desacertada política financiera. Pedí el arbitraje de Hitler.

Hitler estaba en aquel entonces encerrado en su chalet de Oberzalzberg y era imposible hablarle. Me quedé pues en Berlín para esperarlo. Había yo esbozado en un memorial las grandes líneas de la sola política posible para Danzig. Ya que me veía privado del apoyo del partido, intenté hacer llegar mi memorial a Hitler por intermedio de von Neurath, rogándole me concediera una audiencia. Neurath estaba cazando gamos. El asunto no le interesaba. Proteger a un hombre "comprometido", lo único que podía hacer, era atraerle molestias. Entonces traté de interesar a mi causa al secretario de Estado von Bülow. Me hizo toda suerte de hermosas promesas. Mas yo sabía que mi política tenía alguna probabilidad de éxito siempre que me abocara con Hitler antes de que lo hiciera el gauleiter de Danzig.

No sé si mi memorial ha llegado nunca a manos de Hitler. En caso afirmativo, no lo ha leído ciertamente. Hitler no leía ningún informe ni ningún documento. Lammers habría podido hablarle de él. Pero Forster, el gauleiter de Danzig, se me había adelantado. Halló acceso en Obersalzberg.

Hitler capituló ante su gauleiter. No me dejó a mí mismo defender mi proyecto. El camino de aquí en adelante estaba trazado: tomé mi retiro.

Hitler me había dado frecuentes pruebas de su buena disposición hacia mí. En el curso de nuestras conversaciones, me había dicho una porción de cosas que tenía ocultadas a muchos de sus gauleiters. Pero no podía zafarse de los ligámenes que lo ataban a sus primeros compañeros de lucha. Se había vuelto a entregar en sus manos. No le era posible dar la razón a alguien contra sus gauleiters. En Berlín, todavía no reconocían esta situación. Por mucho tiempo aún, se hicieron en la capital las mismas ilusiones que yo me hiciera en Danzig; se imaginaban siempre que sería posible separar a Hitler de su camarilla y abrirle así la vía de una política más sana y más estable. La opinión de las esferas responsables, en Berlín, era que se cum-

plía un deber patriótico al dar prueba de perseverancia y "ocupando la posición". Todo eso fué tiempo perdido. Uno tras otro, esos patriotas perdieron la influencia que creían tener y capitularon ante la camarilla de gangsters que rodeaba a Hitler. Hoy no son más que "técnicos" despreciados, cuya opinión no monta para nada.

Tomé pensión en esa época —es decir en el otoño de 1934—, esperando la decisión de Hitler, en un "hospicio" cristiano de Berlín, por cuanto el hotel donde yo bajaba habitualmente estaba demasiado vigilado para mi gusto. Me enteré que se planeó transportarme a un sanatorio sospechoso de los alrededores de Berlín. Pretendían que yo estaba enfermo. Yo sabía lo que me esperaba en esa "casa de salud"; no habría vuelto a salir de ella jamás. Había intentado cuanto era humanamente posible. Había hecho saber a algunas de las personas más influyentes de Danzig, en particular a los representantes de los grandes intereses económicos, del peligro que los amenazaba, y les había pedido me ayudaran redactando una petición colectiva en la que reunirían, tocante al despilfarro del partido, la documentación y las quejas que ellos mismos me repitieron tantas veces. Para quitarle a la lucha que yo llevaba en favor de una política razonable todo carácter odioso, era indispensable que asumiera una forma más amplia que la de una rivalidad de personas en el círculo dirigente. Pero en la Ciudad libre de Danzig, no quedaba rastro del espíritu hanseático ni de la altiva independencia de los siglos pasados. Cada uno de los hombres que yo presintiera se negó a comprometer su miserable pequeña existencia. Cada cual tuvo miedo de apostar al mal caballo. Esa falta de carácter de la burguesía alemana debía sellar la suerte de Alemania. Hitler acaso no haya pronunciado más que un solo veredicto conforme al sentido de la historia: la disolución de la burguesía alemana, que nunca rebalsó las clases primarias de la educación política del sentimiento y nunca supo adquirir conciencia de su propio valer.

Me vino un apoyo por otro lado. Todos los adversarios posibles de mi sucesor eventual vinieron a verme y me ofrecieron su concurso. Buscaban allí una ocasión de ponerse en primer plano. Me aconsejaron, en lugar de partir en guerra contra el hombre de confianza de Hitler, de caer sobre otros adversarios, en forma de yo rehacer mi crédito político. Era una táctica típicamente nacionalsocialista. Esas gentes no veían las cosas más que bajo el aspecto de una lucha para conservar posiciones o para eliminar a rivales. En otra esfera aun, se me habría visto sin disgusto desembarazar a Danzig de la dominación del partido: quiero hablar de la Reichswehr. Un general muy conocido

me alentó a "disipar la pesadilla" y a dar un ejemplo que quizá seguiría Alemania. Me sugirió que yo podía expulsar al gauleiter como extranjero indeseable, hacer encarcelar a los chillones del partido, constituir un nuevo gobierno provisorio, establecido sobre bases ampliadas y armar a los sindicatos, de los cuales podría hacer una especie de milicia que me aseguraría el apoyo del mundo obrero. Era ese un albur factible de correr, pero habrían hecho falta apoyos más amplios. No podía tampoco defender a la vez la constitución y hacer un golpe de Estado. De todos modos, ya sabía que al cabo de algunas semanas habría de hacer frente a la catástrofe financiera, por cuanto no era posible mantener nuestra divisa sin el apoyo del Reich. En esa época, el nacionalsocialismo no podía ser expulsado de Danzig más que por las vías legales. La cosa habría podido suceder seis meses más tarde. Pese a los actos de terrorismo del partido, las nuevas elecciones dieron apenas un poco más de la mitad de los votos al nacionalsocialismo. La S. D. N. habría podido anular las elecciones por haber mediado maniobras ilegales, y ordenar un nuevo escrutinio. El resultado habría sido una victoria aplastante de la oposición. Pero se desaprovechó la ocasión.

En el fondo. todos esos proyectos no eran más que sueños. La fatalidad alemana debía seguir su curso, fácil por cierto de prever, cuando se conocían los datos del problema, y sobre todo los factores personales. Hitler evitó el tomar una decisión. Von Neurath me explicó que el Führer "no tenía poder en Danzig", Estado independiente en los asuntos del cual le era vedado intervenir. Es con esa pobre derrota que Hitler se libró de la molesta responsabilidad de una decisión.

Enfermo, presa de la fiebre, quedé encerrado en mi "hospicio" de Berlín, completamente aislado, esperando a cada instante ser suprimido por los esbirros de Himmler. El lóbrego porvenir de Alemania, del cual éramos todos más o menos responsables, pesaba sobre mí en forma insoportable. En mi desesperación, recurrí al Evangelio, que se halla sobre todas las mesas de noche de los hospitales alemanes. Lo ojeé y mi primera mirada cayó sobre esta palabra consoladora: "No perdurarán, pues su locura se torna evidente para todo el mundo."

XXXVII

EL APOCALIPSIS DEL NUEVO MESÍAS

Magia negra o blanca: ¿qué significan esos refugios que busca Hitler, esa huída periódica de las realidades? Hitler es el tipo del desarraigado primario, que sufre de todas las lagunas de una educación superficial, que juzga y condena prematuramente y sin la menor parcela de ese respeto que sienten ante las cosas obscuras las almas de mejor calidad. Pertenece a esa categoría de alemanes mediocres, huérfanos de toda tradición, que se echan sobre la primer quimera que ocurre pasar y se aferran a ella por temor al vacío. En el fondo, todo alemán tiene un pie en la Atlántida donde busca una patria mejor y un patrimonio más rico. Esa doble naturaleza de los alemanes, esa facultad de desdoblarse que les permite a la vez vivir en el mundo real y proyectarse en un mundo imaginario, se revela muy especialmente en Hitler y da la clave de su socialismo mágico. Todos los ambiciosos mediocres, todos aquellos cuyas aspiraciones no hallaron satisfacción, y que no ha mucho se hacían nudistas, vegetarianos, edénicos, enemigos de la vacuna, anticlericales fanáticos, biósofos, esos reformadores de todo pelo que erigían sus manías en sistemas o fundaban religiones de bazar, todos esos descastados rebalsan ahora la barquilla del gigantesco globo nazi, para intentar subir más alto que lo que pudieron hacer en sus conventículos. Es el romanticismo esmirriado, la vanidad reprimida, el fanatismo lleno de odio de esos pequeños sectarios el que da pábulo al gran fanatismo colectivo del partido nazi y lo mantiene con vida cual promesa de desfogue. Para todos los fracasados y los desheredados de los países alemanes, el nacionalsocialismo es una suerte de conjuración mágica. El mismo Hitler no es más que el primero de entre ellos, el gran sacerdote o el papa de la nueva religión secreta. Alentado por esa adulación y rodeado de ese culto imbécil, no está lejos de creer, a ciertas horas, que está, en efecto, dotado de poderes sobrehumanos. Mas desde que baja de la tribuna o regresa de sus trajines solitarios por las montañas, recae en la postración

y el letargo, incapaz de todo arresto y de toda decisión. Entonces es cuando le hacen falta interlocutores y auditores que le exciten a hablar y a probarse a sí mismo que no ha llegado aun al cabo de sus fuerzas.

He sido a menudo, como tantos otros, el auditor del que Hitler se apoderaba para convencerse a sí mismo. Así es como me reveló, por fragmentos, su "filosofía", sus vistas generales sobre la moral, el destino humano y el sentido de la historia. Eran resabios de Nietzsche mal digerido y más o menos amalgamados con las ideas vulgarizadas de cierta tendencia "pragmatista" de la filosofía contemporánea. Hitler me exponía todo aquello con ademanes de profeta y de genio creador. Parecía convencido de expresar ideas que le eran personales. No conocía el origen de ellas, pensando no deberlas más que a sus meditaciones solitarias en las montañas. He aquí algunas de esas revelaciones que he anotado como aforismos desprendiéndolas de su contexto:

"Estamos al final del siglo de la razón, la soberanía del espíritu es una degradación patológica de la vida normal.

"Hubo los tiempos antiguos. Hay nuestro movimiento. Entre ambos, la edad media de la humanidad, el medioevo, que duró hasta nosotros y que vamos a clausurar.

"Las Tablas de la Ley del Sinaí perdieron todo su valor.

"La conciencia es una invención judáica; es como la circuncisión, una mutilación del hombre.

"No hay verdad, ni en el sentido moral, ni en el sentido científico.

"La idea de una ciencia libre, independiente de la utilidad, no puede surgir más que en la época del liberalismo. Esa idea es absurda.

"La ciencia es un fenómeno social, y como todos los fenómenos sociales, no tiene otros límites legítimos que el provecho o el daño que trae a la comunidad.

"Con el estribillo de la ciencia objetiva, la corporación de los profesores quizo simplemente librarse de la vigilancia necesaria de los poderes públicos.

"Lo que llaman la crisis de la ciencia, no es otra cosa que la mala conciencia de los sabios. Asunto previo a toda actividad científica es el saber quien quiere saber. No existe pues jamás otra cosa que la ciencia de un grupo humano definido en una época definida. Es muy cierto que existe una ciencia nórdica y una ciencia nacionalsocialista, que deben hallarse en oposición a la ciencia judeo-liberal, la cual no llena ya su papel y se destruye a sí misma.

"No nos acercamos al misterio del mundo más que en la

exaltación de los sentimientos y en la acción. No amo a Goethe; mas estoy dispuesto a perdonarle mucho a causa de esa única frase: "En el principio era la acción." Sólo el hombre que actúa puede aprehender él sentido del mundo. El hombre emplea mal su razón. Ella no es la fuente de no sé qué dignidad o superioridad individual, sino simplemente un arma en la lucha por la vida. El hombre está hecho para la acción. Contemplar el universo, especular sobre el pasado, como hacen todos los intelectuales, es borrarse a sí mismo del registro de los vivos y contarse entre los muertos.

"Todo acto tiene un sentido, incluso el crimen.

"Toda pasividad, toda persistencia es contraria al sentido de la vida. De ahí que fluye el derecho divino de anonadar todo lo que dura.

"La palabra misma "crimen" es una supervivencia de un mundo pasado. No distingo más que actividad positiva y actividad negativa. No importa cual crimen, en el viejo sentido de la palabra, es aun un acto de mayor valor que la inmovilidad burguesa. Un acto puede ser negativo desde el punto de vista del interés común. Entonces hay que impedirlo. Con todo, es un acto.

"Desconfiemos del espíritu, de la conciencia, y fiémonos de nuestros instintos. Volvamos a la infancia, remozemos nuestro candor.

"Se nos arroja el anatema como enemigos del espíritu. Pues bien, sí, es cierto que lo somos. Pero en un sentido mucho más profundo que la ciencia burguesa, en su orgullo imbécil, lo ha soñado jamás.

"Doy gracias a mi destino por haberme ahorrado las orejeras de una educación científica. He podido mantenerme libre de numerosos prejuicios simplistas. Lo cual me ha resultado bien. Júzgolo todo con una imparcialidad monumental y un alma de hielo.

"La providencia me ha designado para ser el gran libertador de la humanidad. Liberto al hombre de la sujeción de una razón que querría ser su propia finalidad: lo liberto de una vil quimera que llaman conciencia o moral, y de exigencias de una libertad individual que muy pocos hombres son capaces de sobrellevar.

"A la doctrina cristiana de la primacía de la conciencia individual y de la responsabilidad personal, opongo la doctrina libertadora de la nulidad del individuo y de su supervivencia en la inmortalidad visible de la nación. Suprimo el dogma de la redención de los hombres por el sufrimiento y por la muerte de un Salvador divino y propongo un dogma nuevo de la substitución de los méritos: la redención de los individuos por la vida y la acción del nuevo legislador - Führer, que viene a aliviar las masas del fardo de la libertad."

Tales frases, pronunciadas con la autoridad del Führer y en el cuadro de su vida cotidiana, hacían al interlocutor la impresión de revelaciones profundas. Hitler estaba, por lo demás, aún más convencido de su propia originalidad. Sentía cual injuria y atentado a su grandeza el mentar a doctrinas anteriores que le hubieran facilitado el camino. Ignoraba, como todos los autodidactas, que ciertas ideas están "en el aire" y frecuentan muchos cerebros en una misma época. Lo que hay de cierto, fuera de esa especie de envidia que experimentaba acerca de toda competencia intelectual, es que nadie podía rivalizar con él para sacar de doctrinas vulgarizadas consecuencias radicales y revolucionarias. Por otra parte, no hacía más que esbozar su "revolución"; se reservaba para sí mismo las últimas perspectivas, se complacía en mantener un temor universal al Superhombre que él creía ser. Mas la impresión que se llevaba el auditor después de esas semi confidencias, es que Hitler se acercaba peligrosamente al límite que Nietzsche había él mismo traspuesto cuando se anunciara como un nuevo Dionisio y la encarnación del Anticristo.

XXXVIII

DIVAGACIONES WAGNERIANAS O PARSIFAL EN EL PODER

Hitler se negaba a admitir que tuviese precursores. Sólo hacía excepción para Ricardo Wágner.

Me preguntó un día si yo había estado en Bayreuth. Le dije que, en mi juventud, había amado apasionadamente a la música, que había estado numerosas veces en Bayreuth y que, por lo demás, había hecho serios estudios musicales en Munich. Era yo alumno de Thuille.

Hitler me respondió que se refería a otra cosa. También él conocía a Thuille y a los neorrománticos. Su música era decente, sin más. Pero ninguno de esos epígonos sabía qué cosa era Wágner en realidad. Hitler no se refería únicamente a su genio musical, sino a toda la doctrina wagneriana de la cultura germánica, doctrina revolucionaria hasta en su menor detalle. ¿Sabía yo acaso, por ejemplo, que Wágner había atribuído en gran parte la decadencia de nuestra cultura a la alimentación cárnea? Si él, Hitler, se abstenía personalmente de comer carne, lo motivaba, desde luego, en más amplias razones, pero en primer lugar era a causa de las objeciones de Wágner, que él consideraba como absolutamente fundadas. Una buena parte de la decadencia alemana provenía de los vientres abultados, del estreñimiento crónico, de la intoxicación de los humores, de la embriaguez. Él se abstenía de carne, de alcohol y del inmundo tabaco, no sólo por razones higiénicas, sino también por convicción razonada. Desgraciadamente, el mundo no estaba en sazón para una purificación general. Wágner había tenido la revelación, había sido el anunciador del destino trágico del hombre alemán. No era solamente un músico y un poeta. Era, sobre todo, la más grande figura de profeta que el pueblo alemán haya poseído jamás. Él, Hitler, cayó tempranamente, ya sea en forma casual o por predestinación, sobre las doctrinas de Wágner. Con una exaltación casi morbosa, comprobó que todo cuanto leyera en la obra de ese gran espíritu, correspondía a ideas intuitivas que dormitaban, por así decirlo, en lo más profundo de su propia conciencia.

—"El problema es el siguiente: ¿cómo poner coto a la decadencia racial? ¿Hace falta atenerse simplemente a las ideas de Gobineau? De ellas hemos sacado las consecuencias políticas: nunca más igualdad, nunca más democracia. Mas, ¿es que debemos dejar a la masa del pueblo seguir su inclinación, o hace falta detenerla? ¿Acaso sea menester crear una élite de verdaderos iniciados? ¿Una orden? ¿Una hermandad o cofradía de Templarios para la custodia del Santo Grall, del agusto receptáculo donde se conserva la sangre pura?"

Hitler reflexionó un instante: "Por otra parte, preciso es comprender a Parsifal en un sentido bien distinto a la interpretación corriente, por ejemplo, a la que da ese pobre diablo de Wolzogen. Tras la afabulación exterior, el baratillo de sacristía, la fantasmagoría pseudo cristiana del Viernes Santo, se trasluce algo más profundo y grande. No es la religión de la piedad la que en él se halla glorificada, según el evangelio neocristiano de Schopenhauer; es el culto de la sangre noble y preciosa, de la pura y radiante joya a cuyo alrededor se agrupó la cofradía de los paladines y de los sabios. El rey Amfortas sufre de un mal incurable: la corrupción de la sangre. Parsifal, el héroe ignorante y puro, debe escoger entre las voluptuosidades del jardín de Klingsor, que simboliza el desenfreno de la civilización corrompida, y el austero servicio de los caballeros que velan sobre la sangre pura, fuente mística de toda vida. Ese es precisamente nuestro drama. Estamos enfermos de esa peste de la sangre; estamos todos manchados con la contaminación de las razas. ¿Cuál es, para nosotros, la vía de nuestro rescate, de nuestra expiación? Advertid que la piedad por la cual se llega a la iniciación, no tiene más virtud que para el que está corrompido, que está mancillado por la corrupción de la sangre. Y no olvidar tampoco que esa piedad no conoce más que un solo tratamiento: dejar morir al enfermo. La vida eterna que procura el Graal está reservada tan sólo a los hombres de sangre pura, tan sólo a los hombres nobles. Conozco a fondo todos los pensamientos de Wágner. En las diversas etapas de mi vida, vuelvo siempre a él. Sólo una nueva aristocracia puede procurarnos el beneficio de una nueva cultura. Dejemos de lado toda la exornación poética del drama wagneriano: queda la enseñanza práctica de la obstinada lucha por la selección y la renovación. Vivimos en la época histórica de la separación de los villanos y de los nobles, del cerner universal. Quien ve en la lucha el sentido mismo de la vida, asciende progresivamente los grados que lo conducen a la hidalguía. Quien busca el bienestar en el servilismo, el descanso y la seguridad, ése recae, cualquiera sea su nacimiento, en la masa que no tiene historia, en la masa delez-

como Amfortas." Hitler tarareó el *leit-motiv* de Parsifal: "Edunable de los esclavos que hay que dejar morir con sus reyes, cado por la piedad, ignorante y puro..."

—"En el orden natural de las cosas, prosiguió Hitler, las clases se superponen pero no se mezclan. Volveremos a esa jerarquía, en cuanto podamos suprimir las consecuencias del liberalismo. Es en plena Edad Media cuando comenzó la acción disolvente del liberalismo sobre las barreras rígidas que, solas, permitían la dominación de una aristocracia de sangre pura. Esa destrucción de los más altos valores prosiguió sin descanso hasta nuestra gloriosa época, en que hemos visto los elementos inferiores de las naciones europeas tomar el poder, mientras las élites caían en la servidumbre y la dependencia."

—"¿Queréis, pues, dije, resucitar el feudalismo?"

Hitler meneó la cabeza. "Renunciad una buena vez a esas comparaciones ridículas. Supongo que no vais a medir nuestra revolución con la escala de los siglos muertos y de las instituciones anacrónicas. Hay que tener bastante imaginación para representarse la grandeza de las cosas que llegan. Lo que hay que retener de cuanto os he dicho, es que basta devolver a la sangre noble el lugar que le corresponde para que los pueblos de raza recuperen también su lugar por encima de los otros. Halláis de ello la prueba en el éxito de nuestro movimiento y la restauración de nuestro prestigio."

Le había oído decir, me parecía, que la época del nacionalismo político había pasado. ¿Lo había entendido bien?

—"La idea de nación ha sido vaciada de toda substancia. Debí utilizarla al principio, por razones de oportunismo histórico. Mas, ya en ese momento, yo sabía perfectamente que no podía tener más que un valor transitorio. Dejad la Nación a los demócratas y a los liberales. Es una noción que deberemos dejar caer. Le substituiremos por un principio más nuevo, el de la raza. No son los pueblos delimitados por la historia los que servirán de materiales para la construcción del orden futuro. Sería empresa futil la de querer reformar y corregir las fronteras o las poblaciones. Ya no se tratará de competencia de naciones, sino de lucha de razas: tal es la noción que debemos inferir."

A mis objeciones sobre la dificultad que acarreaba para Alemania esa concepción difundida en las ideas corrientes, Hitler replicó: "Naturalmente, yo sé tan bien como vuestros intelectuales, vuestras lumbreras, que no hay razas, en el sentido científico de la palabra. Mas vos, que sois agricultor y ganadero, estáis bien obligado de ateneros a la noción de la raza, sin la cual toda cría sería imposible. Pues bien; yo, que soy un hombre político, también necesito una noción que me permita disolver

el orden establecido en el mundo y oponer a la historia la destrucción de la historia. ¿Comprendéis lo que quiero decir? Tengo que liberar el mundo de su pasado histórico. Las naciones son los materiales visibles de nuestra historia. Tengo, pues, que amasar a esas naciones, volverlas a moldear en un orden superior, si quiero poner término al caos de un pasado histórico que se ha tornado absurdo. Para cumplir esa tarea, la noción de raza es de inmensa utilidad. Subvierte las viejas ideas y abre nuevas posibilidades de combinaciones. Partiendo del principio de la nación, Francia condujo su gran revolución allende sus fronteras. Con la noción de la raza, el nacionalsocialismo conducirá su revolución hasta el establecimiento de un orden nuevo en el mundo.

"Así como antes la idea de nación tenía algo de revolucionario, en relación con los Estados feudales puramente dinásticos e históricos, y así como introdujo el principio biológico del "pueblo", así también nuestra revolución es una etapa nueva, o, mejor dicho, la etapa definitiva de una evolución que conduce a la supresión del historismo y al reconocimiento de los valores puramente biológicos. Así es como yo propagaré en toda Europa y en el mundo entero, el nuevo método de cría y selección que prepara en Alemania el nacionalsocialismo. El mismo proceso de destrucción y de transformación se desenvolverá en todas las naciones, por viejas y homogéneas que sean. La élite activa de las naciones, es decir, la élite combativa, el elemento nórdico, reasumirá la supremacía y proveerá de amos a todos esos tenderos, esos pacifistas, esos puritanos y esos hombres de negocio que acaparan hoy el poder. No habrá más Dios de los Judíos para proteger las democracias contra nuestra Revolución, que será el exacto "pendant" de la gran Revolución francesa Atravesaremos tiempos difíciles. Yo mismo haré surgir los obstáculos. Sólo sobrevivirá la raza más viril y empedernida. Y el mundo tendrá otra cara. Día llegará en que podremos entrar en alianza con los nuevos amos de Inglaterra, de Francia y de América. Mas deberán primero integrarse en nuestro sistema, para colaborar voluntariamente con nosotros en la transformación del mundo. En ese momento no quedará ya gran cosa, incluso en nuestra tierra alemana, de lo que todavía llaman nacionalismo. Lo que habrá es un acuerdo entre los hombres fuertes, de habla distinta, pero todos oriundos de un mismo tronco, todos miembros de la cofradía universal de los amos y señores."

XXXIX

ESCUCHA, ISRAEL

Hay que partir de esa doctrina de la sangre, pura o impura, para comprender el antisemitismo de Hitler. El judío es un principio, el principio de la impureza y del mal. Entre la opinión de Hitler, la de Julius Streicher, el Pornógrafo, y la de un simple miembro de las S. S. o de las S. A. existen, desde luego, muchos puntos comunes, pero, sobre todo, otras tantas divergencias. Para la mayoría de la pandilla dirigente, toda la doctrina racial no es otra cosa que una "quimera de Adolfo". Ve en la eliminación de los judíos una ocasión de hacerse la mano para la gran barrida revolucionaria. Esos *gangsters* pueden tratar a los judíos como habrían tratado de buena gana a toda la burguesía. Cabe también decir que las persecuciones antisemitas son, por una buena parte, el derivativo de apetitos revolucionarios sobre un objetivo comparativamente inofensivo. Para Streicher, y para los que piensan como él, el antisemitismo no es solamente un asunto comercial de primer orden; es también la satisfacción de sus sueños sádicos. No es posible hablar verdaderamente de un antisemitismo profundamente anclado en la masa del pueblo alemán. Hay tan sólo prejuicios y resentimientos superficiales. Según mi experiencia, la mayoría de los camaradas del partido jamás tomó en serio las palabras de orden antisemitas del nacionalsocialismo. De todas maneras, nadie había jamás esperado que pudiera producirse la vergüenza de los *pogroms*. El 1º de abril de 1933, cuando las primeras persecuciones metódicas contra los judíos comenzaron en Alemania, me encontraba yo en Danzig, donde nada semejante se había producido. Algunos de mis viejos camaradas del partido telefonearon a mi casa para decirme que si tales atrocidades se renovaban o incluso se las introducía en Danzig, estaban decididos a salir del partido. No era bajo ese aspecto que ellos se habían representado la renovación de Alemania.

La reacción del pueblo alemán frente a los *pogroms* del otoño de 1938 muestra hasta dónde, en cinco años, Hitler ha

conducido al partido, y hasta qué punto lo ha envilecido. "¿Qué puede importarnos eso? Desviad la vista si ello os causa horror. ¡Es el destino de los judíos y no el nuestro!" Tal era la actitud de los transeúntes cuando seres humanos apenas vestidos, ancianos, enfermos, mujeres, fueron perseguidos en las calles. El endurecimiento del corazón y de la sensibilidad, el miedo que inspiraban los amos todopoderosos habían acallado los sentimientos naturales de indignación ante tal envilecimiento del hombre. Mas no por ello se había hecho más popular el antisemitismo.

Hitler, por el contrario, ha creído siempre en el carácter maléfico del pueblo errante. A sus ojos, el judío es simplemente el Mal. Ha hecho de él el dueño soterrado del mundo que él quiere destruir. Lo ve como se ve un mito; agranda al enemigo para agrandarse a sí mismo. Detrás de esa actitud es factible descubrir un sentimiento primitivo de odio personal y de venganza que estalla a los ojos de cada cual.

Pero, ya sea que se busque una explicación en la vida personal de Hitler, o que uno se niegue incluso a considerarlo como un ario, en el sentido de las leyes raciales de Nuremberg, la obstinación furiosa de su antisemitismo no se torna inteligible más que por la transfiguración mítica del judío en un prototipo del Mal. Al fin y al cabo, ese concepto de Hitler es coherente en cierta medida. Su doctrina esotérica le hace una obligación de profesar acerca del judío un odio metafísico. Israel, el pueblo elegido por el Dios de los espíritus, debía fatalmente ser representado como el enemigo mortal del nuevo pueblo elegido alemán, del pueblo arrodillado ante la naturaleza divinizada, ante el nuevo Baal, el Toro de la Fecundidad. Un dios echó al otro. Tras el antisemitismo de Hitler se desenvuelve verdaderamente una guerra de dioses. Se sobrentiende que es el único que ve así las cosas. Los hombres del partido no tuvieron la menor idea de las perspectivas fantásticas que abrían con sus sevicias al espíritu torturado de su amo.

Por otra parte, el judío emancipado de su ley, ¿no era siempre y en todas partes el adalid del espíritu individualista, el enemigo mortal del siglo anunciado? ¿No era el profeta de la razón aborrecida, el gran sacerdote de esa ciencia soberana que, según Hitler, destruyó la vida en lugar de crearla? ¿Podía, acaso, olvidar que todo lo que más detestaba, el cristianismo, la creencia en el Redentor, la moral, la conciencia, la noción del pecado, procedían en línea recta del judaismo? En la vida política, ¿no estaba siempre el judío del lado de la acción disolvente y crítica? A Hitler no le faltaban razones para justificar su odio, el cual hacía de él un poseso, al punto que jamás pudo terminar una

conversación sin denostar por lo menos una vez contra los judíos. Un día me expuso el fondo de su pensamiento.

El antisemitismo era ante todo, según él, un excelente argumento revolucionario. Lo había esgrimido con tanta frecuencia como éxito y no dejaría de esgrimirlo en cuanta ocasión se le presentara. Veía en él, además, una amenaza eficaz enderezada hacia los pequeñoburgueses alemanes demasiado propensos a adormecerse en su seguridad; al tiempo que constituía un medio de presión sobre las estúpidas democracias. "Mis judíos son los mejores rehenes de que dispongo. La propaganda antisemita es, en todos los países, un arma indispensable para llevar a todos los ámbitos nuestra ofensiva política. Se echará de ver con qué rapidez derribaremos las nociones y las escalas de valores del mundo entero, únicamente por nuestra sola lucha contra el judaísmo. Por lo demás, los judíos son nuestros mejores auxiliares. Pese a lo expuesto de su situación, se mezclan en todas partes, cuando son pobres, en las filas de los enemigos del orden y de los agitadores, y aparecen, al mismo tiempo, como los detentadores patentes y envidiados de formidables capitales. Es, pues, fácil el justificar la lucha contra los judíos en todos los países, por medio de ejemplos populares al alcance de todos. Desde el instante en que se hizo penetrar en las molleras el principio racista y se denunciaron las fechorías de los judíos, todo lo demás se deduce muy rápidamente. Paso a paso se llega, entonces, a prohijar la demolición del viejo orden político y económico, y a acercarse a las nuevas ideas de la política biológica."

El antisemitismo era, pues, prosiguió Hitler, la pieza maestra de su arsenal, un medio de propaganda y de combate de irresistible efecto. Es por ello que dejó las manos libres a Streicher. Ese Streicher hacía, por lo demás, su campaña de modo muy divertido y muy hábil. ¿Adónde iba a buscar todas sus ideas? Hitler esperaba con impaciencia, todas las semanas, el número de *Stürmer*. Era, decía, el único diario que se tomaba el trabajo de leer desde el primero al último renglón. Mas todo eso no era, por otra parte, más que un preparativo. No era más que el comienzo de una lucha despiadada entre Alemania y los judíos, pues es solamente entre esas dos fuerzas que se desarrolla el combate por la supremacia mundial. Lo demás no era sino espejismo y nadería. Israel se esconde detrás de Inglaterra, detrás de Francia y detrás de Estados Unidos. Incluso cuando hayamos expulsado al judío de Alemania, siempre quedará siendo nuestro enemigo mundial."

Le pregunté si había que deducir de sus palabras que la raza judía debía ser totalmente aniquilada.

—"No, respondió Hitler; al contrario, si el judío no existiera, habría que inventarlo. Necesitamos un enemigo visible y no tan sólo un enemigo invisible." La Iglesia católica no se contentaba, tampoco ella, de tenerlo al diablo. También ella necesitaba heréticos visibles para conservar su energía combativa. "El judío finca siempre en nosotros. Pero es más fácil combatirlo bajo su forma corporal que bajo la forma de un demonio invisible. El judío era el enemigo del Imperio romano, incluso lo era ya de Egipto y de Babilonia. Mas yo soy el primero en entablarle una guerra a muerte.

"Por lo demás, los judíos me prestaron en mi lucha un concurso útil. Al comienzo de nuestro movimiento, cierto número de judíos me sostuvo financieramente. No tenía más que levantar el dedo meñique, y acudían presurosos todos ellos. Reconocían ya de qué lado estaba la fuerza y el éxito. Recordad que es el judío quien ha inventado esa economía del movimiento perpetuo de los capitales y de su acumulación que llamamos Capitalismo, creación genial de un mecanismo a la vez tan refinado y tan perfectamente sencillo y automático. Desengañémonos, es un hallazgo genial, diabólicamente genial.

"La economía moderna es una creación de los judíos. Está entera y exclusivamente dominada por ellos. Es su imperio universal, extendido por ellos sobre todos los reinos y todos los reyes del mundo. Mas, ahora, nos encuentran frente a ellos con nuestro concepto de la revolución eterna; somos los rivales intolerables que deben destruir, so pena de ser destruídos. ¿No habéis advertido que el judío es en toda cosa lo contrario del alemán y que, no obstante, le está emparentado al punto de tomárselos por hermanos? Cuando leí, últimamente, los "Protocolos de los Sabios de Sión", me quedé trastornado. ¡Ese disimulo peligroso del enemigo, esa ubicuidad! Comprendí al instante que había que hacer como ellos, a nuestra manera, desde luego. Representaos a esos hombres eternamente en acción y a nosotros mismos con nuestra creencia en el movimiento eterno. ¡Cómo se nos parecen, y bajo otros aspectos, cómo son diferentes! ¡Qué lucha se abre entre ellos y nosotros! En ello jugamos simplemente el destino del mundo."

Pregunté a Hitler si no exageraba la importancia de los judíos.

—"No, no, exclamó; el judío no es un enemigo que se pueda sobreestimar."

Le observé que los "Protocolos de los sabios de Sión" eran una falsificación manifiesta. En 1920 los había ya leído por consejo de cierto Muller von Hausen. Reconocí en seguida que eran apócrifos.

—"¿Y por qué no?", irritóse Hitler. "Que el documento sea auténtico o no en el sentido histórico de la palabra, ¿qué

importa?" La verosimilitud interna del documento, de ser él falso, era por ello más convincente. "Debemos batir al judío con sus propias armas. Estuve cierto de ello después de leer el libro."

—"Son los protocolos los que señalan el punto de partida de vuestra lucha?"

—"Perfectamente; me he guiado por ellos hasta en el menor detalle. Me han enseñado muchas cosas. Estudié la técnica revolucionaria en Lenín, Trotzky y otros marxistas. Y asimismo la Iglesia católica, y también los masones me abrieron perspectivas imposibles de encontrar en otras partes. El que nada aprende de sus enemigos es un necio. Sólo un hombre débil puede temer perder, a su contacto, sus propias ideas."

—"¿Os habéis ilustrado, dije, en los masones y los católicos? ¿No habéis ido a buscar muy lejos?"

—"Al contrario, nada estaba más cerca. Aprendí, sobre todo, de la Orden de los Jesuitas. Por otra parte, por lo que yo recuerde, Lenín hizo lo mismo. Hasta ahora, nada hubo más grandioso sobre la tierra que la organización jerárquica de la Iglesia católica. He transportado directamente buena parte de esa organización en mi propio partido. Mantenerse por cerca de dos mil años, a través de todas las vicisitudes, eso es prodigioso.

—"Me dijisteis en punto a eso, en otra conversación, cosas muy interesantes; lo recuerdo ahora", observéle. Pero Hitler no había menester de estímulos. "La Iglesia católica, continuó, debe citarse en ejemplo, en primer lugar, por su táctica extraordinariamente hábil, por su conocimiento de los hombres, y por su mañosa adaptación de las debilidades humanas al gobierno de los creyentes. Por ello, cuando se trató de redactar el programa que debía ser la constitución inmutable de nuestro partido, inspiréme de la forma que la Iglesia dió a su *credo* y a sus artículos de fe. Nunca dejó que se tocara a ellos. Nunca dejó, desde hace más de quince siglos, de rechazar en toda época cualquier retoque a ese texto venerable cuyos términos se fijaron una vez por todas. Ella sabía que podía dejar yuxtaponer al credo los comentarios o interpretaciones más contradictorios. La muchedumbre de los creyentes no hace a ello ninguna objeción; nunca se embaraza de contradicciones lógicas. Los fieles se conturban por una sola cosa, por la propia modificación de los textos, de los cuales cada sílaba tiene para ellos una virtud mágica, incluso cuando esos rituales han perdido todo su valor práctico y no son más que los monumentos respetables de un pasado lejano."

Me admiré que también tomara lecciones de los masones.

—"¿Qué tiene ello de extraño? Desde luego, no creo seriamente en la malignidad diabólica de los masones, de esas gentes que se han emburguesado en el decurso de los siglos; de esa asociación que cada día se torna más inofensiva en Alemania, donde queda reducida poco más o menos a una sociedad de socorros mutuos. Me informé exactamente al respecto. Comuniqué al mayor Buch las piezas de esa encuesta y el informe detallado que la resume. Los pretendidos horrores, los esqueletos, las calaveras, los ataúdes, el ceremonial misterioso, todo ello no es más que atuendo de coco. Lo peligroso en esa gente, es el secreto de su secta, y es precisamente lo que les he imitado. Forman una especie de aristocracia eclesiástica. Se reconocen entre ellos por signos especiales. Han desarrollado una doctrina esotérica que no está formulada en términos lógicos, sino en símbolos que van revelando gradualmente a los iniciados. La organización jerárquica y la iniciación por símbolos y ritos, es decir, sin fatiga para la inteligencia, pero por la fecundación de la fantasía, por el efecto mágico de símbolos rituales: he ahí lo que los masones han inventado de Peligroso y de Grande, y ese es el ejemplo que me han dado. ¿No creéis que nuestro partido debe constituirse exactamente como su secta? Una Orden, la jerarquización de un clero laico. Mas no hay sitio en el mundo para dos organismos semejantes. O bien nosotros, o bien los masones, o bien la Iglesia. Pero jamás dos juntos. Eso se excluye y la Iglesia católica ha comprendido la situación, por lo menos en lo que atañe a la Masonería. Hoy somos nosotros los más fuertes y es por eso que eliminaremos a los otros dos: la Iglesia y la Masonería."

—"Habéis tomado a la Iglesia su organización jerárquica, y a la Masonería su concepción de una Orden, con su voto de obediencia y de discreción y con su doctrina esotérica que se manifiesta en la iniciación gradual. Sea. Pero, ¿qué es lo que habéis tomado en los "Protocolos de los Sabios de Sión?", pregunté.

—"La intriga política, la técnica, la conspiración, la disgregación revolucionaria, el arte de disfrazar, de burlar, la organización. ¿No es eso bastante?"

Le concedí que era mucho. "Mas no hemos hablado hasta ahora, prosiguió Hitler, sino del judío dueño en materia económica. Hemos hablado de nuestro adversario político. ¿Qué representa el judío en la lucha más decisiva por una nueva organización del mundo?"

Le rogué quisiera aclarármelo.

—"No puede haber dos pueblos elegidos. Nosotros somos el pueblo de Dios. En esas palabras está todo."

—"¿Entendéis esa proposición más bien como un símbolo?"

—"No, es ella la simple realidad escueta y que está fuera

de discusión. Dos mundos se enfrentan. El hombre de Dios y el hombre de Satanás. El judío es la irrisión del hombre. El judío es la criatura de otro Dios. Es menester que haya salido de otro tronco humano. El ario y el judío, yo los opongo uno a otro, y si doy a uno el nombre de hombre, debo designar al otro de otra manera. Hay tanta disparidad entre uno y otro como entre las especies animales y la especie humana. No es que yo llame al judío un animal. Está mucho más alejado del animal que nosotros los arios. Es un ser extraño al orden natural, un ser fuera de la naturaleza."

Hitler parecía querer proseguir, pero estaba como agobiado por lo insólito de su visión. Las palabras no venían a sus labios. Su rostro se había crispado. En su excitación, hizo castañetear los dedos: "Los... los judíos, balbuceó, es algo de..., es una lección que jamás acabaremos de aprender."

XL

LA CRÍA DEL SUPERHOMBRE

Un sacerdote católico y un rabino judío tienen la obligación de vaciar los resumideros en un campo de concentración. Hundidos en la inmundicia hasta las rodillas, son interpelados groseramente por el S. S. de guardia: "¡Invocad, pues a vuestro Dios! ¿Adónde está?" El cura responde: "No sabemos dónde está Dios. Mas el que lo busca lo encuentra." Y el rabino responde: "Dios está en todas partes. Dios está aquí."

Mas, ¿adónde encontrar el Dios que Hitler ha invocado tantas veces en sus discursos y que él llama la Providencia y el Todopoderoso? Dios es la estatua del hombre, el Hombre - Dios, la cual se yergue, cual obra de arte, en los "Burgs" de la Orden. Dios es el mismo Hitler.

Antes de entregarse Hitler en cuerpo y alma a la política exterior y a sus planes militares, expresó un día, apasionadamente, el deseo de poder construir, de poder actuar como hombre de Estado y como legislador. Desbordaba de planes gigantescos. Y el mundo llegaría un día a ver en él al más portentoso creador de todos los tiempos. "Sólo me queda poco tiempo. Me queda demasiado poco tiempo!" Dijo entonces que no conocíamos, por así decirlo nada de él, que sus camaradas más íntimos del partido no tenían idea alguna de lo que él tenía en la cabeza, de los edificios grandiosos de los cuales por lo menos dejaría las sólidas fundaciones. Por largos períodos, lo atormentaba un miedo nervioso de no disponer de tiempo suficiente para alcanzar su meta. Luego, nuevamente, se perdía en puerilidades técnicas. No se interesaba más que en los motores y en los nuevos inventos mecánicos. En esos momentos de agitación, se tornaba insoportable para sus familiares.

Un tema sobre el que discurría constantemente, era el que él llamaba el "recodo decisivo del mundo", o la bisagra de los tiempos. Habría una subversión del planeta que nosotros, los no iniciados, no podíamos comprender en su amplitud. Hitler hablaba como un vidente. Se había construído una mística bio-

lógica, o, si se quiere, una biología mística, que formaba la base de sus inspiraciones. Se había fabricado una terminología personal. "La falsa ruta del espíritu", era el abandono por el nombre de su vocación divina. Adquirir la "visión mágica" le aparecía como la finalidad de la evolución humana. Se creía él mismo como estando ya en los aledaños de ese saber mágico, fuente de sus éxitos presentes y futuros. Un profesor munichense de esa época había escrito, al lado de cierto número de obras científicas, algunos ensayos harto extraños sobre el mundo primitivo, sobre la formación de las leyendas, sobre la interpretación de los sueños en los pueblos de las primeras edades, sobre sus conocimientos intuitivos y una suerte de poder trascendente que habrían ejercitado para modificar las leyes de la naturaleza. Trataba aún, en ese fárrago de cosas, del ojo del Cíclope, del ojo frontal que más tarde se atrofió para formar la glándula pineal. Tales ideas lo tenían fascinado a Hitler. Gustaba hundirse en ellas, al menos por algunos días. No podía explicarse más que por la acción de fuerzas ocultas la maravilla de su propio destino. Atribuía a esas fuerzas su vocación sobrehumana de anunciar a la humanidad un evangelio nuevo.

La especie humana, decía, sufría desde su origen una prodigiosa experiencia cíclica. Atravesaba por pruebas de perfeccionamiento de un milenio a otro. El período solar del hombre tocaba a su fin; podía ya discernirse en las primeras muestras de superhombres la especie nueva que iba a poner a raya a la antigua humanidad. Así como según la inmortal sabiduría de los viejos pueblos nórdicos, el mundo debía rejuvenecerse de continuo por el desplome de las edades prescritas y el crepúsculo de los dioses, y así como los solsticios representaban en la vieja mitología el símbolo del ritmo vital, no en línea recta y continua, sino en espiral, así también la humanidad progresaba de uno a otro grado por una serie de saltos y de retornos sobre sí misma.

¿Creía Hitler realmente en esa mistagogia? ¿No sería más bien ése uno de sus medios de propaganda, con el cual se ganaba, en ciertos círculos, consideración y adeptos? No se entregaba a esos vaticinios más que ante un pequeño número de personas, las más de las veces mujeres. Cierto es que sus rudos compañeros de lucha no habrían tenido más que sarcasmos ante la revelación de sabiduría semejante. Cabe preguntarse, de todas maneras, cómo ese revolucionario, ese hombre de acción podía complacerse en esas fantasmagorías. ¿Era esa la "magia blanca" de la cual le hablara cierta mujer? Al fin y al cabo, Hitler es perfectamente capaz de combinar en su cerebro estrafalario las vistas más contradictorias. De una cosa no hay duda, y es que él se tiene por un profeta, cuyo cometido supera en cien codos al

de un hombre de Estado. Ninguna duda cabe de que él se considere muy seriamente como el anunciador de una nueva humanidad.

Cuando se dirigía a mí, expresaba esa idea en términos un poco más racionales y concretos:

—"La creación no ha terminado, a lo menos, en lo que concierne al hombre. Del punto de vista biológico, el hombre llega claramente a una fase de metamorfosis. Ya se está esbozando una nueva variedad de hombre, en el sentido científico y natural de una mutación. La antigua especie humana entró ya en el estadio de la decadencia y de la supervivencia. Toda la fuerza creadora se concentrará en la nueva especie. Las dos variedades evolucionarán rápidamente divergiendo en sentido opuesto. La una desaparecerá, mientras la otra se desarrollará y superará de lejos al hombre actual. De buenas ganas yo daría a esas dos variedades los nombres de Hombre - Dios y de Animal - Masa."

Le respondí que eso me recordaba mucho al superhombre de Nietzsche, pero que, hasta entonces, yo había comprendido esa evolución en el sentido espiritual.

—"Sí, el hombre es algo que hay que superar. Convengo en que Nietzsche lo había presentido a su manera. Hasta había entrevisto ya al superhombre como una nueva variedad biológica. Empero, en él todo está aún fluctuante. El hombre ocupa el lugar de Dios, tal es la verdad escueta. El hombre es el dios en proceso. El hombre debe tender siempre a superar sus propios límites. Desde que se detiene y pone frontera a su acción, entra en degeneración y cae por debajo del nivel humano, acercándose a la animalidad. Un mundo de dioses y de bestias, tal es lo que tenemos ante nosotros. ¡Y como todo se aclara, no bien lo comprendemos! Siempre es el mismo problema el que tengo que resolver, ya se trate de la política cotidiana o que me esfuerce en someter el cuerpo social a un orden nuevo. Todo cuanto se inmoviliza, se para, quiere permanecer estable, todo lo que se aferra al pasado, todo eso desmaya y perece. Todos cuantos escuchan, por el contrario, la voz primitiva de la humanidad, se consagran al movimiento eterno, son los portadores de antorchas, los pioneros de una nueva humanidad. ¿Comprendéis ahora el sentido profundo de nuestro movimiento nacionalsocialista? ¿Cabe imaginarse algo más grandioso y más amplio? El que no entiende el nacionalsocialismo más que como movimiento político, sabe de él muy poca cosa. El nacionalsocialismo es más que una religión: es la voluntad de crear al superhombre."

Le dije que comprendía al fin el sentido profundo de su socialismo, que era el anticipo de una separación entre los nuevos amos y los hombres del rebaño.

—"Es eso mismo", dijo Hitler. "La política es, literalmente, la forma práctica del destino. ¿No creéis que puede precipitarse. por medios políticos, ese proceso de selección?"

Contesté que me parecía imposible realizar el cultivo biológico del superhombre. Pero que si se trataba de una mera selección, nosotros los criadores no hacíamos otra cosa. Cuando estábamos satisfechos de una variedad animal, la protegíamos contra la decadencia por una selección metódica, activábamos el proceso natural, o, para hablar científicamente, tratábamos de multiplicar las variedades positivas. A eso es a lo que llamábamos criar, y yo comprendía muy bien que una cierta organización política de la humanidad podría facilitar un semejante proceso de selección.

—"Es exactamente eso", exclamó Hitler con animación. "Habéis expresado muy bien mi pensamiento. En la hora en que vivimos, toda política que carece de base biológica o finalidades biológicas es política ciega. Sólo el nacionalsocialismo ha tomado conocimiento de las tareas necesarias. Mi política no es una política nacional en el sentido corriente de la palabra. Establece sus escalas de valores y sus finalidades en un cuadro mucho más amplio. Abraza todo el conocimiento humano de las leyes de la naturaleza y de la vida."

—"Desde luego, no podéis hacer otra cosa más que ayudar a la naturaleza, abreviar el camino que ha de recorrer. Es menester que la naturaleza os dé ella misma la variedad nueva. Hasta ahora, el criador no ha logrado sino muy rara vez desarrollar mutaciones, es decir crear él mismo caracteres nuevos."

—"El hombre nuevo vive en medio de nosotros. ¡Está ahí!", gritó Hitler en tono triunfante. "¿No os basta eso? Os voy a decir un secreto. Yo he visto al hombre nuevo. Es intrépido y cruel. Tuve miedo ante él."

Al pronunciar esas extrañas palabras, Hitler temblaba de un ardor extático. Cruzó por mi mente un pasaje de nuestro poeta alemán Stefan George, la visión de Maximin. ¿Hitler habría tenido también esa visión?

XLI

REVELACIONES SOBRE LA DOCTRINA SECRETA

—"Voy a confiaros un secreto. Fundo una Orden."

Este pensamiento de Hitler me era ya conocido. Venía de Rosenberg. Por de pronto, es Rosenberg quien me habló de él primero. Rosenberg había hecho una conferencia para un pequeño grupo en una sala de la Marienburgo, el antiguo castillo de los Caballeros teutónicos. Trayendo recuerdos históricos de la gran época de los Caballeros, estableció un paralelo entre su acción en Prusia y el programa del nacionalsocialismo, sugiriendo que la Orden de los Caballeros podría ser reconstituída. Una élite de paladines que eran al mismo tiempo administradores hábiles, y sacerdotes que tenían en custodia una doctrina secreta celosamente disimulada al mundo profano; la jerarquía de esos monjes-soldados, sus métodos de gobierno, su disciplina, todo ello podía ser remozado y servir de ejemplo.

Después de la conferencia, nos volvimos a encontrar en el Ratskeller de la Municipalidad gótica de Marienburgo, donde Rosenberg había desarrollado su proyecto. Era tiempo, dijo, de modificar el carácter del partido. Como partido de masas, debía desaparecer. Desde el instante en que se había alcanzado la meta, a saber la conquista del poder por las vías legales y parlamentarias, había que desechar los últimos vestigios del parlamentarismo. El partido tenía ahora otro papel que desempeñar y debía tomar otra orientación. Por cierto, Hitler quería conservar la vieja organización. Quería esperar la llegada de la joven generación antes de intentar cualquier reforma del partido. Pero él, Rosenberg, era de otro parecer. ¿Acaso no se formaban ya, a ojos vista, en todas las organizaciones, círculos de verdaderos iniciados, al margen de la masa? Había que desarrollar metódicamente esa tendencia. Al margen de las organizaciones de las masas, que podrían subsistir, reclutaríase en la élite una Orden que constaría de grados de iniciación, de responsabilidad y de colaboración. Rosenberg no sugería crear un partido dentro del partido. Lo que consideraba como necesario, era proceder al fin a la selección de los hombres

capaces de hacerse cargo de las tareas más altas, las que excedían el nivel de la política cotidiana. Rosenberg terminó diciendo que no sería imposible tuviéramos algún día que soportar penosos fracasos, ya fuese en la política exterior o en la política económica, y que en ese caso, sería indispensable poder contar con el grupo de los iniciados, suerte de clero secreto que podría preservar, hasta tiempos más favorables, los planes esenciales del nacionalsocialismo, sin tener que confiarlos a una organización conocida de todo el mundo y por lo tanto, expuesta a todos los embates.

Esa sugestión de Rosenberg quedó sin consecuencias visibles. Hitler conocía la hostilidad de sus gauleiters y S. A. hacia todo cuanto consideraban como "lucubraciones de intelectuales." Empero, la idea de una Orden había echado raíces en su cerebro. Es un poco más tarde, y sobre todo bajo la influencia de Ley, que comenzó a ponerla en práctica, con cautela, en sus escuelas nacionalsocialistas de "Junker". El propósito no era el de atraer la nueva juventud en esas escuelas, sino que en ellas se creaba más bien, como su nombre lo indica, una nueva y joven nobleza que debía constituir como una especie de asociación cerrada.

Hitler conocía perfectamente la debilidad de sus gauleiters y de los führers superiores de las S. A. y de las S. S. Un día en que me le quejé de la falta de comprensión de ciertos hombres del partido en Danzig, me hizo notar que no estaba en sus manos el hacer una selección escrupulosa, sino que debió tomar a los que se le ofrecieron voluntariamente; que los hombres cultos debían de haber adherido más pronto al partido, cuando esa adhesión representaba todavía un peligro y un sacrificio para cada uno de sus miembros. No iba ahora a echar a los que lo habían servido fielmente. Los utilizaría hasta el fin tal cual eran. Y si para él implicara un suplemento de dificultad el llevar a todos esos hombres a la rastra, lo hacía con el único fin de preservar la unión del partido. De cualquier manera, nunca encontraría a colaboradores más fieles. Más inteligentes, quizás. Mas la inteligencia y la fidelidad van rara vez juntos. Hitler sabía que no llegaría a hacer la educación de buen número de sus lugartenientes. Eran matones ascendidos de grado en el combate cotidiano. Sus ideas no rebalsaban la ideología más elemental del nacionalsocialismo, aprendida una vez por todas. Incluso habíanla olvidado en su mayor parte. Mas habían aprendido a mantener la masa en la disciplina y a mantenerse ellos mismos en el poder. Hacía falta usar a esa generación antes de poder hacer salir del partido los catecúmenos del nuevo sacerdocio laico. Hitler se resignaba a mantener alejada a la presente generación de los

jefes apartada de sus pensamientos más profundos: la religión de los hombres nuevos, la creación de los superhombres.

Hitler rechazaba la tentación de revelar prematuramente sus proyectos más caros. El nacionalsocialismo estaba todavía al principio de su ascensión. Había que acabar la lucha política y preparar la guerra mundial que llegaría inevitablemente. Precisaba ante todo, como el viejo Fritz, rey de Prusia, su modelo y su amo, tener sus guerras en pos de sí. Entonces solamente podría acometer la verdadera reconstrucción de Alemania. Hitler agitó a menudo tales pensamientos en el curso de sus conversaciones. Y se advertía la impaciencia devoradora oculta tras su resignación, la impaciencia de llegar al fin a su dominio personal, al dominio del hombre de Estado creador y legislador, del artista y constructor de ciudades, del profeta y fundador de religiones.

—"Es con la juventud que iniciaré mi gran obra educadora, dijo Hitler. Nosotros, los viejos, estamos gastados. Sí, somos ya viejos, y echados a perder hasta el meollo. No tenemos más instintos salvajes. Somos cobardes y sentimentales. Llevamos el peso de una historia humillante y el recuerdo confuso de épocas de servilismo y vejámenes. ¡Pero mi espléndida juventud! ¿Habrá más hermosa en todo el mundo? Ved a esos hombres jóvenes y a esos muchachos. ¡Qué material humano! Con ellos, yo podré construir un nuevo mundo.

"Mi pedagogia es dura. Trabajo con el martillo y desecho cuanto hay de débil y carcomido. En mis "Burgs" de la Orden, haremos crecer una juventud ante la cual el mundo temblará. Una juventud violenta, imperiosa, intrépida, cruel. Así es como la quiero. Sabrá soportar el dolor. No quiero en ella nada de débil ni de tierno. Quiero que tenga la fuerza y la belleza de los jóvenes fieras. Le haré practicar todos los ejercicios físicos. Ante todo, que sea atlética: eso es lo más importante. Así es como purgaré la raza de sus miles de años de domesticación y obediencia. Así es como pienso retrotraerla a la inocencia y a la nobleza de la naturaleza; así es como podré construir y crear.

"No quiero ninguna instrucción de los espíritus. El saber no haría más que corromper mis juventudes. Que sepan solamente lo que podrán aprender por el libre juego de la curiosidad y de la emulación. La sola ciencia que yo exigiré de esos jóvenes, es la dominación de sí mismos. Aprenderán a dominar el miedo. He ahí el primer grado de mi orden, el grado de la juventud heroica. Es de allí que saldrá el segundo grado, el del hombre libre, del hombre que es la medida y el centro del mundo, del hombre creador, del Hombre-Dios. En mis "Burgs" de la Orden, el Hombre-Dios, la figura espléndida del ser que no recibe

órdenes más que de sí mismo, será como una imagen del culto y preparará la juventud para la futura etapa de la madurez viril."

Hitler se detuvo y declaró que no podía agregar nada más. Había aún más grados, de los cuales no era permitido hablar. Transmitiría ese secreto por testamento a su sucesor. La revelación sublime vendría más tarde, mucho tiempo después de su muerte. No podía cumplir su misión más que sacrificándose él mismo.

—"Sí, repitió, está prescrito que me sacrifique por el pueblo, en la hora del mayor peligro."

XLII

LA REVOLUCIÓN ETERNA

Debo decir aún algunas palabras respecto a la doctrina secreta de Hitler. Pocos la conocen. Y empero, no se comprenden los planes políticos de Hitler si no se tiene conocimiento de sus pensamientos recónditos. Hitler no es supersticioso en el sentido habitual de la palabra. Su afición por los horóscopos y el ocultismo se condiciona a su convicción de que el hombre está en una relación mágica con el universo. La política no es para él más que el primer plano de un trastrueque gigantesco, colocándose ya él en su centro.

Tiene de segunda o de tercera mano, al azar de sus lecturas, los materiales de su doctrina. Lo que más importa, es la voluntad de poderío que oculta detrás de sus declamaciones. Hitler no se cansa de expresar, en términos más o menos claros o velados, esa voluntad de imponer a Alemania y al mundo un orden nuevo que él llama la "Revolución eterna". Esa revolución se extenderá sobre toda la existencia humana. Traerá a la humanidad que, según su doctrina, asciende un nuevo escalón cada setecientos años, la definitiva manumisión. Mas hay que entenderse. Manumisión para los fuertes, sujeción para la multitud de los débiles. Lo que se juega en la contienda, es la libertad de los Hijos de Dios. Es la revolución de la nueva aristocracia contra la masa.

Para apreciar el camino recorrido por Hitler, es menester recordar sus comienzos. Un pequeño conspirador, un tribuno provincial, un propagandista asalariado se ha vuelto el profeta de una nueva religión. ¿Debemos ver en ello sólo la visión de un megalómano? ¿No es discernible en esa sorprendente carrera una evolución plenamente lógica? Por incoherente que sea la vida de ese hombre extraño no es menos cierto que está dominada por un principio invariable: "Nada tiene valor excepto el movimiento. Nada dura excepto el cambio. La acción, es el bien. La inacción, es el mal." Poco importa el objeto de la acción, ni que sea razonada o desordenada. La acción por la acción, mover-

se por moverse, es toda la substancia de esa famosa doctrina. Mas es también el principio de acción de los histéricos. Un mundo tan inestable como Hitler, un pueblo alemán no menos histérico, debían llegar a este resultado de que tal hombre se volviera un jefe.

—"El tiempo trabaja para nosotros. Me bastará embestir hacia adelante y al punto caerán las defensas de una época condenada. Por sólidas que parezcan aún naciones e instituciones, están carcomidas por dentro y se caen a pedazos." Así habla Hitler. Quizá tuviera razón. En el tiempo en que estamos, todos los valores se hallan más o menos discutidos y parecen disolverse por sí mismos. De ahí ese apetito de cambio a todo precio que no es propio del solo Hitler. De ahí los éxitos de sus propagandas. Destruir por el placer de destruir, tal es el móvil verdadero de ese aventurero insensato. "No conocemos aún nuestra propia creación en toda su amplitud", díjome en varias oportunidades. "Mas tenemos ese futuro en la sangre y lo estamos viviendo." Eso es literatura y mala literatura. Data del fin del último siglo. En esa época florecía en Alemania una especie de romanticismo histérico, profesado sobre todo en Viena y en Munich.

No es la primera vez que miasmas pestilentes se van acumulando en una época y que el delirio de pueblos enteros se condensa en doctrinas que van plasmándose, por así decirlo, durante un largo período, para explotar bruscamente y reproducir la pestilencia de la cual nacieron. Naciones enteras cayeron de improviso en inexplicable agitación. Emprenden marchas de flagelantes; un baile de sanvito las sacude. El impulso demoníaco y la locura religiosa se unen.

Lo que ocurre en Alemania es del mismo orden. Es una enfermedad del alma de las masas, de la que, sin duda, es posible hallar los orígenes, pero cuyas raíces más profundas ocupan regiones ocultas. El nacionalsocialismo es el baile de San Vito del siglo XX.

XLIII

HITLER TAL CUAL SE VE Y TAL CUAL ES

¿Es loco Hitler? Todos aquellos que han tenido la ocasión de tratarlo por cierto que se habrán hecho esa pregunta. Quienquiera haya visto de frente a ese hombre con su mirada inestable, sin hondura ni calor, quienquiera haya querido escudriñar esos ojos huidizos, los cuales, tras su claridad fría, parecen aldabonados, sin plano de fondo, y luego los haya visto tomar bruscamente una fijeza extraña, ha debido experimentar como yo la inquietante sensación de hallarse en presencia de un ser anormal. Se le veía cuartos de hora enteros, apático, silencioso, sin siquiera levantar las pestañas y mondándose los dientes con gesto horriblemente vulgar. ¿Estaba atento? ¿Estaba ausente? Jamás, que yo sepa, ningún visitante ha tenido un verdadero diálogo con él. O bien Hitler escuchaba sin decir palabra, o bien hablaba sin escuchar, hasta quedar sin aliento. A menudo daba vueltas en la pieza como una fiera enjaulada. Jamás lo dejaba a uno hablar. Interrumpía desde las primeras palabras, y saltaba de un asunto a otro, incapaz de retener el flujo de sus pensamientos, incapaz de concentrarse. No me corresponde a mí diagnosticar si Hitler, en el sentido clínico de la palabra, está más o menos frontero a la demencia. Mi experiencia personal, que concuerda con la de numerosas personas de mi conocimiento, es que me he encontrado veinte veces frente a un maníaco desprovisto de todo contralor de sus emociones, y cuyas crisis iban hasta la decadencia completa de la personalidad. Sus gritos, sus vociferaciones, sus explosiones de furor recuerdan los pataleos de un niño mimado y rebelde. Es un espectáculo grotesco y repelente, pero todavía no es la locura. Sin duda, es por demás inquietante que un hombre de cierta edad tamborilee sobre las paredes como un caballo retoza y piafa en su pesebre. ¿Síntomas morbosos o manifestaciones de un temperamento grosero que nunca hallaron el freno de ninguna disciplina o pudor?

Lo que es más grave e indica ya el trastorno mental, son

los fenómenos de persecución y de desdoblamiento de la personalidad. Su insomnio no es, por cierto, otra cosa que la sobreexcitación de su sistema nervioso. Se despierta a menudo durante la noche. Entonces hay que encender las luces. En estos últimos tiempos, hace venir a algunos jóvenes, a quienes les obliga a compartir sus horas de espanto. En ciertos momentos, esos estados morbosos adquieren un carácter de obsesión. Una persona de sus familiares me dice que se despierta de noche, dando gritos convulsivos. Llama a socorro. Sentado al borde de la cama, está como paralizado. Lo invade un pánico que lo hace temblar al punto de sacudir la cama. Profiere vociferaciones confusas e incomprensibles. Jadea como si se estuviese ahogando. La misma persona me contó una de esas crisis con algunos pormenores, que me negaría a creer, de no provenir de fuente tan fidedigna. Hitler estaba de pie, en su cuarto, vacilante, mirando en torno con aire extraviado. —"¡Es él, es él! Ha venido aquí", gemía. Sus labios eran azules. El sudor le chorreaba en gruesas gotas. De pronto pronunció cifras sin ningún sentido, luego palabras, jirones de frases. Era espantoso. Empleaba términos, con estrafalaria ilación, sumamente extraños. Luego nuevamente, se tornó silenoioso, aunque seguía moviendo los labios. Se le aplicaron fricciones y se le dió de tomar una bebida. De repente, rugió: "¡Ahí, ahí!, en el rincón. ¿Quién está ahí?" Pateaba sobre el piso y aullaba. Se le confortó diciéndole que nada ocurría de extraordinario, y entonces se calmó poco a poco. Luego se durmió por algunas horas y se volvió casi normal y soportable por algún tiempo.

Estremece el solo pensar que es un loco quien gobierna a Alemania, y ha precipitado al mundo en la guerra. Sin contar que el histerismo es contagioso. Se ha visto a jóvenes hombres normales, perder poco a poco su personalidad y mudar el carácter al contacto de una mujer histérica. Es, pues, explicable que la histeria del amo haya ganado a sus dirigentes, los gauleiters, los altos funcionarios, los oficiales y finalmente el pueblo entero. Mas, ¿cómo explicar que tantos visitantes caigan en éxtasis no bien lo ven a Hitler, y vivan en adelante en adoración de su genio dominador? No hablo de mozalbetes, sino de hombres cultos, ricos de experiencia y de sentido crítico. ¿Qué encantamiento sufrieron esas gentes para no poder expresar sino con balbuceos lo que sintieron? Un autor dramático bien conocido, Max Halbe, amigo íntimo de nuestro viejo poeta Gerhard Hauptmann, me refirió una entrevista de Hitler con Hauptmann. El ilustre autor de los *Tejedores,* que por cierto no brilla por su modestia, se esperaba, me supongo, revivir el encuentro de Goethe con Napoleón. Aguardaba fervorosamente

recoger una palabra histórica. ¿Cuál sería aquella de sus obras de la cual Hitler, artista él también, escudriñaría la hondura con la sutil penetración del genio? Por cierto no serían los *Tejedores,* mas quizá *Florian Geyer,* drama nacional por excelencia. Gerhard Hauptmann fué introducido. El Führer le sacudió la mano y lo miró en los ojos. Era la famosa mirada de la que habla todo el mundo, esa mirada que da escalofríos y de la cual un jurista encumbrado y de edad madura me dijo un día que, habiéndola sufrido, no tenía ya más que un deseo, el de volverse a casa para recogerse y asimilar ese recuerdo único. Hitler sacudió una vez más la mano de Hauptmann. Es ahora, pensaban las personas presentes, cuando van a salir las palabras inmortales que entrarán en la historia. "Es ahora", pensaba Hauptmann por su lado. Y el Führer del Reich, por tercera vez sacudió la mano del gran poeta, luego pasó al visitante siguiente. Lo cual no impidió que Gerhard Hauptmann dijera a sus amigos, un poco más tarde, que esa plática constituía la culminación y la recompensa de toda su vida...

Ese hombre torpe y embarazado, que busca vanamente sus palabras en cuanto no puede asumir el tono patético, ni siquiera ejerce la atracción malsana de un gesto nocivo. Es un hombre cualquiera, completamente vulgar. ¿Cómo puede impresionar así a sus visitantes? Fuerza es pensar en los mediums. Las más de las veces, son seres ordinarios e insignificantes. Repentinamente se les caen como llovidos del cielo poderes que los levantan por encima del nivel común. Esos poderes son exteriores a su personalidad real. Son visitantes venidos de otro plano. El médium es su poseso. Libre de su demonio, recae en la mediocridad. Así es indiscutiblemente como ciertas fuerzas lo penetran a Hitler, fuerzas demoníacas, cuyo personaje llamado Hitler no es más que la envoltura momentánea. Ese conjunto de lo trivial y lo extraordinario, he ahí la insoportable dualidad perceptible en cuanto uno entra en contacto con él. Ese ser habría podido ser inventado por Dostoievski. Tal es la impresión que da, en extraña dosificación, la unión de un desorden enfermizo y de una turbia potencia.

He oído confesar a menudo que se le temía y que incluso un adulto no se le acercaba sin que le palpitase el corazón. Se tenía el sentimiento de que ese hombre iba a saltársele a uno a la garganta para estrangularlo, o arrojarle un tintero a la cabeza o hacer algún otro gesto insensato. En todo lo que los "hechizados" cuentan de su entrevista, hay mucho entusiasmo fingido de humillado hipócrita y a menudo también mucho de sugestión. La mayor parte de los visitantes quieren haber tenido su momento sublime. Es la historia de Till el Travieso y

de su imagen invisible, de la cual nadie quería confesar que no la había visto. Pero esos mismos visitantes, que no querían abrir los ojos, terminaban por confesar algo desalentados cuando se les acorralaba: "Sí, es cierto; no ha dicho gran cosa. No, no tiene aire de hombre eminente... por lo menos, no he tenido esa impresión." Entonces, ¿de dónde procede la ilusión? ¿Del prestigio, del halo, del nimbo? El nimbo, sí, es ese el nombre que lo hace todo.

Mas en realidad, ese "hechizado", cuando llega a tomarse a sí mismo en flagrante delito de autosugestión, ¿va realmente al fondo de las cosas? El asunto no es tan sencillo. Tuve a menudo ocasión de escudriñarme a mí mismo, con toda frialdad, y confieso que en presencia de Hitler me he sentido bajo la acción de un influjo del que me ha costado desprenderme. Es, pese a todo, un tipo de hombre muy singular. De nada sirve el considerarlo como un pelele del cual uno puede burlarse al mismo tiempo que de uno mismo. Ceñimos más la verdad pensando en el magnetismo del médico célebre, del gran charlatán. Nuestra época es tal, que se inclina ante el charlatanismo. Mas no es eso del todo aún, y todavía menos justa sería la evocación de los potentados romanos, de los "divinos Césares". Hitler nada tiene de un César, nada de romano, nada de la majestad que confiere el imperio incorporado en la persona divina del emperador. No, Hitler es cosa muy distinta. Lo que tiene resonancia en él, no son las trompetas romanas de las legiones, es el tam-tam de las poblaciones salvajes. Ritos y encantaciones asiáticos o africanos, ésos son los verdaderos ingredientes de su magia. Danzas frenéticas hasta el desmayo. Es la irrupción del mundo primitivo en el Occidente. He ahí, creo, la nota justa.

Guardémonos a todo precio de exaltar a ese hombre, de eternizarlo, de convertirlo en mito. De todas maneras, ocupará por mucho tiempo aun la imaginación de su pueblo y no sólo de su pueblo. Él mismo está persuadido de que su acción más profunda se hará sentir después de su muerte. Y a pesar de todas las precauciones que se tomen, no es imposible que el maleficio reviva, como esos demonios de las *Mil y una Noches* que, preso dentro de un frasco y libertados por azar, reviven súbitamente y adquieren figura de gigantes. Es, pues, deseable y necesario que nuestra época aprenda a conocer a ese hombre en su vulgaridad y en su verdadero semblante, en ver a Hitler tal cual es y no solamente tal cual se nos presenta él mismo: desnudación poco agradable, pero, lo repito, indispensable. Helo aquí, pintado al natural:

Hitler es exigente. Es consentido, cúpido y no conoce ningún trabajo regular. Puede decirse incluso que es incapaz de todo verdadero trabajo. Tiene ideas, impulsiones que le es menester entonces realizar febrilmente, inmediatamente. Se desembaraza de ellas como de una necesidad física. No conoce el esfuerzo prolongado y sostenido. Para emplear su propio lenguaje, todo en él es sacudida y convulsión. Nada es natural en él, comenzando por su amor por los niños y los animales, que no es más que una actitud. Ha conservado toda su vida sus hábitos de bohemio. Se levanta tarde, puede estarse días enteros soñoliento y sin hacer nada. Toda lectura continuada le repugna. Abre un libro y lo tira al cabo de algunas páginas. Con todo, se hizo de una biblioteca importante, ama a los libros, las hermosas ediciones y las ricas encuadernaciones. En su departamento de Munich, he visto paredes enteras guarnecidas de estantes. La hermana de Hess, que es una artista, le hace las encuadernaciones. Lo que más lee, son historias de cow-boys y novelas policíacas, pero, en el cajón de su mesa de noche, hállanse igualmente revistas ilustradas que no se leen más que en los círculos pornográficos.

Lo que tiene de más simpático es su gusto por los paseos solitarios. Se embriaga con el olor de los bosques en las altas montañas. Sus paseos son su culto y sus preces. Contempla a las nubes que se alargan y presta oído a las gotitas que caen de los pinos. Oye voces.

Así lo encontré. Entonces no reconoce a nadie, quiere estar solo, y por momentos, huye rigurosamente de sus semejantes.

Está lleno de costumbres tiránicas y de manías. No puede dormirse si su cama no está hecha de cierta manera y si su cobija no recae en el pliegue. Es ése un cuidado que reserva a servidores de toda confianza. Nadie más comparte esa atribución. ¿Complejo freudiano o miedo a los atentados? En cierta época, Hitler recibió no sé qué informe acerca de un veneno misterioso, de un "polvo blanco" que, expandido sobre la almohada y aspirado durante su sueño, debía corroer los pulmones del Führer y provocar su muerte en medio de atroces sufrimientos.

Hitler no es valiente por naturaleza como Goering. Hasta es temeroso en exceso. Se toma ridículamente en serio; su actitud no es la de los hombres intrépidos que provocan y desafían al destino. Se hace guardar cual objeto precioso. Cuando se expone, las medidas de seguridad son extraordinarias; pero no se expone más que en apariencia. Es un ser timorato, un alfeñique, que hace violentos esfuerzos para tener un poco de coraje y porte varonil. Entonces excede toda medida y da muestras de una brutalidad sin nombre. Para afrontar el más pequeño

riesgo, precisa hundirse en una especie de embriaguez. Toda sangre fría natural le es desconocida.

Siempre le hace falta una elevación de temperatura para la menor decisión, para la acción más sencilla; ha menester de una cierta preparación escénica y ponerse a un cierto diapasón. Salido de esa fiebre y de esa zozobra, puede por semanas enteras gemir sobre la ingratitud de las gentes o quejarse de su mala suerte. En el curso de nuestros encuentros, gustaba del papel de mártir y perderse en la contemplación de su próxima muerte. Todo, decía, sería inútil y no serviría para nada. No conoce más que una sola piedad, la que tiene por sí mismo.

Sus explosiones de "voluntad indomable" se hacen por ello más extrañas aún. No conoce entonces ni fatiga ni hambre. Vive de una energía morbosa, que le permite realizar cosas linderas al milagro. Su palabra incluso se vuelve entonces frenética. Lo que más le falta, es el equilibrio. La edad misma no parece traerle ninguna serenidad. Es por ello que sus más ambiciosas construcciones no alcanzarán nunca la verdadera grandeza.

Antes Hitler gustaba de mostrarse con la fusta en la mano. Ha renunciado a ello. Pero el carácter que dejaba traslucir esa costumbre le ha quedado: desprecio, orgullo y crueldad. Hitler en su vida ha montado a caballo; pero las botas altas y la fusta dan fe de su rencor acumulado por largos años, de la humillación que sentía, en el arroyo, al paso de los hermosos jinetes. ¡Qué horrible juventud! La amargura que conservó de ella se revela con ocasión de una palabra caída al descuido, de una asociación de ideas. Visitantes hay que quedaron estupefactos ante esos cambios repentinos de actitud: su benevolencia, evidente un instante antes, se convertía en vociferaciones altivas. Sin saberlo, el visitante había tocado algún punto sensible de su amor propio y de su vanidad. El Führer de Alemania no conoce ningún sentimiento de magnanimidad. Vive en un mundo mendaz; engaña al prójimo y se engaña a sí mismo. El odio es su vino embriagador. Hay que haber oído a ese hombre espetar sus períodos furiosos para comprender con qué voluptuosidad se baña en el odio.

Cruel, vindicativo y sentimental. Tal mezcla es bien conocida. Quería a sus canarios y lloraba cuando la muerte de uno de ellos. Pero martirizaba hasta la muerte, con refinamientos de crueldad, a hombres de los cuales quería vengarse. Es capaz de absorber enormes cantidades de golosinas y de crema batida, pero sus instintos son los de un sádico, para el que el tormento de otros procura un goce casi erótico. La figura de la Historia romana que él más admira es la de Sila, el hombre de las pros-

cripciones y de las ejecuciones en masa. Me recomendó un día, para mis horas de ocio, una mala novela sobre Sila. Lo que hay de más abominable en él, es el relente de una sexualidad constreñida y anormal, que exhala como un hedor. Recuerdo una frase de Forster, el amigo íntimo de Hitler. "Bubi" Forster, el niño terrible entre los gauleiters: "¡Ah, si tan siquiera Hitler pudiera saber cuán agradable es tener entre los brazos a una joven en flor!" Forster, en ese momento, corría tras la polleras. "Ese pobre Hitler!", agregó aún. Me guardé de hacerle ninguna pregunta.

Hitler tiene colgadas en una pequeña pieza de su departamento algunas telas que no son para mostrarlas a todo el mundo. Ama la pintura al pelo, la engañifa de los relieves libertinos y precisos. Esos cuadros no están hechos para inspirar emociones artísticas. ¿Quizá haya querido tan sólo imitar al gran Federico, llevando como él, una máscara de desenfreno para mejor burlar al mundo, haciendo creer en preocupaciones del más personal carácter, mientras sus tropas preparan su entrada a Praga? Así hacía Federico cuando sus granaderos se disponían a invadir la Sajonia.

Federico de Prusia es el héroe preferido de Hitler. Se siente afinidades con él. Le hace el gran honor de reconocerlo como a su maestro. En realidad, busca contemplarse en una grande figura. Está tan lleno de sí mismo, que en el momento de exaltar a su modelo se identifica con él. Estaría, pues, uno por creer que está bien convencido de su propia grandeza. La prueba de que no es así, es que desborda de gratitud por la menor aprobación y la más chabacana adulación. Así se explica la necesidad que tiene de rodearse de turiferarios que no escatiman los superlativos y lo nutren con su incienso. ¡Qué ironía grotesca la del destino de ese hombre que odia a las mujeres y que no puede pasarse sin ellas, pues ellas lo hicieron lo que es!

XLIV

EL NIDO DEL ÁGUILA

Hitler hizo construir soberbios edificios, inmuebles privados u oficiales y palacios para el partido. Su ardor desenfrenado en esa actividad quedará como la expresión de la necesidad que tiene de hacerse valer. El público admiró esos progresos edilicios, luego se espantó de sus dimensiones y del desenfado con el cual se gastaba sin contar. Fué contemplando esas acumulaciones de cemento armado que las masas y la gente reflexiva se preguntaron por primera vez adónde conduciría todo aquello. La obstinación del constructor no se detenía ante ninguna objección, ni tenía cuenta de las condiciones locales. Se supo más tarde, qué obstáculos había habido que vencer, a golpe de millones, para construir el basamento de los edificios del partido en Nurenberg. Pero Hitler desdeñaba toda opinión técnica. Hizo construir en Berlín una nueva cancillería, y edificó una sucursal de esa cancillería en sus montañas. Hizo un zafarrancho en Berlín y también se ocupó en modernizar a Viena. Planes gigantescos y más planes, y todo ello, además del rearme que, por sí solo, engullía cerca de cien mil millones. Sin contar todo lo que debía seguir: casas obreras, ciudades - jardines. En toda Alemania, la geografía del poblamiento y de las ciudades debía ser atropellada y repartida nuevamente; las aglomeraciones urbanas serían dispersadas, no sólo para contrarrestar los futuros ataques aéreos, sino también para suprimir el contraste entre la ciudad y el campo y para crear una nueva suerte de raigambre y de patriotismo social. En cuanto Hitler pusiera punto final al rearme, Alemania entera debería adquirir un nuevo semblante. Las nuevas construcciones del partido podían dar una idea de las proporciones que tomarían esos nuevos proyectos. Los admiradores no faltaban, ni entre los alemanes, ni entre los extranjeros. Muchos de los que venían al Congreso de Nurenberg regresaban, impresionados por todo ese fasto, a veces entusiasmados. Tenían en los ojos, por mucho tiempo, el deslumbramiento de los reflec-

tores de la "Cúpula de luz" alumbrando el cielo nocturno; se dejaban convencer de que ese faro anunciaba una era nueva y revolucionaria. ¿Qué importaban bajo esa potente luz los discursos incomprensibles y las proclamaciones ampulosas? La voluntad creadora de todo un pueblo se les había aparecido en plena luz.

En la época de mi conflicto con el partido, había participado un día a Hitler, las preocupaciones que me causaban los proyectos ambiciosos de Forster en Danzig. En los años todavía cercanos en que éramos la oposición, habíamos criticado las modestas construcciones de los gobiernos anteriores, denunciando su despilfarro. Eran empero, en su mayor parte, empresas de utilidad pública: hospitales, cajas de ahorro, ciudades obreras. Y nosotros construíamos ahora teatros y palacios para el partido. Hitler tomó a mal mis representaciones. ¿Es que yo creía, por ventura, que la construcción era un lujo? ¿Es que yo creía que el nuevo régimen podía contentarse con las miserables barracas de la gente de Weimar? "Es por mi nueva arquitectura que yo doy al pueblo la prueba directa de mi voluntad de transformarlo todo. Esa voluntad redundará de los edificios a los hombres. Nuestra arquitectura es la escala y medida de nuestro carácter; existe una correspondencia entre el hombre y los locales en los cuales pasa su vida, ejecuta su trabajo o disfruta su descanso. ¿No es más que a la grandeza y a la pureza de nuestras construcciones que el pueblo puede medir el alcance de nuestro designio. No habría peor error que el comenzar por erigir ciudades o viviendas obreras. Eso vendrá después. Es obvio. Un gobierno marxista o burgués habría podido contentarse con ello. Pero sólo un partido como el nuestro era capaz de restituir libertad y grandeza a la más noble de todas las artes. Desde la época de las catedrales, somos los primeros en ofrecer a los artistas tareas tan grandes y audaces. Ya no se trata para ellos de construir casas privadas, casas de recreo o pabellones, sino de hacer surgir del suelo los edificios más vastos que se hayan levantado desde el Egipto y Babilonia. Creamos los monumentos sagrados, los símbolos marmóreos de una nueva civilización. Debí comenzar por ahí, para marcar con sello indestructible mi pueblo y mi época."

Sabido es que pese a esas bellas teorías, los planos de construcción ruinosos debieron ceder el paso a los gastos que la política exterior y la situación militar impusieron a Hitler. Ya no es más que en algunos momentos libres que él hojea aún algunos planos y maquetas de urbanismo. La mayor parte del tiempo se inclina ante mapas y planes de concentración de tropas, y juega la partida que no termina nunca, al va-todo de su política exterior. De más en más, se especializa en el oficio de generalí-

simo. Los despliegues militares, los golpes de dados sobre el tapete verde de la diplomacia, los proyectos para la guerra de nervios, tales son los materiales de sus construcciones presentes, esperando el momento de poder reiniciar el plan grandioso de construcción de un nuevo Reich, inserto él mismo en la maqueta de un nuevo imperio mundial.

Planes militares y plan de conquista mundial deben con todo, en el ánimo de Hitler, seguirse a un ritmo rápido. Lo que él indicaba no ha mucho en nuestras conversaciones como metas asaz lejanas, proyectos a plazo diferido, todo ello está puesto ahora en obra con seguridad inquietante. Coyunturas favorables lo ayudan a acortar los plazos. Pero desalienta el comprobar cómo todo concurre a los designios de ese hombre y lo conduce de éxito en éxito. Visitantes van y vienen. Dáseles órdenes. Se les dirige convocaciones amenazantes. Es un estilo nuevo en las relaciones políticas del que toda cortesía está excluída. Alemania, el mundo entero, aceptan todo eso, como si fuese natural que un hombre derribe todos los usos de la diplomacia, que el primer personaje del Reich quede sentado en sus montañas, en los confines de Alemania, y obligue a sus jefes de servicios como asimismo a los diplomáticos extranjeros a plegar a sus fantasías sus conveniencias y su trabajo.

Yérguese allá arriba un extraño edificio, que parece dar forma a sueños de colegiales o a fantasías de novelas policiales. En ese paraje bávaro, acude a la mente, en forma espontánea, el rey Luis II de Baviera, ese rey de leyenda, con sus palacios wagnerianos, su soledad y su locura. Disimulado en una garganta rocosa, oculto a todos los ojos, un ascensor escala varios centenares de metros. Desemboca en una casa de cristal, invisible en medio de las rocas salvajes, frente a la montaña severa del Watzmann. Allí, planeando por encima del mundo, inasequible, está entronizado el Führer alemán. Es su nido de águila. Es desde allí que enfrenta la Eternidad y que lanza un desafío a los siglos.

Sus sueños ambiciosos van adquiriendo figura uno tras de otro. Mas otros sueños lo persiguen: los recuerdos importunos del pasado, las dudas torturantes del porvenir. Las crisis nerviosas se repiten sin cesar, lo sacuden a Hitler hasta la demencia. La inquietud le arrebata todo sueño. Ahora ya no está solo, ni quiere estarlo más. No tiene más que oprimir un timbre, y acuden sus ayudas de campo. Los aviones y los automóviles le traen al Führer todos los rostros humanos que él desea ver. A menudo, de noche, los jóvenes son extraídos de sus camas para hacer olvidar a su amo el miedo, las cuitas y la soledad que lo torturan. Bajo las arañas de cristal, delante de la alta chimenea del inmenso hall, esos hombres ignorantes, obsequiosos e indiferentes, charlan o chismean, cambian palabras escabrosas, mientras que Hitler camina sin tregua de un lado a otro, como el Juan Gabriel Borkmann de Ibsen.

Ese arquitecto de las alturas es propenso al vértigo. ¿Sabe acaso que todo un pueblo sigue con ansioso mirar su ascensión sobre los peldaños de la escalera, hacia el vértice de la torre que él ha de coronar de follaje?; ¿que ese pueblo espera el minuto en que el trepador perderá pie y se abismará sobre el suelo?

Por el momento, está de pie y prosigue su designio. Cada una de sus ideas se realiza en el mismo momento en que nace. Solo, los inventos no van tan de prisa como lo desea. Allí, nada se hace por orden, todo debe ganarse por el trabajo, punto por punto. Entonces, Hitler se mezcla igualmente con los inventores. Inventa como lo hicieran tiempos atrás los potentados, con el cerebro ajeno, y todo ocurre casi como en la época de los hacedores de oro, cuando los señores sedientos de riqueza encerraban a los alquimistas en las torres solitarias hasta que hubiesen encontrado la fórmula y apareciese el oro en el crisol. Hoy, se trata de misteriosos inventos de guerra, de torpedos aéreos y de rayos mortales. Hitler siempre se interesó en esos problemas de la técnica. Sabía mostrar las ventajas y los defectos de cada motor de automóvil, con un croquis en apoyo de su argumentación, a sus gauleiters asombrados. Es para él un raro placer el dar a sus colaboradores consejos de especialista. Como los grandes señores de antaño gustaban charlar sobre caballos y sobre asuntos relacionados con la cría caballar, esos aristócratas del nazismo discurren interminablemente de sus motores, de sus automóviles y de sus aviones privados. Pero Hitler tiene marcada superioridad sobre ellos. Establece proyectos, los perfecciona. Dibuja. ¿Acaso no fué dibujante? Guardó de su antiguo oficio una especie de "mano" y cierta pericia. Nada, dicen sus cortesanos, escapa a su competencia. Es un genio universal. Distribuye ideas a todo el mundo: a los arquitectos y a los generales, a los sabios y a los poetas, a los hombres de Estado y a los economistas. Todos esperan de él la inspiración decisiva que dará acierto a su trabajo. Hay en eso algo que rebalsa la cortesanía. ¿Hjalmar Schacht no proclama acaso que sale siempre del gabinete de Hitler con nuevos ánimos?

No es pues de extrañar que el Führer, en el Sans-Souci que se construyó, se tenga por el igual de Federico II, el cual, entre sus guerras y ante la última y la más encarnizada, llevaba parejamente la vida de un filósofo, de un poeta y de un músico, y la de un hombre de Estado y de un gran capitán, poniendo así los basamentos de su victoria y de sus éxitos. Como en Federico, los pensamientos de Hitler giran en torno de la guerra inevitable

que desea y teme a la vez. Pues su horóscopo lo pone en guardia contra la guerra. En la guerra, él debe, dice el astrólogo, perder cuanto haya ganado. Esa profecía lo conturba; pero su ambición lo retrotrae siempre, invenciblemente, a ocuparse en los problemas militares. Ha mucho tiempo que la pasión de la estrategia se apoderó de él. Sólo quiere conocer de ella el lado que lo seduce, y en el cual todo depende de las combinaciones y de los hallazgos. El trabajo fastidioso de los cálculos, del examen profundo de los detalles, no es de su gusto. Se impacienta pronto y se fatiga. Trazar bosquejos geniales, en algunos rasgos, he ahí cuanto basta a satisfacerlo, llenándolo de pura alegría.

En cambio, trabaja día y noche, con la más seria atención y el empeño más tenaz, en sus planes de política extranjera. En eso, nunca se queda corto de ideas: le vienen en abundancia, las zarandea, las retiene, las abandona. Es ese un juego complicado. Todos los hilos están reunidos en sus manos. Posee sus propias fuentes de información. Manda a un aparato gigantesco. Dispone de una documentación inmediatamente disponible sobre cada tópico. Su mirada se extiende sobre todo el globo. ¡Qué tablero de ajedrez, cuántas posibilidades de jaqueo! Adquirir influencia sobre los dirigentes más importantes. Conocer a fondo esas personalidades, informarse de sus pasiones, de sus gustos, de sus frecuentaciones, eso, es la política. Mujeres son sus espías. Mujeres de atractiva belleza tienen un papel en sus combinaciones políticas. ¿Qué tipo de mujer ama éste, prefiere aquél? Son cuestiones importantes, tan importantes como el número de aviones y de submarinos. Opera con delicadeza, con suma prudencia. No son siempre jefes de Estado o dictadores, son también banqueros importantes, políticos extranjeros o generales a los que trata de seducir. Devélanse así, ocasionalmente, secretos de Estado, o por lo menos se va ganando influencia. Y todo ello es una fantasía pueril o el plagio de folletines de espionaje. Demasiado a menudo es historia pura y simple. Un hombre manda a un batallón de mujeres. Le obedecen, fielmente, por el éxito de su obra.

En verdad, hay mucha razón en decir que nuestra época dejó de ser una época burguesa. En ella vemos renacer los métodos del Renacimiento, los vicios de la decadencia romana, con las costumbres de Bizancio o las de una corte merovingia. Y es Hitler que se ha instalado en el centro de esas intrigas, Hitler que se llama a sí mismo el más grande discípulo de Maquiavelo, y que, sin embargo, jamás podrá renegar su origen de obrero destajista agriado y rencoroso. Cosa absurda y ridícula, pero que no obstante es la realidad. Realidad que hubiera convenido más tomarla en serio, cuando todavía era tiempo.

XLV

EL NUEVO MAQUIAVELO

Hitler me dijo haber leído y releído *El Príncipe* del gran florentino. A su juicio, ese libro era indispensable a todo hombre político. Por mucho tiempo, fué el libro de cabecera de Hitler. La lectura de sus páginas, únicas, decía, era como una limpieza del espíritu. Lo había desembarazado de cantidad de ideas falsas y de prejuicios. No es más que después de leer *El Príncipe*, que comprendió verdaderamente qué cosa es la política. "He pensado a menudo, me dijo, en una conversación que tuve con él a mi vuelta de Ginebra, redactar un Manual de las debilidades humanas. Hacemos bien en especular sobre los vicios de los hombres más bien que sobre sus virtudes. La Revolución francesa hizo un llamado a la virtud. Más valdrá que hagamos lo contrario. Empero, no basta tomar a las multitudes por sus debilidades. Los hombres que hay que ganar son los que dirigen las multitudes. Es imposible hacer política sin conocerlos. Un conocimiento detallado de los vicios y debilidades de cada uno de mis adversarios es la condición primera de toda mi acción."

Hitler se quejaba luego de los "métodos de solterona" de la política y de la diplomacia alemanas. Sus colaboradores jamás le traían nada preciso y lo dejaban tantear en las tinieblas. Esa gente ni siquiera había sabido reunir sus instrumentos de trabajo. Ninguna otra fuente de información que los tediosos informes de los embajadores y de los ministros. Esos informes no eran más que crónicas de diarios o disertaciones científicas sin ningún interés para él. No servían para otra cosa más que para justificar los sueldos y el relumbrón de los diplomáticos. Lo que a él le interesaba, era en qué riacho un lord Tal de Tal gustaba pescar con caña, o qué clase de mujer era la querida del director general de tal o cual sociedad financiera. De arriba abajo, la Wilhelmstrasse se ahogaba en la burocracia y el formalismo.

Respondí que, durante la guerra, había ocurrido lo propio en cuanto al espionaje y el contraespionaje. Durante cierto

tiempo, yo mismo fuí afectado, después de dárseme de baja del servicio activo, al servicio de contraespionaje. Pronto hube de reconocer que nuestro servicio de información era de una ineficacia ridícula.

Hitler protestó que todo había cambiado y que ahora los servicios de espionaje funcionaban perfectamente. Mas la información política resultaba por ello más miserable, o por mejor decir, inexistente: "Hago cuanto puedo para recuperar el tiempo perdido. Me haría falta algo por el estilo del "Servicio Secreto" inglés, una cofradía secreta de especialistas que sientan pasión por su oficio."

Observé que la pasión sola no bastaba y que era menester además una inmensa experiencia, la cual no podía adquirirse en un día.

—"Posiblemente; pero a nada llegaremos mientras no tengamos una falange de gentes totalmente entregadas a su labor y que cifren su único placer en ella. Los funcionarios encuentran ese trabajo fastidioso. No quieren mancharse los dedos en él. Lo cierto es que son demasiado cobardes y demasiado tontos. Una de mis ideas es la de utilizar a las mujeres, sobre todo a las de la alta sociedad, amantes de aventuras, hastiadas de su existencia inútil, ahitas de aventuras de alcobas y deseosas de buscar en otras partes sensaciones más fuertes. Iré hasta emplear, ¿por qué no?, anormales, invertidos, aventureros profesionales. Hay cantidades indecibles de individuos descarriados, inutilizables para la vida burguesa, pero que podrían llenar en esto un papel de primer plano. Dije a esos "Padres Noél" de la Wilhelmstrasse que su papelería podía, quizá, serme de alguna utilidad en los momentos de siesta, pero que, para crear un imperio, se precisaban métodos un poco más modernos. Neurath es lento y pesado. Es astuto como un campesino, pero carece de ideas. Por el momento, su figura paternal me presta los mejores servicios. Sus maneras bonachonas infunden confianza en los ingleses. No prestarán nunca a un hombre semejante intenciones revolucionarias."

Neurath, dije, estaba lleno de buena voluntad, pero asumía siempre con los jefes del partido un tono importante y protector. Mi impresión era que habría ventaja en rejuvenecer los cuadros, empleando a hombres de nuestro tiempo. "Sí, la arrogancia y la vanidad de esos viejos diplomáticos rebasan los límites. Tienen una alta idea de los secretos de su fábrica. Un buen embajador debe ser, ante todo, un comisario de los menudos pasatiempos. Debe, si cuadra, hacerse entrometido y falsario. Lo que debe evitar por sobre todo, es el ser simplemente un funcionario correcto. Por lo demás, yo no esperaré que se les

ocurra a esos fantoches la idea de reaprender su oficio. Organizo desde ya mi propio servicio diplomático. Eso cuesta caro, pero gano tiempo. He redactado un cuestionario acerca de las personalidades que me interesan. Hago establecer un fichero completo de todas las personas influyentes en todos los países. Esas fichas consignan las únicas informaciones valederas. ¿Acepta éste dinero? ¿Es posible comprarlo de otra manera? ¿Es vanidoso? ¿Tiene disposiciones eróticas? ¿Qué tipo de mujer prefiere? ¿Es homosexual? Hay que prestar especial atención a esta última categoría, pues es factible vincularse a esa gente por lazos indisolubles. ¿Tiene este otro algo que ocultar de su pasado? ¿Es accesible al chantage? ¿Tiene disposiciones o antojos particulares: deportes, manías o spleen? ¿Ama viajar? Es con todo aquello que yo hago verdadera política, que gano gente a mi causa, que los obligo a trabajar para mí, que aseguro mi penetración y mi influencia en cada país."

—"Tal organización, dije, representa una labor inmensa y gastos enormes."

—"¿Acaso hemos retrocedido nunca ante las dificultades? Una propaganda sin medios suficientes no es solamente improductiva: desata inmediatamente la contrapropaganda, sin que se tenga nada qué oponerle. La gente tiene una idea muy equivocada de la propaganda. El esfuerzo que consiste en ganar, por medios normales, la simpatía de las muchedumbres no es más que un lado del problema y por cierto un lado pequeño. Obrar sobre las multitudes, es solamente preparar el terreno. El verdadero trabajo, el único que tenga importancia decisiva, consiste en vincularse en tierra extranjera con personajes importantes, inclusive con grupos y partidos. Me parece que es cosa fácil de comprender. Creo en un país cualquiera una zona de influencia. Eso es todo, pero es suficiente. Los éxitos políticos, tal cual los he menester, no se obtienen más que por la corrupción sistemática de las clases dirigentes y poseedoras. El dinero, el goce, la vanidad, es decir, el apetito del poder, tales son los registros o los teclados de nuestra propaganda. Será en la guerra próxima que yo recogeré los frutos de esa labor subterránea, por cuanto ninguno de mis adversarios estará en condición de oponerme algo semejante. Francia, que tuviera sus Fouché y sus Talleyrand, no es ya sino una nación de tenderos tímidos y circunspectos, de juristas y de burócratas. Esas gentes ya no desean correr riesgos ni jugar fuerte, ya no jugarán más que al medio céntimo."

Tenía yo la impresión de que Hitler fanfarroneaba y apartaba demasiado fácilmente los obstáculos. ¿No exageraba la

debilidad del adversario y el rendimiento probable de su trabajo de zapa?

Hitler me respondió vivamente que esa táctica era la única posible y que estaba seguro del éxito: "Si nuestros diplomáticos reblandecidos creen poder conducir la política como un honorable comerciante conduce sus negocios, respetando las tradiciones y los buenos usos, allá ellos. En cuanto a mí, hago una política de fuerza, lo que quiere decir que me sirvo de todos los medios útiles, sin cuidarme ni de los usos establecidos, ni de la pretendida existencia de un código de honor. A los que, como Hugenberg y su pandilla, ponen el grito en el cielo, reprochándome de no tener palabra, de romper los contratos, de practicar el engaño y la disimulación, no tengo nada que responderles sino que están libres de hacer lo mismo y que nada se lo impide. Al fin y al cabo habría que comprender que ya no estamos en el siglo XIX, que hemos hecho una revolución y que en todos los tiempos los regímenes revolucionarios rompieron las barreras de la tradición; que yo emplee todos los medios de la astucia y de la finta o que ponga mis ejércitos en marcha, no veo dónde está la diferencia. Por mi parte, la busco en vano. Me dicen que la guerra sangrienta pasa por conveniente, o, a lo menos, por inevitable, en ciertos momentos, en el mundo civilizado. La guerra sorda, por el contrario, sería condenable. ¿Por qué? Es una distinción sofística, es una moral para viejos. La ventaja que yo tengo sobre esos pueblos de burgueses demócratas, es precisamente la de no detenerme ninguna consideración de doctrina o de sentimiento. ¿Acaso se me exige que, por generosidad, no haga caso de esa posición ventajosa, simplemente porque mis adversarios no pueden emplear todavía mis medios? Que no se indignen si los engaño. Repróchense a sí mismos el dejarse engañar."

Le dije que la artimaña engendraba la artimaña y que, en resumidas cuentas, sería prudente prever que esta nueva guerra tendría sus reveses como sus triunfos.

—"Es posible, replicó Hitler, pero tendré por lo menos la ventaja de la antelación. Mi gran probabilidad de acierto estriba en que soy yo el primero en ver las cosas tales cuales son, mientras que mis adversarios se hacen aún ilusiones sobre las fuerzas de que está hecha la Historia."

—"Recogéis en suma, le dije, las enseñanzas de Maquiavelo. Pero la Historia demuestra que la astucia, el ardid, la traición, el disimulo, la adulación y el crimen, expedientes todos ellos de la política maquiavélica, pierden bastante pronto su eficacia. La historia de las ciudades italianas parece probar que tal política no está hecha para durar."

Hitler me respondió que no pedía tanto. Bastábale abrir una brecha en las murallas políticas que estrechaban a Alemania. "Por otra parte, mis adversarios habrán de quedarme agradecidos por adelantarme a su pacifismo, por alcanzar por medios incruentos lo que otros, antes que yo, conquistaron por las armas. No nos llamemos a engaño. Nuestros adversarios han perdido toda voluntad de resistencia. Cada palabra que resuena en su campo deja traslucir el deseo de tratar con nosotros. Nos lo gritan sobre los techados. Todas esas democracias, todas esas clases poseedoras que no piden más que abdicar, tendrían demasiada satisfacción en ser desembarazadas de sus responsabilidades y en obtener la paz, que yo consiento desde luego en garantizarles. Ellos no desean el poder ni mucho menos, no conocen la sed y la voluntad de poderío. Hablan tan sólo de deberes y de responsabilidades. No piden sino que les dejemos cultivar sus flores, pescar la trucha y pasarse las veladas junto al fuego, Biblia en mano."

Respondíle que había quizá en Francia y en Inglaterra hombres de otro temple. Hitler se impacientó:

—"Nosotros, señor, dijo recalcando cada palabra; nosotros aspiramos al poder con todas nuestras fuerzas y con todas nuestras fibras, temblamos de impaciencia y de codicia y se lo gritamos a todo el mundo. Sólo nosotros somos los fanáticos de la dominación. La voluntad de poderío no es para nosotros una simple frase: es nuestra sangre y nuestra vida. ¡Vivimos, sí, vivimos!", exclamó con un acento de triunfo. "Entonces, dejemos que duerman los otros. ¿Recordáis a Fafner, el dragón Fafner? ¡Duermo, canta él, y poseo! ¡Dejadme dormir!" Hitler estalló de risa.

—"No reconozco, prosiguió, ninguna ley moral en política. La política es un juego que admite todas las tretas y cuyas reglas cambian continuamente según la habilidad de los jugadores." Vino luego a hablar de la decepción de los nacionales-alemanes que, por cierto, esperaban de él muy otra cosa.

—"No es culpa mía si hay gentes que me toman por un simple de espíritu y luego comprueban que los necios son ellos." Se admiraba de que se le reprochara ser un dictador. "Se me quiere hacer pasar por un tirano ávido de sangre. El poder hunde evidentemente sus raíces en la tiranía. No podría nacer de otra manera. Si esa necesidad no puede entrar en el caletre de los Hugenberg o de mis buenos amigos ingleses, que tengan todavía un poco de paciencia. Se irán acostumbrando al nuevo orden de cosas. Todo nuevo régimen parece tiránico, por cuanto choca las costumbres. El ejercicio del poder y el mantenimiento del orden son imposibles sin constreñimiento."

Seguidamente abordó los reproches que se le hacían sin cesar a causa de sus mejores colaboradores: "Se me acusa siempre de rodearme de ambiciosos y de arribistas. ¡Qué tontería! ¿Debo edificar mi Reich con mojigatos? No puedo ni siquiera soportar el contacto de los hombres sin ambición. No puedo apoyarme más que en aquél cuyo éxito personal está ligado a mi causa, de tal manera que se identifique completamente con ella. A los que no se limitan a hablar de patriotismo, sino que hacen de él la razón misma de todos sus actos, ¡se les tiene por sospechosos! Por lo demás, no es cosa mía el reformar a la humanidad. Me basta aprovechar sus debilidades. Por otra parte, de ninguna manera tengo interés en que me reputen enemigo de toda moralidad y apañador del crimen. ¿Por qué dar esa ventaja a mis adversarios? No me será difícil el dar a mi política una apariencia de moralidad y desenmascarar los móviles de los demás. Para las masas, los lugares comunes de la moral corriente son indispensables, y nada más torpe en un hombre político que el querer hacerse pasar por un malvado sin escrúpulos. ¿A qué esas fanfarronadas estúpidas? Las dejo para los mozalbetes hijos de burgueses bien forrados, que quieren hacer pasar su degeneración por una prueba de fuerza. Evidentemente no me aplicaré en atropellar a la moral, en el sentido burgués de la palabra. Mas haré lo que considere útil, sin temor de ninguna consecuencia."

Hitler habló aún de la necesidad del terror y de la crueldad. No tomaba, decía, ningún placer en lo que llamaban las atrocidades de los campos de concentración o las brutalidades de la policía secreta; mas ellas son cosas necesarias e inevitables. "Si no se tiene la voluntad de ser cruel, no se llega a nada. Por otra parte, esa voluntad no existe en nuestros adversarios más que porque son demasiado pusilánimes y no porque sean demasiado humanos. En todos los tiempos, el poder se fundó sobre lo que los burgueses llaman el crimen. Los bolcheviques obraron a la manera rusa. Suprimieron totalmente la antigua clase dirigente. Es ése el viejo medio clásico. Si mal no recuerdo, Maquiavelo también lo recomienda. Mas aconseja ganar primero, por la persuasión, la segunda clase de la sociedad, la que viene inmediatamente después de la clase dirigente. Yo voy más lejos. Me sirvo de la antigua clase dirigente, la mantengo en la dependencia y en el temor. Estoy cierto de que no tendré auxiliares más celosos. Y si, por casualidad, intentara rebelarse, tengo siempre a mi disposición el viejo medio clásico. El exceso de crueldad nada vale. Hago apáticas a las masas. Hay un medio más eficaz que el terror: es la transformación metódica de la mentalidad y de la sensibilidad de las multitudes. Es una especie de propaganda, más fácil en nuestra época, porque disponemos de la radio."

Reconocí que la técnica moderna permitía hacer creer a las multitudes todo lo que uno quería, empero esa omnipotencia nuestra acarreaba una pesada responsabilidad.

Hitler respondió que tenía ante todo, frente a la posteridad, la responsabilidad de cumplir su misión, y por consiguiente de guardar el poder. "Sí, nuestro camino está lleno de fango. Mas no conozco a nadie que no se haya ensuciado los pies sobre el camino de la gloria. Dejamos a nuestros sucesores el desvelo de no ensuciarse la pechera de las camisas y la albura de sus chalecos."

XLVI

EL TESTAMENTO DE ADOLFO HITLER

El horóscopo de Hitler anunciaba una ascensión fulminante, victorias sobre victorias. Luego se embrollaba, adquiría un sentido ambiguo y obscuro. Ciertos signos dejaban prever un desastre o una derrota militar, de dimensiones inauditas, sin precedente. Aludía a un abedul en el campo, o a un campo de abedules (Birkenfeld). Hay un Birkenfeld allá arriba en el mapa, al norte de Alemania, en Westfalia. Pero, ¿es que no hay otro en el Sarre? Una vieja profecía brandeburguesa, confirmada hasta el presente, termina por el fin de Alemania.

En esa Alemania inquieta, los espíritus se conturban y se amilanan. Uno se siente retrotraído a la Edad Media. Los cometas, los grimorios de los astrólogos revelarán quizá la verdad, allí donde otros medios de expresión quedan prohibidos y no sirven más que para la lucha política. La angustia y la aprensión de toda una nación condenada a la ignorancia tratan de orientarse por medio de esos signos. La secta de los "Buscadores de la Biblia" escudriña la Historia Sagrada y descubre en el libro de Daniel el juicio del tirano. "Es él, cuchichean los "Buscadores", de quien está escrito: No tendrá reverencia ni por el amor de las mujeres ni por ningún dios, pues contra todo se rebelará. No tendrá culto más que para el dios de las fortalezas." Los "Buscadores" deben expiar su profecía por el campo de concentración y la muerte. Pero, en la masa, corre una pregunta de boca en boca: "¿Cuánto tiempo va a durar todo esto aún?"

¿Cómo desembarazarse de esa pesadilla, cómo descartar a ese hombre sin precipitar al pueblo alemán en los ríos de sangre y en las ruinas de una guerra civil? Esa es una pregunta más precisa que, desde el principio de 1934, preocupó a todos los hombres que piensan en Alemania. El número de los que la plantean no ha disminuído. Se los encuentra incluso en el interior del partido.

Hitler siempre amenazó con provocar una enorme efusión de sangre si se intentaba derribarlo por la fuerza. En todas las

combinaciones encaradas para liberar a Alemania, se tenía en cuenta esa amenaza. ¿Era posible practicar una escisión del partido? Hubiera sido posible en 1932 y aun también en 1934. Después, y por mucho tiempo, dejó de serlo. Las multitudes se tornaron apáticas y ciegamente crédulas. Los cómplices de Hitler, de todas las fibras de su cuerpo, querían salvaguardar la existencia del régimen y su continuidad. Hitler no podía ser derribado más que si el pueblo se rebelaba, y si el mayor número de los miembros del partido llegaban a ver su posición comprometida por la amenaza de un derrumbamiento, si eran conducidos de esa manera a separarse del partido que los arrastraba al desastre. Algunas derrotas, por lo menos algunos fracasos de Hitler, errores manifiestos que se irían acumulando, dudas que se elevarían sobre su grandeza y su misión, tales eran las primeras condiciones de su caída. No podía producirse un golpe de Estado sin guerra civil sangrienta más que si Hitler conducía manifiestamente a Alemania a su ruina. La segunda condición era la formación de un centro de oposición que podría emprender la lucha contra el partido. Sin tal falange de jefes resueltos, las tropas armadas del partido estarían de sobra capacitadas para ahogar toda insurrección. El tiempo de los levantamientos populares y de los combates de barricadas había pasado. Era por tanto imposible organizar un centro de resistencia y un estado mayor. Estando así las cosas, sólo cabía encontrar uno y otro en la Reichswehr. Una segunda cuestión era la de saber si no sería posible precipitar el proceso destructor del régimen de Hitler, es decir, acelerar su autodestrucción. El factor económico no bastaba. El régimen podía vegetar aún mucho tiempo. ¿Mas no sería factible empujar a Hitler hacia dificultades exteriores que serían inextricables? ¿No llegaría entonces a cometer falta sobre falta y, dudando de sí mismo, no llegaría a perder la cabeza? Todo cuanto se sabía de su carácter inducía a pensar que la fuente única de sus éxitos fincaba en la fe que tenía en su estrella. Había, pues, que preparar la caída de Hitler empezando por arruinar su confianza. Despojado de su nimbo, perdería la estimación y la influencia de que gozaba en el partido y en las multitudes. Entonces el régimen por entero podría desplomarse como un castillo de naipes.

Hubo, en Alemania, opositores arrojados que lucharon a visera abierta. Fueron rápidamente eliminados. Era sacrificio inútil el exponerse abiertamente. Sólo era posible contra Hitler la guerra de posiciones y de zapa. Sería injusto olvidar que los métodos solapados de Hitler obligan a sus adversarios a usar los mismos medios. Así es como hanse visto algunos de sus peores enemigos hacerse pasar por extremistas del partido, por ardien-

tes defensores de los propósitos más alocados del Führer. En ese número se cuentan dos personajes importantes que lo tocan de muy cerca. Están persuadidos —y con ellos numerosos miembros del partido de menor importancia— que Hitler debe ser sacrificado para salvar el futuro de Alemania. Hubo planes astutos para llevarlo a Hitler a comprometerse por modo irreparable. Pero todas esas tentativas para conducirlo a un traspié han fracasado hasta el presente, y hallo dos razones que lo explican. La primera es que son precisamente las empresas más arriesgadas del Führer las que han tenido más acierto y le han valido sus éxitos más brillantes. La otra razón está en que muchos opositores no ven el medio de crearle a Hitler dificultades sin poner en peligro a Alemania. En la oposición conservadora, el viento giró más de una vez hacia el desaliento. Como Goethe hablando de Napoleón, decían: "Ese hombre es demasiado grande." No quedaba entonces más que una cosa por hacer: dejar a Hitler, a él solo, la entera responsabilidad de las catástrofes inevitables: la guerra, la derrota y la destrucción del Reich. Hitler intentará descargarse de esa responsabilidad. Querrá hacerla recaer sobre todo el partido. Querrá hacerla compartir a sus consejeros y sobre todo querrá cargarla sobre los jefes militares. Entonces se echará de ver que a excepción de sus eternos "Cadetes" que nunca aprendieron a pensar, ninguno de los jefes del ejército tendrá otra respuesta que ésta: "Perdone, señor Hitler. Aquello es cosa suya. Nos habéis puesto en estas andanzas, a vos os toca hacernos salir de ellas." Tales son, cuando menos, las previsiones de algunos de los jefes del ejército. Mas, ¿acaso las cosas ocurrirán verdaderamente así? ¿La mayoría de sus colegas no llegará a pensar como Schacht, por ejemplo, no cesa de repetirlo, que hay que asociarlo a Hitler a la causa común de los alemanes, ya que su caída arrastra inevitablemente a la ruina al país? El partido, por su parte, razona de modo menos sutil.

La vieja guardia tuvo siempre sus ideas propias sobre Hitler. Jamás llegó a tomarlo en serio del todo. Gustaban catalogar, en ese medio, las extravagancias y ridiculeces de "Ahí" (Adolfo Hitler). Cuando adjuraba a los viejos canallas de las S. S. con sollozos en la voz, había siempre, en la segunda o tercera fila, algún díscolo que acechaba los efectos de trémolo, escondiendo una risa maliciosa detrás de la mano. Incluso en el círculo más restringido de aquellos que creían tener la fe y admiraban verdaderamente al Führer, todos no estaban de acuerdo con su política.

Un personaje muy importante del partido, que ocupaba una alta función en una provincia vecina de Danzig, me dijo un día: "El Führer debería sacrificar su vida por su partido, como Jesús

para salvar al mundo. Entonces solamente el mundo llegaría a saber quién es él. No debería esperar demasiado para desaparecer, para retirarse en la soledad. Nadie debería conocer su retiro. El misterio debería hacerse en torno suyo. Se convertiría en una leyenda. El vulgo hablaría de él con voz queda; se expandirían rumores sobre las cosas increíbles que estarían por acaecer. La expectación y el misterio se harían punzantes, insoportables. Y entonces Hitler reaparecería bruscamente, transfigurado, en toda su gloria. Dejaría a otros la política. Estaría por encima de las cosas vulgares. Legislador y profeta, nuevo Moisés, bajaría de la montaña santa llevando las Tablas de la Ley. Mas cuando hubiera dispensado sus dones supremos, debería desaparecer para siempre. Nadie daría jamás con sus restos. Sobreviviría para el vulgo, como Barbarroja, rodeado de un misterio perpetuo."

Así soñaba ese pontífice del nacionalsocialismo. No era el único. Otros expresábanse en forma más primitiva, aunque en igual sentido: Hitler tenía que abdicar. Tenía que sacrificarse. Era el mayor servicio que pudiera hacer a su partido. Ciertos medios dirigentes explotaban ese estado de espíritu y hasta lo alentaban. El fiel Rodolfo Hess había dicho hacía mucho tiempo, que el nuevo estado no podría ser cortado a la medida excepcional del Führer, pues correría el riesgo de desaparecer con él, como las creaciones de Federico II o de Bismarck. Personalidades nuevas, independientes, capaces de servir más tarde de escuderos a una Alemania montada de nuevo en su caballo, no pueden afirmarse en la sombra del Dictador. Es por ello que realizará el acto más grande de su vida: depondrá el poder y se eclipsará como el fiel Eckhard.

Profecía sospechosa, aun cuando se haya repetido recientemente. Mas, ¿quién deberá resolver si el fiel Eckhard debe eclipsarse? ¿Está Hitler verdaderamente dispuesto a dejarse convencer? Pero, dicen los gauleiters y los Reichsleiters, así como existieron, en las órdenes religiosas de la caballería alemana, capítulos que destituían a sus Grandes Maestres, así el destino puede tener fijado el mismo fin al nuevo Gran Maestre del imperio alemán. Uno de los más grandes entre esos Grandes Maestres, ¿no fué acaso destituído por haber querido hacer la guerra a la Polonia en un momento inoportuno? Esto sucedía hace muchos siglos, pero lo que se vió una vez puede volverse a ver. "Hitler podría recordarse del Gran Maestre Enrique von Plauen, quien quiso abandonar su orden para emprender, en compañía de elementos burgueses y nobles, una reforma del Estado prusiano. Podría dejarse convencer de abandonar al partido para sacar a Alemania de una situación peligrosa. Ya hubo

alemanes, en los medios más influyentes, para lanzar una nueva voz de orden: "De acuerdo con Hitler, pero sin el partido."

Pero encima de la persona del Führer está la existencia y la duración del partido, que importan más, por lo menos así lo pensaba la camarilla de los jefes. "Adolfo es reemplazable", susurraban las S. A. y las S. S. Podía concebirse una situación en la cual Hitler sería intolerable para Alemania. ¿Era acaso admisible que a la cabeza del Reich hubiese un Führer de voluntad débil, un indeciso, un apático? ¿O un exaltado que hubiese perdido todo contacto con la realidad? Si así fuera, no tenía por qué prevalecer más consideración que ésta: Hitler puede caer, el partido debe sobrevivir. Hitler mismo nada ignora de cuanto se trama en torno de él. No ha olvidado, sin duda, lo que el viejo Hugenberg le dijo un día en pleno rostro: "No caeréis más que bajo los tiros de vuestros amigos."

Amigos singulares, entre los cuales unos quieren que el Führer viva para beber hasta la hez el amargo brebaje de las responsabilidades, mientras otros querrían verlo desaparecer, para que sean otros los que asuman la responsabilidad de los contragolpes inevitables. Preciso es reconocer que el propio Hitler hace buena cara tanto a unos como a otros. Las responsabilidades no lo atemorizan en mayor grado que los hombres. Las acepta. Las reivindica.

Hitler jamás dejó a su gente en la duda: trataba de vencer sin riesgo, mas estaba seguro de que la guerra vendría. "La gran prueba no nos será ahorrada", dijo un día en mi presencia durante un Congreso. "Debemos prepararnos al combate más duro que jamás pueblo alguno haya soportado. Esa guerra que templará nuestras voluntades y nos hará dignos de nuestra misión, la llevaré adelante sin ninguna clase de contemplación por las pérdidas que sufriremos. Cada uno de nosotros sabe lo que significa la guerra total. No retrocederé ante ninguna destrucción. Deberemos renunciar a una porción de cosas que nos son caras y que se nos antojan insubstituíbles. Ciudades alemanas caerán en ruinas, nobles edificios desaparecerán para siempre. Esta vez, nuestro suelo sagrado no será preservado. Pero apretaremos los dientes, seguiremos luchando, venceremos. Alemania se levantará de sus ruinas, más bella y más grande, reina y señora de las naciones."

Así es como deliraba en frases entusiastas, buscando aturdir las cuitas de sus colaboradores. Y seguía hablando de la guerra total. Todos los medios para él serían buenos. Cada cual debería saber entonces que se jugaba la vida o la muerte de Alemania. Bueno era que las tropas llevasen el convencimiento de ello, para hacerse fuertes hasta la temeridad y la audacia más insensata. Y con la misma audacia, él emplearía contra sus enemigos las armas más desesperadas. Cruzaría, sobre montones de cadáveres, la línea Maginot. No respetaría ninguna neutralidad. No retrocedería ante el empleo de gases o de bacilos, si el éxito dependía de ello. Comprometería, en la hora decisiva, la totalidad de sus reservas y ataría la victoria a sus banderas.

Así es como Hitler, sobre su montaña, gusta por anticipado su guerra y su triunfo. Es él el más grande genio que la tierra haya producido. ¿Hase visto nunca un hombre que, en siete cortos años, haya creado cosas tan inauditas? Y él enumera, con el orgullo desenfrenado que lo domina hasta en sus momentos de mayor postración, las maravillas que su voluntad hizo surgir. Un gran imperio alemán, un nuevo ejército. ¡Un nuevo orden social! ¿No es acaso él quien está por resolver el problema social? ¿La nueva organización económica no está ya en los aledaños de una era nueva? Mas ha creado muchas otras cosas: la nueva estructura del Reich, la nueva estrategia, la política de poblamiento, ¡el arte nuevo! ¿Existe algún sector de la actividad en el cual no haya aportado ideas revolucionarias? ¡Es más grande que Federico, más grande que Napoleón, más grande que César!

Eso en cuanto a los siete últimos años. En los siete años venideros, conducirá la gran lucha por la victoria en el exterior y por la forma definitiva del gran imperio germánico. Y luego, sueña que un tercer septenio le será concedido para dar cumplimiento a su más alta labor: la predicación, la anunciación de la nueva fe, el nacimiento de la era hitleriana que sucederá a la era cristiana sobre una extensión de millares de años. Tres veces siete años, las dos cifras sagradas combinadas, he ahí el número místico que define la curva y la resultante de su carrera.

Pero mientras va pensando en sus combates y en sus triunfos futuros, sus manos comienzan a temblar. El solo pensar en la faena diaria le produce un malestar físico. No puede ya ver a los hombres que lo rodean, esas caras estúpidas, siempre las mismas. Se vuelve de más en más irritable. Sus nervios reaccionan a la menor contrariedad. Es sensible a los olores, le ofuscan las incomprensiones de sus colaboradores, su manera de divagar, sus mezquindades, su obsequiosidad inclusive. No saben guardar las distancias. Se permiten familiaridades. Hitler no debería dejar nunca su casa de cristal. Es desde aquí, cual un dios desde lo alto de las nubes, es desde el fondo de su soledad que debería impartir las órdenes. ¿Es, acaso, asunto suyo el dirigir los servicios de papelería? Que se ocupen otros en ello. Él quisiera cultivar sus grandes pensamientos. ¿Por qué hace falta

que conduzca él mismo la guerra? La fatiga lo invade, y con la fatiga el pensamiento de la muerte. Piensa en su testamento. En él lo hallarán todo. Es ese texto inaudito que lo hará sobrevivir. La visión del testamento lo tranquiliza. Lo que queda por hacer está consignado en él. Los jóvenes camaradas del partido darán remate a su obra. Para ellos, será una cosa sagrada.

El testamento contiene los planes para la construcción de la Orden, y la forma definitiva de la jerarquía nacionalsocialista. Dispone su sucesión. Hitler piensa con odio en Goering. ¡Dejar el sitio a ese hombre! Mas no puede evitarlo. No será por mucho tiempo. Goering no vivirá mucho tiempo. El testamento contiene aún el plan del imperio, la estructura monumental del nuevo imperio, su constitución y su derecho nuevo. Esa constitución será proclamada en Versalles, después de las batallas decisivas, al mismo tiempo que será proclamada la paz eterna. Vienen luego las prescripciones de orden interior, la constitución social, el nuevo orden económico. Por último, en las páginas finales, la cosa más importante: la anunciación religiosa, las primeras frases balbuceadas del Libro Santo que quiere ofrecer al mundo si permanece en vida. Pero no permanecerá en vida. Lo siente. Está marcado por la muerte. A otros les está reservado el terminar su obra. El terror se apodera del Führer. Los sentimientos felices que lo exaltaban han desaparecido. Lo persiguen, lo espían. Oye cuchicheos que se acallan en cuanto se acerca. Lo miran con aire cada vez más extraño. Se habla de él. ¿Qué pueden decir esas gentes que lo rodean? No bromean ya. Tienen caras sombrías. Hurgan alguna cosa, tienen secretos para él...

¿Qué harán con su testamento? ¿Ocurrirá lo que con las postreras voluntades de Hindenburg? Son capaces de forjar otro. Esos miserables mutilarán su obra. Hasta le robarán su inmortalidad. Ese Goering restablecerá la monarquía. Los Hohenzollern ocuparán su sitio vacío. La hora de la monarquía ha sonado, dice Goering. ¿Es para eso que Hitler se afana? ¿Para restaurar a los Hohenzollern? El viejo Hindenburg así lo quería. Debió jurárselo al viejo, más luego faltó a su juramento.

De repente, todo se vuelve contra él. Imposible tener confianza a quienquiera que sea. Hess mismo no es seguro. Por lo demás, ese Hess tiene una cara infame, con sus pequeños ojillos hundidos, sus pómulos salientes. Todos lo espían. Todos imitaron como monos su técnica, sus artimañas y su astucia. No hay ni sinceridad ni honestidad entre los miembros del partido. Cada cual espía al otro como a su enemigo mortal. Eso estaba bien al principio, cuando su interés era el de oponerlos uno a otro. Pero ahora, nadie hay sobre quién contar. Todos son egoístas, todos son traidores.

¿Y la masa, y sus antiguos adversarios? Acaso sean éstos más numerosos que nunca. ¿Volverán a levantar la cabeza? Esos oficiales, esos terratenientes, ante los cuales sigue sintiéndose intimidado aún, esos funcionarios pretenciosos, esos industriales obtusos. Las masas comienzan a escapársele. Lo ve. Su intuición infalible no puede engañarle. Los alemanes ya no tienen espinaso. Se debilitan. ¿Y cómo poder conducir la guerra ahora? ¿Con esos mandrias?

Los problemas se multiplican, se tornan independientes de su voluntad. Antes era él quien los planteaba. Ahora se imponen a él. Los acontecimientos se van encadenando a una cadencia vertiginosa. Ya no los domina. Lo arrastran a él mismo. No tiene más libertad para decidir. Sus tareas mortales tienen voluntad propia, lo arrastran allí donde él no quiere ir. ¿Tendrá ahora que realizar lo que combatió siempre con tanta pasión? ¿No deberá encaminarse, paso a paso, hacia la dirección opuesta a la que había escogido?

En verdad, nada ha creado que sea duradero. Todo se evapora cual neblina matutina. Conoce bastante bien a las masas. Vivió entre ellas. Demasiado cerca de ellas estuvo para no despreciarlas para siempre. Esas masas lo despreciarán y lo odiarán a su vez. Se vengarán, con el salvajismo jadeante de los desheredados, de haber un día creído en él y de haberlo aclamado. Él, que no es empero más que ellas, él que sale del arroyo como ellas. Él, que trampeó para elevarse, para llegar allí donde nada supo hacer. Las mujeres le escupirán el rostro. Proferirán gritos de odio y de muerte.

De todos modos, ¿es que no está ya muerto? Es presa del vértigo. Su vida no fué más que una alucinación. Lo llamarán el Gran Culpable. Dirán que no produjo nada, que sólo destruyó. Los cimientos de su imperio vacilan. Austria y Checoeslovaquia, ¿no se van desprendiendo ya? ¿Puede él retenerlas? ¿No ha cavado para la eternidad un foso entre el Reich y Austria? ¿Dónde está la gran Confederación germánica, la organización federativa de Europa? ¿Qué advendrá de su constitución social? ¿De su poderío militar?

La duda y la ansiedad le estrechan la garganta. Otra vez tiene la voz ronca, está enfermo. Se toma el pulso. Tiene miedo. Los hilos se van estrechando en torno suyo: "No quiero morir." El sudor lo baña, tiembla. ¡La profecía, el último horóscopo! No quiso creer la premonición...

La soledad lo oprime, necesita la compañía de los hombres. Necesita actuar. No tiene el derecho de pensar. Una sola cosa es la que cuenta: actuar.

Se dirige hacia el ascensor.

INDICE



ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES GRAFICOS
RODRIGUEZ GILES
EL DIA 27 DE MAYO DE 1940
CASTRO 920 — BUENOS AIRES